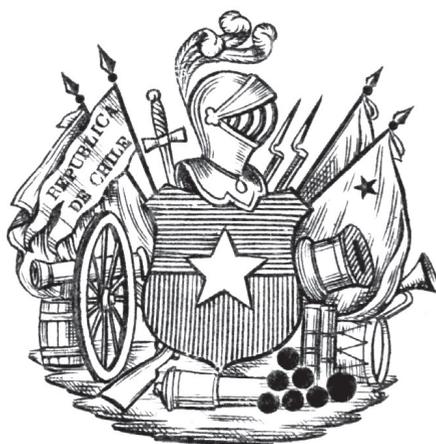


CUADERNO DE HISTORIA MILITAR



Nº 6

DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR

DICIEMBRE DE 2010

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR N° 6
DICIEMBRE 2010

JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO
GDD. GUILLERMO CASTRO MUÑOZ

JEFE DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR DEL EJÉRCITO
CRL. GABRIEL RIVERA VIVANCO

JEFE SECCIÓN PATRIMONIO Y ASUNTOS HISTÓRICOS
TCL. PEDRO EDO. HORMAZÁBAL ESPINOSA

EDITOR
TCL. PEDRO EDO. HORMAZÁBAL ESPINOSA

IMPRESO EN LOS TALLERES DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 151816

LAS COLABORACIONES Y OPINIONES VERTIDAS EN ESTA PUBLICACIÓN SON DE EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD DE SUS AUTORES Y NO REPRESENTAN NECESARIAMENTE EL PENSAMIENTO NI LA DOCTRINA INSTITUCIONAL.

ÍNDICE CUADERNO HISTORIA MILITAR N° 6

ARTÍCULOS RELATIVOS AL PERÍODO DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE

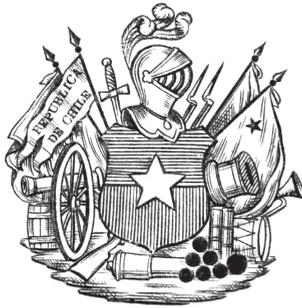
1. LA ACTUACIÓN DEL BATALLÓN INFANTES DE LA PATRIA DURANTE LA PATRIA VIEJA. 1810-1814
Claudio Eduardo Vivanco Cifuentes 7
2. EL DIARIO DE OPERACIONES DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES EN EL SUR DE CHILE (8 DE MAYO - 20 DE OCTUBRE DE 1817)
Camilo Alarcón Bustos..... 29

ARTÍCULOS RELATIVOS AL PERÍODO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

3. DIARIO DE LA MARCHA DEL CAPITÁN DE NAVÍO PATRICIO LYNCH, AL FRENTE DE LA PRIMERA BRIGADA DE LA PRIMERA DIVISIÓN, ENTRE TAMBO DE MORA Y LURÍN. 17 A 25 DE DICIEMBRE DE 1880..... 55
4. EPISTOLARIO DE FRANCISCO FIGUEROA BRITO. 107
5. LA EXPEDICIÓN A LIMA
Daniel Riquelme 141

ARTICULOS MISCELÁNEOS

6. PATRIMONIO COMO FUENTE HISTORIOGRÁFICA
Julio César Henríquez Troncoso 245



*ARTÍCULOS RELATIVOS AL
PERÍODO DE LA
INDEPENDENCIA DE CHILE*

LA ACTUACIÓN DEL BATALLÓN INFANTES DE LA PATRIA DURANTE LA PATRIA VIEJA. 1810-1814

Claudio Eduardo Vivanco Cifuentes

RESUMEN: este artículo estudia la participación del antiguo batallón de milicias disciplinadas de pardos durante el período de la Patria Vieja, con el objetivo de rescatar y mostrar su importante actuación para la independencia de Chile. Para dicho efecto, se analizó su estructura interna, su participación en las acciones de guerra y las dificultades que enfrentaron para intentar obtener la paridad con otras unidades del Ejército Restaurador.

EL CUERPO DE PARDOS 1720-1811

El Batallón de Infantes de la Patria, que tuvo una destacada participación durante la independencia de Chile, tanto en la Patria Vieja como en el período denominado Patria Nueva y que es recordado por este nombre, no siempre tuvo esta denominación ni tampoco fue un batallón. Su historia debe rastrearse a las unidades milicianas de pardos que existían en la capital del reino¹ y que tuvieron una vida continúa, dado que los primeros antecedentes de cuerpos datan del siglo XVII.² Para 1720 existía una compañía de negros y morenos libres, la que fue creciendo a tal punto en los años posteriores que para 1750 tenía la fuerza suficiente para crear una nueva compañía la que se estructuró en dos cuerpos: *La de la Cañada* (de infantería) y una de Artillería.³ Esta organización duró poco, debido a que el gobernador Manuel de Amat realizó una reestructuración de las fuerzas milicianas, que tenía directa incidencia en los pardos. En consecuencia, este cuerpo fue dividido en tres secciones: de Húsares de Borbón (caballería ligera), de Granaderos⁴ (infantería pesada) y de Artillería, con alrededor de 200 miembros.⁵

Sobre su nueva estructura se estableció un doble criterio de selección para los soldados negros, el que fue por ubicación geográfica y racial. El racial, establecía que los zambos debían alistarse en la unidad de caballería ligera, los negros y mulatos en la *De La Cañada*, y todos ellos podían ser reclutados para

-
- 1 Recordar que habían otras unidades de pardos a lo largo del territorio, como la Compañía de milicias del Batallón Fijo de Valdivia.
 - 2 CONTRERAS CRUCES, Hugo (2006). "Las milicias de Pardos y Morenos libres de Santiago de Chile en el siglo XVIII, 1760-1800", *Cuadernos de Historia* N° 25 (Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago, marzo) (en adelante "Las milicias de Pardos y Morenos libres de Santiago de Chile"), p. 97.
 - 3 *Ibidem*, p. 102.
 - 4 Es la misma compañía de La Cañada y se le reconoció indistintamente por ambas denominaciones. Ver Contreras, *op. cit.*, p. 103.
 - 5 OÑAT, Roberto y ROA, Carlos (1953). "Régimen legal del Ejército en el Reino de Chile: Notas para su estudio", *Estudios de Historia del Derecho Chileno* N° 1 (Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago) (en adelante "Régimen legal del Ejército en el Reino de Chile"), p. 165.

la Artillería. El criterio de localización espacial, estableció que los milicianos serían reclutados según el barrio de residencia. Este doble criterio tuvo repercusiones.

*Ello, como se comprenderá, tuvo por resultado una serie de disputas entre los oficiales de dichas compañías, quienes pugnaban por alistar el mayor número de hombres en sus filas y no dudaban en literalmente robar los soldados de los otros cuerpos de milicias de castas, amparados en que o bien debían pertenecer a su compañía por su condición de mulatos o zambos o si no, porque residían en un lugar determinado de la ciudad, pues ambos criterios parecían ser válidos al momento del reclutamiento.*⁶

Posteriormente, en 1762, el gobernador Antonio Guill y Gonzaga realizó una nueva reforma sobre este cuerpo, dejando estructuradas las compañías de la siguiente manera: una de Artillería, la de zambos libres, la de *La Cañada* y la *del Río*.⁷ Sin embargo, la anterior organización solamente duró un año, ya que para 1763 solo existían las compañías de infantería *De La Cañada* y *Del Río* y la de Artillería. En 1779 el gobernador Agustín de Jáuregui aumentó en una compañía de infantería la fuerza de los pardos y por primera vez se dispuso que el comando de estas tropas recayese en un capitán comandante pardo.⁸ Cabe recalcar que a lo largo de su existencia, el cuerpo de pardos solamente contó con una o más compañías de distintas armas aglomeradas, pero que no fue realmente un batallón como tal,⁹ y alcanzó este estatus al parecer desde abril de 1811.¹⁰

Respecto de su disciplina interna,¹¹ el cuerpo de pardos al igual que otras unidades de milicias se regían principalmente por el “Reglamento para las Milicias de Infantería y Caballería de la Isla de Cuba” del 19 de enero de 1769,¹² el que fue extendido al resto de América por Real Orden de 1791.¹³ En dicho

6 CONTRERAS, Hugo. “Régimen legal del Ejército en el Reino de Chile”, p. 103.

7 El criterio para la Artillería fue el mismo que el de 1750, la de zambos solamente tuvo miembros de dicha casta, y las restantes aglutinaban a los pardos y morenos libres según el barrio donde vivieran. Ver Contreras, Hugo. “Régimen legal del Ejército en el Reino de Chile”, p. 103.

8 El maestro barbero Jorge Gregorio de Arenas. Anteriormente el comandante de todas las compañías fue un oficial blanco, aunque se debe mencionar que los capitanes de cada compañía y sus oficiales eran de color. Ver Contreras, Hugo. “Régimen legal del Ejército en el Reino de Chile”, p. 111.

9 Si bien hay diversos autores que hablan de esta unidad como batallón para esta época, como Barros Arana y Vicuña Mackenna, se difiere de ellos dado que los batallones eran de una arma en específico y no de una mezcla de ellos. Cuando se les otorgó el fuero, se les hizo por compañías y no a todo el batallón.

10 En el mes de abril y dos días de mayo. Pasó Revista de Comisario esta unidad con el título de Batallón de milicias disciplinadas de pardos. Ver Archivo Nacional, Ministerio de Guerra (en adelante ANMG), Vol. 70, expediente 325 (sin foliación).

11 Se conoce el cargo de Sub-Inspector de milicias de Pardos para el período de la Patria Vieja, el que estaba a cargo del Batallón de milicias disciplinadas de pardos, y era una autoridad superior a la de su capitán comandante. Sin embargo no se conoce si este cargo existía para el período anterior. Ver Archivo del Ejército de Chile, Fondo Histórico (en adelante AEFH) Hojas de Servicios. Vol. N° 4, foja 8. Es la Hoja de Servicio de Pedro Nolasco Vidal, desempeñó este cargo desde el 26 de septiembre de 1814 hasta el 15 de octubre del mismo año.

12 Antes de la extensión de este reglamento al resto de América, las milicias se regían por las disposiciones de los gobernadores como la de Amat y la de Jáuregui, y por leyes particulares concernientes al ejército y las milicias, como los reglamentos del uso del fuero de 1728 y 1768.

13 OÑAT y ROA, *op. cit.*, p. 167.

reglamento se indicaban el mecanismo de ascenso, la escala de grados, y otras disposiciones para el funcionamiento de las unidades milicianas. Su disciplina interna fue muy buena, y es por este motivo que los pardos fueron llamados en más de una ocasión a reforzar tropas veteranas, como por ejemplo en 1781, cuando un piquete de 25 artilleros pardos fue llamado a reforzar las tropas de Valparaíso.

El fuero militar¹⁴ les fue otorgado el 17 de noviembre de 1761 a la compañía de artilleros y un día después a la compañía urbana de granaderos.¹⁵ Esta era una distinción muy importante dado que las unidades de pardos y morenos libres tuvieron el carácter de milicias urbanas, las que no poseían planas mayores veteranas ni asambleas instructoras regladas, por lo que la posibilidad que le otorgasen el privilegio del fuero eran mucho menores. Esto refuerza la importancia que tuvieron estas unidades de pardos, su nivel de instrucción y el aprecio de los gobernantes.

BATALLÓN DE INFANTERÍA DE MILICIAS DISCIPLINADAS DE PARDOS 1811-1813

La unidad permaneció sin cambios aparentes, hasta la instalación de la Junta Gubernativa del Reino el 18 de septiembre de 1810, y la orden que esta dio el 2 de diciembre de erigir nuevos cuerpos regulares de tropas en la capital del Reino.¹⁶ Es muy probable que producto de la creación de fuerzas regulares en Santiago, se haya decidido aumentar las del cuerpo de pardos. Esto con el fin de convertirlo en batallón, siguiendo la línea de poseer un núcleo de tropas que protegiera a las nuevas autoridades instaladas, en previsión de que ocurriese algún imprevisto como sucedió con el Motín de Figueroa del 1º de abril de 1811.

El Batallón de milicias disciplinadas de pardos se encontraba acantonado dicho mes y no concurrió como los granaderos y otras fuerzas a sofocar el alzamiento. Esta situación no tuvo mayores consecuencias, a diferencia de lo que ocurriría con el primer golpe de Estado dado por José Miguel Carrera el 4 de septiembre del mismo mes y año. El no haber concurrido con las tropas en apoyo del movimiento revolucionario, molestó de sobremanera a los oficiales,¹⁷ quienes expusieron al Congreso Nacional la siguiente representación:

-
- 14 El fuero era de mucha importancia y muy valorado, permitía entre otras cosas, el no ser juzgado en un tribunal civil y tener ciertos privilegios, por lo que el uso del uniforme inclusive en la calidad de miliciano cobró relevancia.
- 15 OÑAT y ROA, *op. cit.*, p. 198.
- 16 Los que fueron el Batallón de Granaderos de Chile, la Brigada de Artillería de Santiago y dos cuerpos de caballería con la fuerza de un escuadrón respectivamente.
- 17 El comandante contra el que se quejaron los oficiales por su inactividad era Juan de Dios Portillo, lo que le costaría finalmente su puesto en el batallón y el pasar a retiro. En la Revista de Comisario del 30 de abril de 1811, aún figura en su puesto, ver ANMG. Vol. Nº 70, expediente 353, (sin foliación). El 4 de diciembre del mismo año, aún aparece Juan de Dios Portillo como comandante de la unidad en una representación que hace a la autoridad sobre la inasistencia de tambores y pífanos de su cuerpo a la instrucción de asamblea, ver ANMG. Vol. 5, sin foliar. Sin embargo, ya para el 12 de enero de 1812, aparece como comandante retirado en una declaración que dio por la investigación de un proceso de conspiración de Juan de Dios Vial, y a su vez figura como comandante de la unidad Cipriano Varas (quien fue el capitán más antiguo del cuerpo en 1811). Ver Moreno Marín, Armando. Archivo del General José Miguel Carrera (Gráfica Aldunate, Santiago, 1993) (en adelante AGJMC). Tomo III, p. 143. Posteriormente asumió como comandante el oficial pardo Pedro Camaño Plata (quien figuraba como el 6º capitán en antigüedad en abril de 1811), el que figura como retirado para el 18 de noviembre de 1813. Ver Archivo Nacional, Fondo Contaduría Mayor 1ª Serie. (en adelante ANCM) Vol. Nº 231, foja 235.

Sesión del Congreso Nacional de 12 de septiembre de 1811.

“Acta.

*Se leyó una representación de los oficiales de milicias del cuerpo de pardos, manifestando el sentimiento de no haber concurrido al servicio de la patria en el acaecimiento del día 4, por la poca actividad de su comandante, y que, para evitar algún accidente, y ponerse en el estado de disciplina que las haga tan útiles como desean, se encargase la inspección al coronel comandante de asamblea don Juan de Dios Vial. Se acordó esto último, y previno a dicho oficial que proponga las reformas que tenga por convenientes a la Junta de Gobierno, a quien se remitió este negocio...”*¹⁸

Respecto de su estructura, luego que fue elevado a batallón, sus compañías aumentaron de 4 a 6, las que en su totalidad eran de fusileros de infantería.¹⁹ La unidad poseía la siguiente Plana Mayor: 1 Comandante, 1 Ayudante Mayor, 1 Ayudante 2º y 1 Abanderado.²⁰ Empleos que fueron ocupados respectivamente por: Juan de Dios Portillo, José Caldera, Tomás Apelo y Tadeo Hurtado. Los capitanes que comandaban las 6 compañías fueron los siguientes: 1ª Cipriano Varas, 2ª Manuel Barros, 3ª Santos Jiménez, 4ª Joaquín Araya, 5ª Mariano Barrera y 6ª Pedro Camaño Plata. Cada una de ellas contaba con: 1 capitán, 1 teniente, 1 subteniente, al menos 1-2 sargento 1º o 2º, 1-2 cabo 1º, 1-2 cabo 2º y un número aproximado de 55 soldados.²¹

Las expectativas de las autoridades sobre los pardos eran altas, y esperaban, con justa razón, de que este batallón pudiese competir con los regulares creados el año anterior. Dado que su historia como unidad se remontaba hasta 1720, y poseían un entrenamiento constante. A este respecto:

Sesión del Congreso Nacional de 15 de octubre de 1811.

Resumen de las principales resoluciones del Congreso y de los principales actos de la Junta de Gobierno.

*“... Nuestros hermanos los pardos han manifestado siempre una ardiente y generosa adhesión a nuestros principios. Deben contarse entre los valientes defensores de la patria. Ya su cuerpo está aumentado a la clase de batallón, y dentro de poco podrá competir con los veteranos...”*²²

Pese a que se elevó a batallón, solamente una compañía poseía el 30 de abril de 1811, 61 hombres incluyendo oficiales y soldados. Las restantes oscilaban entre 46 a 55, por lo que aún no habían completa-

18 *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile 1811 a 1845*. Tomo I, Congreso Nacional de 1811-Senados de 1812 y 1814 (Imprenta Cervantes, Santiago, 1887), p. 71.

19 Se ignora la fecha en que la compañía de milicias urbanas de Artillería de pardos fue disuelta. Pero es muy probable que sus hombres hayan pasado a formar parte del nuevo batallón.

20 Tanto el Ayudante Mayor como el 2º, eran un empleo no un grado, generalmente ocupado por tenientes, lo mismo sucedía con el sargento mayor, ocupado por capitanes y el abanderado, que equivalía al grado de subteniente graduado.

21 ANMG. Vol. 70, expediente 353 (sin foliación).

22 AGJMC. Tomo II, p. 163.

do su dotación. Luego de casi 8 meses la situación había mejorado, debido a que poseían 4 compañías con dotación completa²³ y solamente faltaban hombres para las restantes.

68. Oficio de José Miguel Carrera al comandante de las milicias de pardos, sobre diversas noticias castrenses, 9 de enero de 1812.

Incompleto.

Nº 74.-Estado. Por ahora y hasta que Ud. reclute más gente para el completo de las dos compañías restantes, quedarán en clase de agregados los oficiales que sobren y cuide U. llamar a los empleos efectivos los más dignos. Sea esto hecho a la mayor brevedad, y pásese U. aviso luego que se verifique, para determinar el día en que debe emplearse la instrucción de la tropa y academia de oficiales. Dios guarde a Ud. muchos años. Santiago y enero de 1812.

José Miguel Carrera.

Al comandante de las milicias de pardos.²⁴

Resulta interesante el oficio citado en el párrafo anterior, debido a que para el 30 de abril de 1811, la Revista de Comisario del Batallón de milicias disciplinadas de pardos establece claramente que todos los empleos de la oficialidad se hayan ocupados. Por lo que por motivos desconocidos algunos de estos oficiales renunciaron a sus puestos o sencillamente fueron removidos por la autoridad.

Debido a los cambiantes sucesos políticos que acaecían, el batallón no logró estar ajeno totalmente a ellos. Como lo fue la fallida conspiración del 27 de noviembre de 1811 contra los Carrera, en que se acusaba al Subinspector de pardos, Juan de Dios Vial Santelices, que había sondeado los ánimos de los oficiales y tropa de los pardos para indisponerlos al gobierno de turno. En consecuencia, el Subinspector pidió testimonios a parte de la oficialidad de los pardos, estos fueron: el comandante retirado Juan de Dios Portillos, los 6 capitanes comandantes de compañía,²⁵ y al Ayudante Mayor Tomás Apelo. Estos de forma unánime entregaron su apoyo a Juan de Dios Vial, desmintiendo que este intentó amotinar algún cuerpo militar contra el gobierno. Solo por ejemplo, se reproduce parte del testimonio del Ayudante Mayor del cuerpo:

103. Carta de Tomás Apelo al coronel don Juan de Dios Vial. Continuación del proceso por la conspiración del 27 de noviembre último, 12 de enero de 1812.

Carta # 8

Señor coronel don Juan de Dios Vial:

Muy señor mío y todo mi respeto.

23 La cantidad de hombres por compañía en este período para tener dotación completa se ignora, aunque se puede presumir que eran 72, que era la fuerza de las compañías para el 1º de abril de 1814. Ver Anexo Nº 2.

24 AGJMC. Tomo III, p. 98.

25 Estos corresponden a la misma planta que el año 1811.

Cumpro con lo que V.S. se sirve ordenarme asegurándole que el veinte y siete de noviembre del año pasado, no he sido citado por nadie, ni tampoco se me dio orden alguna para que, como ayudante del batallón de pardos, citase a oficiales ni soldados. Es cuanto puedo informar en obsequio de la verdad a V.S.

Cuya vida guarde Dios muchos años. -Santiago y enero 12 de 1812. Besa las manos de V.S. su seguro servidor.

Tomás Apelo.²⁶

Pese a este impase político que sufrió la oficialidad parda, la vida de la unidad siguió su curso y al igual que sus pares, fueron llamados al servicio²⁷ para hacer frente a una inesperada amenaza, los patriotas de Concepción liderados por Juan Martínez de Rozas. Este líder político exigía volver a una representación legislativa equitativa como se había planteado en sus orígenes, situación que cambió con la llegada al poder del grupo carrerista, dado que habían clausurado el Congreso Nacional el 2 de diciembre mediante un nuevo golpe de Estado. Esto finalmente ocasionó el quiebre entre ambas ciudades, ya que Concepción movilizó sus fuerzas, lo que provocó a la vez que las tropas capitalinas fueran enviadas hasta Talca. Solamente partieron las tropas regulares, y pese a que posteriormente hubo un pedido de los oficiales de las diversas unidades de milicias disciplinadas, estas no fueron enviadas. A continuación se reproduce parte de la enunciada petición:

171. Oficio de los Comandantes de Artillería, Guardia Nacional, Voluntarios de la Patria y Pardos al señor don José Miguel de Carrera, 8 de mayo de 1812.

Desde el momento en que la patria nos entregó los resortes de su defensa, nos enajenamos de nuestras vidas para su seguridad y protestamos en nuestros corazones, que no habían de durar más tiempo, que el que su conservación no necesitase verter nuestra sangre. (...) Luego que nos notificaron los oficios de V.S. para que nos dispusiésemos a primera orden, hicimos junta de oficiales y todos en medio de la mayor serenidad y sin alterarse, protestan su desesperación, porque aún no llega el momento de su marcha, porque no salen y porque aún no se han movido; difúndase la noticia a los soldados y cada uno quiere ser el primero. (...) Tal es el carácter y disposición de nuestras tropas, que con licencias de nuestro gobierno están dispuestas a las órdenes de V.S. y auxilio de nuestros hermanos, tanto más pronto cuanto tengan el menor apuro, que no esperamos.

Dios guarde a V.S. muchos años.- Santiago y mayo 8 de 1812.

*Luis de Carrera.- Juan Antonio Díaz de Salcedo.- Lucas de Arriarán.- Cipriano Varas.- Señor don José Miguel de Carrera, Inspector de Caballería y Plenipotenciario del Gobierno.*²⁸

26 AGJMC. Tomo III, p. 127

27 Se debe recordar que las milicias disciplinadas, solamente realizaban asamblea (instrucción) de forma esporádica, generalmente los fines de semana. Pero que solamente recibían paga cuando se les llamaba al servicio, el resto del tiempo solamente los oficiales y suboficiales encargados de su instrucción recibían un prest.

28 AGJMC. Tomo IV, pp. 111 - 112.

A pesar de los fervientes deseos ninguno de estos cuerpos fue enviado, y solamente permanecieron acuartelados la tropa suficiente como para cubrir los puntos de fatiga diaria. Por lo que 200 milicianos pardos fueron licenciados del servicio el 13 de mayo del mismo año²⁹ debido a que el erario debió privilegiar el pago de las tropas del sur y el de los Voluntarios de la Patria. Finalmente fueron nuevamente movilizados para salir a recibir el 1º de junio de 1812, a José Miguel Carrera y las tropas que habían partido al sur.

La vida del Batallón de milicias disciplinadas de pardos continuó sin ninguna novedad hasta la llegada de la primera expedición realista al mando del brigadier Antonio Pareja. Cuando fueron llamados al servicio recibieron la siguiente paga mensual:³⁰ 50 pesos para los capitanes, 32 pesos para los tenientes, 25 pesos para los alféreces,³¹ 15 pesos para los sargentos 1º, 13 pesos para los sargentos 2º, 12 pesos para los cabos 1º, 11 pesos para los cabos 2º (pífano 2º y tambor) y 10 pesos para los soldados.³² Este sueldo correspondía a las compañías de fusileros de infantería, según el “Reglamento para las milicias de Infantería y Caballería de la Isla de Cuba”.³³

El sueldo tenía que servirles para reemplazar el que alcanzaban en sus labores diarias, y también era ocupado al menos por los oficiales para comprar su propio uniforme, el que presentaba un carácter de obligatorio. Sin embargo, el caso de la tropa dependía del comandante del cuerpo, dado que podía permitirles usar un simple poncho como uniforme en caso de ser necesario. El uniforme que utilizaron los pardos, probablemente,³⁴ debió haber sido el siguiente: casaca y calzón encarnado; solapa; chupín y vuelta verde; ojal y botón de plata.³⁵ Respecto de este, se desgastaba por el uso y se debía reponer cada cierto tiempo.

Juan José Carrera al subinspector del Cuerpo de Pardos. Santiago, 8 de abril de 1813.

“Al oficio de Usted de ayer, en que pide se le auxilie con mil quinientos pesos para uniformes del batallón de su mando, hoy proveyó la junta lo que sigue.

‘La escasez del erario escasamente permite el socorro de los cuerpos que están sobre las armas: la junta espera del patriotismo de Usted haga los mejores esfuerzos en la colectación de donativos para

29 Ver AGJMC. Tomo IV, p. 128.

30 La que debía ser dividida según el respectivo número de días en caso de que no sirviesen el mes completo.

31 Los subtenientes recibían el mismo sueldo. Ver ANMG, vol. 70, expediente 353 (sin foliación). “Ajuste del haber de la 1ª compañía del Batallón de milicias disciplinadas de pardos”.

32 El cual consta que recibieron. Ver ANMG, vol. 70, expediente 353 (sin foliación). “Ajuste del haber de la 1ª compañía del Batallón de milicias disciplinadas de pardos”.

33 Ver ANMG, vol. 5, foja 127. Contiene un documento en que se detallan los sueldos de las milicias de Infantería, el de los Dragones de la Frontera, el de la Artillería según el reglamento del 10 de noviembre de 1805 y el de la Infantería regular según el reglamento de Lima.

34 Probablemente debido a que este uniforme era el que ocupaban las compañías de milicias urbanas predecesoras del Batallón de milicias disciplinadas de pardos, lamentablemente para esta unidad no hay registros históricos de su uniforme aunque sí se sabe que utilizaron, por lo que se supone haya sido el mismo.

35 OÑAT y ROA, *op. cit.*, p. 178.

el vestuario de la tropa de su inspección; cierto que faltando este arbitrio, se proveerá de las cajas, en circunstancias que no serán entonces tan urgentes sin atenciones: y así se le contesté’.

*Transcríbese a Usted para los fines expuestos. Dios guarde a Usted muchos años. Sala de Gobierno
8 de abril de 1813.*

Juan José Carrera

Señor Subinspector de Pardos”³⁶

En el caso de los pardos, el reponer sus uniformes resultaba crítico, debido a que en el mes anterior las fuerzas de Pareja habían logrado tomar por asalto Talcahuano y entrar a Concepción. Esto provocó la pronta respuesta de Carrera, quién envió los primeros días de abril ochenta Húsares de la Gran Guardia Nacional, dictó las disposiciones correspondientes para llamar al servicio activo a las milicias del reino, posteriormente envió a la Brigada de Artillería y luego al Batallón de Granaderos de Chile hacía el sur. Los pardos fueron llamados al servicio, pero no partieron a la campaña sino que los dejaron a cargo de las piezas de artillería que quedaron en Santiago.³⁷ Sin embargo esta resolución pronto cambio:

Acta del Cabildo de Santiago de 10 de abril de 1813.

“... Luego se trató sobre lo favorable que era, en las circunstancias que iban a salir el cuerpo de pardos y el de voluntarios de la patria a la reunión y refuerzo del ejército del sud, entusiasmarlos y alararlos por medio de un oficio que el Ilustre Cabildo les pasase a sus comandantes, dándoles las gracias a nombre del pueblo por el patriotismo que manifestaban y el valor tan entusiasmado con que gritaban la defensa de su patria, cuya acción celebrarían con honor que recibían; y así lo acordó el Ayuntamiento, pasándoles respectivamente los referidos oficios...”³⁸

Los pardos entrarían finalmente en acción, donde se distinguieron por su valor y disciplina, más que los mismos granaderos en algunas ocasiones, siendo preferidos por autoridades políticas y militares en desmedro de otras tropas.

Batallón “Infantes de la Patria” 1813-1814

Por decreto del 25 de abril de 1813, el Batallón de milicias disciplinadas de pardos pasó a denominarse Batallón “Infantes de la Patria”. A continuación se transcribe el decreto de su creación:

36 Archivo Nacional, Colección Fernández Larraín. vol. 40, pza. 24 (sin foliar).

37 Lo que hace aún más fuerte la sospecha de que los miembros de la antigua compañía de milicias urbanas de pardos de Artillería, servían en el Batallón de milicias disciplinadas de pardos.

38 *Actas del Cabildo de Santiago durante el período llamado de la Patria Vieja (1810 - 1814)*. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina (Santiago, 1960), pp. 209 - 210.

1. El nombre de batallón de pardos queda para siempre abolido en el territorio de Chile. Los militares se emplean todos en la defensa de la patria, y ella sin distinguir de condición los aprecia igualmente, no teniendo otra consideración sino a sus virtudes.
2. El batallón que hasta ahora se ha conocido con este título se denominará en adelante batallón Infantes de la Patria.³⁹

Se transcribió el decreto para realizar una importante aclaración histórica y desmitificar lo expresado como verdad histórica reiteradas veces, que esta unidad era de línea, es decir una tropa regular. “*El citado batallón de pardos pasó a la calidad de cuerpo de línea –no en 20 de octubre de 1811– sino en 25 de abril de 1813 (...)*”.⁴⁰

En ninguna parte del documento que acredita la creación del batallón, se establece su calidad de cuerpo de línea. Pero para rectificar de una vez por todas, este error histórico, se reproduce a continuación una nota a un listado de mesadas que debieron suspenderse de miembros del Ejército Restaurador:

Anselmo Causino Infante de la Patria que anda en compañía del Ministro Contador don José Samaniego, desde [ilegible] enfermo de Concepción para esa capital, cuando vino con el Ejército al principio de la campaña de abril este tiene señalados 6 pesos de mesada. Averígüese la orden en virtud de que no se ha reunido a su cuerpo, pues presumo que fuese temporal su licencia para que con este socorro viajase más cómodamente dicho Ministro, y en caso que no la tenga, debe suspenderse dicha mesada, **pues a ningún miliciano, no se le pasa sueldo mientras no hace su servicio.**⁴¹

Queda demostrado en la anterior cita, que el Batallón “Infantes de la Patria” siguió en su calidad de unidad miliciana disciplinada. Por ende, los sueldos les eran pagados solamente a los pardos en servicio, el prest continuó siendo el mismo y no tuvo variación.

Luego de esta necesaria aclaración, sobre la calidad de los Infantes de la Patria. Se continúa con la historia de la unidad y su actuación en los diversos combates y acciones de guerra de la Patria Vieja.

Llegaron a Talca 250⁴² “Infantes”⁴³ el 4 de mayo de 1813 y se incorporaron al Ejército Restaurador. Desde allí marcharon a Longaví, donde se dio una nueva organización a las fuerzas patriotas, pasando los “Infantes” junto a los voluntarios a formar la 3ª división bajo el mando del Maestre de Campo brigadier

39 Citado en Memorial del Ejército 299, citado originalmente en el *Monitor Araucano* N° 10, 29 de abril de 1813, p. 67.

40 *Ibidem*, p. 67.

41 ANCM. Vol. N° 231, foja 159. El documento es de fines de enero de 1814. El destacado es hecho por el autor de este artículo.

42 Barros Arana, Diego. *Historia general de la Independencia de Chile*. Tomo II (Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1855) (en adelante *Historia general de la Independencia de Chile*), p. 66.

43 La unidad no estaba al completo, solamente a fines de 1813 se mandó el resto de la unidad a campaña.

Juan Mackenna O'Reilly.⁴⁴ Sin embargo, a los pocos días el "Infantes" fue separado de la 3ª división e incorporado a la 2ª, así marcharon los pardos a su bautizo de fuego, el que encontrarían el 15 del mismo mes, en la Batalla de San Carlos.

Las tropas realistas fueron sorprendidas por el Ejército Restaurador bajo el mando de José Miguel Carrera en San Carlos.⁴⁵ Su jefe interino Juan Francisco Sánchez hizo colocar a sus 27 piezas de Artillería sobre un cerro y a su infantería formar un cuadrilongo protegiéndolas, a su espalda tenía el río Ñuble por lo que solamente debía preocuparse de su frente y sus alas. A su vez el jefe patriota mandó el despliegue de sus fuerzas la Infantería al centro, compuesta del Batallón Granaderos de Chile y el Batallón "Infantes de la Patria", y la Caballería a los flancos con el objetivo de rodear a los realistas y cortarles el paso. Sin embargo, el comandante de la 2ª división se lanzó al ataque con sus granaderos y estropeo el plan de ataque, debido a que el "Granaderos" se disperso en pelotones haciendo fuego, en ese instante el "Infantes" entró al ataque de frente y sufrió la misma suerte. Pese a que ambas unidades continuaron el combate hasta la tarde, la batalla estaba decidida a favor del bando realista.

Posteriormente, Sánchez se encerró en Chillán y los patriotas ocuparon Concepción el 23 de mayo. No ocurrió lo mismo con Talcahuano⁴⁶ que se hallaba defendida tanto por tierra como por mar, debió ser tomada por la fuerza.

(...) al amanecer del día 29 [de mayo] las guerrillas del capitán Joaquín Prieto y del teniente Ramón Freire, apoyadas por 200 soldados del Batallón Infantes de la Patria con 2 piezas de artillería, atacaban las alturas del morro; mientras, el resto de la infantería, reforzado por un cañón, avanzó por las alturas cercanas a San Vicente y obligó a los defensores a huir hacia los buques surtos en la rada, dejando un buen número de muertos y ciento cincuenta prisioneros.⁴⁷

Luego de esta acción el batallón participó en pequeñas acciones de guerra, pero no como unidad, sino que fraccionado. Uno de sus pelotones junto a otro del Voluntarios de la Patria fue aniquilado el 1º de julio en camino hacia Chillán como refuerzo de las fuerzas sitiadoras.⁴⁸ Parte de sus fuerzas estuvieron en el sitio de Chillán y participó en las acciones del 2 y 5 de agosto. Otra quedó de guarnición en Talcahuano y otra continuó esta 1ª campaña y sufrió el ataque nocturno durante la Batalla del Roble del 17 de octubre de 1813.⁴⁹

44 BARROS ARANA, *op. cit.*, p. 69.

45 Ver Anexos Nº 3 y Nº 4. Los que son respectivamente las Hojas de Servicios de Tadeo Mateluna y Antonio Castañeda. El primero se halló como sargento 1º en dicha batalla y el segundo como alférez.

46 Ver Anexos Nº 3 y Nº 4.

47 ESPINOZA, Virgilio (Coordinador General) *Historia del Ejército de Chile*. De la Patria Vieja a la batalla de Maipo: 1810 - 1818 (Publicaciones militares y Biblioteca del Oficial, Santiago, 1984) (en adelante *Historia del Ejército de Chile*), Tomo II, p. 84.

48 Hay registro de esto, pues hay consignados un registro de los soldados fugados de Chillán durante el sitio de esta plaza. Ver ANCM. Vol. Nº 231, foja 207.

49 Ver Anexos Nº 3 y Nº 4. También ver Arancibia, Claudia "Un soldado de la Independencia" *Revista de Historia Militar*. Nº 4 (Departamento de Historia Militar, Santiago, diciembre 2005) (en adelante "Un soldado de la Independencia"), p. 14.

Luego de estos combates sus oficiales se vieron involucrados en otro incidente político, producto de la destitución de José Miguel Carrera y sus hermanos. Sin embargo, Carrera retrasaba su partida y cuando lo hizo, el quiebre entre las tropas era evidente, algunos apoyaban a O'Higgins, nuevo Comandante en Jefe y otros al saliente. Por este motivo la oficialidad del Infantes y de los Voluntarios de la Patria junto a la de los cuerpos milicianos acantonados en el campamento militar del Troncón, redactaron el siguiente documento:

Excmo. Señor:

Deseosos de precaver los insultos que nos anuncia la situación en que nos hallamos expuestos por la poca consideración de los jefes al bien público y a padecer las vejaciones de los enemigos que con insolencia intentan violar nuestros derechos y coartar nuestra libertad; usando de ella y de los medios más oportunos que inspira la prudencia, hemos pactado aproximarse a Itata con la fuerza de los infantes de la patria y los voluntarios, uniendo a estos los milicianos de Concepción con otras divisiones que se reunirán en el caso hasta formar una fuerza de doscientos y más fusileros. (...).⁵⁰

Finalmente, el anterior problema se vio resuelto por la captura de los Carrera y por la llegada de una nueva expedición realista, esta vez al mando del brigadier Gabino Gaínza. El Batallón "Infantes de la Patria" antes de comenzar esta nueva campaña, recibió un refuerzo aproximado de 150 pardos⁵¹ que habían quedado de guarnición en Santiago, lo que en parte supliría las bajas experimentadas por este cuerpo debido a los combates, las enfermedades y las deserciones.

La primera acción de importancia de esta nueva campaña fue la captura de Talca, la que se hallaba defendida por "(...) una reducida fuerza de 110 fusileros, 70 artilleros y 30 milicianos de caballería".⁵² Entre los primeros de la anterior relación se encontraban un número indeterminado de pardos, uno de ellos fue José Romero.⁵³ Este combate fue cruento y hubo muy pocos sobrevivientes.

Los patriotas estaban acampados en el Quilo y el Membrillar, esperando los refuerzos al mando de Blanco Encalada. Parte de los "Infantes" junto a otras fuerzas que se hallaban en el Quilo bajo el mando de O'Higgins lograron rechazar fácilmente a las tropas realistas aquel 16 de marzo de 1814, dado que estas estaban constituidas en su mayor parte por guerrilleros y su misión no era atacar a O'Higgins sino que distraerlo. Los núcleos patriotas de O'Higgins y de Mackenna localizados respectivamente en el Quilo y

50 Archivo de don Bernardo O'Higgins (Editorial Nacimiento, Santiago, 1946) (en adelante ABO) Tomo I, p. 328.

51 Ver Anexo N° 1. Constituye un listado de las mesadas que dejan los "Infantes de la Patria" a sus familiares en Santiago antes de partir hacia el sur, con fecha del 18 de noviembre de 1813. Ver ANCM, Tomo 231, foja 235. Este documento es el encabezado del Anexo N° 1.

52 TORO DÁVILA, Agustín. *Síntesis Histórico Militar de Chile* (Editorial Universitaria, Santiago, 1977), p. 72.

53 Conocido como Zambo Peluca, se encontró ese 4 de marzo de 1814 en la desesperada defensa de Talca. Este pardo logró sobrevivir a la Guerra de Independencia y llegar al grado de sargento mayor. Al respecto ver ARANCIBIA, Claudia. "Un soldado de la Independencia", p. 14.

el Membrillar, no podían ir en refuerzo sus compañeros y debieron prepararse para la defensa. El primero de ellos se tardó en ir como refuerzo de Mackenna debido al temor que tenía de ser atacado nuevamente, lo que ocasionó que el brigadier irlandés tuviera que afrontar con sus fuerzas el ataque del grueso realista aquel 20 del mismo mes. Posteriormente los realistas acabaron con un refuerzo conducido por Blanco Encalada en Cancha Rayada el 29 de marzo de 1814. Lo que dejó a las fuerzas patriotas en un mal estado, pero a su vez los realistas tampoco estaban mejor, lo que dio paso a las negociaciones que culminaron en el Tratado de Lircay del 3 de mayo del mismo año, que fue una tregua necesaria para ambas fuerzas.

Dicha paz transitoria se vio interrumpida por el golpe de Estado que dieron los Carrera el 23 de julio de 1814 en Santiago. Lo que provocó la reacción de O'Higgins y sus fuerzas. La oficialidad que estaba bajo su mando en Junta de Guerra celebrada el 28 de julio en Talca decidió por voto casi unánime⁵⁴ marchar a reponer las autoridades sacadas por los Carrera por la fuerza de ser necesario. El único oficial de los "Infantes" que tenía el grado mínimo requerido de capitán para participar en dicha votación y decidir por su cuerpo, dijo lo siguiente:

El capitán de infantes de la patria don Joaquín Alcaya dijo: que opinaba del mismo modo que el capitán Correa [este opinó lo siguiente: que estando cierto que las corporaciones de la capital de Santiago no tenían facultad para elegir un gobierno que mandase a todo el reino, no obedecía a la autoridad nuevamente instituida y lo firmó], y lo firmó.- JOAQUÍN ALCAYA.⁵⁵

Una vez tomada la decisión las fuerzas del Ejército Restaurador bajo el mando de O'Higgins partieron a cumplir su cometido. Pero como era de esperarse, José Miguel Carrera logró alistar las pocas fuerzas que poseía en la capital y se preparó para la defensa en la línea de "Las Tres Acequias", al este del río Maipo, dejando al mando de ellas a su hermano, el coronel de Artillería Luis Carrera. La vanguardia de O'Higgins compuesta de Dragones de la Frontera, el 26 de agosto fue recibida por tiros de los fusileros y de la artillería carrerista y posteriormente fueron atacados por las milicias de Caballería, por lo que debieron retirarse derrotados. Mas O'Higgins no había renunciado a intentar otro ataque con todas sus fuerzas, siendo un elemento principal de este nuevo intento los "Infantes de la Patria". Cuando recibió la noticia de la llegada de un emisario del brigadier Mariano Osorio, jefe de la 3ª expedición realista, se vio obligado a buscar un acuerdo con José Miguel Carrera y unir sus escasas fuerzas para afrontar esta última campaña.

Las fuerzas del batallón se hallaban muy disminuidas, por el desgaste natural de campaña y además porque habían perdido los hombres que guarnecían Talcahuano. El brigadier Osorio desembarcó sus fuerzas en Talcahuano el 13 de agosto y rindieron a Concepción el mismo día luego de una defensa a la desesperada realizada por la escasa tropa patriota, compuesta de 130 fusileros, 60 lanceros y algunos

54 José María Benavente, comandante de la Guardia Nacional fue el único de los oficiales que estaba contra el ataque de las fuerzas de Carrera. Ver ABO. Tomo II, p. 307.

55 ABO. Tomo II, p. 305.

vecinos.⁵⁶ Todas las fuerzas que protegían la ciudad, entre ellos un pelotón de los “Infantes” fueron hecho prisioneros por varios años, como lo fue el sargento 1º Tadeo Mateluna.⁵⁷

Dando por perdidas las fuerzas al sur del río Maipo, José Miguel Carrera comenzó a reorganizar las tropas. El Batallón de Infantes de la Patria junto al Regimiento de “Ingenuos de la Patria”⁵⁸ se unieron para formar el Batallón de Infantería de Línea Nº 4, el que tenía la siguiente estructura:

Compuesto de Infantes e Ingenuos de la Patria, su formación en dos divisiones, cada una de tres compañías de 100 hombres y una de Granaderos de igual fuerza, por mitad de Infantes e Ingenuos. Cada compañía debe constar.

De 1 capitán.- 1 sargento 1º.- 5 cabos 1º.- 1 teniente.- 3 Ídem 2º.- 5 Ídem 2º.- 2 subtenientes.- 2 tambores.- 84 soldados.- 1 cabo.- 6 gastadores.

Los capitanes de las primeras Compañías de cada División, que serán los más antiguos, deberán titularse, al mismo tiempo. Comandantes naturales de ellas.

320.-6. Plana Mayor

Debe constar. De 1 subinspector.

Un sargento mayor, con título de Primer Comandante de ambas divisiones,... Que, precisamente, ha de ser Veterano.

1 ayudante mayor = De la misma clase.- 1 ayudante 2º.- De Infantes.- 2 abanderados = de ídem.- 1 capellán = 1 sargento 1º veterano de brigada.- 1 cirujano = 2 cabos 1º, de la misma clase a sus órdenes y los 3 a cargo del armamento, citaciones y demás fines de servicio.- 1 maestro armero.- 1 tambor mayor. 1 de órdenes. 4 pífanos.⁵⁹

Al analizar la nueva estructura, se puede dar cuenta de que los “Infantes de la Patria” finalmente pasaron a ser una unidad regular y por ende tuvieron por primera vez un capellán y un cirujano. Pese a que aparentemente perdieron su carácter de cuerpo, no fue así, debido a que en la práctica por falta de tiempo esta nueva organización nunca pasó más allá del papel al menos, y de haberlo hecho, el “Infantes de la Patria” sencillamente se hubiera encontrado reunido en una de aquellas dos divisiones del Batallón de Infantería de Línea Nº 4.

56 AGJMC. Tomo X, p. 385. El teniente de “Infantes” Ramón Gil, luego de haberse rendido murió producto de sus heridas confinado en prisión.

57 Ver Anexo Nº 3.

58 Esta unidad fue creada por decreto de la Junta Gubernativa de Chile de 25 de agosto de 1814. En base a esclavos que debían entregar sus dueños a los que se les pagaría el precio de venta normal. Estos hombres al ser incorporados en esta unidad, podían acceder a su libertad pero luchando por ella. Lamentablemente por la falta de instrucción y el poco tiempo que hubo para instruirlos no fueron una fuerza efectiva. Ver AGJMC, Tomo XII, p. 174.

59 AGJMC. Tomo XII, p. 249.

Supuestamente el nuevo Batallón de Infantería de Línea N° 4 debió haber tenido una fuerza de 700 hombres sin contar a su Plana Mayor. Pero cabe preguntarse de donde iba a sacar esa cantidad de soldados pardos. Por suerte habían 100 “Infantes” resguardando junto a otras fuerzas Valparaíso desde comienzo de la guerra, estos habían sido llamados por Carrera el 28 de julio de 1814 para la capital.⁶⁰ Según las anotaciones del mismo Carrera en su diario, los “Infantes” que estaban bajo el mando de O’Higgins después del combate de “Tres Acequias” eran solamente 47.⁶¹ Esto sin contar los “Ingenuos” que pudo haber reunido desde su reciente creación. Por lo que resulta muy lógico que en el estado de fuerza de las tropas que combatirían en la Batalla de Rancagua, el Batallón de Infantería de Línea N° 4 solamente tuviera una fuerza de 186 soldados y 9 oficiales⁶² incluyendo a su comandante Ambrosio Rodríguez.

El batallón marchó al sur como parte de la 3ª división que se encontraba bajo las órdenes directas del coronel Luis Carrera. Hubo una divergencia de planes entre O’Higgins y José Miguel Carrera, el primero quería hacer una resistencia en Rancagua y el segundo en la Angostura de Paine.

Finalmente no se realizó ninguno de los dos planes a cabalidad, se fortificó en algún grado la Angostura de Paine y se dejaron fuerzas resguardando el Cachapoal. Debido a que las tropas realistas lograron traspasar dicho río sin ser impedidos, las fuerzas de la 1ª y 2ª divisiones se encerraron en Rancagua. Así comenzó el 1º de octubre la sangrienta y larga batalla que duró hasta el día siguiente. Por suerte para los “Infantes” su nueva unidad estaba encuadrada en la 3ª división y no sufrieron el rigor de la batalla aunque el 2 de octubre realizaron un ataque para que los patriotas efectuaran una salida de dicha plaza que no concretaron por falta de coordinación. Posteriormente los restos de la 1ª y la 2ª realizaron una salida por la fuerza, rompiendo el cerco realista y retirándose con lo que quedaba de la 3ª.

Pero este no fue el fin de las penurias de los “Infantes” ya que tuvieron que proteger la retirada patriota, y entablar un último combate denominada Ladera de los Papeles. Como informa el mismo Osorio en un comunicado al virrey del Perú:

Segundo parte del Sr. coronel de artillería y general en Jefe del Ejército Real en el Reino de Chile don Mariano Osorio. Valparaíso, 19 de octubre de 1814.

Excmo. Señor.

El enemigo, en precipitada fuga, abandonándolo todo y con muy poquísima gente, pues quizá no llegaría a cien hombres, pasó la cordillera la noche del 13 al 14; desde Colina a la cumbre de los Andes, hasta donde se le pudo perseguir, se le tomaron nueve piezas de artillería de diferentes calibres, con algunas cureñas que no tuvo tiempo de quemar; muchas municiones, particularmente de cañón, más de 300 fusiles, más de 200 prisioneros, sin contar 36 muertos, que tuvo en la pequeña acción que

60 AGJMC. Tomo XII, p. 88.

61 *Ibidem*, p. 416.

62 ABO. Tomo II, Anexo Documental de la obra.

quiso sostener en la altura más arriba de la ladera llamada de los papeles, dentro de la cordillera: la bandera del Batallón de Ingenuos, con la misma divisa negra (...) ⁶³

Esta información se puede contrastar con la que existe anotada en la Hoja de Servicios de Pedro Nolasco Vidal, que es la siguiente:

En la de Rancagua desde el 26 de setiembre hasta el 15 de octubre de 1814, al mando del batallón Infantes de la Patria i cuatro piezas de artillería i con la fuerza que salvó de la acción Rancagua en los días 1° y 2 de octubre protegió la retirada hasta la otra banda de la cordillera, precipitó los cañones en la ladera de los Papeles, por la imposibilidad de conducirlos i entregó en Mendoza en 16 de octubre 14 artilleros y 94 infantes con sus armas i la bandera del batallón. ⁶⁴

En ambas fuentes queda claro que en la cuesta o ladera de los Papeles, las fuerzas patriotas que sobrevivieron al enfrentamiento de los realistas eran alrededor de 100 hombres, que se vieron obligados a abandonar los cañones y que su infantería estaba compuesta por hombres de color. Ninguna de las fuentes miente en su relato, debido a que el Batallón de Infantería de Línea N° 4 solamente existía nominalmente y en la realidad tanto los “Infantes” como los “Ingenuos” de la Patria operaban como unidades independientes cada una con su propia bandera. La del “Ingenuos” fue capturada pero la del “Infantes” logró llegar a salvo a Mendoza conducida por los restos de este golpeado batallón.

CONCLUSIÓN

Así terminó la destacada actuación de los otrora denominados pardos en este primer período de la independencia de Chile, de los aproximadamente 370 hombres que servían en esta unidad para abril de 1811 solamente lograron llegar a Mendoza 94. ⁶⁵ Una cifra atroz, ya que entre muertos y prisioneros la unidad perdió el 75% de su fuerza. Pero este no fue el final de la lucha ellos, ya que en un primera instancia fueron incorporados el 1° de noviembre de dicho año al batallón de Auxiliares de Córdoba, para luego ser llamados de forma exclusiva tanto los “Infantes” como los “Ingenuos” y esclavos chilenos para formar un cuerpo cuando regresaran a Chile. Una vez ocurrida la victoria de Chacabuco e instalado el gobierno de O’Higgins, este mediante un decreto estableció la reorganización del “Infantes de la Patria”. Este nuevo cuerpo participó de forma clave en la Batalla de Maipo, pero eso es otra historia que deberá ser contada.

63 *Viva el Rey. Gazeta del Gobierno de Chile*. Tomo 1º, jueves 8 de diciembre de 1814, en: Biblioteca Nacional. Colección de Antiguos Periódicos Chilenos. (Imprenta Cultura, Santiago, 1952), p. 34.

64 AEFH. Hojas de Servicios. Vol. N° 4, foja 8.

65 Ver Anexo N° 1 de Alarcón, Camilo. “Soldados sin Ejército: La vida de la emigración militar patriota en las Provincias Unidas del Río de la Plata (1814-1817)”. Este es un estado de fuerza entregado por José Miguel Carrera a los días de su llegada en el que el Batallón de Infantería de Línea N° 4 figura con una fuerza total de 73 hombres y el Batallón de Ingenieros (Ingenuos de la Patria) aparece con un total de 60. En el documento también se especifica que la cantidad de emigrados chilenos fue aumentando hasta 1816, por lo que es muy probable que la cifra de 94 “Infantes” sea muy cercana a la cierta.

Razón de las mesadas, que han dejado los oficiales, y soldados del Batallón de Infantes de la Patria, que marcharon para el Ejército a saber

<u>OFICIALES</u>			
Capitán	José Tomás Apelo.....	25	Pedro Jiménez2
Teniente	Cerapio Astorga.....	16	Camilo Rotaache.....2
Teniente	José María Causino.....	24	José Blas Soloaga.....3
Ayudante	Juan Antonio Toro.....	16	Carlos Montenegro.....2
Teniente	Ramón Gil.....	15	José Miranda.....2
Alférez	Matías Goroigoitia.....	12	Buenaventura Urbina.....2
Alférez	Leandro Camaño.....	17	Pedro José Caravajal.....2
Alférez	José Caldera.....	8	Francisco Rodríguez.....2
Ídem	José Antonio Castañeda.....	8	José Rodríguez.....5
Ídem	Liberato Mateluna.....	10	Ventura Toledo.....3
Ídem	Manuel Santelices.....	12	Antonio Reyes.....2
			Santos Latus.....2
			Lorenzo Mendoza.....3
			Anselmo Ascuy.....2
			Alejandro Inostroza.....3
			José Vega.....2.4
			Pascual Enríquez.....2
			José Edmira.....2
			José María Molina.....2
			Juan Aguilar.....2.4
			Andrés Román.....2
			Simón Payba.....2
			Antonio Huerta.....3
			Gabriel Villagra.....2
			Silvestre Guajardo.....2
			Alejandro Santelices.....2
			José Gregorio Morales.....2
			Pedro José Cobarrubias.....10.4
			José Contreras.....2
			Antonio Arancibia.....2
			José Cortéz.....10
		<u>202.4</u>	<u>87.2</u>
<u>SOLDADOS</u>			
	Anselmo Camino.....	6	
	José Dolores [ilegible].....	2	
	Manuel Blanco.....	3	
	Antonio Blanco.....	3	
	Julián Ortiz.....	2	
	José Ahumada.....	2	
	Pascual Farías.....	2	
	Mateo Aguilera.....	2	
	Francisco Toledo.....	2	
	Vicente Toledo.....	2.4	
	Pascual Pereira.....	2	
	José María Pereira.....	3	
	José Flores2.....		
	Bernardino Muñoz.....	2	
	Francisco Escobar.....	2	
	Francisco Zúñiga.....	2	
	Bartolo Sánchez.....	2	

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Anastasio Gallardo.....	2	Vicente Toledo	4
Matías Astorga.....	2	Guillermo Garrote	4
Pedro Araya	3	Juan Agustín Valle.....	3
Juan José Morales	3	José Antonio Ramírez.....	2
Florencio Gálvez	1	José María Rotaache	2
José Gamboa	6	Juan de la Cruz Araya	2
Santos Plaza.....	2	Nicolás Covarrubias	3
Andrés Cavieres	2.4	Esteban Mendoza	2
Ventura Aguirre.....	4	Domingo Olivares	2
José Santos Toro	2.4	Santiago Castellón.....	2
Juan Guerra	2	Pedro Ulloa	3
Antonio Amaya	2	José Castellón	2
Bruno Mardones	2	Joaquín Mesina	4
Amiceto Salinas.....	2	Andrés Cordero.....	2
José García.....	2	José Gallardo.....	2
Juan José Ubaldo	2	Calismo Castillo	1
Pablo Guerra	2	Antonio Escobar	2
José Hernández	2	Juan de la Cruz Cansase.....	2
Nicolás Aldunate.....	4	José María Tobar	3
José Vargas.....	2	Marcos Tobar	2
José Berrios	2	José María Donoso.....	2
Juan José Guzmán	2	Lucas Puebla.....	2
Pedro Zapata.....	2	Lorenzo Eo.....	1.4
Manuel Antonio Guzmán	4	José del Carmen Covarribia.....	4
Juan Hidalgo.....	2	Benito Sañarto.....	2
Domingo Andrade.....	2	Joaquín Arancibia	2
José María Sandon	2	José Dolores Segovia	2
Juan Castillo	2	Francisco Oliva	2
Juan González	2	Manuel Briones	2
José María Cofré.....	2	Antonio Mansules	2
Pascual Cofré.....	2	Gregorio Durán.....	2
José Dolores Cordero.....	2	Pedro Castillo.....	2
Antonio Beltrán	2	Patricio Ferreira.....	14.4 ^{1/2}
Simón Bustamante	3	Plácido Balladares.....	3
	<u>80.8</u>		<u>91.8^{1/2}</u>

LA ACTUACIÓN DEL BATALLÓN INFANTES DE LA PATRIA DURANTE LA PATRIA VIEJA. 1810-1814

Pilar Guerrero	4	Manuel Alvias.....	11
Juan de Dios Carvajal	2	José Valderrama	1
Francisco Carrera Correa	1.4	Luis Díaz	3
José María González.....	2	Agustín Rodríguez	2
Francisco Mena	6	Juan Banda	3
José Noriega.....	4	Miguel Vera.....	6
José Tadeo Pérez.....	3	Pedro Díaz	2
Domingo Díaz.....	2	Juan Gallardo.....	2
Luis Morales	2	Miguel Molina	2
José Antonio Arenas	4	Santiago Lasarte.....	3
Diego Díaz	2	José del Carmen Garcés.....	2
Miguel Castro	3	José Dolores Videla.....	2
Juan Castro.....	2	Fermín Suárez	3
Manuel Tapia	2	Pascual Castillo	2
Juan Francisco Toro	4	Juan José Hurtado	6
José Puebla	3	Pascual Marín	3
José María Sagredo	2	Pedro Castillo.....	3
Cipriano Figueroa	2	Juan Chaparro.....	2
Manuel Ramírez 2ª compañía.....	2	Juan Gallardo.....	2
Anselmo Olaguer.....	2	Marcos Herrera	2
José Mendoza	3	Anastasio Alfaro.....	1.4
Gregorio Miranda	2	José Rosales	4
Agustín González	2.4	José Escobar	2
Ramón Rocha	2	Pedro Pablo Cotera.....	2
Manuel Ramírez.....	1.4	José Eraro 1.4	
Carlos Ramírez	2	Juan Castillo	1
José María Vargas	2	Antonio Aguilera	3
Carlos Prado.....	3	José Puebla	3
Dionisio Barros	3		<u>78.4</u>
Domingo Miranda.....	3		
Agustín Díaz.....	4		
Toribio Covarrubias	<u>1.4</u>		
	83.6		

[rúbrica]

Batallón de Infantes de la Patria 3ª Compañía

Estado que manifiesta la fuerza y armamento, que hoy día de la fecha tiene dicha compañía con expresión de los buenos y enfermos los útiles y descompuestos

<u>Fuerza Efectiva</u>	<u>Capitanes</u>	<u>Tenientes</u>	<u>Subtenientes</u>	<u>Sargentos</u>	<u>Tambores</u>	<u>Cabos</u>	<u>Soldados</u>	<u>Totales</u>
Buenos.....	1	1	1	2	2	6	46	59
Enfermos.....					1	2	6	9
Empleados fuera de la División.....						1	1	2
Totales.....	1	1	1	3	2	9	53	70

<u>Armamentos</u>	<u>Fusiles</u>	<u>Bayonetas</u>	<u>Cartucheras</u>
Buenos.....	57	22	22
Descompuestos.....	5		
Faltan para el completo.....	3	43	43
Totales.....	65	65	65

Nota: El veinte y seis del pasado enero desertaron cinco soldados los que faltan para el completo de setenta y dos que es la fuerza presentada en los demás estados.

Campamento de Chepe Febrero 1º de 1814

José Tomás Apelo
(firma)

Sargento Mayor graduado Tadeo Mateluna. Nació en Santiago el año 1789.						
Día	Mes	Año	EMPLEOS	Día	Mes	Año
19	11	1810	Cabo 2º del Bat. Pardos de las Milicianos disciplinados	19	11	1811
19	11	1811	Sargento 2º del Bat. Infantes de la Patria	19	10	1812
19	10	1812	Sargento 1º del mismo	08	04	1818
08	04	1818	Licenciado por disolución del cuerpo	23	01	1830
23	01	1830	Teniente del Bat. Cív. 3 de Santiago	08	05	1830
08	05	1830	Capitán del mismo	26	09	1831
26	09	1831	Licenciado con goce de fuero	20	02	1846
20	02	1846	Capitán graduado de mayor y licenciado	31	07	1862
31	07	1862	Teniente del Cuerpo de Asamblea	21	01	1870
21	01	1870	Capitán del mismo	05	04	1872
05	04	1872	Grado de sargento mayor	07	01	1873
07	01	1873	Falleció en Santiago			
			Abonos:			
			Por los servicios prestados en la Guerra de la Independencia			
			Por la campaña del Perú			
			Por la Batalla de Yungay			
Total hasta						
CAMPAÑA Y ACCIONES DE GUERRA DONDE SE HA HALLADO						
<p>Hizo las campañas de los años 1813, 1814, 1817 y 1818, a las órdenes de los generales Carrera, O'Higgins y San Martín. Se encontró en las acciones de guerra siguientes: en la de San Carlos en junio de 1813, a las órdenes del general O'Higgins, en la toma de Talcahuano, en la de Curapaligue, a las órdenes del sargento mayor José M. Benavente, en la rendición de la plaza de Concepción, a las órdenes del expresado Jefe, en la que fue hecho prisionero permaneciendo en clase de tal, hasta la Batalla de Chacabuco el 12 de febrero de 1817, a las órdenes del general O'Higgins. A las órdenes del general Freire en el encuentro de Quechereguas el 14 de marzo de 1817; en Cancha Rayada el 17 de marzo de 1817; en la Batalla de Maipo el 5 de abril de 1818, a las órdenes del general San Martín, por cuya acción goza de un escudo de honor.</p>						
Informe del Inspector			Notas del Comandante			
			Valor Aplicación Capacidad Conducta Estado			

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

ANEXO N° 4

El [capitán] [graduado] de sargto. [mayor] D. [Antonio] Castañeda, su edad 30 años, su país Santiago de Chile, su salud robusta, sus servicios y circunstancias las que se expresan.						
Fecha en que empezó a servir			EMPLEOS	Tiempo servido en cada uno		
D	M	A		A	M	D
15	12	1805	Soldado en Infantes		04	02
17	04	1806	Cabo 2° en id	02	07	08
25	11	1806	Cabo 1° en id	03	01	24
19	01	1807	Sargto. 2° en id	04	02	10
29	03	1809	Idn. 1° en id	02	08	14
13	12	1812	Alférez en id		07	29
12	08	18171818	[Capitán] en id		08	0201
14	04	1818	Idn. con grado de [sargento] [mayor] en id		01	19
15	05		Obtuvo licencia		06	
Abonos: Por los servicios prestados en la Guerra de la Independencia Por la campaña del Perú Por la Batalla de Yungay						
Total hasta 15 mayo 1818 en [que] se licencio				14	11	19
CUERPOS DONDE HA SERVIDO				A	M	D
En el Batallon Infantes de la Patria Por la Guerra de la Independencia				12 02	05 06	19
Total hasta 15 mayo 1818				14	11	19

LA ACTUACIÓN DEL BATALLÓN INFANTES DE LA PATRIA DURANTE LA PATRIA VIEJA. 1810-1814

CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA DONDE SE HA HALLADO	
<p>En la campaña [que] hizo el [Cuerpo] de Infantes de la Patria en la [Provincia] de Concepción el año de 1813 y [1814] hasta la pérdida del Reyno en la jornada de Rancagua, y la de 1818 hecha en esta [Provincia] de [Santiago]. Se halló en la acción de [San] Carlos en Junio de [1813], bajo las [órdenes] del Sr. Jral. D. Jose [Miguel] Carrera: en la toma de Talcahuano y lanchas cañoneras, en julio del mismo año, bajo las [órdenes] de [dicho] Sr. Jral.: en curapaligue, bajo las [órdenes] del sargto. [mayor] D. [José] María Benavente: en el asalto sufrido en el Roble, bajo las [órdenes] del Sr Jral D. Bernardo O'Higgins: en la del Quilo del mismo Sr. O'Higgins en el año de [1814]: [ilegible] las orillas del Maule perseguido del Jral. enemigo Gaínza, bajo [las órdenes] del mismo Sr.: en las Quechereguas, bajo las [órdenes] del [ilegible] [ilegible] en la accion de Rancagua el 2 de [Octubre] de [1814], bajo las [órdenes] del mismo Jefe; y en la de Maypo el día 5 de [abril] de [1818], bajo las [órdenes] del Sr. Jral. D. José de [San] Martín, [por] la cual goza una medalla de Plata conforme á su clase y conserva su diploma.</p> <p style="text-align: right;">[Santiago] y mayo 12 de 1818</p> <p>V° B°</p>	
Informe del Inspector	Notas del Comandante
	Valor Aplicación Capacidad Conducta Estado

EL DIARIO DE OPERACIONES DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES EN EL SUR DE CHILE (8 DE MAYO - 20 DE OCTUBRE DE 1817)

Camilo Alarcón Bustos*

A través del presente artículo pretendemos aportar una fuente para el estudio de la Guerra de la Independencia de Chile, específicamente, a las operaciones del Ejército de los Andes en la primera campaña al sur de Chile. Esta fuente no es una, sino que varios reportes que el Jefe del Estado Mayor del Ejército de los Andes y de Chile, mayor general Michel Brayer remite al gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata.¹

El primer informe tiene el título de “1817. *Relación histórica de las operaciones de la División del Sud que forma parte del Ejército de los Andes y Chile*”, y abarca sobre las ocurrencias de dicho ejército entre el 8 de mayo y el 31 de julio de 1817. El segundo reporte lleva por título “*Boletín del Ejército de los Andes. Operaciones de la División del Sud. Cuartel General en Concepción*” y continúa consignando las operaciones de los primeros 10 días del mes de agosto. Pero de ahí en adelante, los informes se titularán como *Boletín*, desde el número 6 al 10: el número 6 cubre del 11 al 31 de agosto; el número 7 entre el 1 y el 14 de septiembre; el número 8 desde el 15 al 22 de septiembre; el número 9 entre el 23 y el 30 de septiembre, y el número 10 del 1 al 20 de octubre.

Como ya decíamos, es un documento oficial del Estado Mayor General del Ejército en campaña. Por lo tanto, a diferencia de otros tipos de diarios, aquí no se puede apreciar sensaciones y percepciones del autor. Sin embargo, de él se desprenden las principales características de lo que fue esta campaña, que a pesar de que no abarca la campaña completa, sus conclusiones son extensibles a toda ella.

LA CAMPAÑA AL SUR DE CHILE (MARZO 1817 - DICIEMBRE 1817)

Tras la clara derrota del Ejército realista en Chacabuco, el escenario de las operaciones a futuro prometía una pronta finalización de la guerra: el apresamiento del gobernador Marcó del Pont y la fuga apresurada de los restos del ejército que se embarcaron en Valparaíso con dirección al Callao; la llegada

* Licenciado en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y candidato a Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico de la Academia de Guerra del Ejército de Chile. Actualmente se encuentra desarrollando una investigación sobre el Ejército de los Andes (1815 - 1820) bajo los auspicios del Centro de Estudios Bicentenario Chile. E-Mail: cnalarco@uc.cl.

1 En la obra de Leopoldo Ornstein sobre las operaciones del Ejército de los Andes entre Chacabuco y Maipú, publica dos anexos en los cuales el primero es idéntico al que publicamos en esta oportunidad, pero el segundo sería una refundición de los reportes emanados del Estado Mayor, a diferencia que nosotros los publicamos tal cual los hemos encontrado en los legajos relativos a la Campaña Libertadora de Chile en el Archivo General de la Nación Argentina en Buenos Aires. Cf. ORNSTEIN, Leopoldo (1933). *De Chacabuco a Maipo*. Buenos Aires, Círculo Militar.

de las noticias que anunciaban los éxitos de las columnas secundarias en Coquimbo y Copiapó, por el norte, y desde Curicó por el esfuerzo conjunto de Freire con las partidas guerrilleras de Manuel Rodríguez por el sur, permitían tomar el control de gran parte del país. Sin embargo, la provincia de Concepción se transformó en una difícil presa para los objetivos del Ejército de los Andes.

Inmediatamente después de la entrada a Santiago de esta fuerza, el general San Martín destinó al coronel Juan Gregorio de las Heras para que marchara a reunirse con la fuerza que controlaba Freire. La División del Sur tenía por segundo jefe al teniente coronel José Melián; y estaba compuesta por el Batallón N° 11 comandado por el sargento mayor Enrique Martínez; una sección de Artillería del comandante Francisco Díaz; el tercer Escuadrón de Granaderos a Caballo y un piquete de Dragones.² Sin embargo, el lento avance de la columna, generó los reclamos del Comandante Ramón Freire quien se quejó de esta situación aduciendo incapacidad de parte del coronel Las Heras: *"Mas ahora quiero, que V. bajo algún pretexto me llame, y quedo en el seguro que así lo ha de hacer; que hablándole con la confianza, que siempre me ha franqueado, este jefe no hará de mi aprecio alguno según diviso, y yo no quiero exponerme a que se llegue el caso de servir bajo las órdenes de quien a él le de la gana: sus entretenimientos en bailes tienen la culpa de que no se haya concluido la obra, estaríamos cansados de estar en la Concepción"*.³

El Director Supremo de Chile, brigadier Bernardo O'Higgins se decidió, con estas quejas a investigar las causas y la responsabilidad que tendría Las Heras en este retraso, como se lo planteaba en carta a San Martín: *"Heras ha mirado con demasiado desprecio según todos los informes al enemigo, y con sus marchas morosas, y lentas disposiciones se le ha dado tiempo bastante para fortificarse en Talcahuano"*.⁴

Una manera de remediar semejantes problemas, fue el refuerzo que se hizo a la División de las Heras a mediados de abril de 1817. Esta columna que fue comandada por O'Higgins, y estaba compuesta por el Batallón N° 7 del teniente coronel Pedro Conde; el 4° Escuadrón de Granaderos a Caballo del teniente coronel Manuel Escalada; y 2 piezas de artillería, sumando un contingente de 800 hombres.⁵ En su camino a Concepción, esta división sufrió los mismos problemas que la de Las Heras.

Antes de la llegada de esta División, las fuerzas de Freire batieron a las realistas en la acción de Curapaligüe (5-IV-1817); y un mes después, el grueso de la División de Las Heras batió a los realistas en la Batalla del Gavilán en Concepción, donde recibieron el refuerzo de la vanguardia de O'Higgins. Con la llegada de O'Higgins, los realistas se atrincheraron en la península de Tumbes, fortificándose en Talca-

2 ORNSTEIN, *op. cit.*

3 Documentos para la Historia del Libertador General San Martín, Tomo V, 1041 A, pp. 408 - 409. [En adelante, DHLGSM]

4 *Ibidem*, pp. 404, 408.

5 SORIA, Diego Alejandro (2004). *Las Campañas Militares del General San Martín*. Rosario, Instituto Nacional Sanmartiniano, p. 60.

huano. Desde aquel entonces el objetivo sería desalojar a los realistas de aquel punto. Sin embargo, esto fue un imposible, y que tras el asalto a Talcahuano en diciembre 1817, sumado al refuerzo llegado desde Lima, obligarían a un repliegue hacia Talca.



Figura 1. Teatro de Operaciones de la División del Sur del Ejército de los Andes
(Mapa realizado por el autor usando Google Earth ©)

1817. RELACIÓN HISTÓRICA DE LAS OPERACIONES DE LA DIVISIÓN DEL SUD QUE FORMA PARTE DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES Y CHILE⁶

- Mayo 8 Sin novedad.
9
10 Sin novedad.
11
12 Hubo un pasado del enemigo de uno de los puestos de avanzados.
13 Sin novedad.
14 Se presentaron a nuestras avanzadas diez y seis soldados enemigos todos con sus armas.
15 A las 9 de la noche marchó la División del Comandante Freire al punto de la Mochita con la Compañía de Granaderos del Batallón N° 11, con el objeto de embarcarse y pasar en la noche sobre San Pedro, cuya operación se suspendió porque las balsas estaban mal construidas y al tiempo desembarcar se fueron dos a Pique.
16 A las 12 del día la División del Comandante Freire marchó para Hualqui (dejando la Compañía de Granaderos que se incorporó a su batallón) para pasar en aquel punto el Biobío y venir a atacar la fuerza que había en San Pedro. En este día se recibió parte del capitán don José Cienfuegos en que avisar haber rendido el fuerte de Nacimiento con su guarnición, sin dar el número de prisioneros, armas, ni demás pertrechos tomados.
17 El general O'Higgins con 600 infantes y los escuadrones de Granaderos a Caballo, marchó a reconocer las fortificaciones de Talcahuano. En cuya operación se tomaron al enemigo más de mil animales entre caballos y mulas.
18 Sin novedad.
19 La División del Comandante Freire se posesionó de San Pedro, pues al enemigo lo abandonó la noche antes. Hubo un pasado del Batallón de Concepción sin armas.
20 Sin novedad
21 Sin novedad.
22
23 Hubo un pasado del Batallón de Concepción.
24 Se pasó un soldado de dicho batallón; sin fusil y la División que estaba en San Pedro emprendió al amanecer su marcha para Arauco.
25
26 Sin novedad.
27
28 Se pasó un soldado del Batallón de Concepción con fusil.

6 AGN, Período Nacional, X, 4 - 3 - 12, fs. 327 - 333

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

- 29 A las 7 de esta noche se recibió parte del teniente coronel Freire en que avisa que el 28 había atacado a los enemigos en el paso del río Carampangue en donde se habían fortificado: el resultado fue haber dejado en el campo al enemigo 30 muertos, 55 prisioneros, once piezas de a 8, 4 y 2; 400 cartuchos de cañón a bala, igual número de metralas, 300 sin bala, 130 balas sueltas, 8 barriles de pólvora, 80 lanzafuegos, 4 arrobos cuerda mecha, 90 fusiles, 8.000 cartuchos de ídem, 500 piedras y cureñas de repuesto. Nuestra partida solo consistió en 14 muertos y 1 herido.
- 30 Sin novedad.
- 31 Se pasaron tres hombres, dos marineros de la Venganza y un soldado con fusil del Batallón de Concepción.
- Junio 1 Hubieron tres pasados del Batallón de Concepción, uno con fusil y los demás sin él.
- 2 Hubieron cuatro pasados del Batallón de Concepción, con un fusil y los demás sin él.
- 3 Se pasó un soldado sin armas del dicho batallón.
- 4 Se pasaron cuatro soldados de Dragones de Chillán sin armas.
- 5 Se pasó un distinguido de la Compañía de Lanceros nuevamente formado en Talcahuano con tercerolas y pistolas.
- 6 Sin novedad.
- 7 A las 11 de la mañana salió el Comandante don Manuel Medina con 86 Granaderos a cortar una partida que según aviso se acercó por el camino de Penco; mas no habiéndole encontrado siguió hasta las inmediaciones de Talcahuano donde tuvieron su choque con otra del enemigo habiendo dejado ellos en el campo 8 o 10 muertos y traídos 10 prisioneros, sobre 50 animales vacas y caballos, siendo nuestra perdida solo de un sargento y trompeta muertos y un cabo y un granadero herido.
- 8 La División que se hallaba en Arauco llegó a San Pedro en este día y empezó a pasar el río en la lancha destinada al efecto que se tomó al enemigo.
- 9 Se pasó un soldado del Batallón de Concepción sin armas.
- 10 Hubo dos pasados del Batallón de Concepción sin armas.
- 11 Sin novedad.
- 12 Sin novedad.
- 13 Hubo tres pasados del Batallón de Concepción uno solo con armas.
- 14 Se pasaron cinco soldados enemigos del dicho batallón sin armas.
- 15
- 16 Sin novedad.
- 17
- 18 Hubo dos pasados del Batallón de Concepción sin armas.
- 19 Se pasaron seis hombres, cinco marineros de la Venganza y un soldado del Batallón de Concepción con fusil.
- 20 Dos pasados del Batallón de Concepción sin armas.
- 21 Sin novedad.

- 22 Hubo un pasado del Batallón de Concepción sin armas.
- 23 Sin novedad.
- 24 Se pasan dos soldados del Batallón de Concepción sin armas.
- 25 Sin novedad.
- 26 Sin novedad.
- 27
- 28 Sin novedad.
- 29
- 30
- Julio 1 Se pasaron tres marineros.
- 2° A las 3 de la mañana salieron los escuadrones de granaderos con el coronel Heras con el objeto de cortar una de las avanzadas del frente de las trincheras del enemigo. El resultado fue que este tuvo 16 muertos y un prisionero al resto de aquella guardia se arrojó en los fosos hasta donde fueron perseguidos por los Granaderos. El general O'Higgins marchó también sobre Talcahuano al intento de hacer un nuevo reconocimiento de las fortificaciones, lo que se verificó completamente sin haber tenido ninguna pérdida, a pesar del fuego de cañón que hizo el enemigo: En este día se recibió aviso de que los indios con algunos dispersos del ataque de Carampangue habían batido al fuerte de la fortificación de Arauco. El capitán don José Cienfuegos que la mandaba después de haberle derrotado se posesionaron del fuerte habiendo salvado solo 20 hombres con un oficial que se halla atrincherado a 6 leguas de San Pedro en la costa del mar en el fuerte de Colcura. En consecuencia de esto, pasó en el momento al teniente coronel don Ramón Freire con su División al otro lado del Biobío a echar del punto perdido al enemigo.
- Ha habido también dos hombres pasados el 1° marinero y el otro soldado sin armas.
- 3 A las 2 de la mañana se avisó por las avanzadas que en Talcahuano habían tirado hasta quince cañonazos, así de los buques como del puerto, acompañado con fuego de fusil por cuya razón se pusieron los cuerpos de guardia de prevención y demás puesto sobre las armas en precaución sin haber sabido por qué había sido.
- 4 En esta noche se sintieron hasta siete cañonazos en Talcahuano.
- 5 Al amanecer salió de San Pedro y Arauco la División del teniente coronel Freire y a las 2 ½ de la tarde marchó una partida de 45 Granaderos al mando del capitán don Juan Lavalle, al intento de incendiar los ranchos que había en Hualpén, lugar inmediato a la Bahía de San Vicente, por saberse que de aquella se proveía el enemigo de algunos víveres. A las 7 regresó dicha partida y no solo tenía dado cumplimiento a la orden referida sino que encontrando sobre Talcahuano una partida de 30 hombres que conducían dos carretas con leña, los cargó, poniéndolos en fuga antes de llegar a los nuevos dejando las carretas a las que se les pegó fuego y se trajo las dos yuntas con que las conducían.
- 6 A las 8 de la noche se recibió un oficio del teniente coronel Freire en que daba parte desde Colcura, que había tomado un espía del enemigo cuyo objeto era saber el lugar donde se

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

- hallaban nuestras tropas. Que asimismo por los informes que había adquirido, al capitán Cienfuegos y los 40 soldados con que se hallaba los habían degollado y que los enemigos estaban posesionados del fuerte de Arauco: que su fuerza solo consistía en 50 fusileros y 1.000 indios.
- 7 A las 3 de la tarde llegó un pasado de la partida de Lanceros que tenía el enemigo en la chacra de Manzano, con tercerola y espada, a que con dos más emprendió su fuga, pero estos últimos fueron alcanzados. El presentado dice que el tiroteo que en el día 3 se oyó sobre Talcahuano fue que habiendo echo salir una partida de 140 hombres para sorprender alguna de nuestras avanzadas se apostaron sobre los cerros que están inmediatos a ellos y que teniendo en su frente una palizada de un corral creyeron eran enemigos y rompieron el fuego retirándose sobre su fortificación que en el momento empezó a hacer fuego sobre su fuerte.
- 8 Sin novedad.
- 9 A las 8 de la mañana llegó el parte del teniente coronel Freire en que avisa haber batido a los enemigos en el mismo punto donde lo había verificado el 28 de mayo, siendo el resultado el de 30 muertos enemigos, y por nuestra parte un soldado muerto, el teniente don José María Boil herido y cuatro Granaderos.
- 10 Se pasaron tres hombres, uno soldado del Cuerpo de los Ángeles, un marinero y un paisano.
- 11 A las 3 de la tarde regresó la División del Comandante de Freire a San Pedro, e inmediatamente pasó el Biobío, habiendo dejado en Arauco la fuerza de 150 hombres al mando del capitán don Javier Molina: al mismo tiempo se incorporaron a esta División toda la tropa que tenía el capitán Cienfuegos excepto él y ocho hombres que murieron en el ataque siendo en su consecuencia falsa la información que se anunció habían dado al Comandante Freire y que está puesta en las novedades del día 6.
- Hubo tres pasados, dos Lanceros con espada y tercerola y un paisano.
- A las 12 del día salió una partida de 40 Granaderos a reconocer el punto de las Regillas situado más delante de Penco Viejo, por parte que se había dado de que las lanchas habían desembarcado allí 40 hombres.
- 12 Sin novedad.
- 13 La partida que había marchado sobre Penco se retiró sin haber encontrado nada.
- 14 A las 3 de la tarde se recibieron tres prisioneros que las milicias armadas de la costa de Penco habían hecho sobre ella de unos botes que desembarcaron gente al intento de llevar víveres.
- 15 Hubieron tres pasados de la Compañía de Lanceros, un Cabo y dos Soldados, con tercerolas, espadas, y pistolas.
- 16 Sin novedad.
- 17 A las 12 del día salió una partida de 12 hombres de Granaderos a reconocer la costa de Penco y limpiarla de todos cuantos llegaban a sus inmediaciones, pues se sabía que estos daban auxilio de víveres al enemigo y que al efecto andaban botes por todos lados con algunos fusileros.
- 18 Sin novedad.

- 19 La partida que había salido el 17, se retiró sin novedad habiendo cumplido las órdenes que llevaba.
- 20 Sin novedad.
- 21 A las 10 de la mañana se tocó la generala y se puso el Ejército pronto a marchar por creerse que el enemigo está reforzado por buques que se habían avistado; mas después fueron reconocidos completamente y se halló era la fragata Venganza que volvía al puerto y el Bergantín con que salió.
- 22 A las 8 de la mañana se formó al Ejército que tenía orden del día anterior para verificarlo y marchó hasta al frente de Talcahuano en donde acampó a las 3 de la tarde en el orden siguiente: 1ª División compuesta del N° 11 y el cuerpo de Frontera con dos piezas de montaña formando la derecha al mando del coronel Heras. La izquierda se componía del Batallón N° 7, Batallón de Nacionales, y dos piezas de montaña, y la reserva compuesta (del Batallón N° 11) de las compañías de Granaderos del N° 11 y N° 7, colocándose a retaguardia de toda la línea los escuadrones de Granaderos, el parque y hospital.
- El Ejército ya acampado, se envió un parlamentario con la intimación a la que contestaron verbalmente. En esta misma noche se dispuso el general O'Higgins se tirasen 25 granadas sobre la fortificación del cerro del Cura y se verificó en el momento arrojándolas el sargento mayor Borgoño con el mejor acierto.
- 23 A las 9 de la mañana pasó el general O'Higgins al punto donde se hallaban los dos obuses y las dos piezas de batalla y mandó que se tirasen granadas y que los cañones hiciesen fuego al mismo tiempo a los botes que estaban sosteniendo la punta del morro. Se rompió este y duró el espacio de dos horas a pasar a ser contestado por siete baterías y cinco embarcaciones menores, mas habiéndose inutilizado los obuses fue preciso suspender el fuego y entonces mandó el general O'Higgins que la compañía de Cazadores del N° 11 y al 4º Escuadrón de Granaderos a Caballo cargasen sobre una partida de caballería que tenían fuera los enemigos; pero en el momento que se dispersaron los Cazadores huyeron completamente aquellos, siendo perseguidos hasta las inmediaciones de los fosos así por la infantería como por la caballería a pesar del fuego de metralla de seis piezas que les hacía el enemigo a un mismo tiempo. Entonces se les hizo señal de retirada y en esta contamos dos heridos, dos contusos de la compañía de Cazadores, un muerto y un herido de Granaderos.
- En el mismo día, a las 4 de él, se dio la orden de retirada porque el tiempo amenazaba. En el instante empezó a ponerse en movimiento el hospital, parque y previsión, esto tardó algo por cuya razón se empezó a marchar a la oración fueron desde esta hora un fuerte aguacero hasta las 12 de la noche que llegó el Ejército al pueblo, habiendo a pesar del agua y de los inmensos bañados que atravesó, marchado en el mejor orden.
- 24 Una partida de 80 granaderos salió al amanecer a recoger algunos bueyes y caballos que en la noche antecedente habían quedado cansados. Se retiró a las 12 del día cumpliendo las órdenes que llevaba.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

- 25 Se presentó a las 10 de la mañana, en la avanzada de Caballería un parlamentario el que fue conducido al alojamiento del general O'Higgins y se despachó a las 4 de la tarde, sin más novedad.
- 26 Se recibió a las 11 y ½ un parte de Penco en que avisaba haberse avistado un buque en la punta del Tomé, al mismo tiempo se avisó de la avanzada que estaba allí el parlamentario que había llegado el día anterior, se trajo a donde estaba el general O'Higgins y a las 2 horas se retiró.
- 27 El buque avistado entró en el puerto de Talcahuano.
- 28 Sin novedad.
- 29 A las 4 de la tarde se dio parte de que se habían tirado del otro lado de las avanzadas catorce tiros de fusil y habiéndose ido a reconocer se supo eran cinco soldados enemigos que habían venido hasta aquellas inmediaciones, de cuyas resultas se mandó una partida de 40 hombres que hicieron la descubierta hasta la distancia de una legua la que regresó a las 7 de la noche, habiendo encontrado el rastro de los hombres anunciados que seguían más adelante.
- 30 Sin novedad.
- 31 Sin novedad.

BOLETÍN DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES ⁷
OPERACIONES DE LA DIVISIÓN
DEL SUD
CUARTEL GENERAL EN CONCEPCIÓN

Mes de Agosto

- 1 De resultas de un parte que llegó de Quirihue sobre una partida que habían metido los enemigos en la costa, se mandaron salir veinte y cinco Granaderos con un teniente, a perseguirlos hasta el otro lado de Itata.
- 2 Hubo un pasado paisano el que aseguró que en la noche antes habían salido de Talcahuano dos botes al puerto del Tomé, más delante de la costa de Penco, en busca de víveres. Con este motivo se despachó una partida de treinta Granaderos a reconocer la costa y tratar de sorprender, si fuese posible los botes.
- 3 Sin novedad.
- 4 Sin novedad.
- 5 A las 10 de la mañana se recibió del oficial destinado a la costa de Penco, en que avisaba haber pillado un comisionado de los enemigos que se hallaba comprando víveres, el que aseguraba que haciendo en la noche una señal de fuego a los buques, se acercarían a aquel punto los lanchones de la Venganza. Con esta noticia se hicieron salir diez y ocho marineros con un oficial para que en el caso de que fuesen tomados los botes hubiese como amarinarlos y conducirlos a este puerto por el río Andalién.
Hubo un pasado de Cuerpo de Valdivia sin armas.
- 6 Sin novedad.
- 7 Habiéndose desatado en la noche anterior uno de los botes, ídose río arriba salieron en otros unos marineros a buscarlo, y fueron a encontrarlo en Hualpén; mas los enemigos echaron en el momento una partida para apoderarse de ellos, se tuvo aviso y salió al instante el Comandante Escalada con 50 Granaderos a proteger la vuelta de ellos: llegó efectivamente al punto; pero los enemigos huyeron inmediatamente que los vieron y entonces se retiró el referido Comandante protegiendo los botes que llegaron juntos con la tropa después de haber anochecido.
- 8 Sin novedad.
- 9 Por parte que se recibió de la partida que se halla en Penco a las 8 de la mañana se supo que dos botes enemigos habían tomado el puerto con algunos fusileros y empezado a saquear las casas que estaban en las inmediaciones, de cuyas resultas salió el Comandante Escalada con cien Granaderos y regresó a las 12 y media por que cuando llegó al lugar en que se hallaba el enemigo encontró que solo se hallaba de la costa como a una legua.

7 AGN, Período Nacional, X, 4 - 3 - 12, fs. 350 - 351v

Al ponerse el sol llegó de retirada la partida que había salido el 2 sobre la costa de Penco la que en la noche anterior habiéndose acordado según la señal un lanchón, emboscó su tropa mas desconfiando el enemigo solo echó a tierra cuatro hombres quedándose un poco separado. En este caso mandó el oficial hacer fuego y cargar a los marineros y tropa sobre los botes pero siendo tanto el fondo que había estuvieron a pique de perecer dos soldados, por cuya razón no fue tomado; pero el estrago que se hizo dentro del bote debió ser grande pues se oían los quejidos. Se tomó también una grande provisión que tenían acopiada en el punto los comisionados se condujeron al instante.

- 10 A las 4 de la mañana llegó un parte del teniente gobernador de Chillán don Pedro Ramón de Arriagada, en que avisaba a S.E.⁸ que el 3 había sido atacado por veinte fusileros y más de 200 hombres de milicias, cuando el solo contaba con 60 hombres, sin más que 24 fusiles y a razón de un tiro por individuo. Les hizo hacer una descarga y en seguida cargar a la bayoneta á ocho soldados y un cabo del N° 7, mientras que el referido teniente gobernador a la cabeza de algunos vecinos a caballo, lo verificó por otro punto, siendo el resultado haber dejado los enemigos catorce muertos, treinta y tres prisioneros entre ellos quince mal heridos y dos de sus principales jefes, once fusiles, tres pistolas, seis espadas, y treinta caballos ensillados y no fueron completamente deshechos por cansarse los caballos; mas el resto que fugó a los montes de Cucha se hallan cercados por la partida de Granaderos que marchó al pueblo de Quirihue. La pérdida nuestra en este suceso solo ha sido de algunos heridos.
Cuartel General de Santiago y agosto 27 de 1817.

MIGUEL BRAYER

8 General Bernardo O'Higgins. [Nota del Editor]

EJÉRCITO DE LOS ANDES EN EL SUD ⁹
BOLETÍN N° 6
OPERACIONES

Agosto 11 Jefe de día sargento mayor don José Manuel Borgoño.	Sin novedad.
Agosto 12 Jefe de día coronel don Juan Gregorio de las Heras.	Sin novedad.
Agosto 13 Jefe de día teniente coronel don Pedro Conde.	Sin novedad.
Agosto 14 Jefe de día teniente coronel don Ramón Freire.	Sin novedad.
Agosto 15 Jefe de día comandante don Manuel Escalada.	Sin novedad.
Agosto 16 Jefe de día sargento mayor don Cirilo Correa.	Sin novedad.
Agosto 17 Jefe de día sargento mayor don Ramón Guerrero.	Sin novedad.
Agosto 18 Jefe de día sargento mayor don Juan Ramón Boedo.	A las doce del día se dio parte que los enemigos con una partida se habían acercado sobre el cerro de Chepe: en el momento se mandaron los Escuadrones de Granaderos y S.E. con ellos marchó hasta el frente de

9 AGN, Período Nacional, X, 4 - 3 - 12, fs. 355 - 356v

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

- Talcahuano en donde se encontró una partida de Caballería enemiga que tiró algunos fusilazos, mas en el acto de ser cargada huyó: luego de observado bien, y reconocidos los caminos se mandaron retirar los Escuadrones los que lo verificaron a un paso muy lento dejando a retaguardia una partida de veinte hombres en su retirada hizo un prisionero, y sableó otro que pudo escaparse por tener buen caballo.
- Agosto 19
Jefe de día sargento mayor
don Esteban Manzano.
- Sin novedad.
- Agosto 20
Jefe de día sargento mayor
don José Manuel Borgoño.
- Se pasó un soldado del Batallón de Concepción sin armas.
- Agosto 21
Jefe de día comandante
don Pedro Conde.
- Hubieron cuatro pasados marineros de la fragata Veloz Pasajera.
- Agosto 22
Jefe de día teniente coronel
don Ramón Freire.
- Una partida de Granaderos con un oficial marchó sobre la costa de Penco para privar que pudieran mandar botes en busca de víveres los enemigos.
- Agosto 23
Jefe de día comandante
don Manuel Escalada.
- Al ponerse el sol salió a unirse con la partida de Granaderos otra de veinte hombres de la División de Frontera la que debía tomar lo más de la tropa que está situada en el puerto de Penco, y con los sesenta hombres dirigirse a Dichato al objeto de observar si tres botes se acercaba a aquel punto, y en este caso tratar de sorprenderlos.
- Agosto 24
Jefe de día sargento mayor
don Cirilo Correa.
- A las siete de la noche llegó parte del teniente de Granaderos del Batallón N° 11 don Agustín López encargado de los sesenta hombres que se hallaban sobre la costa de Penco en que avisaba haber sorprendido en las inmediaciones de la Punta de Parra una partida de 20 hombres a los que cargó en el momento con solo ocho fusileros dejando el resto situado en el lugar por donde podían retirarse, mas aquellos huyeron dejándose caer por cerros inaccesibles dejando en el campo dos muertos, y algunos víveres que llevaban a embarcar en las lanchas que se hallaban cerca del puerto las que al instante se separaron de la costa.

EL DIARIO DE OPERACIONES DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES EN EL SUR DE CHILE...

Agosto 25

Jefe de día sargento mayor
don Juan Ramón Boedo.

Un soldado del Cuerpo de Chillán sin armas se pasó.

Agosto 26

Jefe de día sargento mayor
don Ramón Guerrero.

Hoy hubo un pasado paisano, y la partida cuando estaba sobre Penco se retiró.

Agosto 27

Jefe de día sargento mayor
don Esteban Manzano.

Sin novedad.

Agosto 28

Jefe de día coronel don
Juan Gregorio de las Heras.

Dos soldados del Batallón de Concepción sin armas se pasaron.

Agosto 29

Jefe de día teniente coronel
don Diego Paroissien.

Por parte que se dio al amanecer de cuando una partida enemiga se había acercado hacia el puente de Andalién se montaron inmediatamente los escuadrones de Granaderos, y salieron en su alcance mas estos se habían replegado sobre Talcahuano, de cuyas resultas se retiraron.

Agosto 30

Jefe de día teniente coronel
don Pedro Conde.

Sin novedad.

Agosto 31

Jefe de día teniente coronel
don Ramón Freire.

A las siete de la noche se avisó haberse visto al ponerse el sol de otro lado del puente de Andalién en una quebrada algunos caballos ensillados que según número parecía ser alguna partida enemiga embarcada; al momento se montaron 30 Granaderos con un oficial, y salieron a reconocerlos los que se retiraron a las dos de la mañana, sin haber encontrado nada.

Cuartel General en Santiago de Chile a 17 de septiembre de 1817.

FRANCISCO CALDERÓN

EJÉRCITO DE LOS ANDES EN EL SUD¹⁰
BOLETÍN N° 7
OPERACIONES

Septiembre 1° Jefe de día comandante don Manuel Escalada.	Se pasaron dos soldados, uno artillero, y otro del Batallón de Concepción, sin armas, y a las oraciones salió una partida de veinte y cinco soldados del 11, cinco Granaderos, y cinco que debía de tomar el Penco; con los cuales se dirigieron al puerto que llaman de Parra, para observar un lanchón que venía de arriba aquel punto por víveres.
Septiembre 2 Jefe de día sargento mayor don Cirilo Correa.	Sin novedad
Septiembre 3 Jefe de día sargento mayor don Ramón Guerrero.	La partida que andaba sobre Quirihue regresó.
Septiembre 4 Jefe de día sargento mayor don Juan Ramón Boedo.	La partida que marchó sobre la costa de Penco se retiró, sin haber encontrado buque alguno, ni menos llegadose mientras permaneció.
Septiembre 5 Jefe de día sargento mayor don Esteban Manzano.	Sin novedad.
Septiembre 6 Jefe de día coronel don Juan Gregorio de las Heras.	Sin novedad.
Septiembre 7 Jefe de día teniente coronel don Diego Paroissien.	Sin novedad.

10 AGN, Período Nacional, X, 4 - 3 - 12, fs. 358 - 359

EL DIARIO DE OPERACIONES DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES EN EL SUR DE CHILE...

- Septiembre 8
Jefe de día comandante
don Pedro Conde.
- Septiembre 9
Jefe de día teniente coronel
don Ramón Freire.
- Septiembre 10
Jefe de día sargento mayor
don Cirilo Correa.
- Septiembre 11
Jefe de día sargento mayor
don Ramón Guerrero.
- Septiembre 12
Jefe de día sargento mayor
don Juan Ramón Boedo.
- Septiembre 13
Jefe de día sargento mayor
don Esteban Manzano.
- Sin novedad.
- A las doce de la noche marcharon los escuadrones de Granaderos con su Comandante, y a las órdenes del jefe de día a embarcarse en Hualpén, y mantenerse allí hasta que los enemigos echasen sus partidas descubridoras: estos las mandaron a las nueve, y en el instante le cargaron a sable habiendo logrado dispersar una que se metió en los montes, que son inaccesibles, y cortado completamente: la otra siendo el resultado de esto dejasen once muertos veinte y un prisionero, incluso un capitán, veinte y ocho tercerolas, y treinta y dos espadas igual número de pistolas, y caballos ensillados sin tener la menor desgracia de nuestra parte.
- Se avistó a las diez de la noche, por el oficial de la avanzada del cerro de Chepe que tres hombres se acercaron al Portezuelo, y que le habían disparado dos tiros al centinela que se hallaba en aquel punto, luego se mandó una partida de seis Granaderos y un cabo a la descubierta, y no encontró solo otra cosa que el rastro de la gente que había andado por aquel lugar.
- Sin novedad.
- Sin novedad.
- Por parte que llegó del Comandante de Arauco capitán don Agustín López avisa que habiendo la fragata Montesuma presentándose en distancia de tres leguas de aquel punto en una caleta que se halla al otro lado del río Tubul (impasable a este tiempo) hecho en tierra sesenta hombres que unidos a cuarenta dispersos que se hallaban entre los indios sublevándolos formaron la fuerza de cien fusileros aumentada con ciento cincuenta indios estos se vinieron sobre la plaza; en cuyo caso el Comandante de ella marchó con solo veinte hombres tuvo su pequeño tiroteo, y después se retiró con el objeto de separarlos más de donde se hallaban, pidiendo al mismo tiempo veinte hombres más que le llegaron cuando ya se venían encima los enemigos; entonces emboscó sus cuarenta hombres,

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

y los esperó; los enemigos que no habían observado aquel movimiento marcharon siempre adelante y fueron sorprendidos por el fuego que se les rompió, mas se sostuvieron bastante tiempo hasta que cargados a la bayoneta abandonaron el campo dejando treinta y siete muertos, igual número de armamento y el indio jefe de los que venían autor de los movimientos de los suyos, y no fueron completamente concluidos por no tener más caballos que diez y ocho, y estos en muy mal estado. Nuestra pérdida consistió en once muertos.

Septiembre 14
Jefe de día coronel don
Juan Gregorio de las Heras.

Sin novedad.

Es Copia

Cuartel General en Santiago de Chile a veinte y cuatro de septiembre de mil ochocientos diez y siete.

FRANCISCO CALDERÓN

EJÉRCITO DE LOS ANDES EN EL SUD¹¹
BOLETÍN N° 8
OPERACIONES

Septiembre 15 Jefe de día teniente coronel don Diego Paroissien.	Sin novedad.
Septiembre 16 Jefe de día comandante don Pedro Conde.	El sargento mayor don Juan Ramón Boedo, con 22 Granaderos a caballo, y 25 soldados que se hallan aún agregados a la División de Frontera pasó el Biobío a las 10 de la mañana con destino de marchar hasta Arauco, y con la fuerza que allí había atacar el resto de los enemigos refugiados al otro lado de Tubul.
Septiembre 17 Jefe de día teniente coronel don Ramón Freire.	A las 7 de la mañana emprendió el mayor Boedo su marcha a San Pedro.
Septiembre 18 Jefe de día comandante don Manuel Escalada.	Un marinero de la Venganza se pasó.
Septiembre 19 Jefe de día sargento mayor don Cirilo Correa.	Sin novedad.
Septiembre 20 Jefe de día sargento mayor don Ramón Guerrero.	Sin novedad.
Septiembre 21 Jefe de día sargento mayor don Esteban Manzano.	Por parte que llegó a las dos de la tarde de Colcura se supo que la Plaza de Arauco estaba sitiada por los enemigos de cuyas resultas mandó V.E. en el momento se embarcase una compañía del 7, otra del 11, el resto de la División de Frontera, y 34 Granaderos con una pieza de montaña todo a las órdenes del teniente coronel don Ramón Freire, y quedó verificado

11 AGN, Período Nacional, X, 4 - 3 - 12, fs. 362 - 362v

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

el embarque a las 12 de la noche, habiéndose sentido un cañonazo así Arauco que demuestra estarse mantenido la tropa en aquel punto.

Septiembre 22
Jefe de día coronel
don Juan Gregorio de las Heras.

La división que pasó el Biobío salió de San Pedro a las 6 de la mañana.

NOTA: Se ha recibido por oficio particular la noticia anticipada, que la fuerza enemiga que sitiaba Arauco ha sido completamente derrotada por la nuestra dejando en el campo más de 300 muertos, y perseguían el resto hasta las inmediaciones del río Tubul: se espera por momentos el parte del general de la división.

Cuartel General de Santiago de Chile y octubre 4 de 1817.

FRANCISCO CALDERÓN

EJÉRCITO DE LOS ANDES EN EL SUD¹²
BOLETÍN N° 9
OPERACIONES

Septiembre 23 Jefe de día teniente coronel don Diego Paroissien.	Sin novedad
Septiembre 24 Jefe de día comandante don Manuel Escalada.	A las 7 de la noche llegó un parte del sargento mayor don Juan Ramón Boedo de la plaza de Arauco en que avisa estar sitiados por 400 hombres de fusil y lanza; pero que estos estaban tan bien montados, y que a pesar de haber hecho varias salidas no podía conseguir nada.
Septiembre 25 Jefe de día sargento mayor don Cirilo Correa.	El teniente coronel don Ramón Freire desde Carampangue noticia tener a su frente 300 hombres de lanza, que no los había querido atacar esperando un espía que había mandado a la plaza con el objeto de ponerse de acuerdo con el Comandante de ella.
Septiembre 26 Jefe de día sargento mayor don Ramón Guerrero.	Por parte que llegó de Arauco, se sabe que el enemigo se retiró de Tubul luego que vio las tropas que habían marchado a reforzar aquel punto, añade asimismo que en los diferentes ataques que dio el enemigo a la plaza cuando la sitió perdió entre muertos y heridos más de 200 hombres entre los cuales se contaban 2 oficiales cuando la nuestra solo consistía en 50 hombres entre muertos y prisioneros, contando con diez que se hallaban en busca de víveres, y que no parecían, de todo lo cual daría parte circunstanciado.
Septiembre 27 Jefe de día coronel don Juan Gregorio de las Heras.	Sin novedad.
Septiembre 28 Jefe de día teniente coronel don Diego Paroissien.	En comunicación de ayer el señor teniente coronel don Ramón Freire, avisa a V.E. haber atacado al enemigo a las 3 de la mañana en las alturas de esta parte del río Tubul: se logró sorprender sus partidas avanzadas, derrotando completamente a los indios y cerca de 130 fusileros. Se les tomó una pieza de montaña de a 4, con algunas municiones, lanzas,

12 AGN, Período Nacional, X, 4 - 3 - 12, fs. 365 - 365v

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

caballos, y monturas, dejando la cima de los cerros cubierta de cadáveres para ejemplar escarmiento de los tiranos y perturbadores del orden. De nuestra parte hemos tenido 2 soldados muertos, y algunos heridos entre ellos el capitán don Pedro Ramallo, y al teniente don Agustín Soto levemente, y 16 soldados incluso 1 sargento y 4 cabos.

Septiembre 29
Jefe de día Comandante
don Manuel Escalada.

Sin novedad.

Septiembre 30
Jefe de día sargento mayor
don Enrique Martínez.

En este día ha llegado a San Pedro la División del teniente coronel don Ramón Freire ya concluidas sus operaciones sobre Arauco.

Cuartel General en Concepción y septiembre 30 de 1817.

MIGUEL BRAYER
Es Copia

Cuartel General en Santiago y octubre 11 de 1817.

FRANCISCO CALDERÓN

EJÉRCITO DE LOS ANDES EN EL SUD¹³
BOLETÍN N° 10
OPERACIONES

Octubre 1° Jefe de día sargento mayor don Cirilo Correa.	Han entrado hoy en esta ciudad las tropas de la expedición sobre Arauco al mando del coronel graduado don Ramón Freire.
Octubre 2 Jefe de día sargento mayor don Ramón Guerrero.	Sin novedad.
Octubre 3 Jefe de día sargento mayor don Esteban Manzano.	Sin novedad.
Octubre 4 Jefe de día coronel don Juan Gregorio de las Heras.	Sin novedad.
Octubre 5 Jefe de día coronel graduado don Ramón Freire.	Hubo tres pasados del Batallón de Concepción, sin armas, dos trayendo sus fornituras, y otro con su arma.
Octubre 6 Jefe de día teniente coronel don Diego Paroissien.	Hubo un pasado del Batallón de Concepción sin armas.
Octubre 7 Jefe de día teniente coronel don Pedro Conde.	Una partida de caballería enemiga se presentó a las dos de la mañana de este lado del portezuelo de Chepe y se retiró luego que salieron 50 Granaderos a caballo sobre ella.
Octubre 8 Jefe de día comandante don Manuel Escalada.	Hubo un pasado del enemigo del Batallón de Concepción.

13 AGN, Período Nacional, X, 4 - 3 - 12, fs. 369 - 370.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Octubre 9 Jefe de día sargento mayor don Enrique Martínez.	Sin novedad.
Octubre 10 Jefe de día sargento mayor don Ramón Guerrero.	Sin novedad.
Octubre 11 Jefe de día sargento mayor don Juan Ramón Boedo.	A las 6 de la mañana de este día el Jefe del Estado Mayor con los dos escuadrones de Granaderos a caballo hizo un reconocimiento sobre Talcahuano, el enemigo dirigió un vivo fuego de cañón de sus lanchas que no ocasionó el menor daño.
Octubre 12 Jefe de día sargento mayor don Esteban Manzano.	Sin novedad.
Octubre 13 Jefe de día coronel don Juan Gregorio de las Heras.	En este día se recibió aviso que el enemigo reunido a una multitud de indios se disponía a atacar los puntos que ocupamos en la frontera. En consecuencia dispuso S.E. la salida de una columna de 100 hombres compuesta de Granaderos a caballo, N° 7, N° 11 y 3 ^{er} Batallón de Infantería de Arauco, al mando del capitán de este último don Agustín López, con las municiones correspondientes, para pasar del otro lado del Biobío sobre Nacimiento.
Octubre 14 Jefe de día coronel graduado don Ramón Freire.	Sin novedad.
Octubre 15 Jefe de día teniente coronel don Diego Paroissien.	Sin novedad.
Octubre 16 Jefe de día comandante don Pedro Conde.	Sin novedad.
Octubre 17 Jefe de día comandante	Según las noticias recibidas de la frontera, algunas partidas enemigas se hallan de esta parte del Biobío, lo que ha determinado S.E. a disponer la

EL DIARIO DE OPERACIONES DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES EN EL SUR DE CHILE...

de Granaderos
don Manuel Escalada. marcha de 50 hombres y un oficial al mando del capitán del 3^{er} Batallón de Infantería de Arauco don José María Cruz para operar sobre la orilla derecha del Biobío, y proteger los movimientos de la expedición dirigida por el capitán López al cual debe reunirse el capitán Molina, Comandante Militar de Colcura.

Octubre 18 Sin novedad.
Jefe de día sargento mayor
don Cirilo Correa.

Octubre 19 Sin novedad.
Jefe de día sargento mayor
don Ramón Guerrero.

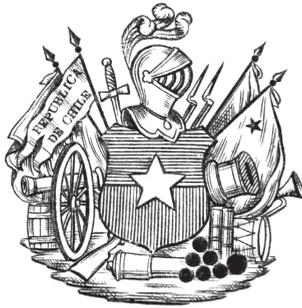
Octubre 20 Hoy ha hecho su entrada en esta ciudad el N^o 1^o de Chile que ha sido recibido por sus compañeros con las mayores demostraciones de unión y alegría.
Jefe de día sargento mayor
don Juan Ramón Boedo.

Cuartel General de Concepción y octubre 21 de 1817.

MIGUEL BRAYER
Es Copia

Cuartel General en Santiago de Chile noviembre 12 de 1817.

FRANCISCO CALDERÓN.



*ARTÍCULOS RELATIVOS
AL PERÍODO DE LA
GUERRA DEL PACÍFICO*

DIARIO DE LA MARCHA DEL CAPITÁN DE NAVÍO PATRICIO LYNCH,
AL FRENTE DE LA PRIMERA BRIGADA DE LA PRIMERA DIVISIÓN,
ENTRE TAMBO DE MORA Y LURÍN. 17 A 25 DE DICIEMBRE DE 1880¹

El capitán de navío don Patricio Lynch al frente de la 1ª brigada de la 1ª División efectuó la travesía entre Tambo de Mora y Lurín.

Hemos narrado la desgracia ocurrida al general don José Antonio Villagrán, su desaparición del mando por el general Baquedano, y la sanción que la Cámara de Diputados y el gobierno a este de tanta trascendencia. Contemos ahora la marcha por tierra de la brigada Lynch, operación de guerra que hace honor a la historia patria [repre]sentada por el que fue más tarde virrey Lynch, sabio administrador del Perú y Príncipe Rojo del Ejército de Chile, sin perder un solo hombre en 9 días y 8 horas de marcha teniendo en ocasiones que atravesar desiertos extensísimos, sin agua, sin vegetación, ni recursos de ninguna especie.

Y decimos, que la brigada Lynch, efectuó esta operación en 9 días y 8 horas, porque de Tambo de Mora, partió el día 17 de diciembre a las 6 A. M. y a Curayaco llegaron el esforzado capitán y sus hombres el 25 de diciembre, día de Pascuas, a las 4 de la tarde, con su tropa sana y salva, realmente como unas pascuas.

Sabemos, porque la documentación que hemos publicado lo afirma, que mediante las sabias y oportunas medidas tomadas por el general Villagrán, Lynch y sus soldados estaban listos para marchar el 16 de diciembre en la tarde; pero, para que nuestros lectores se den cuenta cabal de lo que fue esta difícil y arriesgada operación de guerra, permítasenos antes de continuar nuestra modesta narración, recordar, porque ya lo hemos contado, cuanto se hizo para preparar aguadas, en el trayecto que recorrerán Lynch y sus expedicionarios.

Los comandantes señores Tomás Yávar y Vidaurre, de Granaderos a Caballo y Artillería de Marina, se sabe que son los hombres de confianza [de] Villagrán y de Lynch.

Vidaurre, se recordará ha ocupado, de orden superior, a Tambo de Mora y su atinada y discreta administración ha recibido la aprobación del Cuartel General y Yávar, a su vez, con su caballería ha recorrido todo el valle que al oriente del puerto nombrado se extiende y por el norte de sus descubiertas y exploradores han alcanzado hasta Chíncha Alta y aún más al norte y nororient.

El temor de que las aguadas hubiesen sido envenenadas ha desaparecido en absoluto; y como el elemento agua es absolutamente indispensable Yávar y Vidaurre se preocupan cuanto es posible imaginar

1 Forma parte de las investigaciones y transcripción de los relatos de la Guerra del Pacífico de escasa difusión e inéditos. Trabajo encargado por el Departamento de Historia Militar del Ejército al profesor Sergio Villalobos y al licenciado Patricio Ibarra en el año 2006 - 2007.

por conservar los pozos o cacimbas que existen en los áridos y desiertos caminos por donde constantemente trafican los soldados.

Desde luego, en Jahuey lugarcito situado al norte de Tambo de Mora, Vidaurre y Yávar han hecho limpiar dos pequeños positos que dan muy buen agua, y los soldados, sin pedirle permiso a nadie, han bautizado a esos dos surtideros con los nombres de esos dos buenos jefes.

— *“Vamos a tomar un trago de... agua fresca a lo de mi comandante Yávar”*.

Le decía un granadero a un soldado de Artillería de Marina que contestaba en el acto:

— *“Ya refresqué la guari (garganta) en el pozo de mi comandante Vidaurre, que tiene mejor agua que la Tuya”*.

Y esos pozos como se sabe, de orden del general Villagrán fueron arreglados por don Arturo Villarroel, capitán de Pontoneros, ingeniero *ad hoc*, patriota y servidor público especial, con especial hoja de servicios rendidos a Chile, sin limitaciones, ni trabas, espontáneamente.

Y quede aquí constancia que Villarroel, que ganó el mote de “general dinamita” en esta campaña y muy especialmente en los campos de Chorrillos y en los de Miraflores, haciendo saltar minas, reductos y polvorazos sin miedo, ni temor, partió de Tambo de Mora el 16 de diciembre acompañado de cuatro pontoneros y de otros cuatro chinos, *cuatro compales*, nombre cariñoso con que el Ejército nombraba a los hijos del Celeste Imperio que tenían presos, amarrado a la durísima cadena del esclavo en los ingenios de azúcar y en las haciendas peruanas de toda la costa enemiga.

En la tarde del día citado, Villarroel y sus ocho hombres llegaron a Jaguey, y en ese mismo momento de orden superior el álferez Daroch de la 1ª del 3º escuadrón de Granaderos a Caballo, regresó con su 25 hombres a Chinchá Baja; es decir de Belisario 2º Daroch, dejaba entregados a su suerte al pontonero Villarroel y a su gente.

No se comprende el porque de semejante determinación; sobre todo se extraña aún más esta medida cuando se piensa que las aguadas de Jahuey, tenían una importancia capital: ellas eran la salvaguardia de los futuros expedicionarios, en sus cacimbas iban a encontrar el agua que debía, apagando la sed de los hombres y bestias, salvar a la 1ª División.

Pero, Daroch, tenía orden de replegarse y como soldado de Línea, como Granadero, desistió con su tropa dejando a Villarroel y a su gente en posesión de las famosas vertientes de Jahuey.

Villarroel sin pérdida de tiempo desmontó el terreno que rodeaba a los pozos y al caer la tarde del día 16 quedaba a medio concluir un gran depósito, algo así como *“un baño de natación de 14 metros de largo por 3 metros 20 centímetros de ancho”* que amanecía constantemente con 75 centímetros de agua.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Cuando aclaró el 17 de diciembre, las viejas y hermosas palmeras que daban sombra a la aguada habían desaparecido bajo el hacha potente de los artesanos soldados del capitán de pontoneros y el agua límpida, clarísima emergía del fondo, de sus prados y llenaba la ahora amplísima cacimba a quien solo seguían dando sombra solo tres grandes palmas.

Y téngase presente, que ese milagro, había sido ejecutado por Villarroel y sus hombres teniendo el enemigo al frente, porque partidas de caballería enemiga amagaron a los pozos de Jahuey durante la tarde del 16 y la noche de este al 17.

Sin embargo la actitud firme y resuelta del “general dinamita”, de sus pontoneros y asiáticos, que adoraban a Villarroel, impusieron respeto a la caballería peruana que se contentó solamente con observar el trabajo desde lejos, haciendo de cuando en cuando descargas, que por fortuna, no dieron en el blanco.

A las 4 A.M., es decir, antes de la diana del 17, Villarroel fue socorrido por don Francisco Muñoz Bezanilla, segundo jefe de Granaderos a Caballo, que al frente de 80 jinetes venía de descubierta de la 1ª División, con orden expresa [de] custodiar las aguadas y de ayudar a Villarroel.

El “general dinamita” libre ahora de importunos, terminó su labor inmediatamente y antes de poco el Ejército tuvo en Jahuey dos lindos pozos: uno de las dimensiones expuestas y otro vecino al primero de 4 por 3 metros, que daba 60 centímetros de agua, pero, de calidad superior al otro.

En esas aguadas apagaban diariamente su sed los hombres del 2º de Línea, del Talca, de Granaderos a Caballo, los artilleros de la batería del capitán Fontecilla y la Artillería de Marina.

Bebían a diario, en esas cacimbas, más de mil animales; jamás en los días que ahí acampó Lynch el agua bajó más de 30 centímetros; cuando más disminuyó el líquido alcanzó a tener una profundidad de 24 centímetros, tomando su nivel natural de 75 y 60 durante las horas de la noche.

x x x

Poco antes de la diana, hemos anotado, la arribada de los jinetes de Muñoz Bezanilla; y hemos de dejar aquí constancia que el 2º Comandante de la Artillería de Marina Benavides, llegaba a Jahuey con 160 hombres de su cuerpo, más o menos a las 7 del mismo 17 de diciembre.

Y para ser fieles cronistas e historiadores de verdad, anotaremos también que Muñoz Bezanilla y sus Granaderos antes de ocupar a Jahuey, habían explorado minuciosamente los campos de Topará, valle-cito que se extiende hacia el oriente fertilizado por las aguas del río de ese mismo nombre; y que tan pronto como la Artillería de Marina penetró a Jahuey como los jinetes peruanos, los del Rímac, los del coronel don Pedro Sevilla, aparecieron en las alturas del norte y después de caracolear sus caballos y disparar sus

carabinas, pusieron pies en polvorosa ante el despliegue que el teniente don Leonardo Fernández B. con solo diez hombres hizo a su frente.

Fue cosa risible, en verdad, ver arrancar a la hueste de Sevilla ante la aparición de la pequeña guerrilla de Fernández, que por más que hizo no pudo disparar sobre los jinetes del Rímac que a todo paso, a tranco de vencedores, más bien dicho de arrancadores, tomaron el portante, desapareciendo entre nubes de polvo hacia el norte.

Y en la mañana del tantas veces citado día 17 de diciembre, don Patricio Lynch, abandonó a Tambo de Mora; y Villagrán rodeado de todo su Estado Mayor con don Gregorio Urrutia, despidieron a la 1ª Brigada que seccionada y en perfecto orden abandonó los fértiles campos que riegan las aguas del chino para tomar el abrupto y árido camino que vecino al mar conduce a Chíncha Baja, Jahuey, Cañete, Asia, etc., etc. hasta llegar a Lurín, Chorrillos, Miraflores, Magdalena y Lima.

Lynch y su brigada partieron a las 6 A.M.; después de diana y con un buen desayuno en el cuerno y con las caramayolas repletas de agua, fueron de uno en uno desfilando las tropas del futuro Príncipe Rojo.

Canto, don Estanislao del Canto, comandante del 2º de Línea, fue el primero en desfilarse: el bravo y legendario regimiento que se inmortalizó en Tarapacá, hoguera de fuego a lo Iquique, que tiene tonalidades inmortales semejante en un todo a la epopeya heroica de Prat y de sus invictos compañeros de martirio, tomó el camino de Lima con corazón alegre, con decisión y entusiasmo, la fe que tenían razón esos veteranos, porque era público que el 2º de Línea se había señalado un punto de sacrificio en la campaña que se habría, y mostró asimismo esa que antes de iniciarse las operaciones, se entregaría, el audaz regimiento con todas las solemnidades del caso, la enseña sagrada que había inmortalizado Ramírez, Barahona y toda la escolta de Tarapacá, perdida en leal y cruenta batalla, recuperada en Tacna, la bella, después de la gloriosa acción del Campo de la Alianza.

Y los segundinos caminaban contentos, tomaban alegres la ruta del desierto y de la playa, llevando enfundado su estandarte el abanderado don Aurelio Rojas, sucesor del heroico mancebo que en la cumbre de Pisagua, rindiera su vida al grito ronco de ¡Viva Chile, Viva el 2º, a la carga muchachos!

Y tengan paciencia nuestros lectores, que pronto verán tendida al viento y en medio de torrentes de fuego y de metralla a esa insignia venerada, saltar los bastiones de San Juan, dominar las alturas del Morro Solar y del Salto del Fraile, lucir sus límpidos colores en la cumbre misma del histórico fuerte llamado Martín Olaya, escoltada por los espíritus inmortales, por las sombras veneradas de los que envueltos en sus pliegues murieron en Tarapacá y en Tacna.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

A las 6 de la hermosa alborada del 17 de diciembre, decíamos, abandonó Lynch y una buena parte de su brigada a Tambo de Mora y a las 2 horas y tres minutos de la mañana del día siguiente 18 el 2º de Línea, la Artillería de Marina, Talca y artillería estaban todos en Jahuey.

Costeando el mar, siguiendo las sinuosidades de las playas la pequeña fuerza chilena había hecho la marcha; don Patricio Lynch en esta primera jornada y durante toda la expedición, sin una sola excepción no permitió jamás que su infantería y en general la brigada hiciera marchas de más de una hora.

Las jornadas distaban por reloj 60 minutos y el descanso alcanzaba irremediablemente a 20; así, con este sistema, observado inflexiblemente, el coronel Lynch, salvó la inmensa distancia que separa a Tambo de Mora de Lurín, sin dejar un solo hombre rezagado en el camino sin perder un soldado, un cañón, un rifle, una caja de guerra.

Cierto también que Lynch tenía a su lado hombres que respondían a nombres que hoy son históricos y que se llaman Juan Martínez, Tomás Yávar, Manuel José Soffia, Estanislao del Canto, Francisco Muñoz Bezanilla, Gumercindo Fontecilla, José Ramón Vidaurre, Maximiliano Benavides, Avelino Villagrán, Silvestre Urizar Gárfias, Carlos Silva Renard, José Arce y tantos más dignísimos y esforzados patriotas que sellaron con su sangre las candentes arenas del Perú, para levantar el nombre inmaculado de Chile y enaltecer sus purísimos blasones.

x x x

A las 2. 30 minutos de la mañana del 18 de diciembre penetró, hemos dicho Lynch a Jahuey; a las 5, casi en punto, de esa misma alborada, echaban pie a tierra los esforzados Granaderos del comandante Yávar que *“en esa misma mañana había dejado los potreros de Chinchá Baja o sea la hacienda del Cañar, donde tenía su campo”*.

Y aquí cabe un buen recuerdo de Tambo de Mora, villita que en esos años poseía un buen vecindario entre los que se hacían notar el elemento extranjero por su cultura y también por su fortuna.

Y la verdad del hecho fue que cuando los vecinos de Tambo de Mora, de Chinchá Alta y Baja, de Cañete, etc. supieron que las tropas chilenas abandonaban esa zona y se dirigían al norte en demanda de Lima, sintieron desfallecer sus fuerzas, no por el temor a la derrota que se venía encima, sino sencillamente porque esa región, sus vidas y haciendas quedaban en poder de los feroces montoneros que habían de levantarse en seguida.

Por eso el vecindario de esa región así lo expresó al comandante Vidaurre, y por eso, asimismo, dejaron constancia escrita de ello en un documento público que es patente de indemnidad para nuestro Ejército tan calumniado por nuestro eterno enemigo, el Perú.

x x x

DE JAHUEY A CAÑETE. ACCIÓN DE HERVAI

Y en la tarde del mismo día 18 quedó reunido en Jahuey el grueso de las tropas de Lynch.

El único cuerpo que se encontraba incompleto era [el] Granaderos a Caballo, porque en Pisco había dejado veinte hombres al mando del alférez don Desiderio García V., oficial distinguido que formaba en la compañía del capitán don Federico Yávar, la 2ª del 1^{er} escuadrón, y a quien le tocó actuar brillantemente en el combate de Humay, hecho de armas que narraremos a su tiempo.

Y ya, que de Jahuey hablamos, y en esta localidad se encuentra parte de la brigada Lynch, porque aún no llegan el Colchagua y Atacama, diremos que este infeliz villorrio peruano está situado a dos cuerdas escasas del mar, y que apenas si existen se levantan al pie de las lomas que rodean este oasis, una que otra miserable casa.

Y así como pobre en habitaciones es este lugarejo, ricos son su mar y sus playas que abundan en sabroso marisco y en especial en cholgas, que se recogían en cantidades inmensas nuestros soldados.

Y la verdad fue que tan pronto llegó a Jahuey nuestro Ejército, como se transformó el caserío en el más pintoresco campamento que imaginarse pueda, porque las improvisadas carpas que levantaron los segundos, Artillería de Marina y demás cuerpos con mantas sostenidas por rifles y por ligeras ramadas, dieron a aquel vallecito en pocos minutos el aspecto más vistoso, raro y variado.

Y mientras se prepara el rancho y se pasa el sol, el capitán Lynch da las órdenes del caso para que, a las 2 de la tarde partan en demanda de Cañete cuatro carretones cargados con barriles a fin de, en los lugares más áridos, disponer del agua necesaria para que abreen su sed tropa y animales.

Y, como Lynch, es hombre muy prevenido, ordena también que todo el mundo antes de partir dé de beber a sus animales y a los soldados y jinetes, recomienda especialmente llenar de agua sus caramayolas o cantimploras a fin de que a nadie falte el vivificante líquido en la futura marcha.

A las 2 de la tarde, del 18 de diciembre, las bandas militares tocan llamada y el aire se puebla con los guerreros acordes de nuestros músicos dando al campamento inmediata vida y movimiento.

A las 3. 15, es decir, hora y cuarto más tarde, Lynch, rodeado de todos sus ayudantes veía desfilar ante sí a la Artillería de Marina, 2º de Línea, a la Artillería de Montaña y al Talca.

El Atacama y Colchagua, a esa misma hora se encontraban próximos a Jahuey; estos dos regimientos hacían su marcha en esa forma a fin de poder encontrar las aguadas llenas del apreciado líquido.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

La tropa en verdad estaba fresca; la marcha se hacía con toda regularidad y ni un solo rezagado se notaba en sus filas.

El camino seguía siempre vecino al mar y a la red telegráfica que sostenía la comunicación con Lima, corriendo a la derecha de la vía demostraba al Ejército, que la ruta que se seguía era la verdadera.

Un poco antes de las 5 P. M. los cornetas del Cuartel General tocaron alto, luego la Artillería de Marina, el 2º de Línea y Talca hicieron lo mismo y la columna en marcha se detuvo en medio de una inmensa pampa que a modo de altiplanicie se extiende vecina al mar de quien la separa algo así como un abismo cortado a pique, más grande y espantosa lima.

Y teniendo pues ante lo acordado, veinte minutos más tarde, la columna abandonaba aquellos yerros y desfilaba nuevamente al frente del capitán Lynch que en tierra, con su caballo de la vida veía impasible tranquilo, pasar a aquellos tercios encomendados a su exquisito cuidado, a su valor, a su voluntad inquebrantable, de acero.

Y solo cuando el último hombre, el rancharo del Talca, hubo dejado atrás la solitaria pampa, Lynch, contento porque todo iba bien, partió a ocupar a la cabeza de la columna en marcha, su puesto de eterna responsabilidad.

Y aun cuando la brigada caminaba por aquella interminable planicie, a muy buen paso, dejaron atrás a los expedicionarios, 50 mulas conduciendo agua para que el Ejército pudiese antes de llegar a Cañete, es decir, cerca de Herbay Bajo, apagar la sed que forzosamente debía producirle la marcha del desierto.

Y para ser breves decimos que, la marcha se continuó en la forma narrada hasta la hora en que salió la luna, es decir, hasta las 10 más o menos de la noche del 18 de diciembre, y que en el punto en que se hizo alto se encontraban los cien barriles de agua que vimos desfilar al entrar de la brigada a las 5 y minutos de la tarde.

Y mientras que la artillería e infantería de Lynch hacen su jornada, Yávar y sus jinetes han tomado la delantera y van a la vanguardia, y, son ellos los que sirven de descubierta a nuestros expedicionarios.

Y los Granaderos, a las 10 de la noche, hacen alto a la orilla misma del río Cañete en espera también de la salida de la luna, porque solo con la luz del astro de la noche podían los jinetes de Yávar continuar su camino.

A vanguardia, rompiendo la marcha va el capitán don Temistocles Urrutia, que manda la 1ª del 1º escuadrón, en la que sirven los alféreces Valentín y Demetrio Polloni, el mejor tirador de revólver de su

tiempo, sin duda alguna el más eximio en su arte de todo el Ejército; que sabido es que, Demetrio Polloni Fuenzalida, hacía milagros en materia de puntería, de fijeza para poner las balas de su arma en el punto, en el lugar que a él se le antojase.

Pero volvamos a Herbay Bajo, que este y no otro es el nombre de una hacienda que existe en las laderas primeras del Cañete, río que, como sabemos fertiliza el valle de su nombre; y en ese punto, es decir, al descender a la fértil hondonada, Urrutia y los fieles de su compañía y también los de la 2ª del mismo escuadrón hacen alto, porque la oscuridad de la noche es tan densa, tan impenetrable como tenue, mojadora blanquecina es la camanchaca que envuelve al valle y a una gran parte de la planicie.

Yávar, pues, hace alto y ordena a los jinetes del primer escuadrón y a sus capitanes Urrutia y Federico Yávar se desmonten su tropa con los caballos de la brida esperen el momento en que, la luz de la luna, disipe las nubes para continuar la jornada y alcanzar a Cañete.

Y cuando los tres escuadrones han echado pie a tierra y nuestros centauros se aprontan para tomar su descanso, una descarga altera el espacio e inicia, casi a quema ropa, la acción que la historia conserva con el nombre de Herbay.

El enemigo parapetado tras un foso, que al día siguiente se vio existía sobre la izquierda, y cubriéndose con una tapia que protegía su derecha había abierto sus fuegos, que si hacía con bríos, pero sin avanzar un solo paso.

Y no hay para que confesar cual sería la sorpresa que causa tan repentino ataque y ni tampoco debemos multar, que a pesar de los pesares, de la densa oscuridad, del espanto producido en la caballada y de lo exabruptamente que se rompieron los fuegos los Granaderos, que esa tropa especialísima mantuvieron su posición, no retrocedieron un paso, y sin perder su formación, sin atarantarse contestaron a su vez el fuego vivo, todo el regimiento que únicamente lo hizo la 1ª compañía del 1º escuadrón, la del capitán don Temistocles Urrutia.

Y mientras la tropa indicada mantiene el campo haciendo uso de sus carabinas Winchester, Yávar hace enfrenar sus caballos al resto de su regimiento; y para hacer comprender al bulto enemigo, que le corta el paso que no lo teme despliega en guerrilla una parte de la tropa y la envía al asalto de la posición enemiga.

Y mientras se ejecutaba la maniobra indicada el resto del regimiento se retira en orden sobre la planicie en espera de la luz de la luna o en la de la alborada del día 19 de diciembre.

El capitán Urrutia intertanto se bate con denuedo secundado por los alféreces Balbontín y Pollini Fuenzalida, que hace lujo de valor durante toda la noche, acompañado por el primero don Fidel Carmen Acuña y por los sargentos Pizarro, Alarcón y Marabolí.

Y don Tomás Yávar, que sabe que Lynch debe estar a lo más a dos horas de distancia y que no puede calcular con cuantos enemigos se bate, avisa a su jefe lo ocurrido y continúa tranquilamente el combate.

Y la verdad fue que la noche del 18 al 19 de diciembre de 1880, fue noche de sus obras; y si la acción de Herbay no se convirtió en desastre, fue únicamente debido a la serenidad con que el comandante Yávar recibió la sorpresa; a la disciplina férrea de su regimiento y al valor y esfuerzo de sus capitanes y selecta oficialidad.

Es necesario haberse batido alguna vez de noche para poder estimar la inmensa diferencia que existe entre los combates que se dan a la clara luz del día y los que se pelean a la luz de las estrellas. Las tinieblas, la oscuridad impenetrable que alumbran solamente los fogonazos de los combatientes, dan a la lucha distante la noche, espectros espeluznantes; el peligro se agiganta, el enemigo se triplica; y si el mismo no es grande y el amor a la patria, a la bandera no sea firmes, el miedo puede tomar fácilmente a los combatientes y dan al tanto hacer perder los estribos al más alentado capitán.

Allá cuando éramos mozos, ahora treinta y dos años, en la noche del 27 de diciembre de 1880, tuvimos la honra, la gloria, de asistir a un combate nocturno; compartimos esa fortuna con los capitanes señores Anselmo Blanlot Holley y José María Barahona y con los señores oficiales de nuestro regimiento "El Curicó" Miguel Luis _____, Luis F. Cabezas, José Manuel Sepúlveda, Marín y Darío _____ que con bravura sinigual sostuvieron su puesto obteniendo la victoria. Pero, con toda ingenuidad, declaramos que aunque 32 años hacen que aquello ocurrió, aún no se disipa de nuestro ánimo el recuerdo de aquella acción de aquella noche, en la que perdimos a nuestro estimado jefe don José Olano, caído como bravo al frente del enemigo, porque la oscuridad de la noche, las tinieblas impenetrables que nos rodeaban aumentaron de tal modo la responsabilidad que nuestros débiles hombros demostraban, que con ingenuidad lo repetimos, confesamos, solo el pundonor, el amor a la patria, a la bandera, el ejemplo de los capitanes a nuestras órdenes, al ser chilenos, nos hizo aguantarnos en nuestro puesto, hasta que el alba con sus luces alumbró las quebradas del Manzano.

Por eso damos al combate nocturno de Herbay las proporciones que realmente, tuvo, porque fue de noche, porque para ver al invisible enemigo que tenían al frente los Granaderos de Urrutia, Balbontín Pollini y Vivanco, que permaneció esa noche de avanzada, no tuvieron más luz que las de sus carabinas, más norte y guía que el amor a Chile, a la lejana y querida patria.

Y la noche entera, el coronel don Pedro Sevilla que mandaba a los Carabineros del Rimac y el coronel don Victorino Arceniega que tenía a sus órdenes ciento cincuenta infantes, defendieron con inusitado tesón los fosos y tapiales de Herbay y solo a las cinco de la mañana abandonaron sus prisiones dirigiéndose a Cañete.

Y para que nuestros lectores se den cuenta cabal de esta acción, he aquí el parte que la superioridad militar enemiga elevó el coronel don Pedro Sevilla, caballero jefe peruano a quien tuvimos el honor de conocer prisionero en la alborada del 28 de diciembre de 1880, día de inocentes, día en que asimismo, el cabo de Carabineros de Yungay, don Amador Marín P. niño entonces de unos dieciséis a diecisiete años, lo pasó realmente por inocente, haciéndolo rendir su sable y tomándolo prisionero, mano a mano, con esforzado y caballero valor personal, sesión que no solo aplaudieron los jefes de Carabineros de Yungay, que sabido es que el coronel Sevilla hizo publicar elogios en Lurín de nuestro amigo el hoy estimado *Negro Marín*, que si tiene oculto el rostro oculta en cambio una alma blanca, un nobilísimo corazón.

He aquí los partes telegráficos en que el coronel Sevilla, narra el combate de Herbay,

“Lima. Recibido a las 2.55 A.M. del 19 de diciembre de 1880.

Exmo. Señor Jefe Supremo:

Después que el sub-prefecto reocupó a Herbay, se arrojó al enemigo como a una legua de distancia. Me apresuro a proteger la infantería con caballería y después de un sostenido fuego por ambas partes, que duró cerca de una hora, los invasores cedieron el campo, retirándose precipitadamente.

Tengo algunos heridos y muerto el caballo de un corneta.

Sevilla”.

Esta fue la primera comunicación que recibió don Nicolás de Piérola. He aquí la segunda:

“Lima, recibido a las 6.35 A.M. del 19 de diciembre de 1880.

Exmo. Señor Jefe Supremo:

El ataque comenzó de nuevo a las 5 A.M. Defendemos nuestras posiciones.

Sevilla”.

Y a las 11.50 minutos de la noche del mismo 19 de diciembre, en el Palacio de los Virreyes, el último inca como se ha de llamar a don Nicolás de Piérola, se hacía leer por su Jefe del Estado Mayor don Guillermo Billinghursts, hoy candidato a la presidencia del Perú el parte telegráfico siguiente:

“Lima, recibido a las 11.50 P.M. - 19 de diciembre de 1880.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Exmo. Señor Jefe Supremo.

Después de un nutrido tiroteo que duró una hora el enemigo se retiró de nuevo.

Esto es tan vergonzoso que me inclino a creer sea una maniobra que encubre otra intención; porque las fuerzas que vinieron contra nosotros consisten en cerca de cuatro o cinco mil hombres de las tres armas y se han retirado apresuradamente.

Tengo un prisionero (Estanislao Carrizo) y otros soldados chilenos que no pudieron seguir a sus compañeros que volaban, se arrojaron al mar. No fue posible sacarlos inmediatamente a consecuencia de lo vertical del cerro.

De las investigaciones a que sometí al prisionero parece que se llama Estanislao Carrizo soldado del 3^{er} escuadrón del regimiento de Granaderos a Caballo, cuyo coronel se llama Tomás Yávar. Este cuerpo, fuerza de 600 hombres, fue el que tuvimos al frente anoche y cedió el campo a los ciudadanos de Herbay, no soldados, y una parte de la caballería bajo mi mando, las únicas fuerzas nuestras que tomaron parte en el combate.

La división del enemigo salió de Jahuey a las 2 A.M. en este orden: una batería de montaña de cuatro cañones, tres cuerpos de infantería y tres escuadrones de caballería de 200 hombres cada uno.

Los cuatro chilenos que se bajaron a la playa se les persigue y probablemente se les tomará.

Los chilenos han abandonado en su campo, –visitado por nuestra guardia avanzada– algunos barriles de agua, vino y ron, cuartos de carne, esas y otras provisiones, además de muchos otros diferentes objetos, robados probablemente a personas particulares, tales como: silletas, hamacas, ropa, ollas y útiles de cocina, etc., etc.

Después de la escaramuza nuestra guardia avanzada tomó una bandera de campamento y una bandera chilena con su asta, sillas, etc., etc.

Los artículos tomados con el prisionero son: el equipo completo de un caballo, una carabina, un afilado sable y un corvo.

Me es muy satisfactorio poner en conocimiento de V. E. que el Sub Prefecto ha correspondido dignamente a la confianza del gobierno y que los ciudadanos del distrito rivalizaron entre sí en desplegar su patriotismo y entusiasmo.

La brigada de caballería ha tenido un comienzo brillante, excelente tropa.

El enemigo tuvo anoche diez caballos heridos y algunas bestias de carga pueden verse muertas en el campo. Con respecto a la pérdida en hombres, los informes de los prisioneros son contradictorios.

Nuestras pérdidas de anoche son tres heridos de tropa, un caballo muerto y tres heridos de caballería.

La infantería chilena consta de Batallón Talca, el 2º de Línea y la brigada de marina.

En este momento se ha tomado del campo enemigo un magnífico caballo y seis bueyes que servirán para racionar nuestras tropas.

Sevilla”.

“Recibido en Tarapampa, cantera de Asia, a las 4 P.M. del día 20 de Diciembre”.

Según instrucciones, después de saludar al enemigo me retiré con mi brigada completa, llevando a mi herido y al prisionero, sin dejar tras de mi ni una correa”.

“Sevilla”.

Curiosas por demás son las comunicaciones, copiadas, y ellas, en verdad, la única impresión que dejan es la de reconocer que la imaginación peruana ha sido, es y será siempre feliz para inventar hechos que solo han existido en la mente o cerebro de los dirigentes enemigos.

La única verdad que encierran los partes copiados, es la de haber tomado prisionero al soldado Estanislao Carrizo infeliz que debió haberse rendido, porque jamás, por jamás el chileno debe faltar a su lema de: ¡Vencer o morir!

Carrizo al entregarse prisionero enlodó su nombre y el del regimiento; quedó de cobarde ante el Ejército todo, y en premio de haberse rendido recibió de los peruanos crueles tratamientos, hambres y miserias sin cuento y el nombre maldito, peor mil veces que la muerte, de cobarde.

En Chile, y un general de división que ha poco fue desposeído del puesto de Inspector General del Ejército en castigo de sus cábalas, informes falsos y de su cobarde actuación frente al enemigo en la tarde del sin par y heroico combate de la Concepción y en la mañana de la Placilla en 1891, son dos tipos que se hermanan y que los legionarios de hoy y del futuro deben tener presentes como engendros de vergüenza y de baldón para ser eternamente malditos.

Pero dejemos a un lado a este mal hombre que sus horas están contadas, y el Mane, Thesel y Phares bíblico, con que la opinión pública lo ha estigmatizado pronto tendrá su confirmación cuando llegue a

esta capital la Comisión Militar chilena en Europa, que le pedirá estricta cuenta de su honra atrozmente atropellada.

x x x

Decíamos que Yávar dio aviso a Lynch, de lo ocurrido en Herbay y agregamos que este estimando en lo que realmente valía la noticia enviada continuó tranquilamente su ruta; sin apresuramiento esperó la salida de la luna, y naturalmente un par de horas más tarde la Artillería de Marina que marchaba a vanguardia llegaba a Herbay, es decir a la extremidad norte de la comarca desde donde domina a este punto y al valle de Cañete.

Y como ya nuestros lectores, han leído los partes enemigos, tiempo es que, a nuestra vez, narremos la verdad de lo ocurrido en la noche del 18 y mañana del 19 de diciembre de 1880.

Lynch, tan pronto llegó a Herbay acompañado de su Jefe de Estado Mayor don Juan Vicente Dávila Argüelles, de su secretario particular don Daniel Carrasco Álvarez y demás ayudantes de campo, como conferenció con el comandante Yávar primer jefe de Granaderos a Caballo.

La noche, a pesar de la luz de luna está oscura; las tinieblas se hacían más densas porque la tupida y mojadora camanchaca, cubría, no solo la planicie, sino también todo el extenso valle de Herbay y de Cañete.

Uno que otro disparo en verdad, hacía el enemigo a esas horas las 3 ³/₄ de la madrugada, y Lynch, teniendo presente que pronto la luz del sol habría de correr la tupida niebla que ocultaba al enemigo, dio orden a la Artillería de Marina y el 2º de Línea de alistarse para descender al valle y batir al enemigo tan luego amaneciere.

El Talca quedaría de reserva cuidando a la Artillería de Montaña.

Poco antes de las 5 aclaró y entonces pudo verse bien que los Granaderos a Caballo se *“hallaban un poco más abajo de la cumbre de una colina, detrás de la cual había una especie de quebrada limitada al norte por una cuchilla más baja y aguda. Desde la cima de esta cuchilla se divisaba el valle de Cañete, estando a tiro de fusil de sus orillas”*.

El veterano regimiento tenía de avanzada en la parte más alta de la colina desolada, al alférez don Nicanor Vivanco, que hacía ese servicio con ocho o diez hombres de su compañía la 1ª del 3º escuadrón, la del capitán don Luis Contreras, que fue herido en Chorrillos.

Y por más que todo el mundo a la simple vista y ayudado por buenos anteojos quiso ver algo un poco más allá de la quebrada que tenía al frente, la camanchaca se lo impidió por completo.

Pero no hubo más remedio que esperar a que el sol y la brisa descorriesen la impenetrable neblina que envolvía a la fertilísima hondonada.

Y fueron, los infantes de la Marina, los primeros que poseídos de una fuerte descubierta de caballería que al galope se descolgó sobre el valle, los primeros que a buen paso y cargándose sobre la derecha iniciaron el ataque y asalto de la posición enemiga, que este, ocupara durante la noche y que luego se vio había abandonado hacía mucho rato, quizás un par de horas.

Y para cumplir con lo que la táctica previene la Artillería de Marina y luego el 2º de Línea con Vidauyre y Canto a su cabeza después de haber desplegado, cada uno sus guerrillas descendieron desplegados en batalla a Herbay Bajo, donde no encontraron un solo soldado peruano.

A buen paso, primero por el flanco, a la desfilada, se lanzó ladera abajo la 4ª compañía del 1º batallón de la Marina del comando del capitán don Pío Guerrero Bascuñán, y cuando aún esos infantes no sentaban el pie en el plan, el teniente don Ricardo Ekers, desplegándose en guerrilla con ayuda de los subtenientes señores Amador 2º Montt y L. Fernández B, trepaban nuevamente la colina de enfrente, la encimaban y descendían al valle mismo.

Y ni Ekers, ni Montt, ni Fernández B. y Guerrero Bascuñán, ni nadie, encontraron a nadie: el enemigo se había esfumado; sin duda alguna habían tomado Sevilla, Arceniega y su gente hacía tiempo, quizás un par de horas, el camino que lleva a Cañete y demás poblaciones del norte.

Lo único que encontraron los infantes del capitán Pío Guzmán B. fueron trastos de cholos, fundas de fusiles, cápsulas de rifle Remington, vainillas varias, cajones vacíos de municiones; en una palabra nuestra tropa tomó posesión del campamento peruano, pero, sin encontrar un solo hombre.

En el bosque y valle los Granaderos nada tampoco encontraron y el único prisionero que se tomó fue una linda yegua rosilla, enjadeada militarmente, pendiente de su silla un buen sable de caballería.

Con mejor suerte anduvo sin duda el teniente Ekers, porque después de una perseguida bien hecha del bosque, tomó prisionero a un paisano armado de Remington y vestido a la usanza del país: pantalón corto de mezclilla, camisión, sombrero de paja y sin calzado; ese mismo traje fue el que usaron siempre los montoneros de la zona durante la ocupación.

Llevado el prisionero a la presencia de Lynch, que de paso diremos presencié esta operación en primera fila, declaró que Sevilla en persona había mandado el combate de la noche, teniendo a sus órdenes 365 hombres de Caballería de Carabineros del Rimac y 150 infantes de Arceniega; agregaba el montonero que el prefecto Zamudio se encontraba en Cañete.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Ekers y los oficiales de Granaderos señores Urrutia, L. J. García V., Vivanco. Polhamer, Pollonis y Balbontín declaraban que en el valle habían encontrado un soldado y tres caballos peruanos muertos.

Sin duda alguna don Pedro J. Sevilla y su tropa a esas mismas horas abandonaban a Cañete y dando rienda suelta a sus corceles y a todo paso, después de telegrafiar a Su Majestad Incasica, don Nicolás de Piérola, tomaban la ruta de Hurea, Quebrada, Cerro Azul, Asia, Bujama, etc.

Y el dictador para destemplan el ánimo de sus lugarteniente y levantar la moral de sus legiones, he aquí la forma telegráfica como contestaba las guerreras comunicaciones del coronel Sevilla, que anteriormente hemos publicado

“Lima, diciembre 21

Señor sub-prefecto Melena:

Muy complacido encuentro a los partes del coronel Sevilla. Enteramente justificada mi esperanza en V. S. y la buena gente de ese valle. La zona de Lima ha hecho el elogio esperando mucho aun de los de Cañete, hágalo saber así a Arceniega”.

Piérola.

He aquí arriba ahora otra comunicación oficial que tiene, como la anterior, sabor tropical netamente peruano, con olor a sangre, comedia y también a pastillas de sahumero.

“Telegrama a Palacio”

“Lima diciembre 21.

Señor sub-prefecto:

Recibí su telegrama y mucho me complazco en saber que han recibido las hordas filibusteras una lección del patriotismo nunca desmentido del señor coronel don Pedro J. Sevilla y de V. S.

“Que corra la sangre, pues así la regeneración será un hecho real.”

“Comuníqueme V. S. cuanto pase, por muy insignificante que ello sea, pues ya pisan los ladrones nuestro departamento”.

“Salude V. S. a mi nombre al coronel - Suyo”.

“Peña y Coronel”

¡Que tal! Puede darse una fraseología oficial más curiosa que la copiada, tomada de los originales que los firmantes después de las derrotas de enero dejaron en Lima.

Y en el mismo día 27 de diciembre, se recibía en la vieja capital del virreinato este otro parte:

“Telegrama de Chilca”

Señor secretario:

Diez buques chilenos pasan frente a este puerto, con rumbo al norte. Sigo a Lima”.

“Mayor Zuleta”.

El flamante mayor divisaba los barcos nuestros y mientras seguía a Lima, y de la tierra del Rímac telegrafaban a su vez así.

“Señor Jaramillo”

“Esté listo, todo para salvar los aparatos y bestia; destruya archivo.

“Paz - Soldan”.

Y Jaramillo montó solamente en la bestia y picando con las fuerzas que da el miedo, puso pies en polvorosa y no destruyó ni aparatos, ni archivos, porque todo en Chilca estaba intacto cuando llegó Lynch desde el famoso palacio-rancho de su Illma. el señor obispo de Chachapoyas a la humilde oficina telegráfica del señor Jaramillo.

x x x

LA BRIGADA LYNCH CONTINÚA SU MARCHA SOBRE LURÍN

Recordarán nuestros lectores que, don Julio Zegers, replicando al general don José Antonio Villagrán en la Cámara de Diputados, aducía para recibir al ex jefe de la 1ª División la razón de que, el gobierno, había publicado y repartido impreso un informe sobre los departamentos peruanos en que operaban las tropas del general nombrado y para afirmar su acerto exclamaba:

“Tampoco puedo explicarme que el honorable general haya declarado enteramente desconocido el camino que debía recorrer, porque desde en el mes de octubre de 1880, la Oficina Telegráfica, por orden del

gobierno de Chile, ha dado noticias sobre las provincias litorales correspondientes a los departamentos de Arequipa, Ica, Huancavelica y Lima para el uso de nuestro Ejército”.

Y don Julio Zegers, que ha sido república de verdad, que jamás ha tomado parte en ningún debate, ni abordado desde la ribera parlamentaria o desde la prensa o el libro cuestión alguna sin haber precisamente estudiado y meditado, completaba su contundente argumentación en esta forma:

“En esta publicación se encontrarán numerosos datos geográficos y topográficos sobre el trayecto que debía hacer la 1ª División”.

“Están enumerados todos los valles, las poblaciones y las distancias entre los diversos lugares que bordan el camino de Pisco a Chilca”.

“Esa publicación que consta de 40 páginas, contiene también un mapa en grande escala de las costas del Perú entre Islay y Chilca”.

“¿No lo conocía el honorable general Villagrán? –Debo creerlo así, puesto que califica de desconocido el camino en cuestión”.

Y luego el señor Zegers con lógica de hierro, después de dar todos los datos que el público ha podido leer anteriormente, probó a la Cámara y al país que aquella región siendo desierta en parte, presentaba también lomas fertilizadas _____ de recursos, que un jefe activo y diligente sabría aprovechar para salvar su ejército, y con ello la vida y la honra de la república.

Y el honorable diputado Zegers tenía razón; y Lynch y su brigada haciendo la travesía de Tambo de Mora a Lurín en pérdida solo de cuatro hombres, probaron que Villagrán pudo y debió efectuar la orden que se le dio por el general Baquedano. Y si nosotros hemos recordado este incidente ha sido sencillamente porque, narrando la marcha de Lynch, se nos viene a mentes, a la imaginación el hermoso valle de Cañete tan lleno de recuerdos de todo género, tan rico y tan feraz.

Sin duda alguna que la parte más árida, más desierta el camino más penoso, la jornada más ruda fue la de Tambo de Mora a Jaguey y Herbay Bajo; pero, el resto aunque desconocido y recio, no era comparable bajo ningún aspecto con la región primera.

El valle de Cañete, es tan rico, que puede, sin duda alguna, mantener un ejército, no digamos de 50.000 hombres, que ahí visitan bien por más de un mes de 25 a 30.000 soldados.

Don Aurelio García y García distinguido y estudioso marino peruano, siendo teniente 1º del vapor de guerra *General Lergundi*, dio a luz en 1863, *El derrotero de la costa del Perú*, libro utilísimo que tene-

mos sobre nuestra vista, y que deben estudiar los oficiales de nuestra Armada, porque en él encontraron datos interesantes que pueden serles utilísimos el día menos pensado.

Pues bien en las páginas 84 y 85 encontrarán, quienes nos lean, la confirmación de lo que sostenemos; así como en las memorias del virrey Lynch pertenecientes a los años de 1882 a 1884, se puede también estudiar cuando dio de sí Cañete, Montalbán, Lunahuaná, Pucará, Santa Bárbara, Herbay, Cerro Azul y demás pueblos, ingenios, haciendas y cede ríos que riegan las aguas del Cañete y de sus afluentes Llangas Tambo, Tupe, Pampas, Cari y demás ríos y torrentes que, después de fertilizar las riquísimas provincias de Yanyos y Cañete, desemboca en el Pacífico por la parte sur del valle de su nombre en el punto denominado Santa Bárbara.

Azúcar de caña, chancaca, ron, frutas, menesteres, ganado lanar, vacuno y caballos y mulas; lanas, aves y todo cuanto se necesite para vivir y en gran abundancia, se encuentra en este riquísimo valle, cuya lujuriosa vegetación tropical no deja nada que desear el espíritu, a la persona más exigente.

Lo repetimos así como Lynch y su brigada permaneció solo un día en Herbay Bajo, Villagrán y sus 10.000 veteranos hubieran podido vivir tres meses, sin que nada les hubiera faltado; y por lo que respecta al viaje, llevado él en el tino y la inteligencia con que los ejecutó Lynch y los jefes a sus órdenes, de creer es que Villagrán que era hombre de guerra a las derechas debía también haber triunfado, arribando a Lurín en tan buenas condiciones como el futuro virrey del Perú su afortunado sucesor lo hizo.

Y antes de seguir narrando el viaje a la Brigada Lynch, agregásemos que el talentoso oficial mayor del Ministerio de Guerra en 1880, don Moisés Vargas, Director Oficial del *Boletín de la Guerra del Pacífico*, insertó en esta publicación el mapa de Islay a Chilca, en septiembre del año citado, y publicó así mismo todos los datos sobre los departamentos peruanos a que se refirió don Julio Zegers en su discurso de 6 [de] enero de 1881.

x x x

Y don Patricio Lynch, que mejor que nadie apreciaba la famosa marcha que venían haciendo sus soldados, hizo alto en Herbay Bajo, dio descanso a su brigada todo el día 19 de diciembre y al día siguiente, de mañana levantó sus tiendas.

Partidas de Granaderos, hicieron en la madrugada del 19, los reconocimientos del caso; y mediante la actividad desplegada por los jinetes de Yávar, antes de las doce del día, Lynch, sabía que su brigada podía tomar dos caminos: el de la costa o playa, que era el más malo, sería recorrido hasta Cerro Azul por la caballería y el auto de su ejército haciendo flanco derecho tomaría los caminos del fresco valle y después del fresco valle y después de recorrer Pueblo Viejo, San Juan de Aroma y Montalban, Herbay Alto y Cañete, tomarían hacia la izquierda y dejando atrás a Dacha, al llegar a Quebrada, se dirigirían al

poniente en demanda de Cerro Azul, puesto en que nos debían tener preparados rancho y alojamiento para la división en marcha.

Y antes de continuar narrando esta expedición famosa, recordemos aquí que, esa Herbay Bajo, durante el 19 las tropas chilenas ocuparon el día no solo en descansar y en comer sino también en asearse personalmente.

El río, sus aguadas y el mar, se vieron todo el día llenos de soldados, los caballos y bestias de carga que buscaban en el agua, no solo un lenitivo para el tropical calor del mes de diciembre, que también contaba como primer factor el uso del baño como aseo necesario urgente.

En Herbay Bajo, recordamos, que existían algo así como las tasitas de un ingenio de azúcar, abandonado tiempo ha por sus dueños, pero con comodidad suficiente para dar asilo no solo al Estado Mayor, sino también a casi toda la brigada, porque sus espaciosas casas estaban rodeadas de habitaciones de cañas, verdaderas barracas apropiadas para viviendas de soldados.

La tropa que no durmió en las casas de Herbay Bajo, acampó a la orilla del bosque, y los soldados antes de poco aderezaban su rancho comiendo a manteles, no de lino o de hilo, sino de grandes y hermosas hojas de plátanos en que se hacían ricos asados, abundantes camotes, olorosas chirimoyas, riquísimas sandías, plátanos sabrosísimos y otras aromáticas frutas propias de la región tropical.

Y, Lynch, que en todo pensaba y que con nada se descuidaba, antes de que cayera la tarde del 19, envió cincuenta cargas de agua a encontrar al Colchagua y Atacama, que a esas horas recorrían en viaje de Haguéy y sin duda cerca del punto en que él se encontraba.

Junto con los dos regimientos nombrados hacía también la marcha, una batería de montaña, una sección de Ambulancias, una parte del parque y las impedimentas del caso.

En la noche del 19 los jefes del 2º de Línea, Artillería de Marina, Artillería y Granaderos recibieron las órdenes del caso: a las 3 A. M. se tocaría no diana sino atención, y golpes para diana [a] las cornetas para levantar al campamento; a las 4 se rompería la marcha.

Y como último acontecimiento del 19 de diciembre, Lynch recibió en la noche, correspondencia del general Villagrán; el Comandante en Jefe de la 1ª División avisaba a su lugarteniente que, de orden superior, la 2ª Brigada, se reembarcaría en Pisco para confirmar por mar viaje hasta Chilca.

Y como esta resolución ponía a los regimientos Colchagua, Talca y el resto de la tropa que pertenecía a la 1ª Brigada, en situación un tanto molesta, Lynch, decidió esperar en Cerro Azul a su retaguardia y marchar en un solo cuerpo.

x x x

DE HERBAY A CERRO AZUL

Y tal como Lynch lo ordenó a sus tenientes, asimismo cumplió el programa.

A los golpes de diana Vidaurre y Benavides, Rojo, Hurtado, Patiño, Sánchez Javier, Guerrero Bascuña. A 2º Montt, Ekers, Arturo Ruiz, Luis Fierro B., Pablo Silva Prado, Francisco Amor y demás oficiales de Artillería de Marina estaban en pie.

Don Estanislao del Canto a misma hora alistaba al famoso 2º de Línea, faena en que no andaban por cierto remisos tampoco sus segundos don Miguel Arrieta Larraín y don Eleuterio Dañín; ni mucho menos los capitanes ayudantes señores Joaquín Arce y Francisco Inostroza que debía tan pronto rendía, como bueno y como bravo, la vida en la gran jornada Chorrillana.

Sin duda, el 2º de Línea, fue siempre un cuerpo de lujo, y así tenía que ser no más porque el ejemplo sublime de Ramírez, Vivar, Garretón, Garfías Fierro, Barahona, Silva y de toda la heroica legión segunda que se sacrificó en Tarapacá por salvar el nombre purísimo de Chile, cubría con sus alas, en su espíritu a ese regimiento, que conquistó durante la campaña todas glorias y cantos a porfía.

Contentos, como Pascuas, saltaron a las filas, se pusieron en marcha Federico Aníbal Garretón, Reyes Campos el cronista soldado, Salustio Ortiz, Carlos Gaete, Aaron Maluenda, Fuller, Pedro Párraga, Solar, Guillermo Chaparro, Martín Orrego, Arcillón, Virjil y tantos más de los cuales apenas si quedan en el recuerdo de sus hazañas, o los huevos blanquecinos allá en las cumbres andinas de las sierras incásicas.

Tranquilo como siempre, sin impacientarse, eternamente culto, irreprochable, cariñoso y atento, el comandante Urizar Garfías, conduce al Talca que pronto verá a su primer jefe convertirse en héroe en el Morro Solar, en la Punta del Fraile, en Miraflores, en todas partes.

Carlos Silva Renard, que es soldado fino, altivo, ordenancista que pide a siempre a sus móviles el mayor esfuerzo posible, porque así lo exige la patria, a quien él sirve sin limitaciones se pone también en pie y con los capitanes Grez, Vergara, Urzúa, Chaparro, Fernández, con Torres, Jarpa, Pamplona, los Villalobos y Donoso, con Carlos Rojas Arancibia, en fin con toda aquella alegre y brava oficialidad talquina, el Talca, en minutos está listo para romper la marcha.

A las 4 ½ el campamento de Herbay Bajo es para siempre abandonado, y Lynch, como siempre imparable, como una esfinge, se retiraba al último después de haber presenciado el desfile de todos sus hombres.

Granaderos a Caballo, a su vez, tomaban la ruta de Cerro Azul, pero por el camino de la costa que corre siempre vecino al mar, cuyos incesantes tambos y marejadas sienten tan tenuemente los jinetes de Yávar y de Muñoz Besanilla.

Y como la vía es mucho más costa por el poniente, y como la caballada había corrido bien y estaba descansada, a las 11 de la mañana, don Tomás Yávar y sus hombres tomaban posesión de Cerro Azul en nombre de Chile, enarbolando la inmaculada enseña en el edificio que servía de Capitanía de Puerto.

Yávar, con los Granaderos, al llegar a Cerro Azul dejó atrás a Santa Bárbara, Casa Blanca y la riquísima hacienda del ingenio de Azúcar de Carrillo, propiedad de peruanos, que en ese momento se encontraba abandonada y que fue respetada, sin que sufriesen sus dueños el menor desmedro.

Y mientras que Yávar ocupa a Cerro Azul, Lynch, con el sexto de su pequeño ejército se interna en el feraz y precioso valle que riega y fertiliza las aguas del Cañete; toman nuestros expedicionarios el camino de Pueblo Viejo y después de buena y sostenida marcha a las 9 A.M. la columna se encuentra en el ingenio de Huanul, lugar que es requerido por el Jefe Expedicionario con víveres y ganado en pie, que el administrador dice no tener, pero que paga inmediatamente con una letra por 20.000 pesos sobre la conocida Casa, de Graham Rovve de Valparaíso, que es aceptada por la superioridad militar.

Dos horas más de marcha, y Lynch y su tropa, hacen alto en Montalbán, la histórica hacienda de O'Higgins, *El Grande*, propiedad en que el venerado prócer y fundador de la independencia de Chile y del Perú vivió desde 1823 hasta que falleció, más que al paso de los años, agobiado por la tristeza e ingratitud con que en Chile fueron mirados sus méritos y grandes servicios, que hoy, la historia le reconoce en toda su amplitud.

En Montalbán, todo el Ejército pudo contemplar con religioso respeto algunos objetos de uso personal del héroe, retemplando su espíritu con su vista que hacía recordar no solo a su dueño, al inmortal héroe de Rancagua, de Chacabuco, Maipú y el Roble, sino también a la lejana patria, a quien O'Higgins, amo siempre con delirio, por quien sacrificó su vida y premio.

En Montalbán, permaneció Lynch y su gente, hasta las 4 y media de la tarde, hora en que, al toque de: *en marcha*, la columna se despidió para siempre de aquel lugar de santos y gratos recuerdos.

Cuando ya el crepúsculo vespertino cubría los montes y llanuras de Pueblo Viejo, las avanzadas de Lynch penetraron al lugar nombrado y poco después de las 7 ½ P.M. las últimas hileras del Talca abandonaban esta localidad.

Y hay que dejar constancia, de que nuestros infantes poco a poco se habían ido convirtiendo en tropa de caballería porque la mayor parte de ellos viajaban ahora en mansos y grandes borricos, en caballos de pasos o en buenas mulas.

Los más, también, habían guardado sus quepíes y con permiso de sus jefes cubrían sus cabezas con grandes sombreros de paja que los guarecía de los ardientes soles tropicales.

Y también junto con el Ejército caminaba ahora otra infantería, la china: cientos de pobres e infelices asiáticos habían sido puestos en libertad, de orden de Lynch, que haría con ello obra de justicia y de reparación, devolviendo a la vida libre y humana a esos seres a quienes se les trataba como a perros, mucho pero que a los más infelices esclavos por los azucareros peruanos del valle de Cañete.

Su número era bastante crecido, y donde más aumentó el Ejército de Quintín Quintana y de Villarroel, fue sin duda en Montalbán porque ese ingenio contaba con centenares de coolies, que se plegaron en masa a la hueste chilena al grito de: *¡Viva lo Chile! ¡Muela el Pelú pol bluto! ¡Viva don Quintín Quintana! ¡Viva el general Lynch! ¡Muela, muelan los peruanos blutos!*

Y los compale, como cariñosamente los ha denominado siempre nuestro pueblo, convertidos por placer, por gusto en bestias de carga, ayudaban a la tropa a llevar su equipo, sus impedimentas todas; que sabido es que, no hay en el mundo hombre más resistente que el chino para la carga y las grandes jornadas.

x x x

Dejamos a la columna de Lynch haciendo la última etapa del 19 de diciembre y volvamos a Cerro Azul, a donde Yávar, que ha ocupado ya ese puesto, que es un desierto, porque sus habitantes han migrado en masa de miedo, de terror, al infame invasor, a los *chilenos bandidos y ladrones, asesinos de niños, ancianos y mujeres*, como nos apodaban los diaristas y plumarios limenses, que no limeños.

Yávar, como decíamos, tomó tranquilamente previsión de Cerro Azul, mandó desensillar, largó en un magnífico potrero la caballería del Campo, estableció perfectamente su servicio de seguridad, preparó el rancho para el resto de la expedición y dejó transcurrir el tiempo sin zozobras, de ninguna clase.

Y cabe narrar aquí, que con motivo de la invasión chilena, el trastorno de toda la región en que operaban nuestras tropas era tal, que hasta el expendio de la carne se había suspendido; y que, don Tomás Yávar; como legado especial, donó a algunos vecinos trozos de gorda y fresca carne, que no comían desde hacía varios días.

Cerro Azul, dijimos era un cementerio y para evitar desmanes y robos en las deshabitadas casas, el comandante Yávar, nombró autoridad civil a un viejecito peruano llamado "don *Tomás Mendoza*, hombre indudablemente pacífico y bondadoso" que haciendo las veces de *prefecto* puso a raya a los *chinos, compales*, que habían ya principiado a robar y saquear la población.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Y de una vieja correspondencia que conservamos sobre estos memorables sucesos, copiamos lo que sigue, referente a Cerro Azul.

“Presentose también, al comandante Yávar, un futrecito peruano, con mucho salero en el andar; morenito de color y raquíto de estatura, nombrado José León Mendoza y se exhibió con un speech, pero más o menos en estos términos:

“Señor jefe: Yo soy peruano y no extrañaré S. S. que, como tal, desee el bien de mi patria (aplausos de Yávar y sus oficiales)”.

“En este pueblo ejerzo el magisterio y soy apóstol de la institución de la humanidad, reconociendo a todos como mis semejantes”.

“Mis compatriotas han huido y corrido como gansos en todas direcciones y yo no he podido hacerles comprender que V. V. los chilenos son muy generosos y muy civilizados y que es falso cuanto han dicho de ellos”.

“El día del combate con el Ejército de Chile en las alturas de Herbay Bajo, es decir ayer, pasó por aquí el coronel Zamudio, y no hallando vapor en que embarcarse, se fue por tierra para Lima”.

“Los coroneles Arceniega y Pedro José Sevilla, se han fugado con sus fuerzas dirigiéndose para Lima por las Hormigas, es decir por Cañete adentro”.

“Se que más compañeros han muerto a V. V. ochenta Granaderos, y que nosotros hemos tenido solo cinco hombres muertos, que se enfermaron antes de huir, 14 heridos y 3 caballos también muertos”.

S. S. me tiene a sus órdenes y si se le ofrece algo que interrogarme, puede hacerlo desde luego, pues estoy pronto a contestarle”.

“Yávar le respondió. Está muy bonito su discurso; yo lo interrogaré cuando lo crea necesario. Puede V. D. retirarse a su casa. Está despachado”.

“El preceptor peruano salió braceando y borneando la cola. Era un peruano en regla; nos hizo reír mucho”.

Innecesario nos parece comentar tan repugnante escena; y si lo hacemos, es únicamente, para que se sepa en Chile como se degradan los pueblos que no saben defender sus fueros y cuanto se avillana la raza cuando la idea de patria, de nacionalidad se borra de las colectividades por las prédicas indignas, por los ataques injustos e injuriosos que los malos ciudadanos hacen en contra de nuestras gloriosas instituciones armadas.

Hay que predicar sin descanso, con tesón inquebrantable, el amor santo, sin limitaciones a la patria, a la bandera, para poder mantener nuestra independencia y la preponderancia que en Sud América poseemos.

Es necesario tener presente que en el continente no se nos ama, ni se nos estima; y que más hoy, más mañana, la guerra vendrá y en forma tal que si no estamos moral y físicamente armados, perderemos no solo Tacna y Arica, Tarapacá, Antofagasta y Magallanes y quien sabe sino pretender quitarnos hasta Talcahuano.

Eso lo verán nuestros descendientes, si se dejan dominar por el amarguismo que ya saca su inmundicia y sucia garra, para destrozarnos al grande y glorioso Ejército de Chile, a la jamás vencida Escuadra nacional.

Pero nunca nuestros externos enemigos conseguirán su intento, se atreverán, no digo a declararnos la guerra, ni siquiera a pensarlo, si educamos y atendiendo al pueblo del modo más especial posible.

Hay que ser previsor y pensar; que ya que Dios nos ha hecho grandes, fuertes, sanos y robustos, formando una raza pura, homogénea, sin híbrida mezcla ninguna; que ya que en nuestros valles, hondonadas, montañas y campiñas, en nuestras ciudades, puertos, villas, aldeas y villorrios, germina, campea, crece y aumenta la pura raza chilena sin que la negra sangre africana se junte a la nuestra, resto generoso de la pura estirpe araucana con la noble y viril de España, debemos decir, salvar nuestro pueblo, y educarlo, levantarlo y prepararlo para la cruenta lucha del porvenir.

Leyes magnánimas y parejas; jueces impecables que apliquen a grandes y pequeños la justicia sin temor y con conciencia; habitaciones higiénicas; hospitales y refugios para adultos, ancianos y niños; ilustración general en forma de educar, de hacer hombres aptos física, intelectual y moralmente, para cuanto oficio y profesión existe; servicio militar igual, parejo, democrático sin excepción odiosa, servicio militar que iguale al gañán con el hombre de fortuna, y que prepare a todo el mundo para el futuro, de modo que el Ejército y la Marina sean templos en que se adora a la patria, a Chile, con fe más augusta, más grande que con la que se deifica a Dios mismo, eso es lo que necesitamos.

Hay que enseñar al pueblo con el ejemplo; es necesario, sino queremos mañana ser vencidos y ser los ilotas del continente, hay que pensar decimos en levantar a nuestra raza a mayor altura, dignificarle por medio de la cultura, arrancándola de las tabernas, del tugurio; dándole espectáculos atractivos, paseos gratis, representaciones morales, en una palabra, haciendo que las clases dirigentes, los ricos se preocupen de nuestro heroico paciente e inteligente roto, que en Chile es todo; que es soldado, marino, artesano, artista, agricultor, minero cuando se quiera.

Que el roto lo mismo muere asaltando una trinchera que hundiéndose en la *Esmeralda* al ronco grito de Prat ¡Al abordaje muchachos! Que salta de alegría, riente de honor y de coraje cuando por probar que

es hombre doma un potro indómito, penetra colgado de un cordel cualquiera al pique de una mina, o se lanza sin temor al más alto edificio, a la torre más encumbrada a clavar la bandera chilena que proclama la terminación de una hermosa faena.

Por esa raza, por ese roto, será siempre insignificante cuanto se haga; por salvar a nuestros hijos, por educar a nuestra querida mujer, no hay sacrificio que no se pueda hacer.

Hoy más que nunca se impone la resolución de este problema. Tenemos el deber de vivir y de ser grandes; y ya que Dios nos ha hecho fuertes, no arrojemos por la borda el rico tesoro que poseemos; eduquemos nuestro pueblo, levantándonos cada día más; hagamos de cada hombre un ciudadano cumplido y mañana la costa entera del Pacífico será nuestra, la bandera de la estrella solitaria, paseará sus nítidos colores grande pura, inmaculada desde Punta Arenas al canal mismo de Panamá.

Y junto con lo expuesto no quitemos a nuestra raza su credo, no hagamos que dude de Dios siendo injustos para él; dejémosle su fe sencilla, pura que en sus inmensas penas, en su duro infortunio como en las rudísimas tareas de las industrias y en los cantos de las victorias de su Chile, nuestro roto siempre invocado al dios de las batallas con la fe del chileno viejo, con la ruda fe del carbonero.

¡Hermanémonos con nuestro pueblo, seamos buenos para con él, seamos ejemplares, virtuosos y humildes con ellos los descendientes del Cid, de Lautaro y de Caupolicán!

x x x

Y a pesar de la oscuridad de la noche Lynch y sus hombres continuaron su jornada; y cuando las últimas hileras han dejado atrás a Pueblo Viejo nota todo el mundo que los callejones, los caminos se encuentran inundados.

Y aunque aquella molestia entorpece la marcha, porque el agua en algunos puntos sube más de media vara, nuestros bravos infantes no se asustan, ni se detienen por ello; y antes de poco a las 12 de la noche, del 21 de diciembre, la Artillería de Marina fue recibida en Cerro Azul por los Granaderos a Caballo que tranquilamente ocupaban el puerto.

Lynch, cuando notó la inundación de los caminos, creyó que el enemigo trataba con fuerzas superiores, de atacar a Cerro Azul; de ahí la orden dada, a Vidaurre, para que a pesar del agua y el barro llegase en la misma noche a Cerro Azul.

Poco después de la diana, quizás a las 6 ½ de la mañana del 21, el 2º de Línea, Talca, Artillería y demás impedimentas, con Lynch a su frente, ocupaban a su vez a Cerro Azul.

La noche anterior habían acampado y dormido estas tropas en las cercanías de Cañete Viejo, punto que abandonaron con las primeras luces del alba del 21.

En Cerro Azul la superioridad militar que sabía que el sexto de la brigada se encontraba cerca, preparó todo cuanto se necesitaba para su recibimiento, es decir, se tuvo rancho listo, bueno y abundante; comida que a las 12 del día 21 el Colchagua de Soffía, Atacama y Colchagua y Artillería, caminaba tranquilamente en Cerro Azul, punto que tiene la forma de una herradura demasiado cerrada en sus extremidades, que es de fondo de piedra con fondeadero inseguro y malo.

En 1880, Cerro Azul, parecía un muelle asentado sobre pilares de fierro, que calculamos en 90 metros, siendo de forma curva y provisto de regulares donkeys, pescantes y ferrocarril, que une al puerto con el interior, es decir, con Cañete Nuevo y Viejo.

Si el viajero se coloca en Punta Fraile, cerrito dice García y García, de regular altura, aislado, que está situado hacia el sur, que es algo así como un soporte alto, que presenta en su parte superior, en la que avanza al mar, un morrito de piedra, cortado a pique y con cubierto de una capa blanquecina, si de esa cumbre, el curioso viajero o soldado expedicionario chileno de Lynch, algún segundino por ejemplo, extiende su vista, verá que Cerro Azul no es una villita o puerto, que son dos pequeñas poblaciones las que tiene a sus pies las que se denominan así.

Cerca del muelle se encuentra, como quien dice, el barrio comercial; es decir, una larga calle donde se levantan los mejores edificios de este puertecito, alcanzando su extensión a unas tres cuadras.

Lejos de esta sección de la ciudad, a unos 350 metros lo menos, encontramos otra calle como cuatro cuadras, y otras tantas manzanas y con lo que los cerros azules denominaban Plaza de Armas, con un corralón grande, sucio, infecto, donde se encuentra el *Cuartel* y una pequeña y antiquísima iglesita.

Tanto el cuartel como muchas de las casas ostentan largos corredores, sostenidos por pilares de cañas embarradas y pintadas de blanco con cal de concha, que el mar proporciona en abundancia eterna.

Cuando diciembre de 1880, en los momentos en que la bandera de Chile ondeaba en Cerro Azul, su población que según los geógrafos peruanos alcanzaba a 1.000 habitantes nos parece que no sumaría 100 personas; todos habían huido al valle escondiéndose en lo más tupido del monte.

Y Lynch y su brigada ahora completa, enterita, sin el inmortal Carrizo, en Cerro Azul, se bañó, comió y descansó, todo o casi todo, el 21 de diciembre de 1880.

x x x

*EN MARCHA A CHILCA.
VILLARROEL EN ACCIÓN.*

No era el jefe de la brigada en marcha, hombre que se precipitase, ni que tomare medidas sin son ni ton; que don Patricio Lynch marino avezado, que había navegado en muchas mares y hecho la guerra desde su niñez, era sin duda adolescente cuando salió a la marina en 1837 poseía en 1880 toda la calma, la posesión de sí mismo necesaria, no dejamos para mandar los cinco mil y tantos hombres a sus órdenes, sino una división y también un ejército y gobernar un reino, como en efecto lo hizo durante cuatro años con el Perú, cuyos destinos siguió, ganándose el título del Último Virrey del Lima.

Con tales cualidades de mando y con la larga experiencia de la vida y de la guerra, Lynch, desde Cerro Azul, hizo explorar los desiertos caminos que unen a este puerto con Chilca; es decir, sus descubiertas y exploradores alcanzaron hasta muy cerca de Bujama, hicieron alto especial en Asia, amparando a Villarroel, a sus pontoneros y chinos, que limpiaron y asearon en forma que nada dejó que desear, los tres pozos de agua, ahí existentes, que estaban cubiertos de lanas, desperdicios y de cuanta inmundicia se pueda imaginar sin ver.

Y Villarroel, no se contentó con limpiar y asear las fuentes existentes, que abrió una nueva también al pie de una hermosísima palmera, más o menos igual a las que se hicieron en Jahuey y que dio fresca, clara y pura agua para toda la brigada, cuando Lynch acampó en Asia.

Ahí, en Asia, bestias y soldados pudieron abrevar su sed y llenar sus caramayolas en su magnífico baño, que siempre presentó 74 a 76 centímetros de límpida y fresca agua.

Y así como los pontoneros limpiaron las cacimbas de aquella árida región, también taparon las tomas de los canales que el enemigo había roto, desbarrancando en el valle de Cañete, al llegar a Cerro Azul, en Bujama y otras localidades; que Villarroel ese hombre incansable, que para todo tenía tiempo.

Así, este buen servidor se preocupó también en algunas partes, de labrar pequeñas cuestecitas a fin de quitar la aspereza con esquinche al camino en el paso del Ejército que tan ruda expedición efectuaba.

Y cuidado que si la ruta de la costa y en partes de la playa, entre Tambo de Mora y Jaguey y Herbay Bajo era malo, el de Cerro Azul hasta Asia y Bujama fue pésimo.

Entre Cerro Azul y Bujama nuestros pobres soldados hicieron su marcha atravesando un eterno, inmenso y suelto arenal; perdidos hasta más arriba de las orillas quedaban nuestros bravos infantes que con paciencia infinita sobrellevaban aquella durísima y penosa jornada.

Los burritos tomados en los valles, las mulas y demás bestias que venían en el Ejército detendrían el paso de aquel infernal páramo de la sed que los devoraba; pero jamás nuestros infantes a pesar de la penosa marcha, decayeron en su ánimo, ni dejaron un solo rezagado.

Toda la columna al banco, a menos que paso de camino, hizo la travesía y más que reniegos o gritos de cansancio se oían vivas a Chile, risas y dichos alegres de los soldados, embromándose unos a otros por lo malo del camino.

“Mire hermanito, dígame a mi coronel Lynch que pa` otra vez, no me saque a pasear el día martes, que ya sabe que mi mamá me ha dicho que en martes ni me case ni me embarque, y en Santiago ni a la Alamea saque a pasear en este día”, gritaba con voz zalamera un fornido soldado del 2º de Línea a quien todos apodaban el “Mapochino”, y que siempre tenía a mano cuentos y consejos alegres para pasar el tiempo.

Y efectivamente, el 21 de diciembre de 1880, cayó en martes y a las 4 de esa tarde, como ya lo dijimos, partió todo el Ejército a Cerro Azul, menos los granaderos que habían con Villarroel abandonado mucho antes el puesto nombrado.

Lynch había pensado amanecer en Mala; quería ver clarear el miércoles 23 (sic) en el punto indicado pero al enemigo, es decir los jinetes del Rímac, los del coronel Pedro José Sevilla y las montoneras que levantaban en los valles adyacentes, le impidieron cumplir al pie de la letra el itinerario que se había fijado.

La brigada anduvo bien toda la noche del 21 al 22; salvó las 8 leguas que tenía el penoso arenal en el y a las 9 y media de la mañana penetraba a Asia, lugarcito en que descansó de sus fatigas durante todo el miércoles 22.

Los Granaderos, intertanto habían pasado por Asia a las 2 de la mañana de esa misma noche, la más corta de todo el año, y continuando su marcha con Villarroel el hombre del agua y de los posos, en demanda de Bujama.

Granaderos encontró buena agua y puntos en el río Asia y en sus márgenes acampó el regimiento esa mañana en buen rato para mover las silla y largar un rato la caballada que venía ensillada desde las dos de la tarde anterior, con las primeras luces del alba partieron Yávar y sus hombres sobre Asia, villorrio en que se detuvieron para instalar a Villarroel y sus pontoneros y del cual partieron poco antes de las 2 P. M.; como ya lo dijimos; la brigada, arribó al mismo punto a las 9 y 30 minutos de esa mañana.

De Asia a Bujama no existen sino cuatro leguas; así como de Cerro Azul a Asia se cuentan ocho; de ahí que los veteranos de Yávar antes de poco estuvieron sobre su objetivo, es decir, Bujama pero no para entrar en ella porque Sevilla, su regimiento y los montoneros emboscados en los callejones tupidos matorrales tropicales de ese lugarejo hicieron resistencia a los jinetes chilenos, motivo por el cual el co-

mandante Yávar dio inmediatamente aviso a Lynch, a fin de evitar así que la brigada llegue en la noche a esta localidad y pudiese ser sorprendida.

Y Yávar tenía razón en ello, porque el enemigo oculto en aquellos tupidos matorrales que el conocía como sus manos podía a favor de la noche dar el más espléndido malón a los nuestros y replegándose a favor de la misma oscuridad y de los intrincados vericuetos y escondites, retirarse sin ser visto, ni sentido.

Y Lynch que tenía experiencia en cosas de guerra no insistió en partir inmediatamente; al contrario, ordenó se diere rancho a la tropa, y a la Artillería de Marina que saliese tan pronto hubieran comido sus hombres; el sexto del Ejército no partió sino cuando la luna hubo alumbrado la campiña y los áridos e inclementes arenales que se extienden entre Bujama y Asia.

Y, como en Herbay Bajo, Lynch contestó a Yávar que mantuviese sus posiciones, cosa que el comandante de Granaderos sin necesidad de orden ya sabía que había de hacer.

El resto del Ejército dejó a Asia al despuntar la luna; al amanecer, un poco antes, se encontraban todos los hombres de Lynch en Bujama.

Hay que advertir aquí que, si el jefe de la brigada no partió inmediatamente en auxilio de Yávar fue porque un piquete montado de 25 hombres del 2º de Línea, acompañaban a los Granaderos desde su salida de Asia, y Lynch creía que esos infantes eran suficientes para ahuyentar a los hombres de Sevilla y a los montoneros de Arceñiega, Zamudio y especialmente del coronel don Joaquín Retes.

EN BUJAMA: PEQUEÑO COMBATE

Y antes de seguir adelante y mientras Lynch y su tropa marcha por el fatigoso camino de Asia a Bujama, Yávar y el piquete del 2º de Línea se batan por minutos en ese último punto.

Y para que los que nos lean se den mejor cuenta de estos históricos sucesos he aquí el parte original del comandante Tomás Yávar.

“A la orilla del valle de Bujama, diciembre 22 (miércoles) de 1880”:

“Señor coronel Lynch:

Desde Asia he encontrado rastros frescos que dan evidente seguridad de la presencia de postas del enemigo.

He llegado hasta Bujama, legua y media distante de Mala, lugar de forraje y agua, pero monstruoso, y no se ha hecho esperar la presencia del enemigo puesto que en los momentos en que me disponía a

refrescar el lomo de los caballos quitándoles las sillas, y darle de comer a la tropa, se nos hicieron varios disparos desde un bosque tupido inmediato.

Una avanzada colocada en un lugar dominante ha podido ver fuerzas un tanto numerosas.

Creo no engañarme asegurando que es el coronel Sevilla que se encuentra en esta con su fuerza.

Como bien pudiera repetirse la escena de noches pasadas, y no pudiendo hacer nada con la caballería por el lugar que ocupan, le agradecería a V. S. me mandara unos 150 infantes para pasar la noche, por ser insuficientes los 24 que me acompañan”.

“Dios guíe a U. S”.

“Tomás Yávar”

Lo que había ocurrido lo dice el parte transcrito, y nosotros agregamos que el enemigo oculto en el tupido monte dejó avanzara a nuestros jinetes, acamparse y hasta desensillar y solo cuando vio que ni un solo soldado quedaba montado rompió los fuegos y se equivocó.

No contaba con los infantes altivos y resueltos del 2º de Línea, que junto con resistir la carga enemiga empuñando su rifle y a son de su corneta cargaron como leones sobre los matorrales donde se parapetaban los montoneros del coronel don Joaquín Retes y los Carabineros del Rímac, de Sevilla, que en el acto de ver el ataque de nuestros infantes tocaron rápidamente retirada.

¿Hubo heridos o muertos de parte del enemigo? Imposible así por el momento darse cuenta de ello y si algún montonero cayó solo ellos podrán saberlo, tan tupido era el monte y tan enmarañado era asimismo esa espléndida selva tropical llena de lianas, cañaverales, seibos, bananeros, paltos, etc., que crecen con la exuberancia con que en que la espléndida y magnífica loma se levanta cuanta semilla cae en tan feraz suelo.

Así, aquel encuentro no tuvo más consecuencias que las descritas: fue una acción a la peruana, sin muertos, ni heridos y con buena, rápida huyendo.

x x x

EL ALFÉREZ DE CAZADORES A CABALLO AGUSTÍN ALMARZA SALE AL ENCUENTRO DE LA BRIGADA LYNCH.

La Artillería de Marina, fue, pues, el único cuerpo que entró a Bujama en la noche del día que historiamos; el resto de nuestros expedicionarios ocuparon la localidad nombrada en la madrugada del día siguiente 23 de diciembre.

La tropa de caballería en esta vez marchaba a vanguardia; los Granaderos eran la eterna descubierta de Lynch; y a fe que siempre hicieron bien su servicio.

Los veteranos de nuestro legendario Granaderos, habían tomado la ruta de Mala casi entre aclarando; en los frondosos pasteles de Bujama, la caballada y la tropa habían tomado buen pienso, magnífico rancho, y echado también su buen sueño; los jinetes del viejo regimiento marchaban así; a buen paso, en demanda de su objetivo.

Una pequeña descubierta avanzaba a vanguardia y por más que el oficial, su sargento y los soldados que con él iban, escudriñaban el horizonte, a su frente no se veía ni un solo hombre, de a pie, ni de a caballo; nadie, absolutamente nadie, salía a cortar el paso a nuestros jinetes.

A lo lejos, a distancia bastante respetable, hasta el norte el horizonte quedaba limitado por un cerro, más bien dicho una lomada de regulares proporciones; aquello era, ni mas ni menos, que las últimas gradientes de una cerrillada que, de oriente a poniente se extiende, y cuyos últimos mogotes van a morir cerca del mar; quizás ese alto es el de Salazar o la Punta de Chocaya, porque nuevos puntos se encuentran situados en esa parte de la costa, entre la isleta de Asia y el río de Mala, que está más al norte de Chocaya.

Al sur de esta cerrillada se extiende un dilatado llano que va suavemente ascendiendo mientras más se camina hacia el norte; por esta llanada marchan los jinetes de Yávar en correcta formación: el regimiento está casi completo; no faltan en sus hileras sino los 24 hombres del alférez Desiderio García Vidaurre, que ha quedado en Humay con el Quillota, nuestro amigo, a quien no le damos el apodo de viejo porque en aquella fecha era todavía un niño, y porque, está tan bien conservado, lleva tan garbosamente los años que Dios le ha dado, que no hay para que decir que es solo mayor de edad.

Así, Granaderos se presenta en la llanada casi, casi completo; es una masa de caballería de más de 500 hombres, que tiene porque imponer respeto.

Y cuando nadie se imagina, cuando todos al paso de sus caballos marchan tranquilos, confiados, alguien de la descubierta el cabo Torres, apodado el Loco, con terceros premios también del regimiento chileno, da la voz de: *el enemigo, tropa de caballería a la vista*.

Granaderos continuó su avance y por lo que pudiera acontecer destacó en el acto a reforzar su descubierta al alférez y posta del cuerpo, don Juan Ignacio García V., que inmediatamente, a buen galope tomó la delantera con la tropa que se le designó.

El resto del regimiento formó los aires de táctica y se aprontó para el futuro combate, porque el enemigo seguía avanzando, bajaba la cerrillada primeramente y luego estando ya más cerca, se le vio detenerse en la última lomada, echar pie a tierra y aprestar sin duda alguna, componer sus monturas.

A todas luces, aquella tropa, que por otra parte era pequeña, unos 25 jinetes, debía ser alguna descubierta enemiga, quizás los exploradores del Ejército peruano acampado en Lurín o más al sur, decían algunos.

Poca o mucha tropa que avanzaba, tenía que ser contraria y los granaderos no contaban jamás a sus enemigos; el júbilo se pintaba en todos los semblantes y el grueso de nuestros jinetes tenía envidia ya a los hombres de la descubierta, porque ellos sin duda, se iban a llevar aquella gloria, el entrevero tenía que ser famoso.

La fuerza contraria, en el Inter, había hecho alto en el último cerrito o lomada, y después de tres minutos, a lo más, según el decir de los Granaderos, montaba a caballo, se detenía breves instantes y luego con cuidado, su jefe al frente, de paso, descendía de la altura; tomaba la llanura y después desenvainar sus sables, movimiento que a pesar de la distancia se notó por el brillo que despidieron, se formó en batalla y poniendo sus caballos al trote, sable en mano, se vino sobre la descubierta de Granaderos, que aun quedaba bastante distante del enemigo.

Y por un momento nubes espesas de tierra cubrieron a los combatientes, habría dicho cualesquiera y dirán hoy los que nos lean, porque eso y no otra cosa debiera haber sucedido, si enemigos hubieran sido esas caballerías que no lo fueron y porque quien avanzaba del norte en son de guerra, quien resuelto venía a abrirse paso, no era otro que el bravo alférez de Cazadores a Caballo, don Agustín Almarza, que de parte del general Baquedano avanzaba del norte, de Curayaco en demanda de Lynch, con el fin de avisarle que ya el grueso del Ejército de Lima, había iniciado su desembarco, tomado tierra en la caleta nombrada y aprontándose estaba para lanzarse sobre Lurín.

Veamos ahora lo ocurrido: la Armada chilena, fuerza de más de treinta buques, algunos más, trayendo enarboladas las insignias del Ministro de la Guerra en Campaña, cosa desconocida hasta entonces, la del General en Jefe y la del almirante Riveros, comandante nato de esa brillante escuadra, mientras nosotros con cuidado sumo, intenso y real hacemos la travesía de Pisco a Chilca y narramos la desgracia del general Villagrán, embarcado en Arica, al grueso del Ejército de Chile, abandonando sus aguas, dejando atrás los mares de Pisco y echado a tierra una buena parte de su efectivo, en la hoy historia y desierta caleta de Curayaco, avanzando sus primeras partidas de exploradores sobre Lurín que el inconsciente inca peruano don Nicolás de Piérola y todo su Estado Mayor y consejeros han criminalmente abandonado, únicamente por miedo a la guerra civil; de terror a que la levantisca población de Lima y del Callao se subleve y echen por tierra al dictador y a los suyos, si abandonan la ciudad y el puerto levantando las fortificaciones que deben oponer al invasor, no en Chorrillos, donde lo hicieron, sino en las naturales y magníficas líneas de defensa de Lurín, llave real y verdadera de la capital incaica, del fértil valle de Lima, del viejo e histórico Callao.

Y tan pronto como el General en Jefe ha recibido en *El Chile*, transporte en que viene embarcado Baquedano, su Casa Militar y Estado Mayor, la noticia de que la brigada Lynch aún no está a la vista de

Curayaco, ni aun de Chilca, manda en busca de Lynch, de sus hombres al alférez Almarza, de Cazadores a Caballo, cadete y oficial distinguido, que tiene reputación de hombre de guerra y a quien Baquedano conoce bien, porque sirve en Cazadores, su antiguo y querido cuerpo cuna de su carrera y en cuyas filas se batió en Yungay, a la sombra de cuya inmortal y santa enseña cargó sobre los tercios de Santa Cruz, tiñendo en sangre su sable, por dar libertad al Perú, por emancipar a Bolivia, por evitar que un trono imperial se levantase en América.

Pues bien, Baquedano decíamos, eligió al alférez don Agustín Almarza para tan difícil comisión porque desde 1876 este oficial servía en cazadores después de haber pertenecido al 4º de Línea y porque, fama de adelantado, sabido y discreto tenía Agustín Almarza ya en aquellos sus cortos años.

¿Cuántos eran los que al bueno de Cucho le cargaban a fines de 1880, cuando tales comisiones de confianza recibía?

No lo sabemos; y luego aquello está tan lejos y tan distante, que lo único que tenemos presente es que apenas sedoso y negro bozo ostentaba en su curtido rostro Almarza, que era todo un fornido alférez de Cazadores a Caballo.

Lo que si sabemos bien es que la comisión que se le dio, esa de toda confianza; una de esas que no se dan sino a hombres de alma bien templada; que no tenga temor a nada, ni miedo al miedo; una comisión para la cual se necesita inteligencia, valor, discreción y pundonor, cualidades que no se encuentran en Boonen, por ejemplo; y por lo cual nadie tampoco habría pensado en aquella fecha darle tan honrosa misión.

Y cosas de la vida, sorpresas del destino, hoy Agustín Almarza, que tiene una hoja de servicios sin una tacha, que fue ascendido a teniente por la orden del día más hermosa que se pueda imaginar, a duras penas, ha llegado a coronel de Ejército y Boonen es generalísimo...

Risum teneatis

Cierto, que Almarza vive satisfecho, porque no tiene una nube en su vida militar; y el otro Boonen, no ostenta un solo hecho limpio en su hoja de servicios porque la mejor nota es la de miedos, cobarde y sin valor.²

2 Y tenga presente el público que nos lee que cuanto decimos está basado en documentos y que mientras Boonen, *El cobarde* no se retire del Ejército de Chile, donde es un baldón, seguimos dándolo constantemente a conocer a fin de librar a tan gloriosa institución del único general cobarde que ha figurado en sus filas; nosotros escribimos para Chile a fin de levantar el nivel moral de la patria, para enaltecer a los hombres que bien hayan cumplido con su deber y también para decir la verdad, pese a quien pese. El día que Boonen se retire elevaremos una hosana al Dios de la Justicia, porque Chile, su grande y digno Ejército no cuenta ya en sus reparticiones a este hombre y porque nosotros no tendremos más que ocuparnos de algo que nos es odioso, que no es nuestro modo de ser, pero que llevamos a cabo, porque Chile y sus instituciones armadas merecen toda clase de sacrificios y ocuparse de Boonen es el más grande de todos. *Nicanor Molinare*.

¿Cuándo tendremos un ministro de Guerra y Marina de verdad?

El actual es un cumplido caballero, tendrá el valor suficiente para, haciendo justicia a secas, librar a Chile de este general que es un vilipendio y un mal ejemplo para la institución a que pertenece?

Dios quiera que, el Señor Devoto se preocupe de estudiar a este general que a pesar del castigo que le infligió otro ministro, rebajándolo de su puesto permanece a un en servicio activo de puro falta de vergüenza.

Pero, volvamos a nuestro relato, decíamos que el alférez Almarza fue ascendido; he aquí la orden del día expedida al efecto por el Cuartel General chileno que sabemos de memoria, que la aprendimos copiándola como ayudante y que conservamos como fotografiada en nuestra mente, tal fue la agradable impresión que ese justiciero acto nos hizo ahora 31 años.

“Teniendo presente el reconocido valor, aptitudes militares, pericia e inteligencia desplegados en el servicio y muy especialmente en la última comisión que le fue confiada, al alférez de Cazadores a Caballo don Agustín Almarza, asciéndesele a teniente de Ejército y por no haber vacante esa del regimiento déjesele como agregado en Carabineros de Yungay. Dése la orden del día para que como ejemplo llegue a conocimiento de todo el Ejército.

Baquedano”.

Por el premio que se confirió al alférez Almarza se comprende bien el alcance que se dio a la comisión desempeñada.

Pero volvamos atrás; hemos contado lo que ocurrió en las filas de Yávar, he aquí lo que Almarza hizo y lo que pensó ejecutar.

Nuestro alférez recibió orden de avisar a Lynch que Baquedano con el Ejército desembarcaba en Curayaco y principiaba a regresar a Lurín, Almarza llevaba pliegos cerrados para entregar a Lynch y solo en peligro de muerte podía y debía abrirlos; tenía además verbalmente la orden también de llegar a donde Lynch costase lo que costase; aunque fuese un soldado debía dar la noticia, cumplir lo que se le había encomendado.

Almarza, pues, tenía que cumplir una difícil comisión de guerra.

Elegió sus hombres, montó bien a sus 25 cazadores y partió de Curayaco hacia el sur en demanda de Lynch.

Luego dejó atrás a Chilca, pronto atravesó el río Mala y en su valle pudo ya notar la presencia de montoneros pero, que, a decir verdad, no lo molestaron; y casi sin parar haciendo buenas jornadas y

descansando lo menos posible se encontró en la mañana del 23 poco después de la diana al sur de San Antonio, próximo a Bujama.

Y al encimar la cerrillada descrita, allá, lejos, muy distante divisó, más bien dicho, vio a Granaderos a Caballo a quien naturalmente tomó por enemigo que avanzaba sobre el llano que tenía a sus pies.

Almarza, como ya lo sabemos, siguió marchando, descendiendo la cuesta; y solo cuando se encontró en la última lomada, y creyendo a firme que pronto tendría que batirse con aquella tropa que el creía enemiga mandó hacer alto a sus jinetes; echó pie a tierra, les dio la orden de componer y aprestar bien sus monturas y la de aprontarse para carga; mandó nuevamente a caballo, y en seguida sacando los pliegos que llevaba consigo rompió el sobre, lo leyó y después de haber explicado a cazadores de lo que se trataba, agregó: "*Todos vosotros sabéis ya de que se trata; hay que comunicar al coronel Lynch, de orden de mi general Baquedano que todo el Ejército está desembarcando en Curayaco y ocupando Lurín; nosotros vamos a cargar al enemigo que viene a encontrarnos, que está ahí en el bajo; hay que pasar, cueste lo que cueste; el que escape con vida en esta carga comunicará a mi coronel Lynch la orden y dará cuenta de lo ocurrido. Ahora firmes Cazadores. Mano al sable, carabina al gancho y Viva Chile, en marcha!*"

Y los 25 Cazadores a Caballo, 26 con Almarza, bajaban al tranco de sus animales la lomada; tomaron la llanura, siguieron por un buen espacio al mismo paso y solo cuando vieron a su frente, al encimar una pequeña eminencia, formada y desplegándose en batalla a la descubierta contraria, que Cazadores creía, como Granaderos, que eran enemigos, dio Almarza la voz de: ¡¡¡*A la carga Cazadores al trote, al galope mar...!!!*

Y el famoso y atronador chivateo hendió los aires y los vivas a Chile atronaron el espacio y... Granaderos a su vez lanzó a sus jinetes a la muerte... Y si el entrevero no se operó, si la descubierta de Granaderos no se estrelló con el destacamento fue porque a poco más de una cuadra, los gritos de Viva Chile y el indiano chivateo que las dos caballerías lanzaban al aire y los colores de las banderas chilenas, hicieron que aquellos soldados se conociesen y que en lugar de dividirse a sablazos, se estrechasen y abrasasen en medio del más loco entusiasmo. Un minuto más sin conocerse, el choque se produce y la muerte ciega chilenos a porfía.

Almarza momentos, instantes después estaba al lado de Yávar y daba cuenta de su comisión; por demás tarde comunicaba a Lynch la orden que traía del General en Jefe y cuanto en la marcha había ocurrido.

Lynch felicitó como debía hacerlo al alférez Almarza y lo dejó a su lado hasta el día 25, fecha en que desde Chilca, lo despachó con pliegos cerrados para Curayaco. Y tan buena debió de ser la recomendación que el futuro General en Jefe, hizo del alférez Almarza, que este, como sabemos, fue ascendido por la orden del día al grado inmediatamente superior.

Y para que se sepa cuanto honor encerraba ese ascenso diremos que, durante toda la campaña, es decir desde 1879 a 1884 no se dio tal premio sino a cuatro oficiales.

A fines de diciembre como se ve fue ascendido a teniente don Agustín Almarza y después del reconocimiento de Ate, en el mismo campo de batalla, el 9 de enero de 1881, el capitán don Ricardo Serrano Montaner del 3º de Línea y el alférez de Granaderos a Caballo don Nicanor Vivanco, fueron elevados a sargento mayor y a teniente en sus respectivos cuerpos por su valor incomparable.

En la tarde de Pucará el coronel don Estanislao del Canto, premió con los galones de teniente, al alférez de Carabineros de Yungay don Alfonso Álamos, por las brillantes cargas de la mañana.

Y, no conocemos otros ascensos en el campo de batalla durante la Guerra del Pacífico.

Se ve pues que la promoción de Almarza era todo un acontecimiento, los oficiales de hoy pueden tomar nota de estos brillantes hechos de armas y pensar que la primera virtud del soldado es el valor llevado hasta el sacrificio.

x x x

*DE BUJAMA A SAN ANTONIO Y MALA.
EL SERVICIO SANITARIO.*

Mientras ocurrían los incidentes que hemos narrado, el resto del Ejército se encontraba en Bujama, en descanso; la jornada última había sido brava, y luego, sabiendo Lynch, que Baquedano, estaba ya en Lurín, no tenía para que forzar su marcha, ni aporrear a su gente.

Teniendo presente las circunstancias felices anotadas, se dio orden a Granaderos de tomar la retaguardia, a fin de amparar mejor a los rezagados que pudiera haber, dejándose siempre la correspondiente descubierta de caballería a su frente.

A Yávar se dieron también 40 hombres del 2º de Línea, montados para que ayudaran a despejar los caminos y a fin de poner a raya a los negros de Mala y de San Antonio, que se mostraban más atrevidos que los pacíficos habitantes del resto de esa región.

La brigada estaba ya cerca de Chilca, y para hacer bien las últimas jornadas y siguiendo la costumbre establecida el jueves 23, a la diana se puso en movimiento la columna en la forma siguiente:

A vanguardia una descubierta de Granaderos; luego la Artillería de Marina, la Artillería de Montaña, el 2º de Línea, Talca, Atacama, Colchagua, parque y a retaguardia Granaderos a Caballo y los 40 hombres montados del 2º de Línea.

El Servicio Sanitario del Dr. don José Arce, cirujano en Jefe de la 1ª Ambulancia, marchaba distribuido en todo el ejército de Lynch.

El Sr. Arce desde el 1º de diciembre, tenía a su cargo a la 1ª Ambulancia; había sucedido al Dr. don Diego San Cristóbal que por orden suprema fue destinado a la dirección superior del servicio, al lado de el Dr. Allende Padin, de Manuel Gatica y de Ambrosio Rodríguez Ojeda.

El 12 de diciembre, dice el Dr. Arce, recibió orden de alistarse para emprender la marcha con la 1ª División, *“se me proporcionaron nueve mulas y en ellas pude conducir dos cantinas de medicina, 40 camillas y demás útiles para curaciones de heridos, en caso que durante la marcha tuviera lugar algún combate”*, agrega el estimado doctor Arce, en *“El parte oficial”* que con fecha 31 de diciembre, en Lurín elevó a la superioridad sanitaria.

“El arreglo, continúa el mismo funcionario, que hice de este servicio fue el siguiente: un cirujano 1º con una parte de la sección correspondiente debía seguir a la 1ª Brigada colocándose a retaguardia, otro cirujano 1º al centro y el otro cirujano a retaguardia de la 2ª Brigada”.

Y en las variantes que la marcha y la experiencia dan a estas operaciones, el Dr. Arce pudo cumplir y cumplió a entera satisfacción de Lynch y de los jefes de cuerpo y de todo el mundo, en la santa misión que a su ambulancia, la 1ª, le estaba confiada.

Los pocos heridos que tuvo el Ejército, que no fueron sino cuatro, fueron también perfectamente cuidados y atendidos; y entre las personas que enfermaron hasta el Dr. Arce *“se asistió de parto a una mujer que acompañaba al 2º de Línea. Se le proporcionó camilla, conduciéndola en hombros hasta Curayaco, en donde llegamos en la mañana del 25; en el camino se la cuidó con el mayor esmero”*. Esta brava mujer, alumbró en San Antonio un precioso y robusto niño, que aunque nacido en el Perú, es más chileno que muchos, porque dio a luz en medio del glorioso Ejército de Chile y cobijado fue por los immaculados pliegues de todas sus banderas y en especial, por la santa enseña del benemérito 2º de Línea.

El Dr. Arce al final de su parte recordando a sus compañeros de labor y sus fatigas y sacrificios se expresa así:

“Creo en acto de justicia recomendar a V. S. a los cirujanos primeros Domingo Grez y Juan Kidd; a los cirujanos segundos P. Crisólogo Molina, Emilio Moreno e Ismael Moreno; igualmente a los practicantes Arturo Delfín, Vicente Soto, Nicanor Ugalde, Carlos Buberues, Eduardo Olivares y Ramón Barrientos que, a pesar de la penosa marcha que hemos hecho, todos han tratado de sobresalir en el cumplimiento de su deber sin que ninguno de ellos diera lugar a la menor queja de mi parte”.

Y el jefe de la 1ª Ambulancia, no sin cierto orgullo, termina su parte así: *“Me es muy satisfactorio poner en su conocimiento que el señor coronel Lynch, jefe de esta 1ª Brigada, me ha manifestado*

personalmente que ha quedado contento con la Ambulancia a mi cargo, pues ha cumplido con su deber”.

Y a fe que tenía razón, el Dr. Arce, de sentirse orgulloso de sus subordinados por que todos ellos siempre, supieron levantar bien en alto los fueros de la Cruz Roja, los purísimos abolengos, las tradiciones de nobleza, inteligencia, ilustración y calidad de escuela de hombres de bien, de servidores públicos, dejaron todos ellos entre nosotros su memoria bendita perdurará siempre entre las almas de bien, entre los que en Chile se preocupen del pasado, para levantar el presente y preparar el porvenir.

Pedro Crisólogo Molina y Emilio Moreno, están aún firmes en sus puestos y como buenos no abandonan la brecha; que los cirujanos de verdad, los hombres de ciencia, los que como ellos han hecho de su profesión un culto, serán siempre estimados en esta tierra, donde no es cierto que se desconozcan el mérito, ni se olvida a los buenos servidores.

Y tan efectivo es lo que decimos que, Talca, se enorgullece con el doctor P. C. Molina; y la alta dirección de nuestra Sanidad Militar, conservará siempre a su lado, como cirujano mayor de 1ª clase, a Emilio Moreno, que cual otro Dr. Fausto parece que poseyera el secreto de la eterna juventud, tal es su salud e inagotable actividad.

x x x

Y volvamos a Bujama, a San Antonio y Mala que ya lejos del primer villorrio están los chilenos, y ya también nos encontramos en la parte quizás, más dramática de la famosa marcha de Lynch.

Entre Bujama y Mala hay un cerrito que tiene tal vez unos 300 metros de elevación y en él, en su cumbre se había distribuido el enemigo, es decir los montoneros. Retes, el afamado coronel, amigo íntimo del señor obispo de Chachapoyas, Ilustrísimo Fray Francisco Solano.

Aquello desde lejos, a la distancia, presentaba un magnífico aspecto, porque la cumbre y los faldeos del cerro se veían cubiertos de tropa de caballería y uno que otro infante; y más hermoso apareció el montículo cuando, estando aún bastante retiradas nuestras tropas, abrieron sus fuegos sobre nosotros.

La Artillería de Marina en el acto salió a su encuentro y desplegándose en guerrilla avanzó a buen paso sobre el enemigo; y cuando estuvo a tiro rompió nutrido fuego sobre ellos.

Y en los momentos en que cubriéndose con las arboledas que ahí existen, iban avanzando los soldados de Vidaurre y de Benavides, de Hurtado, Silva Pardo, Amor y Guerrero Bascuñán dos granadas hábilmente enviadas por los artilleros del capitán don Gumercindo Fontecilla, pusieron en completa dispersión a los montoneros del coronel don Joaquín Retes que más ágiles que sus caballos, escaparon a todo correr

al gran paso en demanda de los cañaverales, lianas, guayabos, platanares, ceibos, sauces, manzanos, paltos, limoneros, y mil y mil árboles y arbustos que se levantan en esa espléndida región.

Y no hubo más, que digamos correr tanto como los peruanos cuando como ellos dicen: *tocan a correr*; o cuando en su famoso castellano agregan riendo: *sí, señor, pues nos corrimos porque así fue no más pues; se corrió mi coronel, todos nos largamos pues señor. ¿Qué queríamos que hiciésemos pues?*

Indudablemente que entre Bujama y Mala fue donde mas altivez mostraron los peruanos, porque a parte del incidente contado, ocurrió también que cuando la vanguardia estaba en los callejones que antes de entrar a la población últimamente nombrada existen, fue, la Artillería de Marina, sorprendida nuevamente por disparos que casi a quemarropa se le hicieron desde las arboledas tupidísimas que pueblan ese feraz oasis.

Y aquí se notó, que la preocupación especial de los montoneros era dirigir sus tiros en especial sobre los jefes chilenos; y bien pudieron haber hecho blanco en don Patricio Lynch porque este junto con sentir el primer disparo mandó a la carga a la Artillería de Marina, y bajándose instantáneamente del caballo se subió sobre la tapia para dirigir bien la maniobra y poder divisar mejor la posición del enemigo, que tomó por blanco de sus tiros, el futuro Virrey de Lima que no sacó un solo segundo de ese combate, a pesar de lo nutrido del fuego.

Y aquello duró únicamente el tiempo necesario para que los infantes de la Marina, se desplegasen en guerrilla y cargasen, porque los montoneros del coronel Retes se batían mejor con las piernas que con sus rifles.

Y hasta que no se llegó a Mala, no cesaron los tiros, ya en forma de ataque formal o de disparos aislados; uno de esos por desgracia hizo blanco en un soldado del Talca Olgario Reyes, que murió instantáneamente siendo su cuerpo religiosamente sepultado en Mala, lugar en que pacientemente espera el bravo llegue el día de la conquista y de la reparación, el día en que en Mala y en el Perú entero, domine y ondee para siempre, la bandera immaculada de mi patria, la santa enseña de la civilización y de la buena administración.

x x x

EN MALA, SAN ANTONIO Y RINCONADA

El cura de Mala fue el único que salió a recibir a la columna en marcha porque la brigada no se detuvo en este villorrio, no había para que.

Mala es una aldeita asentada a orillas del río de su mismo nombre; tenía, en aquellos días, unas doscientas almas, que por cierto habían huido al valle, al tupido bosque, para hacer el papel de montoneros.

Sus casas eran todas de caña y la plaza semejaba un sucio y enorme corralón.

Los techos todos de la población son hechos con esferas dándose un aspecto raro, curioso.

Y como hemos dicho que había cura, claro que, un edificio grande, con techo arboleado de cañas también como los demás y un poco mejor embarrado está el que el señor Tato, el cura, denominaba *su iglesita, el templito de su Dios*.

Y el curita hizo al capitán Lynch todo un discurso a la peruana, que el Príncipe Rojo escuchó cómodamente sentado en una butaca de brazos, de juncos de la India.

Y viene bien copiar al pie de la letra un acápite de una correspondencia de la época al respecto:

“El cura, escribe el corresponsal, le juró y protestó que era un peruano inofensivo, como todos sus feligreses; manifestó que todos los habitantes de la localidad habían huido a causa de las grandes calumnias que se habían propagado contra el Ejército de Chile, sobre que mataban a los varones y a las viejas y se llevaban a las jóvenes; agregó que el había desmentido siempre esas calumnias y no había podido persuadir a sus ovejas del gran error en que estaban”.

“Manifestó que tenía la más alta idea de la civilización de Chile, y que tan era así, que todos sus libros eran de autores cronistas chilenos”.

El precepto Morales de Cerro Azul y el cura de Mala, hicieron más o menos el mismo discurso en el fondo: ambos fueron abyectos, antipatriotas y llenos de mentiras.

Ambos son genuinos representantes de la raza peruana, que no tiene idea de patria, ni de nada y a quien sin servicio, un favor se hará conquistándolos, sirviéndole de testigos y buenos administradores.

Para probar la nulidad del cura de Mala, citaremos el hecho de que aseveró que ni en San Antonio, ni en ningún punto del norte, existían fuerzas enemigas, ni montoneras; y a poco andar en esa misma tarde, se recibía a balazos a la brigada, en San Antonio, lugar que fue incendiado para castigar tal felonía, siendo los chinos los que de tal faena se hicieron cargo.

No hay idea, es necesario haber viajado por esos parajes, para darse cuenta de la lujuriosa vegetación, de la exuberante abundancia de árboles que entremezclados unos con otros forman bóvedas impenetrables de altura, que si es cierto que dan sombra al visitante, también son nidos, trincheras, rincones ocultos, para hacer la guerra de partisanos, de montoneros, que Retes y sus hombres para la que hacían a la fuerza del capitán Lynch.

San Antonio, es una aldea que está situada al norte del río Mala y para atravesar este hay que tomar la única vía conocida, la que se abre por entre el tupido y precioso bosque.

El río, sus clarísimas aguas, corren bajo esos esteros emparrados; sus ondas purísimas calladamente murmuran bajo aquella preciosísima bóveda de ventura; todo el Ejército desfiló por ese único camino sin ser molestado; pero cuando la retaguardia, que la componían 40 hombres montados del 2º de Línea se encontraba en la parte más tupida del bosque y en lo más hondo del río fue rudamente atacada por todas partes.

Y los bravos infantes de Canto no se dejaron tomar por la sorpresa y sin trepidar rompieron fuegos y siguieron avanzando.

Por desgracia para el 2º, el cabo Juan de Dios Herrera, fue muerto al iniciarse el fuego y dos soldados recibieron, por fortuna, heridas levisimas, que los cirujanos del Dr. Arce se apresuraron inmediatamente a curar.

Y, Lynch, que sabía hacer la guerra, que la había practicado en 1838 en el Perú y también en la China sirviendo de oficial de bandera del Comodoro Heibert, comandante de la fragata inglesa *Calliope*, que por su denodada conducta, por su valor incomparable en el ataque del fuerte Amunport en febrero de 1841, en el asalto de las baterías de Guam, y en la toma de Shanghai, en la que consiguió clavar primero que todos la bandera del capitán Heibert en lo más alto de la posesión enemiga, hazaña que el gobierno de S. M. B. pagó haciendo a don Patricio Lynch guardiamarina inglés y ornando su pecho con una presilla, nuestro coronel de [ilegible] que todo eso y mucho más había visto, castigó como queda narrado a los montoneros de Mala, su desalentador ataque del río con el incendio y la destrucción de San Antonio, que ardió desde la tarde de ese día y durante toda la noche.

Terrible pero necesario castigo impuesto a las masas irregulares, a las montoneras y guerrillas que hacía la guerra sin sujetarse a las leyes.

El jueves 23, a las 11:30 de la mañana las últimas hileras de nuestra brigada abandonaban a San Antonio que quedaba en poder de los infinitos chinos que nos acompañaban; una hora después, a las 12 y media, Lynch y sus hombres, harían alto en la Rinconada lugar hermosísimo con buena agua, magníficos pastos, lleno de recursos.

En este ameno rincón se paró el resto del día 23; la tropa hizo su aseo, corrió y durmió a su antojo durante el día, cosa que no continuó en la noche porque, tan pronto se oscureció, los montoneros, principiaron a disparar sobre el dormido campamento chileno que no consiguieron despertar sin embargo.

La única novedad de esa noche, fue el fusilamiento de un fornido negro que se tomó por prisionero con las armas en la mano; una magnífica carabina Minié y algunos tiros que guardaba en su cartuchera puesta a raíz de su negrísimo cuero, que no epidermis.

Y aquello fue tan rápido, que el infeliz africano no tuvo tiempo ni para persignarse, ni para sentir miedo; se le tomó y se le fusiló incontinenti, sin que nadie protestase de medida tan terrible, como necesaria.

Y mientras se fusilaba al infeliz negro, el campamento seguía dormido; y allá, al sur, los fijos resplandores del incendio que devoraba la aldea de San Antonio, daban a conocer también que la justicia de Chile, esa severa, justa, implacable para con los que no saben respetar las leyes que rigen las leyes modernas.

*LOS DESFILADEROS DE LA RINCONADA.
EN MARCHA A CHILCA Y LURÍN.*

Siempre, don Patricio Lynch dio preferencia, importancia especial durante la marcha jenofónica de su ejército al servicio de descubiertas, al de informaciones, que por lo general tomaba de los extranjeros y sus muchas ocasiones de los niños.

Yávar con sus Granaderos entre cuya oficialidad había hombres que se distinguieron más tarde por su valor y sagacidad en cosas de guerra, siempre en esta campaña proporcionaron al Cuartel General de la brigada en marcha, datos fijos, precisos de las localidades por reconocer.

Así, de este modo, supo Lynch, que al norte de la Rinconada, casi pegado al mismo campamento, a unas pocas cuadras de distancia el camino cruza unos altos, abruptos y estrechos desfiladeros de cerca de una legua chilena de extensión, dominado por cerros cortados a pico y de más de cien metros de altura, que no tenían desecho posible y que, el enemigo, sin duda alguna, ocuparía al clarear el siguiente día 24 de diciembre.

Se imponía, pues, salvar en dificultad; era necesario evitar ese peligro; y para ellos, Lynch, levantó su campo en silencio: sin que nadie lo sintiese a las dos y media de la madrugada del viernes 24 de diciembre, se rompió la marcha; la columna tomó el camino en silencio y ruido, y sin voces de mando, sin cornetas llegó al desfiladero, penetró a la oscura quebrada y cuando aún la luz del crepúsculo no anunciaba el día, desfilaban de la Rinconada había sido dejado para siempre atrás.

Cuando los montoneros ocuparon esas alturas más tarde, no podían darse cuenta como y cuando, por su fondo había pasado la tropa chilena.

Y así como el suelo de la quebrada citada, era duro y hasta cierto punto cómodo para el viaje terriblemente penosa fue para el Ejército la marcha por el inmenso y desolado llano que al norte se extiende, y en cuya suelta y finísima arena se perdían los infantes, los caballos, las mulas y los borricos.

Y aún más terrible fue la ascensión de la cuesta que da entrada y conduce a Chilca porque ella es también arenisca; y tan fina y suelta es la que forma esos cerros que, como no comprende como pueden

haberse formado y pensando que, aquello, en otras épocas ha sido fondo de mar, trabajo cuesta imaginar a tanta altura puede existir, terreno tan suelto, con arena tan fina que semeja arenilla para secar lo escrito.

Y con la misma paciencia que se pasó el llano, se ejecutó la ascensión que fue ruda, penosísima.

Y cuando Lynch y su Estado Mayor y sus ayudantes y el Sr. don José Arce y Daniel Carrasco Albano y demás oficiales que siempre estuvieron a su lado y que por lo general marchaban a su vanguardia, encimaron aquellos medanos, pudieron ver que el norte continuaba siempre la arena y que sobre su izquierda, a la orilla del mar, asentada entre unos peñascos volcánicos se encontraba la ensenada de Puerto Viejo, en la que existen unas diez o doce casuchas de pescadores, a quienes Lynch y sus acompañantes les hicieron el honor de invitar.

El resto del Ejército no visitó a Puerto Viejo; el día había sido muy rudo; el sol estaba ya en su ocaso porque eran las 6:30 y en ese día se hundió en el océano un poco después de las 7; así, cuando desapareció el astro del día, Puerto Viejo, había también desaparecido en la playa, lugar por donde Lynch y todos sus hombres hicieron su última jornada de ese día.

A las 9 y media de la noche del viernes 24 de diciembre de 1880, Nochebuena, Pascuas, noche de aguinaldos, de fiestas y de jolgorio, la brigada Lynch, penetraba a Chilca en medio de los alegres repiques de las campanas del pueblo.

Como V. D. lo oyen, ni más ni menos, como suena en medio de ¡Vivas a Chile! ¡y replicando, echando a vuelo las campanas, el pueblo peruano de Chilca, recibió a Lynch y su brigada!

Y que menos podían hacer aquellas gentes que, como tantas veces lo hemos repetido, no tienen idea de patria ninguna, que repicar las campanas y alegrarse porque llegaba el Ejército de Chile, que era prensa segura de respeto, de moralidad y cultura.

Pues bien, aquellos infelices en cuanto a se dieron cuenta que las avanzadas chilenas se aproximaban a Chilca, y entiéndase que de descubierta marchaba el mismo Lynch con sus ayudantes y secretario, con el Sr. Arce y un corneta, echaron al vuelo las campanas de la iglesia, cita en la plaza y vecina al famoso palacio de "*Su Ilustrísima el señor Obispo de Chachapoyas puis*"; decía poco después de entrar al pueblo uno de aquellos pobres vecinos, a quienes el más cabal de los terrores hacía ejecutar tan sucio e inmundo papel.

Y cuando Lynch y sus acompañantes oyeron a aquel alegre campaneó creyendo que podía ser una celada detuvieron por un instante el paro de sus caballos, pero luego todo se desvaneció, porque desde la torre misma "cinco peruanos" batían sus sombreros y palmas y con toda la fuerza de sus pulmones gritaban sin cesar: ¡Viva Chile!

Lynch y los suyos galantemente devolvieron la ovación y poco después aquellos cinco infelices peruanos ante el jefe chileno y su séquito exclamaban: "*Señor general, nosotros pues, somos pobres y no hemos tenido otro medio de recibirlos con esplendidez; por eso pues, les hemos replicado las campanas*".

Y aquella pobre gente se sentía satisfecha creyendo haber hecho buena, esplendida obra en todo aquello.

E inmediatamente el que hacía de jefe agregó: "*Señor general si pues, sin duda su tropa benemerita tendrá sed pues, porque la jornada habrá sin duda sido larga, pues, penosa si, sin duda. Aquí, señor, hay buenos posos, aguaditas, cacimbas, pues, señor general y las beneméritas pues tendrán sed, vendrán como queda dicho; secas pues señor general*".

Y para colmo ellos mismos, por su propia mano, asearon, limpiaron de toda inmundicia; sin necesidad de ocurrir a los pontoneros de Villaruel los surtideros de agua de Chilca.

Piensen en ahora, mediten los que nos lean, en la abyección de esos infelices seres y luego díganos si es aventurado expresar el deseo de dar gobierno, de civilizar esa raza, antes que el Águila Americana, que ya está en Panamá, tienda su vuelo hacia el Incaico Imperio.

x x x

Y, como decíamos, estamos en Pascuas y es Nochebuena; y en Chilca hay iglesia; y ella está situada en su plaza, que no es grande; y la parroquial morada de tres naves; y a su frente ostenta dos torres que casi pueden llamarse hermosas.

En realidad de verdad, el viajero se sorprende cuando fija su escudriñadora mirada en el templo de Chicla; y nadie que a ese miserable villorrio llegue, ya sea en viaje de Lima al sur o de Pisco a la capital del Perú, se imaginará que en esa villa, enclavada en el desierto, rodeada por el sur y norte de arenales inclementes e infecundos, existe una iglesia tan antiquísima y tan bien edificada.

En la noche, naturalmente nadie se dio cuenta de la villa pero la luz del día 25, nos hizo ver un templo antiquísimo, de buen aspecto; una iglesia realmente bonita, con un frontis pintado en simetría y en el que se ven admirablemente combinados los colores azul, blanco y amarillo.

Decíamos que esta iglesia era de tres naves y agregamos que, su construcción de la solidez y buen gusto.

"Y como nuestra cartera, tenía páginas en limpio que llenar, nos decía un compañero de armas que anotó todo esto, penetramos a la iglesia tan pronto terminamos el examen exterior; trece altares magníficos grandes, sin contra otros cuatro más chicos vimos en sus tres extensas y abovedadas naves; y cuando

minuciosamente les pasamos revista pudimos notar que todos eran de madera, primorosamente tallados y dorados, ostentando santos de bulto que no hacían juego con ellos, porque más esculturas de buen gusto eran morros mal hechos, feos, ridículos”.

Y el mismo veterano que nos ha comunicado lo anterior nos decía: *“En Chilca, pueblo muy sucio y muy pobre, que está cerca del mar y que tiene hacia el oriente un vallecito que no carece de cierta vegetación, además de la basílica, existe también el Palacio de su Ilustrísima el señor Obispo de Chachapoyas. Monseñor Fray Francisco Solano”.*

“Y así como la iglesia llamará siempre la atención el palacio no es sino un gran edificio, un gran ranchón de cañas embarradas y entero de lo mismo y dude no campea un ladrillito, sin un solo pedazo de tabla; su piso es de pura tierra y lo que más llama la atención es la pobreza que en todo él se respira”.

“Si en su frente no se leyera en letras grandes

Palacio Respetable del Excelentísimo señor Obispo de Chachapoyas

Y protexto de la doctrina de Chilca”.

“Nadie se imaginaría que en esa pobre y mísera mansión moraba tres días en el año Monseñor Fray Francisco Solano”.

Ahora bien para que los lectores de *Patria* aquilaten a este peruano Pastor, he aquí copiada letra por letra, una carta del Ilustrísimo Prelado de Chachapoyas, fechada en Lima, por los tiempos que historiamos; que tiene un sabor peruano especial y que ayudará, sin duda, a dar a conocer a los hombres de esa nación

“Lima, noviembre 23 de 1880.

Señor coronel y Comandante General de la zona 10ª don Joaquín Retes

Distinguido señor y compadre:

Principiaré por dar cuenta de mi honroso cometido. Hoy a las 11:30 A.M. puse en manos de S.E. la comunicación de V.D.; después que la leyó con suma complacencia, recordó los momentos de satisfacción en Bujama y la cortesanía y amable trato de familia, me dijo: que había mandado ya dos jefes a esa zona, y añadió que estaba ya ordenado se estableciese la línea telegráfica, y que sino se había hecho antes era por no estar expeditos los aparatos y demás útiles; manifestó su mejor disposición para remitir armamento. Ruego conteste por escrito la de V.D.”

“He cumplido el encargo referente a Jáuregui. El señor Iglesias³ recordó igualmente la familia de Bujama, las atenciones y cariños de la comadre y los ciruelos de amistad con V.D. desde el Colegio San Carlos, declaró la baja de Jáuregui y ordenó se me entregase el documento que le adjunto”.

“El excelentísimo general Silva, con quien hablé hoy en la mañana, respecto al envío de gente de la línea a esa zona me significó se estaba formando en estado de los individuos de servicio que debían destinarse y que de preferencia remitiría de Bujama”.

“Me tiene V.D. altamente honrado; el Excelentísimo Jefe Supremo, me ha excusado de la residencia en mi diócesis, y me ha manifestado su voluntad de que le acompañe en el Ejército al dar el combate, pues me dijo que mi presencia y mi palabra la creía necesaria para alentar el valor de las tropas; estoy, pues en la mejor disposición de secundar la mente del jefe Supremo y de cumplir un deber de mi ministerio”.

“Entregué a Merceditas las comunicaciones y el cofre de alhajas de mi comadre; me dijo haber contestado con el señor Roque Heros que ha salido hoy para esa hacienda; que representa la unión dedicado a un ahijado para que se lo guarde”.

“El pobre notario sigue en mal estado, y este es el motivo de no complacer a la comadre tan pronto como ella lo desea; si en esta semana se mejora, mandará un expreso para que traigan cuatro bestias de silla que serán las que necesita”.

“Tranquilece a la comadre, en la seguridad de que antes que los chilenos estará nuestro Ejército de avanzada en esta zona y talvez más allá, si el enemigo intenta avanzar”.

“Remito a don Nicanor, un paquete de periódicos y una carta que me entregó Merceditas”.

“El guía tiene desconfianza en conducir la yegua temiendo un abuso en el camino y que se la quiten para alguna comisión; la cuidase en el convento hasta la semana entrante, pues estoy resuelto a pedir el permiso a S.E. para anticipar mi viaje y esperar al Ejército en esta hacienda; si en la entrante semana no salgo, V.D. dispondrá de persona de confianza la deba entregar”.

“Mañana o pasado volveré a ver a S.E. para recordarle el envío de armas”:

“Con saludos a la digna comadre, al señor sargento mayor, Comadrita Isabel, ahijados todos, y al sargento indultado, quedo suyo, agradecido capellán y compadre”.

3 Ministro de la Guerra de Piérola, que se condujo valerosamente en Chorrillos y que más tarde firmó como Presidente del Perú, el Tratado de Ancón.

Fray Francisco Solano.

Obispo de Chachapoyas.

Comenten mis lectores como quieran y deseen la presente, que siempre esta carta tendrá el sabor especial de las cosas del Perú, así como de su lectura no se desprende otra cosa que el retrato de cuerpo entero del obispo de Chachapoyas, fraile a la llana y nada más; buen servidor de sus amigos, cariñoso compadre, con muchas comadres y muchos ahijados, que de todo se acuerda y de todo trata, hasta de cosas de guerra, menos de Dios, de su iglesia y feligresía. Obispo a la peruana y nada más.

x x x

Y como decíamos, en Chilca, no hay que ver sino la iglesia; el resto de la población es miserable y aunque está cerca del mar, este no se divisa porque a parte de estar edificada la villa en un gran bajo, los cerros de arena que por el poniente se levantan, son tan altos que no dejan ver las aguas del Pacífico ni aun a los que a las pintorescas torres de la iglesia suben para gozar de su vista; que tan honda es la depresión terrestre en que se asienta Chilca, como altos los médanos que la separan, por el ocaso, del mar.

Y cosa curiosa, aunque tierra de secano, la que se extiende por el oriente de esta al día, es, sin embargo, campo de promoción para sus pobladores que en él ven crecer hortalizas lindísimas, alfalfaes y preciosas arboledas, sobresaliendo los sauces, palmeras, nísperos, higueras, granados, plátanos, guayabas, paltos, etc.

Y así como se produce la alfalfa, también se cosecha buen camote y maíz.

En fin que el valle de Chilca es un oasis, tierra de promisión asentada entre médanos y que sin tener agua corriente se fertiliza por la humedad interna de sus campos; el agua salta a poco cavar, y por las brisas marinas que el inmenso mar y a diario descarga en forma de tupida camanchaca.

x x x

La noche de Pascuas, la feliz y tradicional Nochebuena, tan deseada y amada por todo buen chileno, Lynch y sus hombres la han pasado en Chilca: y si hubo o no misa del gallo esa noche, en la basílica del señor obispo de Chachapoyas, no sabemos decirlo, porque la verdad del caso es que nada sabemos sobre ello, ni tampoco, lo confesaremos, se nos ha ocurrido investigarlo.

De lo que si estamos seguros es que esa noche, a las 11 todo el mundo dormía en el campamento chileno a pierna suelta y tendido, porque el cansancio producido por la jornada de ese día era grande; se

recordará que, descontando el desfiladero de la Rinconada, 30 cuadras más o menos, todo el resto del camino recorrido era de pura arena suelta, fina, terriblemente cansadora.

Poco antes de las 3 de la mañana del sábado 25 de diciembre de 1880, se tocaron golpes para diana; poco después también ardían en todos los campamentos grandes fuegos alimentados por la resaca caña de algunas viejas casas; y el café o un pedazo de buena carne o sazonados camotes que asaban, servían de desayuno a los expedicionarios, a quienes solo media hora de camino, el repecho de una lomada de arena, separaba de Curayaco, caleta en la que estaba anclada la Armada del patriota y, el bravo almirante Riveros, el Baquedano del mar y de la Escuadra.

En la joya, es decir, en la parte nororiente del oasis de Chilca, nuestros expedicionarios se surtieron de cuanta fruta encontraron y en los distintos pozos, que los hay muchos, se bebieron agua, llenaron todas sus caramayolas, apagando su sed de cuanto animal marchaba en la brigada.

A las 5 partió la columna de Chilca; a las 5 ½, media hora después, llegaban a Curayaco y en ese mismo día recordamos muy bien haber charlado en Lurín con varios oficiales de la Artillería de Marina, entre otros con el teniente don Ramón Patiño Luna y también con el capitán don Elías Yáñez, ayudante en esa época del coronel Lynch, hoy general de división de nuestro Ejército.

La brigada Lynch, desfiló por las casas de la hacienda o ingenio de San Pedro de Lurín el día de Pascuas sana y salva; y después de dejar a su retaguardia ese histórico edificio y el villorrio del mismo nombre, los cuerpos que la componían se acamparon en el lugar designado por el Estado Mayor General para ello.

REFLEXIONES QUE FLUYEN DE LA MARCHA DE BRIGADA LYNCH.

Nueve días y ocho horas demoró Lynch y su ejército en salvar la distancia que separa a Tambo de Mora de Lurín.

Partió del puerto nombrado el 17 de diciembre a las 6 A. M. llegó a Lurín, a su campamento, vecino al puente de hierro, a las 4 de la tarde del día 25, por Pascuas.

La felicidad más completa, el triunfo más soberbio había obtenido Lynch, que al dar a don Manuel Baquedano, cuenta de su cometido de que en su expedición no había perdido sino tres hombres, un prisionero, Estanislao Carrizo, émulo del famoso general cobarde, un cabo y un soldado muerto y dos heridos leves, afirmó su reputación de hombre de guerra, y sin quererlo ayudó a afirmar la separación del infortunado general don José Antonio Villagrán.

Ahora bien, leídas, estudiadas, las páginas que hemos narrado, la arriesgada operación de guerra que la historia denomina "*Marcha de Pisco a Lurín de la brigada Lynch*", y conocidos en todos los de-

talles, peripecias, modo y forma en que el futuro virrey Lynch ejecutó esta marcha, ¿tuvo o no razón el general Villagrán para protestar la orden que se le encomendó por el General en Jefe?

Las dificultades que alegó de ser malos los caminos, en falta de agua, carencia de recursos, presencia del enemigo en el valle de Lurín, posible pérdida de vidas y otros desastre, que hacían decir al general Villagrán en la Cámara de Diputados sesión del 6 de enero de 1881 “*que daría el más exacto cumplimiento a las órdenes contenidas en su nota de 7 de diciembre, salvando su responsabilidad por los desastres que pudieran sobrevenir*”. ¿Habían tenido razón de ser?

Y aquí hay que distinguir la respuesta, decir en los viejos escolásticos sencillamente *distingo*, porque no cabe, ni puede haber discusión en cuanto a lo de protestar la orden, al hecho mismo, no digamos de discutirla, de pensar solo en ello; que la ordenanza general del Ejército manda obedecer ciegamente a los superiores jerárquicos, enseñando a morir con heroica pasividad y obediencia, y nada más.

En cuanto a la falta absoluta de agua en una gran parte del país que se iba a recorrer, ya hemos visto que no fue eso así, que agua no faltó a la brigada, puede aseverarse.

En Jahuey, las varas mágicas del ingeniero don Arturo Villarroel, por orden del mismo Villagrán, hizo brotar el líquido elemento en raudal tan abundante, que todos los expedicionarios y cuanta bestia en el Ejército andaba pudo saciar su sed sin limitación alguna.

Y téngase presente, que escalonada la división 1ª, como Villagrán lo había imaginado, las cisternas de las tres palmeras de Jahuey o como los soldados llamaban los pozos de los comandantes Yávar y Vidurre, habrían dado agua más que suficiente, en abundancia para todo el Ejército.

De Herbay Bajo a Cañete y a Cerro Azul, agua existía en abundancia tanta que, ojalá tiempo no hubiera tenido el enemigo para derramar las tomas de los canales de esa región.

En Asia, se decía, lo mismo que en Mala y en Chilca, que el agua era tan escasa que no alcanzaba ni para apagar la sed de un regimiento; y el hecho fue que en Asia, Villarroel limpió las cacimbas y el agua brotó en tanta abundancia que hasta se bañó la tropa.

Y ya hemos visto que Mala tiene río que fecundiza sus campos y que Bujama abunda en agua a raudales; y que Chilca, siendo un rulo inmenso, tiene pozos capaces de dar de beber a un ejército entero.

¿Dónde pues, en que parte del camino sufrió de sed la tropa de Lynch?

¿Pereció por falta de agua un solo soldado, murió abrumado por la sed algún animal de la brigada?

Ninguno, absolutamente ninguno; la falta de agua en verdad no fue un obstáculo para la marcha de Lynch, como tampoco había sido un óbice a la división entera de Villagrán.

Los caminos malos, perversos, no fueron sino el recorrido entre Tambo de Mora y Jahuey, de Asia en adelante y de Rinconada a Chilca; de Curayaco a Lurín, la playa no puede ser más cómoda que lo que es; y si cierto es que en ese trayecto no hay agua, existe al llegar a Lurín, en el río de este nombre, y la había abundante en Chilca y también se reservaba en Curayaco.

Viveres frescos, carne, frutas, pisco, ron, _____ verde no faltó en todo el camino; sandías en Asia se encontraron en tanta abundancia como en Bujama; y los plátanos, camotes, guayabas y demás frutas tropicales se encontraban en tanta abundancia como nadie podrá imaginar.

Y si echamos mano a nuestros recuerdos, a nuestra cartera y apuntes, podemos aseverar que cuando la brigada Lynch entró a Lurín, los soldados de nuestro regimiento el Curicó, saludaban riéndose a los de la Artillería de Marina con el nombre de Caballería de Marina, porque todos desfilaban en grandes, hemosos, borricos, mulas y caballos.

Y así montada, casi andaba toda la tropa de la famosa 1ª brigada de la 1ª división.

Y lo mismo, estamos ciertos, habría acontecido a la 2ª de Villagrán, por mal de sus pecados, no protesta la orden y cumple sencillamente con lo que le mandó Baquedano.

Así pues, usando un dicho vulgar no era ni fue tan bravo el toro como lo pintaron; y lo mismo que ejecutó Lynch para su ventura y gloria, sin trepidación, ni protesta ninguna, pudo y debió haber hecho el general Villagrán.

El primero cumplió severamente con su deber y la historia por ello y por lo que más tarde hizo, ha esculpido en letras de oro ese nombre, que hoy es símbolo de valor, inteligencia y patriotismo.

Villagrán de la cumbre, del punto de general de división, de la Inspectoría General del Ejército, juzgado por la Cámara y el gobierno y condenado por la opinión pública, y sin protestar jamás sufrió su dolor con valentía y a fuer de soldado pundonoroso selló sus labios, jamás se quejó.

A Lynch, la posteridad le ha hecho y le hará siempre justicia; ella será grande y verdadera cuando en Santiago se alce el bronce que perpetúe su memoria, cuando en el zócalo de su estatua en letras esmaltadas se grave esta leyenda:

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

A
Patricio Lynch
Vicealmirante de Chile,
Último Virrey del Perú.
El pueblo chileno
Le erige este monumento.

x x x

EL GENERAL BAQUEDANO SE EMBARCA EN ARICA CON EL RESTO DEL EJÉRCITO DE LIMA

Dejemos a Lynch descansando de las fatigas en Lurín. Volvamos nosotros al puerto de Arica que tenemos todavía que narrar muchos verídicos acontecimientos referentes al bravo Ejército Expedicionario sobre Lima, a su jefe el invicto Baquedano, a don José F. Vergara, Sotomayor, Lagos, Velásquez, Barboza y tantos soldados más, a quienes la gloria siempre cubrió con su manto; y que si fueron grandes ellos se debió al valor indómito que alentó sus excelsos espíritus, al santo amor que profesaron a Chile a quien amaron, más que a su vida, y al empeño que siempre pusieron para servirlo y engrandecerlo.

EPISTOLARIO DE FRANCISCO FIGUEROA BRITO¹

Iquique, septiembre 28 de 1880.

La última vez que conmovidamente me despedí de usted, quizás para siempre, pensando el destino que cada cual tiene en el mundo, me prometí interiormente escribirle a Ud. todo lo que viese y me sucediese desde la salida de ese pueblo del batallón Quillota, al que tengo el honor de pertenecer, hasta los pueblos del Perú donde acantonase, aunque fuese permanencia de ocho días. Quiero que Ud. sepa y transmita a su vez a las demás personas, amigas de Ud., y mías, las impresiones que mi alma experimente mientras dure en el servicio de mi querida patria. Por cierto, que seré el último en retirarme de esta gloriosa guerra que Chile sostiene contra sus dos enemigos, el Perú y Bolivia, si es que salve el pellejo de las balas y me libre también de las plagas inherentes a la guerra y a las localidades que pisemos en país enemigo, o que mis superiores me consideren inútil para seguir sirviendo en el Ejército. Si nada de esto hay, cumpliré hasta la última etapa de esta campaña mi comisión de ciudadano y de soldado defensor de la honra de nuestra amada patria. Dispénsenme estos arranques del patriotismo: usted me conoce mucho; sabe que no soy fanfarrón, ha visto que desde el principio de la guerra trabajé en todo sentido por salir, desde los primeros días en que Chile determinó castigar la felonía de los dos enemigos de la patria nuestra, (que solo al pronunciar su nombre electriza y conmueve el corazón de todos sus hijos), a campaña. Por consiguiente, es la verdad lo que en este y en las posteriores que le escriba verá estampada, para conocimiento de Ud. y demás amigos, o de todo Quillota, si es que alguna de mis cartas crea se pueda publicar.

Pido otra disculpa: al escribir esta, mi corazón se dirige a tantos amigos y protectores que dejé en esa, y que quisiera, que cada uno supiese lo que expongo, diciéndoles que la consideren como dirigida propiamente en particular a cada uno de ellos; pero si el tiempo me falta para escribirles a todos, como es mi deseo, al menos les prometo que cada carta que reciba será contestada breve e inmediatamente. ¡Oh, querido señor! solo saliendo de su patria y pensando en la familia y amigos y en tantas cosas que halagan el corazón, que se dejan con tanto gusto por servir y defender el honor de esa patria, solo así se conoce más grande, más intenso y más ardiente el amor por ella. ¡Bendito y feliz sea siempre mi amado Chile!

*

Por fin, pasemos al objeto materia de esta: cuando nos llegó la orden tanto tiempo deseada de prepararnos para salir de Quillota, fue inmenso el contento de los soldados como triste se pusieron los que quedaban en ese hermoso y viril pueblo. En el cuartel no se veían más que preparativos de marcha y se

1 Forma parte de las investigaciones y transcripción de los relatos de la Guerra del Pacífico de escasa difusión e inéditos. Trabajo encargado por el Departamento de Historia Militar del Ejército al profesor Sergio Villalobos y al licenciado Patricio Ibarra en el año 2006-2007. El relato corresponde al STE. Francisco Figueroa Brito del Batallón Quillota.

oían los gritos de ¡viva Chile! Acompañados de palabras o expresiones oportunas y alegres que siempre profieren la generalidad de nuestro pueblo, o más bien diremos, el roto chileno.

*

La despedida usted la presencié bien: *contento* en los servidores de la patria, *tristeza* y *llanto* en los que se quedaron. El camino a Santiago no fue más que un continuo gritar y cantar los himnos de la patria y de Yungay; y la sorpresa del balazo que tiraron a uno de los carros, quebrando vidrios, y escapando por milagro de ser herido o muerto el capitán Viel, cuyo balazo disparó algún individuo de alma negra de tantos que pululan en las encrucijadas y caminos solitarios. La entrada a Santiago fue, puede decirse, una verdadera ovación, hasta llegar a nuestro alojamiento.

*

La prensa de toda de la capital habló sobre esto, del mismo modo que de la comportación de nuestro cuerpo en el tiempo que residió en ella, como también de los diferentes ejercicios y de las paradas militares en los días 18 y 19 del presente; usted debe ya de haberse impuesto por la prensa de Santiago, por lo que no digo más en esta.

*

No puedo por menos que demostrar en esta la gratitud que el que suscribe, demás oficiales y tropa del batallón Quillota tienen para con los reverendos padres mercedarios, por el desprendimiento tan generoso que tuvieron con nosotros, tanto por el hermoso local que nos facilitaron, que ahí vivíamos como unos grandes regalones, como por los muchos cariños, regalos y atenciones que nos hicieron. ¡Que la Providencia colme cada día más y más de toda clase de prosperidad y de excelente salud a esos dignos y bondadosos padres! Es el sentimiento general de gratitud de todos los que militamos en el Quillota, lo que expresamos. Repetimos que es el sentimiento de gratitud que abraza todo noble corazón el que les dirigimos. Y aun todavía mucho más le deberíamos, si el venerable provincial hubiese dejado que uno de esos dignos religiosos nos hubiese acompañado como capellán, como lo deseaban algunos de ellos. Razones poderosas que nos expuso el reverendo provincial ha impedido se satisficiera este patriótico y religioso deseo.

*

Nuestra salida de Santiago fue más solemne todavía. Antes de marchar para la estación del ferrocarril el batallón salió a la calle, y en la plazuela de la Merced y calles adyacentes que conducen a la Plaza de Armas se formó en dos filas, abriendo calle; todos arrodillados y al toque de himnos marciales recibió el escapulario de Nuestra Señora de las Mercedes, puesto por varios religiosos de la orden, con todas las ceremonias religiosas de estos casos. ¡Qué imponente y majestuoso era esto! ¡Cuantas lágrimas rodaron del corazón a los ojos!

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

¡Cuántas se vieron correr por los rostros de muchos de los que estaban presentes y aun de los mismos militares! No olvidaré jamás la impresión que me causó ver a mi valiente mayor Ramírez al recibir su escapulario, ni tampoco la que me ocasionó mi arrogante comandante, ni la de mi hijo Francisco 2º. La Providencia me es testigo de la fe con que le pedí, que a todos los que formamos en este batallón nos diese fuerza, valor y coraje para sobrellevar con paciencia y honor toda la campaña; volver a nuestro Chile bien cubiertos de glorias adquiridas en buenas y valientes jornadas y batallas; y adquiriésemos, mediante nuestra energía y buena comportación, nombradía para nuestro novicio batallón y honra para el pueblo que lo manda a la campaña.

*

Concluidas estas ceremonias y demostrado nuestros agradecimientos a los buenos padres, marchó el batallón para la Alameda seguido de un numeroso acompañamiento de gente de toda clase social de la capital. Nos embarcamos en buen orden y salimos a los gritos atronadores de ¡viva Chile! Y al son de la canción nacional. Vimos llorar a muchas personas a nuestra despedida. También vinieron a la estación algunos religiosos mercedarios a despedirnos y desearnos toda felicidad.

*

El camino diré que fue más alegre de regreso que cuando íbamos para Santiago. Nos alegraba por otra parte pensar que íbamos a ver a Quillota y a nuestras familias; pero también nos causaba tristeza la idea de la separación, quizás eterna, que tendríamos que hacer. Las estaciones por donde pasábamos estaban llenas de gente; parecía que todos se habían dado cita para recibirnos y vernos pasar. De muchas personas recibíamos puñados de flores que nos tiraban y nos saludaban con efusión cariñosa.

*

La pasada por Quillota no puedo describirla: nos causó a todos un rato muy desagradable el que no hubiese parado la máquina, dos minutos a lo menos. Mas, reflexionando después, digo la verdad, vimos que fue bien acertada la medida de que no parara el tren, porque habría sido muy terrible la separación, sobre todo de las familias que quedaban en esa y habría habido talvez hasta alguna desgracia y muchos desmayos. Más vale así; por la patria se debe principiar a sufrir esto y otros disgustos y dolores peores; en eso estriba el carácter del buen chileno. Quien ama a su patria y se sacrifica por ella, ama de todo corazón a su familia, amigos y protectores.

*

El mismo día 21 de setiembre, en la tarde, llegamos a Valparaíso y ahí nos encontramos con que la estación estaba llena de un inmenso gentío, y que no podíamos pasar al lugar donde debíamos embarcarnos. Era tanto en entusiasmo, que le diré lo que me pasó a mí en la estación del Barón.

Mientras hacía embarcar los bultos y equipajes de nuestro batallón, se me presentaron cinco individuos pidiéndome los llevase en el cuerpo y trabajase porque los admitiesen de soldados; de estos individuos habían dos jovencitos muy decentes. Yo les expuse que nuestro batallón tenía más gente que la dotación requerida; que no se admitían más que voluntarios decididos y dispuestos a ir a morir por la patria, y no soldados que después se hubieren de arrepentir y quisieran retirarse; y que tenían otros cuerpos donde ingresar. Me contestaron con energía y entusiasmo suplicante que no se arrepentirían jamás; que lo habían pensado mucho y que solo esperaban que llegase el batallón Quillota para enrolarse, pues eran quillotanos, y querían ir a Lima cobijados por nuestro estandarte. Yo les volví a hacer varias otras observaciones, pero todo inútil. Todo esto sucedía delante de un gentío numeroso que nos rodeaba y que aplaudía la determinación de estos nuevos voluntarios.

*

Por fin, viendo tanta exigencia aplaudí también este proceder; solo me llevé a cuatro de ellos para presentarlos a mi comandante, dejando uno porque lo consideraba enfermo y débil. ¿Cuál no sería mi sorpresa cuando a bordo del *Amazonas* me encontré con que se habían agregado al batallón una veintena o más de valientes voluntarios? Dígase lo que se quiera, el batallón ha sido afortunado en todo lo que se ha hecho y en todas partes donde ha estado. ¡Qué le sea también propicia la campaña y entrada a Lima y está dicho y hecho todo!

*

El *Amazonas* era un colmenar, pues estaba lleno de militares de diferentes cuerpos; llevaba sus 1.500 a 1.800, y tal vez más. El número total de oficiales, incluida la oficialidad nuestra, sería como cerca de 250. La despedida del puerto de Valparaíso, por nuestro batallón, fue avivando a Chile y cantando la canción nacional y otros himnos de guerra.

*

Pocas horas después, muchos estaban ya mareados. Dormimos todos contentos y de la manera que cada cual pudo acomodarse mejor, abrigándose con su poncho. Esto sucedió en la noche del martes 21 del presente. El día miércoles se acomodó mejor la tropa y se pasó el día sin novedad, tocándose de tiempo en tiempo piezas marciales por nuestra banda, que alegraban más el alma del chileno. El jueves y viernes lo mismo; tan contentos iban todos que hasta se improvisaban bailes y se tocaba mucho la alegre cueca. Todos estos días no vimos tierra, porque el *Amazonas* se internó mar adentro; solo el viernes a las 10 A. M. y vimos a lo lejos el *ancla* que existe en uno de los cerros de Antofagasta. La mar estaba brava ese día y al sol no lo habíamos visto tampoco desde el día que salimos de Valparaíso.

*

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

A la una ya estábamos en la rada afuera de Antofagasta, donde el vapor se detuvo como una hora para que bajasen a tierra cuatro oficiales del batallón Melipilla, que estaba de guarnición en ese puerto; vino primeramente el bote de la capitanía a hacer la visita de estilo y llevar la correspondencia oficial para el jefe de esa guarnición.

*

Después de este puerto, ya nuestra memoria comenzó a recordar los hechos gloriosos realizados por nuestros valientes marinos en la actual contienda. ¡Honor y gloria inmortal a todos ellos!

Arturo Prat, que simbolizas las glorias y el lema legendario que dejasteis para siempre ante la faz del mundo de que: *Un chileno jamás se rinde* sino que muere por su patria, mi corazón te paga el tributo de admiración y de gratitud; pronto estaremos postrados alrededor de vuestra tumba para recordar tu vida y tus hechos y también bendecirte; asimismo, la oficialidad del batallón Quillota depositará sobre tu gloriosa tumba una corona, emblema de la inmortalidad; y una lágrima de gratitud por tu heroico sacrificio en aras de la patria.

*

Siguió el *Amazonas* su camino cerca de la costa, y aunque a la distancia vimos los cerros y lugares de los ataques o combates que tuvo nuestra Escuadra con la del Perú: Angamos, Chipana, Punta Gruesa, etc.

*

El sábado 25 llegamos a Iquique y desembarcamos como a las doce del día en medio de mucha gente y de militares del Rengo, y al son de los himnos de Yungay y nacional. Todos, en este puerto, han admirado la bizarría y moralidad de la tropa; y cuando han visto al batallón de parada con su estandarte y banda de música, haciendo sus evoluciones al toque de corneta, se han sorprendido y no creen en la prontitud con que se organizó y la instrucción recibida en tan poco tiempo. De lo que expreso, me atengo a la prensa de este pueblo para que se juzgue de mi veracidad en lo que relato.

*

Nada diré de este pueblo, pues ya bastante conocido lo tienen por muchos detalles que se han dado tanto en cartas privadas como por la prensa. Solo sí, le diré, que a cualquier punto que se mire en esta tierra del Perú solo se encuentra tristeza, aridez y me parece un terreno así como que hubiese sido maldecido por la Providencia; esto es, en comparación al terreno más inculto y abandonado de nuestro Quillota. No en vano dicen los extranjeros, que Chile es el paraíso de la América.

*

Aquí todos estamos contentos; tanto la tropa como los oficiales están bien atendidos. La tropa está distribuida en dos grandes cuarteles, situados en la misma calle, a distancia de cuadra y media uno de otro. La casa de los oficiales del cuerpo es espaciosa, bien ventilada y bonita. Todos los oficiales comemos juntos en una mesa bien larga, mandada hacer a propósito. Se nos suelen juntar algunos oficiales de otros cuerpos, de modo que, las dos veces que comemos al día, nuestra mesa está siempre bien animada y bulliciosa, no faltando los brindis sazonados con sabrosa chicha y la bien condimentada comida que nuestro simpático amigo Domingo Quiroz sabe disponer y dirigirla.

*

A propósito de este entusiasta amigo, le estamos muy agradecidos por la fineza que ha hecho, acompañándonos hasta este pueblo; y, ahora, ha determinado acompañarnos y compartir con nosotros todas las peripecias de la campaña. Un ¡hurra! por este entusiasta y nuevo voluntario del Quillota. Seguro estoy que en esa lo echarán de menos.

*

De viaje no sabemos cuando nos movamos, pero se corre con mucha insistencia que aquí se formará una división que operará sobre las fuerzas de Leiva, en Arequipa. En fin, lo que se tronará y ojalá sea pronto, pues nuestro batallón ansía pelear y adquirir glorias aunque sea a costa de sus tres cuartas partes de su dotación. Es verdad, que todavía no se ha ejercitado en el tiro al blanco, pero lo hará muy pronto, según lo he oído decir.

*

Por último, nuestro método de vida es enteramente militar; solo nos ocupamos en estar bien aptos en la materia. Se trabaja desde las 4.30 A.M. Todos estamos buenos y satisfechos, acordándonos mucho de los que dejamos en este pueblo. Basta, no le escribo más porque ya sale el correo y ni tiempo de sacar en limpio esta carta hay. Dispense el desaliño y borraduras con que va escrita. Le prevengo, que haga el uso que crea conveniente de esta carta; publíquela si le parece sea conveniente al pueblo y para el porvenir. Mande alguno a casa a saludar a mi familia en mi nombre. Dígnese contestarme y mándeme algunos periódicos cualquiera para saber noticias de esa. Reciba expresiones de gratitud y amistad de S.S.

Francisco A. Figueroa B.

Iquique, octubre 25 de 1880.

A un militar que abandona todo porvenir por servir a la patria en una guerra, no le queda más consuelo, para no ser olvidado de las personas que deja en su país, que el de escribir. Al menos se forma la ilusión de que se conversa realmente con la persona a quien nos dirigimos; y para no aburrirnos en esta vida de campamento, al ver alejarse la hora de marcha para buscar al enemigo, volvemos los ojos a la amada patria, y con el pensamiento y la memoria recordamos una a una todas las afecciones de amor y cariño, todas las amistades, todas las simpatías concentradas en los padres, la esposa, los hijos, los parientes y amigos. Entonces, también, vamos a nuestro pobre y humilde equipaje de campaña, y del lugar de preferencia sacamos nuestra correspondencia que religiosamente guardamos y una a una devoramos todas las cartas recibidas. Muchas veces al leer estas nos sentimos dominados por una fuerte impresión, y las lágrimas comienzan a deslizarse por nuestras mejillas y obtenemos dulces emociones al leer los sinceros conceptos de cariño de las personas que amamos con toda nuestra alma.

He visto soldados que al recibir sus cartas y leerlas se ponen a llorar. Preguntándoles el motivo de su llanto, me contestan: porque sabían de su familia y amigos; porque se acordaban del pobre soldado; porque no lo olvidaban a él, que quizás moriría en el campo de batalla; ¡y esas lágrimas que derramaban eran de gratitud y de alegría! En cambio, los que no habían recibido ninguna carta quedaban tristes o rabiando, no perdiendo tampoco la esperanza de que a vuelta de otro correo satisfaría las ansias de saber de sus familias o parientes.

¡Ah! si supieran las personas que quedan en Chile lo que consuela, anima y da valor al soldado una carta escrita por el fiel amigo o amiga, por los parientes, y sobre todo, por la mujer que ha aprisionado el corazón de ese militar, entonces, estoy seguro, se empeñarían por escribir, ¡aunque fuera una vez al mes! Si tal sucediera, ese soldado tendría más resignación y haría hasta milagros en los campos de batalla por conquistar una corona de gloria para depositarla en aras de la patria, representada para él en la familia o el amigo ausente. Pero, pasarse un mes y aún más sin dirigir una palabra de aliento, ni contestar una carta de tantas que el soldado escribe, es poca gratitud y hasta crueldad. Del batallón Quillota salen semanalmente de 200 a 300 cartas, y las que se reciben en la misma semana no pasan de setenta. ¡Oh, que esto no suceda, que nada cueste escribir estampando en el papel todo lo que el corazón siente respecto del pobre defensor de la patria!

*

No sabemos hasta cuando se prolongará nuestra estadía en este pueblo. La tropa se instruye cada día más y más y con un entusiasmo digno de ejemplo. Todo el batallón es guerrillero.

Las autoridades civiles y militares se han presentado varias veces a ver maniobrar el cuerpo, y tenemos la dulce satisfacción de que estas han quedado satisfechas y a veces admiradas, aun hasta el mismo señor Altamirano, que también nos ha visitado.

La salud de la tropa es buena, salvo pocas excepciones. A ocho soldados se han dado de baja por inútiles para el servicio militar.

*

El 4 de octubre fue todo el batallón armado y con su banda de músicos al panteón a visitar la tumba del mártir del sacrificio y del deber, del heroico y para siempre inmortal Arturo Prat. En ese lugar rodeamos la modesta y humilde tumba y en la que tantas reflexiones y propósitos hicimos al considerar la magnitud de abnegación hecha por la patria por esos denodados tripulantes de la gloriosa *Esmeralda*. Las sepulturas de Prat, Serrano, Aldea y militares chilenos, principalmente la de Prat, están llenas de inscripciones y firmas de los que las han visitado. Si pudiera transmitir en esta, palabra por palabra, la infinidad de pensamientos y recuerdos que se agolparon a nuestra mente, y que después, en el descanso que tuvimos en el ejercicio de tiro al blanco, nos comunicábamos unos a otros entre nuestros compañeros, sería demasiado cansado.

Mi mayor don Cruz Daniel Ramírez hizo uso de la palabra, recordando en un hermoso, elocuente y emocionado lenguaje el acto que conmemorábamos y el significado y compromiso que desde esa fecha contraíamos por la memoria y el ejemplo del comandante de la referida corbeta. En seguida hablé yo. Hago presente que esta romería se hizo en representación del departamento de Quillota; y habíamos también invitado al regimiento Valparaíso para que se hubiera hecho a nombre de la provincia, cuyo nombre lleva el regimiento; pero el haberle tocado en este día servicio extraordinario de plaza, le impidió asistir. Concluido este acto, el batallón fue a ejercitarse en las maniobras militares y tiro al blanco a los cerros vecinos del panteón.

Se me olvidaba decirle que nuestro comandante señor Echeverría, una vez concluido el acto de la romería, ordenó se escribiese un detalle de ella; que fuera firmada por todos los jefes y oficiales del Quillota; se colocase en un buen cuadro y se pusiera en la modesta cruz de madera que adorna la sepultura de Prat. Llegando al cuartel se principió a dar cumplimiento a lo mandado, siendo el ejecutor de esta orden, el capitán de la segunda compañía, don Domitilo González.

*

El ejercicio de guerrilla y de tiro al blanco se verificó con buen éxito; el primero se hacía corriendo cerros arriba, cerros abajo y con un sol que nos achicharraba y con una tierra o polvo salitroso que nos ahogaba. Hay que tener presente, que el piso de Iquique y campos adyacentes se compone de pura tierra suelta salitrosa, que en las marchas uno se entierra hasta el tobillo; la cosa es para ver y no para contar. En este día salimos a la romería y a los ejercicios mencionados a las 5 de la mañana y volvimos a las 12 A.M., completamente desfigurados por la tierra.

*

Otras de las veces en que el corazón de un militar ha tenido gratas emociones, fue cuando llegó a manos de nuestro mayor una carta escrita por el comendador o provincial de la merced de Santiago. En circunstancias que todos los oficiales del Quillota acompañados de otros de algunos cuerpos de guarnición en esta plaza estábamos almorzado, me llaman y ordenan mis jefes lea en alta voz la hermosa y viril caja. La conclusión de esta lectura fue un hurra general, entusiasta y espontáneo; y el propósito de satisfacer el deseo de los reverendos mercedarios. En seguida se me ordenó la leyese en el cuartel a cada compañía, la cual escuchó la tropa con marcada atención y entusiasmo, prorrumpiendo al fin con grandes y prolongados aplausos y entusiastas vivas a Chile, así como a los religiosos de la merced; la canción nacional fue tocada por nuestra banda, y todos prometimos cumplir el pedido de los religiosos de conquistar algún trofeo en el campo de batalla.

La carta se hizo insertar en los diarios de este puerto y se mandó archivar el original para que, en caso de algún combate, se le volviese a leer a la tropa.

*

El 21 del actual, nuestro batallón tuvo su primer simulacro de combate acampado en el campo para acostumbrar a los soldados a sufrir largas caminatas y dormir a la intemperie; en una palabra, a que sufra en regla todas las penalidades de una campaña.

Se dio orden de alistarse a todo el cuerpo, quedando solo unos pocos soldados enfermos al cuidado de los cuarteles y todo esto bajo las órdenes del subteniente señor M. Zamora, que también se encontraba enfermo y le era absolutamente imposible hacer larga caminata a pie. Nuestros dos primeros jefes se reservaron el lugar donde íbamos a ser conducidos.

A las cinco de la tarde del referido día formó todo el batallón frente a sus cuarteles, donde se les repartió a cada soldado su ración de charqui, galletas y municiones, llevando cada uno de estos sus caramayolas llenas de agua. Muy numeroso era el gentío que nos rodeaba, principalmente de soldados de otros cuerpos que nos miraban con envidia ponernos en preparativos para una larga marcha. Otras personas contemplaban con lástima y lloraban deseándonos también un feliz viaje y buen éxito en los combates que tuviéramos. El chasco fue bien formado para todos en general, tanto en el batallón como para los que nos veían partir. Pues, se comprometía que debía ser cierto al ver el tipo de la tropa equipada con su traje de campaña y con toda la seriedad con que se ejecutaban todas las órdenes; hacía creer a todos que marchábamos por tierra a fin de embarcarnos en uno de los puertos o caletas inmediatas.

Por fin, se rompió la marcha al toque de la canción nacional. Una vez que el batallón salió a la pampa, se mandó a la compañía de Cazadores, al mando del capitán Gutiérrez, se desplegará en guerrilla descubierta y en protección de los flancos y a distancia de 500 metros a vanguardia del cuerpo. En este orden avanzamos unas dos leguas cantando la canción de Yungay, vivando a Chile, a los jefes y oficiales, a la vez

que haciendo de trecho en trecho algunas paradillas para descanso de la tropa y arreglar mejor el equipo, para continuar con más comodidad la marcha. De esta manera llegamos al punto donde íbamos a acampar como a las ocho u ocho y media de la noche. Se apostó el cordón de centinelas, la gran guardia y se nombró a los que debían rondar el campamento; en una palabra, se obró como si estuviéramos en un verdadero campamento enemigo. La gran guardia de la compañía de cazadores, colocada convenientemente hacia los cerros, oculta y sin conocimiento del batallón, estableció también sus centinelas, patrullas y rondas.

En seguida, se mandó tocar silencio y a dormir todos envueltos en sus mantas o frazadas, único abrigo que tenía la tropa. El silencio era tan profundo que los que estaban en vela solo sentían el movimiento que hacían los centinelas, y cuando estos golpeaban sus cartucheras para comunicar sus alertas.

A las 11 de la noche, más o menos, se oyó una descarga de una tropa que se había ido a acampar sigilosamente, por orden de nuestros jefes, en la cima de un cerro. A esta primera descarga se siguió otra; el batallón que estaba durmiendo se levanta instantáneamente, abandona todo y tomando sus fusiles rompe el fuego por mitades, siendo muy bien ejecutado; luego después se rompe el fuego graneado, que fue prolongado y bien sostenido. El medio batallón de la izquierda, al mando del mayor señor Ramírez, hizo una lucida carga a la bayoneta ascendiendo el cerro donde se encontraba la tropa que suponía enemiga y que a la vez sostenía un fuego graneado. Mientras tanto, el medio batallón de la derecha mandado por el comandante señor Echeverría hacía descargas cerradas y en protección de los que iban a cargar a la bayoneta.

El improvisado enemigo, que después vimos era la compañía de Cazadores al mando del capitán Gutiérrez, obraba también con mucha bizarría, haciendo lucidísimas descargas y fuego graneado bien sostenido hasta que fue rechazada a la bayoneta, retirándose en dispersión. Poco rato más tarde volvió todo el batallón a ocupar su primitivo campamento.

*

Al terminarse este último movimiento aparece la luna hermosa y radiante, alumbrando todo el campo donde se había ejecutado el simulacro de combate; y al mirar a nuestro rededor, vemos a los *heridos* o *muerdos* traídos por el oportuno y alegre Domingo Quiroz, convertidos en fiambres y comestibles, acto que no dejamos de aplaudir estrepitosamente con imitación de quejidos de heridos, cuyos fiambres lo engullíamos con ansia y buen apetito que nos dio el prolongado ejercicio de combate que habíamos tenido. Quiroz se da mucho a querer de todos en el batallón por su buen genio y bondadoso corazón.

Después de satisfacer nuestros estómagos nos pusimos a bailar cuecas y bailes serios y cantar los himnos nacional y Yungay al son de la música. Y por fin, se nos tocó otra vez a silencio y nos acostamos a dormir en el suelo tapándonos con nuestros ponchos.

*

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Al amanecer del siguiente día se nos tocó diana y nos preparamos para hacer maniobras militares. En seguida nos volvimos a Iquique, a donde llegamos a las diez del día.

De este paseo militar nos acordaremos siempre. El lugar adonde fuimos se denomina Angachilla (Molle).

La entrada de nosotros a Iquique fue celebrada por los amigos, pues nos creían ya muy lejos o a lo menos embarcados, que no volveríamos más a este puerto.

El último incendio que ha tenido lugar en este puerto, según he oído decir a muchos, ha sido más voraz que el del 7 de octubre de 1875. Este de ahora ha destruido la parte más céntrica e importante de la población, reduciendo a la miseria a más de quinientas familias, que en pocas horas han visto desaparecer, absorbido por las llamas, el fruto de tantos años de trabajo y de laboriosidad. Es terrible el estrago que este incendio ha hecho, pues se han quemado más o menos 25 manzanas de valiosos edificios, de grandes y lujosas tiendas y almacenes. Los oficiales y tropa del batallón Quillota y regimiento Valparaíso fueron de los primeros que llegaron al lugar del siniestro y cuando iba perdida la mitad del Gran Hotel; tan voraz y rápido era, que no daba lugar a salvar nada.

Pusímonos al trabajo para apagar el fuego, pero todo fue inútil; un viento muy fuerte favorecía más el desarrollo del incendio y la circunstancia de ser todos edificios, desde la vereda al techo, de solo madera, daba más pábulo al elemento devorador. Fue, pues, imposible aislar el fuego, a pesar de los abnegados esfuerzos de los bomberos de tierra y de los de vapores que habían fondeados en la bahía. Para tratar de sofocarlo se emplearon hasta pipas de licores.

Las mercaderías fueron transportadas a la plaza Arturo Prat, donde algunos tizones que caían encendidos comenzaron a quemarlas. De tiempo en tiempo habían algunos remolinos de viento como para hacer más aterrador el incendio, aumentando más la intensidad del fuego y calor sofocante que hacía desesperar a veces a los que trabajaban por extinguirlo. Al fin, como a las cuatro y media o cinco de la tarde calmó el viento y pudo cortarse el fuego, pero después de haber convertido este en ruina una extensión como de diez a quince cuadras más o menos, dejando una pérdida de más de tres millones de pesos, según cálculos de personas muy conocedoras de la localidad.

El incendio principió de 2 a 2.30 A.M. del sábado 23, y hoy lunes día de la fecha, 8 P.M., que escribo esta, todavía arden los escombros, lo que tal vez durará hasta el miércoles o jueves a pesar de los empeños que se toman para apagarlos. Lo que hace durar más el fuego son los montones de salitre que había en varios puntos del perímetro quemado.

*

EPISTOLARIO DE FRANCISCO FIGUEROA BRITO

El incendio ha ocasionado sus víctimas. Hay varios heridos y tres muertos; y de estos últimos, un paisano murió ahogado en un pozo que hay en la plaza Arturo Prat, cuya tapa se había incendiado. El hermoso monumento que se ostenta en medio de esta plaza y en que está la estatua de Prat, ha escapado providencialmente, pues ardían los edificios colindantes, también las mercaderías y muebles allí aglomerados y nada le sucedió al monumento. El busto de Prat había sido sacado por los del Concepción y llevado a su cuartel.

La tropa se ha portado muy bien y han habido casos de notoria honradez. Se sabe que un soldado del Valparaíso, que entregó a su dueño 5.000 pesos que encontró, recibió en recompensa 500 pesos. Nuestros jefes han trabajado duro y parejo. Mi comandante Echeverría con hacha en mano, daba ejemplo a todos. Nuestro mayor Ramírez, por otro lado, daba órdenes y acarreaba algo como podía. En general, todos han trabajado bien y hasta los extranjeros han alabado la buena comportación de la tropa.

Francisco A. Figueroa B.

Iquique, octubre 30 de 1880.

Vuelvo hoy día a tomar por segunda vez la pluma para ampliar más los que le escribí esta mañana, y le suplico la haga publicar lo más pronto posible, porque me ha indignado ver que hayan calumniadores, en ese pueblo, del batallón Quillota, que tengan el gusto de propagar que este cuerpo sufre hambre; que ha habido intento de sublevación; que muchos se irán a esa con el comandante señor Echeverría, y otras mentiras por otro estilo.

Yo, que me he propuesto ser la expresión genuina de la verdad exponiéndola toda cada vez que se trate de asuntos importantes, delicados y personales de los que componen el batallón; yo, que escribo solo para que sepan el estado de progreso y de la vida que pasa este cuerpo en campaña; yo, que soy padre de familia como muchísimos de los que vienen de militares; debo escribir la verdad de todo lo que suceda en el batallón, porque a la familia, y más a un pueblo como Quillota se le debe decir todo, todo: si noticias tristes, para que nos ayuden a sentir o remediar; si alegres, para que se gocen a la par que nosotros. Faltaría como ciudadano, como militar, como jefe de familia y como antiguo vecino de Quillota, si en el acto no diera un desmentido a esas falsas calumnias que he visto en varias cartas escritas desde ese pueblo a compañeros nuestros.

Falso muy falso que la tropa sufre hambre, testigos hay de más, los otros cuerpos acantonados aquí que no se quejan de esto y que lo pasan contentos como nosotros. Estoy seguro que ya nuestros soldados habrán desmentido esto, escribiendo inmediatamente a sus familias para sacarlas de alarmas.

Ha habido, sí, días de casos excepcionales, pero nuestros jefes pusieron remedio en el acto, y las autoridades lo mismo, obligando al ranchero a cumplir bien con su deber en cuanto a la buena alimentación de la tropa; ¿O quieren los calumniadores que los soldados sean glotones y tengan *postres* todos los días y a cada comida?

El intento de sublevación es otra calumnia más pulcra e indigna. Jamás ha tenido un soldado del Quillota esta idea; y si algo ha sufrido injustamente, todo lo ha olvidado en amor a la patria. Muchas veces, es cierto, han habido trabajos extraordinarios para apurar la instrucción militar a fin de estar aptos para entrar en combate; que todos, desde jefes abajo, hemos trabajado con empeño y placer hasta privarnos, algunas veces, de comer a nuestras horas, y no se les ha ocurrido este pensamiento, ¡*El de sublevarse!* ¡Una y miles de gracias a los propagadores de estas calumnias, por gran honor que hacen al batallón Quillota, considerándolo indigno de sufrir, de ser soldados dignos para la patria e igualándolos a gente ruin, sin conciencia y sin honor! ¡Ja, ja! ¡Cínicos calumniadores!

El que nuestro Comandante se retirará para el sur con más de cien enfermos, ¡oh! Que poco nocen a nuestro Comandante esas gentes; y de enfermos retirados no pasan de seis u ocho soldados y de cuatro que por inútiles al servicio y con certificado del médico del hospital, se retiran, esto es toda la bulla de tanta cantidad de enfermos. Habían algunos pocos soldados de poco espíritu patriota y que solo quieren la vida vagabunda y ociosa para poder hacer el mal que puedan a sus prójimos; esos, tal vez, habrán sido los que han escrito o propalado esas mentiras y calumnias. Nuestro Comandante irá alguna vez al sur por asuntos del servicio, o por enfermo, o después de la campaña; lo que es ahora no va.

El temperamento de por aquí no le es favorable a algunos soldados de los distintos cuerpos, pero ellos mismos se buscan su mal por sus desarreglos de la vida. Otros, porque su contextura débil y enfermiza no es para esta temperatura ni para sufrir las terribles penalidades de una campaña. Ya los cuerpos que han llegado después de nosotros han dado su tributo a la muerte.

En otra carta que escriba le daré otras noticias que interesarán a las familias de los soldados; por ahora basta. Se despide S. S.

Francisco A. Figueroa B.

Adición: A última hora se nos dice que muy pronto van a dejar de cubrir destacamentos en este puerto los regimientos Concepción y Valparaíso y el batallón Victoria y también el nuestro con el fin de alistarnos para marchar a Lima. Bien y ¡Viva Chile! Felicitaciones a todos los quillotanos porque al fin vamos a batir con nuestros enemigos.

Pisco Alto, enero 4 de 1881.

Hace algún tiempo que no escribía refiriendo algo de la vida que pasa el batallón Quillota en campaña. Las ocupaciones inherentes al nuevo ascenso que he obtenido son bastantes para impedírmelo. No piense por un momento que yo me olvide de cumplir con el deber sagrado y satisfactorio para mí, de escribir para la prensa de mi querido pueblo de Quillota: todo, todo lo que sea importante y se relacione con los militares que componen este batallón lo anotaré siempre. Es una ocupación que me entusiasma y me honra, porque al dedicarme a ella, creo que de lo que escribo, algo puede ser útil para la historia de mi patria. Y ahora lo hago bajo la impresión de un santo orgullo, con mi alma llena de gratas emociones por el hecho de armas que tuvieron los soldados del Quillota en *Humay*. Pero mejor será que no altere el orden de los sucesos.

*

En Iquique se continuó viviendo como se lo manifesté en mi última correspondencia; trabajando con mucho empeño jefes, oficiales y soldados en el manejo de las armas, sobre todo en el ataque y defensa contra caballería y en la guerrilla.

*

El 16 de noviembre, los oficiales del regimiento Valparaíso dieron un banquete a sus jefes, banquete que fue muy animado y cordial, en el que se expresó con insistencia la idea de que el Quillota debía formar parte en la misma división en que fuera el Valparaíso, para que así ambos cuerpos pudieran compartir juntos las mismas penalidades de la campaña y gozasen de los triunfos que obtuvieran. Se me olvidaba hacer presente que a este banquete asistieron las autoridades militares y políticas y los jefes de los cuerpos que se encontraban en Iquique, en la fecha mencionada.

No puede Ud. figurarse lo que se aprecian estos dos cuerpos; tanto los jefes como los oficiales y soldados se protegen mutuamente; lo que el soldado del Quillota dispone es aceptado por el del Valparaíso, y viceversa. Podría referir algunos hechos sobre el particular, pero temo ser cansado y no concluiría de escribir.

Terminado el banquete, los oficiales del Valparaíso con su banda de música a la cabeza, llegaron al cuartel del Quillota con el objeto de convidarnos a todos para que fuésemos a los de los otros cuerpos del Ejército e invitarnos también a salir unidos y pasear por las calles de la población, lo que ejecutamos después de hablarle a la tropa sobre sus deberes para con la patria y sobre el sentimiento de fraternidad militar. Así se hizo en todos los cuarteles, y por consiguiente, se pronunciaron muchos discursos. En seguida continuábamos nuestro camino en fraternal amistad y franqueza, cantando los himnos nacional y de Yungay. Era hermoso ver una formación de más de doscientos jefes y oficiales, y este número aumentado

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

por cinco bandas de músicos y con la mucha gente que nos seguía, todos contentos y viviendo a Chile. En la plaza Arturo Prat nos separamos cada uno a sus respectivos cuarteles, después de pronunciados algunos discursos patrióticos.

*

El 19 de noviembre fue un día de fiesta para Iquique. Toda la población amaneció engalanada con el pabellón chileno. Se conmemoraba el triunfo obtenido por los chilenos en Dolores o San Francisco de la Encañada, en que cuatro a cinco mil soldados del Ejército chileno derrotaron a once mil de los de la alianza Perú-Boliviana. En esta batalla, fue donde el mayor del Quillota, señor Cruz Daniel Ramírez, perdió su brazo derecho, peleando como un héroe. En esa ocasión este jefe mandaba una compañía del Atacama y cargó al enemigo a la bayoneta en protección de la brigada de artillería mandada por el mayor Salvo.

Para celebrar este día, la autoridad política y militar dictó algunas disposiciones de fiestas y salvas.

*

En este mismo día 19 hubo una hermosa y conmovedora fiesta que fue la más notable: la colocación del busto del inmortal Prat en su antiguo pedestal. El busto estaba guardado en el cuartel del Concepción desde el día del incendio que asoló a medio Iquique. Dicho busto fue colocado en un carro de artillería, encima de un cañón, adornado con banderas, armas, flores, cintas y gasas. El carro fue tirado por soldados del Concepción y rodeado de otros muchos de los distintos cuerpos acantonados en Iquique. Todos los jefes y oficiales seguían en formación de a cuatro en fila y a retaguardia del carro.

La procesión anduvo por varias calles acompañada de todas las bandas de música; y una vez que llegó a la plaza, se colocó el busto en su pedestal, y al descubrirlo hizo una salva el regimiento Rengo, y la brigada de artillería disparó veinticinco cañonazos, rompiendo a la vez todas las bandas de músicos con los himnos nacional y de Yungay. En seguida se pronunciaron tres discursos: uno por un oficial del Concepción, otro del Quillota y el último por un caballero.

*

El 26 de noviembre todos los jefes y oficiales del Quillota se reunieron para tratar de que manera debían proceder con el cadáver del oficial que muriese en servicio de la patria, en la presente guerra. Se determinó remitirlo al panteón del Quillota en la primera oportunidad que se presentará, y del mismo modo enviar a los oficiales y soldados que saliesen heridos en algún combate, para que fuesen curados en ese pueblo. También se acordó oficiar al señor gobernador y Municipalidad de Quillota con ese objeto, para que se asociasen a esta idea formando algunas medidas para llevarlas a debido efecto. Ojalá que el pueblo de Quillota obrara espontáneamente a este respecto que es de justicia y gratitud, para evitar en

algo el dolor y la orfandad de las viudas, hijos o deudos de los militares del Quillota. Pueblos que proceden en este sentido atraen las bendiciones del Ser Supremo; y el soldado, reconocido a esa deferencia, morirá con gusto y contento en defensa de la patria.

*

El 28 del mismo mes se repartieron a los señores oficiales los revólveres y capotes que el desprendido y entusiasta señor Agustín Edwards regaló. Una sincera manifestación de gratitud le dirige por este conducto la oficialidad del Quillota. Nuestro jefe cumplió ya este deber, escribiéndole al señor Edwards sobre el particular, como también al Sr. Félix Echeverría que ha tomado en esto bastante interés por nosotros.

Cada día que pasa estamos más reconocidos a este capitalista; pues, los capotes nos sirven mucho en la campaña, y los revólveres ya hicieron su estreno en el combate de Humay. Estoy seguro que más de un oficial, al dar muerte a algún enemigo de la patria, le habrá dicho: *toma por don Cucho Edwards*.

*

El dos de diciembre se nos dio por fin la orden, tantas veces deseada, de que nos preparásemos para embarcarnos y marchar al norte. El contento fue inmenso; gritos de ¡Viva Chile! se oía continuamente junto con la gran actividad que se desplegaba para tener todo listo. Al día siguiente, a las 3 P.M., ya se habían embarcado en el vapor *Limarí* los bultos de equipaje, y a esa misma hora salían de sus cuarteles el regimiento Concepción y batallón Quillota con dirección al muelle, donde había un inmenso gentío del pueblo y de soldados del Rengo que nos veían partir con envidia. Los dos cuerpos se embarcaron a un mismo tiempo saludándose mutuamente y vivándose, a la voz que las bandas de música tocaban el himno nacional y la polka *Nos vamos al Perú*.

El regimiento Valparaíso y el batallón Victoria habían partido dos días antes.

*

La navegación fue muy feliz. Los soldados iban bastante estrechos, pero muy contentos. Nuestra banda tocaba continuamente piezas marciales que alegraban el espíritu y nos transportaba con la imaginación al seno de la patria amada, allá donde habíamos dejado el corazón preso en las redes del cariño de la familia y de la amistad. ¡Ah! Gratos seres de mi alma, ¡Yo os saludo! ¡Yo os recuerdo continuamente!

Nuestro comandante hizo reunir todos los oficiales en la cámara del vapor, y ahí, en fraternal consorcio y alegría, expresamos todos en entusiasta brindis las ideas, las aspiraciones y resoluciones que abrigaba cada uno en su alma para con la patria, la familia y el pueblo de Quillota; hubieron actos genero-

sos de desprendimiento y abnegación mutuos para cumplirlo durante los combates que el Quillota tuviere con el enemigo. Me acordaré siempre de las horas de esta navegación.

*

El domingo llegamos a Arica a las 8 A.M. A esta hora comenzó a desembarcarse el batallón. Allí tuvimos lugar de contemplar desde cerca y con bastante emoción el gran morro, donde los valientes soldados del 3º y 4º de Línea dieron al mundo un ejemplo de heroísmo, pujanza y valor, tomando a la bayoneta ese inexpugnable fuerte. ¡Yo os saludo con toda gratitud, valientes soldados que tomasteis parte en el legendario combate de Arica! ¡Yo venero y grabo en mi corazón agradecido tu nombre heroico coronel San Martín! ¡Honor eterno a todos los que allí murieron por la patria!

Las fuerzas que había en este puerto se encontraban en misa en el momento de nuestro desembarco; así es, que este se hizo con todo silencio, y hasta lograron asistir a este acto religioso tres compañías de nuestro cuerpo. Como se nos dijese que teníamos que seguir para el interior, todos los bultos de nuestro equipaje quedaron en la playa. En este mismo día tuvimos el gusto de dar un fuerte apretón de manos a los oficiales del Valparaíso, cuyo regimiento tomaba el ferrocarril que debía conducirlos a Tacna. Nos prometieron esperarnos al día siguiente en aquella ciudad con una buena cazuela. Como no se verificó nuestro viaje a Tacna se quedaron con los crespos hechos, pero de todos modos les estamos muy agradecidos.

*

Nuestra permanencia en Arica duró solo tres días, los que aprovechamos muy bien haciendo ejercicios militares. Los ratos de descanso los aprovechábamos en visitar los fuertes y lo que más notable encontramos en ese punto; pero más nos atraían las trincheras que nuestros rotos tomaron al enemigo; allí *retemplabamos*, como dicen los peruanos, nuestro espíritu y jurábamos vengar a nuestros hermanos.

En este puerto lo pasamos bastante sacrificados por la estrechez de los cuarteles y de un sol abrasador. Los oficiales se vieron obligados a dormir en la calle a toda intemperie, abrigados solamente con sus capotes. La comida escasa y cara, y además, una infinidad de insectos nos molestaban a todas horas, pero todo lo soportábamos bien resignados y contentos.

Al día siguiente de nuestra llegada sucedió una desgracia casual que pudo tener funestas consecuencias. Es la siguiente:

Les había repartido a la tropa los diarios que en número de cuatro por compañía, generosamente nos remite el dueño de la imprenta del *Mercurio* por todos los vapores, para que el soldado lea, se instruya y evite el aburrimiento de la campaña. Nicanor Tobar, cabo 1º de la primera compañía, leía en alta voz a varios soldados; y entre los oyentes se encontraba el sargento 2º Benito Araya, haciendo una funda para

un revólver, y al probar esta se salió un tiro, pues el arma estaba cargada. La bala pasó casi rozando el resto a dos soldados, le rasmilló la mano al cabo Tobar y va a herir en una pierna, a dos dedos más arriba de la rodilla, al soldado Juan M. Mena. Pronto el herido fue remitido al hospital donde se le hizo la primera curación; se le examinó y se constató que la herida no era de gravedad, que sanaría en 15 o 20 días. También tuvimos aquí el primer ataque de tercianas, que le dio a un soldado de Cazadores de nuestro batallón, Tomás Vasquez, pero no fue de gravedad; a más de este quedaron en el hospital de Arica otros dos enfermos de nuestro Quillota.

Este establecimiento se encuentra a cargo del entusiasta ecónomo don J. Julián Castro; y ya se podrá suponer la solicitud y esmero que tendrá por estos enfermos para que se mejoren pronto e ingresen a nuestro batallón. Se me olvidó hacer presente, al relatar nuestra salida de Iquique, que en el hospital de ese puerto quedaron enfermos un subteniente, un sargento segundo y seis soldados.

*

El 7 de diciembre a las 5 P.M. se nos dio la orden de estar listos para embarcarnos en el trasporte *Carlos Roberto* con dirección a Pisco, distante 55 leguas al sur del Callao. Debíamos embarcarnos a las seis, y luego que la tropa recibió la comida se dirigió al muelle; a las nueve de la noche zarpábamos del puerto. Si estrechos estuvimos en el *Limarí*, mucho peor íbamos en el *Carlos Roberto*; hubo que colocar tres compañías en la bodega y carbonera. Jefes, oficiales y soldados no podían ir ya más incómodos, pero nos conformábamos con la idea de que pronto saltaríamos a tierra; nos distraíamos en ver la costa y la infinidad de pájaros de todos tamaños que pueblan estas latitudes y no vistos en Chile. El alimento que se daba a la tropa era bueno y abundante.

Llegamos a Pisco el día 12 de diciembre, a las 5 P.M. recibimos orden del Jefe de Estado Mayor del Ejército de Operaciones de que debíamos desembarcarnos al otro día a las 8 A.M. A medida que la tropa se iba desembarcando formaba en el extenso muelle de 700 metros de largo que tiene este puerto. En seguida, nos señalaron por cuartel un gran patio techado de cañas de Guayaquil, al lado de otro que ocupaba el 2º de Línea. Aquí nos encontramos con toda la fuerza que componen la primera división del Ejército a que nosotros pertenecíamos. A las dos horas de haber desembarcado el Quillota, salió por tierra para Chilca toda la 1ª División, menos el Buin y un escuadrón de caballería. Estas tropas tomaron el camino de la playa e iban acompañadas de muchas mujeres, o diré más bien, de camaradas.

El 19 por la tarde llegó al puerto el blindado *Blanco Encalada* y sucesivamente después los demás buques y trasportes que traían de Arica el resto de las fuerzas de operación. El día 20 se veían en la extensa bahía de Pisco más de 26 buques, vapores y lanchas de toda clase y tamaño de los que se iban a ocupar en la traslación del Ejército para desembarcarlo en un punto más cercano de Lima. Vimos en tierra al ministro de la Guerra, señor J. Francisco Vergara, al almirante de la Escuadra don Galvarino Rivero, a los generales Baquedano y Maturana y a muchos otros jefes, trabajando con mucho empeño y entusiasmo

en hacer embarcar toda la tropa, los víveres, forrajes y los animales que había en este punto perteneciente a la caballería, artillería y bagajes. También vimos al entusiasta patriota don Isidoro Errázuriz, al doctor Alliende Padin y al capitán don J. A. Echeverría, hermano de nuestro comandante. El 21, a las 4 P.M., se notificó a todos los jefes que estuviesen en sus puestos para zarpar, lo que se verificó pocas horas después, ¡y nos dejaron solos!

Solamente el batallón Quillota quedó de guarnición; y como Jefe de la Plaza y Comandante General de Armas nuestro comandante don José Ramón Echeverría. Se dejaron en el puerto de Pisco las compañías de Granaderos y la 1ª bajo las órdenes del mayor don Cruz Daniel Ramírez, quien quedó también haciendo las veces de segundo Comandante de Armas. Las otras cuatro compañías se trasladaron al pueblo de Pisco Alto, distante del puerto unas 20 a 25 cuadras, poco más o menos.

Como era preciso no abandonar este territorio por ser un punto de donde se debe mandar recursos de toda clase al Ejército Expedicionario; y que también exigían nuestra vigilancia el cuidado de más de trescientos enfermos de distintos cuerpos que quedaron en este puerto, se escogió al Quillota para que quedara de guarnición. Entre los enfermos se encontraba el comandante Salvo, que había perdido una mano a causa de la explosión de un pequeño torpedo que estalló en su mano al estar pescando en el puerto de Arica; hubo que hacerle dos amputaciones al mencionado jefe.

*

Un día después de haber zarpado de Pisco la Escuadra, volvió de Chilca la 2ª Brigada de la 1ª División, al mando del coronel señor José F. Gana, para embarcarse e irse a reunir al grueso del Ejército. El día 25 a las 2 A.M. salió sin novedad; y también se le dio orden al coronel Villagrán se fuese para el sur a las órdenes del gobierno. Existen algunos diceres muy autorizados de las causales de esta vuelta, del retiro del coronel Villagrán y de las consecuencias en contra del éxito de la expedición. Mas como soy de opinión que los entorpecimientos de cualesquiera clase que fueren los que ocurren, en la guerra, y aun las enemistades que hubieren entre los jefes se deben silenciar para evitar desuniones y mal éxito en los hechos de armas. Tiempo de sobra habrá más tarde para justificarlos si son verdaderos o no, tal como debe recogerlos la historia. Por esta razón no expondré nada de estos diceres, aunque sean ciertos; los mantendré en mis apuntes privados para después.

*

El Quillota pasa aquí una vida activa y laboriosa. A pesar de que la tropa está dividida en cinco cuarteles, antes de las 4 A.M. ya está en pie para trabajar constantemente todo el día hasta las 8 P.M. hora en que se toca silencio. De día se hace servicio de vigilante, de noche de sereno. Se forman patrullas y rondas que vigilan las poblaciones de Pisco Alto y Bajo y sus alrededores. La tropa trabaja con tanto gusto que llegan a admirarse los extranjeros y hacen las comparaciones con lo que son los peruanos. La comida que

recibe es abundante y sana, no faltando ningún día carne fresca. También se le reparte un fardo de tabaco para cada compañía, por lo que el soldado jamás carece de su cigarro. El café lo toma el que quiere con un poco de pisco, y en el almuerzo y comida toma su ración de vino.

*

A consecuencia de este régimen de vida hay muy pocos enfermos en el batallón, y estos no son mandados a las ambulancias sino al hospital provisional del Quillota, el cual está servido por individuos del mismo cuerpo y dirigido por el señor Comandante, quien ha dicho: "*quiero tener a mis soldados enfermos a mi lado para saber si son bien o mal atendidos*". Por suerte y para que se cumplieran mejor los deseos del señor comandante Echeverría, este ha encontrado un entusiasta y humanitario cooperador en el teniente señor Enrique Vicencio, quien a más de sus conocimientos en asuntos de farmacia y de entender algo en achaques de enfermedades, lo acompaña siempre que se trata de reconocer individualmente a todos los soldados. Muchas veces las observaciones de este oficial ayudan al doctor que visita los enfermos. En la actualidad hay en este hospital ocho enfermos, no de gravedad; y sin incluir los heridos del combate de Humay, que llegaron ayer. He aquí el número total de enfermos que cuenta en la actualidad nuestro batallón.

En el hospital de Iquique, como dijimos antes, subteniente J. Francisco Salamanca y siete soldados. En el hospital de Arica, cuatro soldados, y en el hospital de Pisco, ocho enfermos y tres heridos, formando un total de 1 oficial y 22 soldados y clases; estos, sin incluir un oficial que hay en Valparaíso y otro en Quillota: un 4% del total de tropa que tiene actualmente el batallón. Por estos datos podrá juzgar el pueblo de Quillota del estado de salud de nuestra tropa, si está bien cuidado o no.

*

El pueblo de Pisco, por sus habitaciones y vetustez de ellas, por las costumbres, ignorancia, ocio, vagancia y desaseo de sus habitantes parece una madriguera. La población es grande porque tiene muchos edificios, pero exceptuando tres o cuatro cuadras que tienen casas decentes, todas las demás son bien feas, antiguas y sucias. Hay manzanas enteras en que las casas se comunican interiormente unas con otras y que parecen ratoneras. Su población es como de 3.000 habitantes; tiene un ferrocarril que va para Ica, hoy paralizado; es notable por sus buenos vinos y aguardientes, principalmente el llamado de Pisco; tiene también telégrafo desde el puerto hasta Ica, hoy también cortado. Pisco es un hermoso valle atravesado por un río de su nombre; tiene extensa y productivas haciendas, principalmente la llamada de Caucato, donde se produce: azúcar, algodones, frejoles, dátiles y licores de todas clases, etc., y en abundancia.

En las habitaciones de la villa de Pisco existen algunos enemigos que nos hacen todo el mal que pueden, haciendo fuego, como ya ha sucedido en otras ocasiones, a los centinelas apostados en las esquinas tanto para la vigilancia como para el orden y la tranquilidad de la población, como para evitar toda

sorpresa de parte de las montoneras que nos rodean. A estos individuos se les guardó bastante consideraciones en su principio, pero luego se les conminó por varios bandos en que se expresaban las severas penas con que serían castigados, si continuaban la repetición de amagos contra la vida de los soldados. No se enmendaron, sin embargo, y a los dos días después de haberse publicado un bando en que se hacía responsable a todo el pueblo por cualquier acto de rebelión contra la autoridad y la tropa de guarnición, de una de las manzanas dispararon dos tiros contra la patrulla que recorría las calles, a las dos y media de la mañana, y se hizo fuego también al centinela que estaba apostado en una esquina. Inmediatamente se dio parte de lo que sucedía al Comandante y este dio orden de que se registrase toda la manzana, que era una ranchería. Vista la inutilidad de las pesquisas se tomó la medida, tanto por castigo como también por escarmiento, de hacerle prender fuego, lo que se verificó en el acto, previo el bando consiguiente y notificaciones del caso.

Las montoneras, por otra parte, merodeaban en suficiente número de fuerzas, tratando de amagar al pueblo y hasta el extremo de no dejar obrar a una fuerza de caballería nuestra que andaba en comisión del servicio, por lo cual, el Comandante se resolvió ir a atacar el pueblo y sus alrededores donde los montoneros se refugiaban.

*

Nuestro jefe, después de tomar bastantes indagaciones y de posesionarse bien de las posiciones como del terreno que aquellos ocupaban, hizo todos los aprestos necesarios y determinó irlos a buscar hasta en sus atrincheramientos. En consecuencia, dispuso que el día 1º del actual saliese una fuerza de 200 hombres del Quillota, compuesta como sigue: cien hombres de la compañía de Granaderos al mando del capitán don Moisés Ovalle, teniente don Abel Arredondo, y subtenientes don Jorge León y don Colombo Montefinales; cien hombres de la compañía de Cazadores al mando del capitán don Ricardo Gutiérrez, teniente don Ricardo Núñez y subteniente don Guillermo Caldera y don Ramón A. Mesas.

Esta fuerza fue mandada por el comandante don José Ramón Echeverría, sirviéndoles varios oficiales de ayudantes como el capitán don Jorge Porras y tenientes don Rodolfo Díaz Villar, don Andrés Jiménez. También acompañaba a esta fuerza un piquete de Granaderos a caballo mandados por el alférez don Desiderio García, compuesto de catorce hombres. El gobernador marítimo de Pisco, don Rafael Gana, acompañó a las fuerzas expedicionarias, y no recuerdo ahora que otro particular u oficial más salió en esta expedición.

Es necesario advertir, que para completar la fuerza de cien hombres por compañía, hubo que sacar soldados y oficiales de las otras, y de este modo iba representando el batallón Quillota en los (200) doscientos soldados de la expedición, fuera de jefes, oficiales y caballería.

*

EPISTOLARIO DE FRANCISCO FIGUEROA BRITO

Entre 2 y 3 P.M. se puso esta fuerza en marcha, todos montados, unos en caballos mansos o chúcaros, otros en burros, los que no alcanzaron otra clase de cabalgaduras. La improvisada caballería no tenía más monturas que unos sacos de trigo y por riendas cuatro varas de cordel. Cada soldado llevaba víveres para tres días y 20 paquetes de balas de a diez tiros cada uno. Sin embargo, la tropa iba tan entusiasmada como si marchase con toda clase de comodidades y al salir de la plaza prorrumpió en un estruendoso ¡Viva Chile! los que se quedaron, vieron partir con envidia a sus compañeros.

En el pueblo y en el puerto de Pisco quedó el resto de la fuerza del Quillota al mando del mayor señor Ramírez, quien quedó también haciendo las veces de Comandante General de Armas.

La fuerza expedicionaria tomó la siguiente distribución: ocho hombres de caballería iban de descubierta a distancia de unas diez a doce o quince cuadras, según la configuración del camino que se seguía; otros cuatro marchaban a distancia de una o dos cuadras del grueso de la fuerza, y a retaguardia de esta marchaban los que iban de a pie. El Comandante se colocó a la cabeza de la tropa; y en este orden pasó por las haciendas denominadas Francia, San Miguel, Santa Clara, Mesías, Zárate, Urrutia, San José, Palto, Guaránjal de Palto y San Juan.

*

Las fuerzas expedicionarias fueron alojadas en la hacienda de Manríquez, donde llegaron a las 6 P.M. del día 1º. Allí pasaron la noche sin ser molestados en lo menor. A las 5 A.M. del día 2, se volvió a poner en marcha siguiendo por las faldas de los cerros que cierran el valle por el norte hasta llegar a la hacienda de Casa Concha, donde se ordenó al señor Gana que acompañado del teniente Díaz Villar y un soldado recorriese el valle y notificase a los propietarios de las haciendas Casa Concha, Rosario, Palmar, Manterola y Bernales, que si alguien hacía fuego a la tropa serían castigados con la destrucción de sus propiedades. Esta comisión cumplió su cometido con todo acierto y cuando ya regresaba para unirse al grueso de las fuerzas expedicionarias recibió un nutrido fuego de la hacienda de Bernales, de la cual escaparon por Floretas atravesando el río. Más tarde se les hizo fuego a la tropa desde la misma hacienda, pero no fue contestado, determinándose castigar en la forma que se había notificado, cuando la expedición estuviese de vuelta a Pisco.

*

Estas escaramuzas anunciaban claramente la aproximación del enemigo. En efecto, a las 8 A.M. ya estaba a la vista, bien fortificado en un cerro alto fragoso, a una legua distante de Humay. El comandante dividió sus fuerzas en tres porciones: una compuesta de 50 hombres al mando del capitán Gutiérrez; debía flanquear el cerro por una quebrada; otra del mismo número al mando del capitán Ovalle, debía seguir entre el valle y el cerro; y la otra quedó de reserva para mandarla donde se encontrase por conveniente.

El enemigo opuso en este punto una débil resistencia y se replegó para atrincherarse en las casas de San Ignacio, que cierran el camino que conduce al pueblo de Humay. Los nuestros avanzaron y ocuparon el cerro y desde ahí atacaron nuevamente al enemigo con brío y energía hasta hacerlo abandonar su refugio y replegarse detrás de las tapias del camino, en un cerro chico y en los viñedos. Nuestras tropas ocuparon las casas de San Ignacio a las 11 A.M. y ahí descansaron hasta la 1 P.M., hora en que se volvió a emprender el ataque con más constancia y energía.

El enemigo había entonces dividido sus fuerzas en dos porciones; la una atacaba de frente parapetada detrás de las tapias y la otra atacaba de flanco, oculta entre las viñas y cerrando el camino.

Media compañía de cazadores, al mando del capitán Gutiérrez, cargó sobre las primeras trincheras, y lo hizo con tan irresistible ímpetu que pronto desalojó al enemigo. Mientras tanto, otra mitad de cazadores, en unión de media compañía de Granaderos, descendiendo al valle y protegiendo la derecha del capitán Gutiérrez, arrojaba al enemigo de las viñas. La reserva, compuesta de media compañía de granaderos montados, al mando del capitán Ovalle y un piquete de Granaderos a Caballo, mandado por el alférez García protegía la retaguardia.

La acción fue bastante rápida; y el enemigo, desalojado nuevamente de sus posiciones se fue a atrincherar al pueblo, de donde tuvo que huir, por fin, perseguido por nuestras bayonetas. A las dos P.M. su derrota era completa; se ordenó cesar el fuego y que el capitán Ovalle y el alférez García continuaran la persecución, en la cual a nadie se perdonaba si hacían resistencia.

Esta fuerza siguió tras los fugitivos hasta llegar al pie de la cordillera, pasando por un estrecho desfiladero llamado de la Laja. Al día siguiente, cuando esta trataba de regresar, se encontró nuevamente con el enemigo, el cual se había rehecho y trataba de cortarle, impidiéndole el paso para que no pudiesen pasar a juntarse con el resto de la tropa expedicionaria. Hubo, pues, necesidad de emprender un nuevo combate, el cual se libró con bastante denuedo y energía, recibiendo oportuno refuerzo de la reserva que mandaba el comandante señor Echeverría. En seguida todos regresaron al pueblo de Humay para dar principio a la destrucción de las propiedades de todos aquellos que hubiesen tomado parte en el ataque; y demostrar al enemigo la severidad como castiga el chileno cuando se le provoca con injusticia.

*

Tal fue el hecho de armas de Humay. En vista del tiempo que nuestras tropas han peleado, de la gran extensión de terreno que tuvieron que recorrer desde el primer ataque hasta el de la mañana del día 3, la fragosidad del camino y de los cerros, las trincheras que formaban los enemigos como también los parapetos naturales detrás de los cuales se resguardaban tirando a nuestros soldados de mampuesto, el fácil ocultamiento que los enemigos tenían en los bosques, viñas y casas del pueblo de Humay; este hecho de armas, como primer ensayo del batallón Quillota, es un verdadero timbre de gloria para el pueblo que

representa. Nada impidió a nuestros bravos seguir siempre adelante con constancia y con valor; todo lo vencieron hasta castigar al enemigo, y ¡Cuidado! que el que caiga al alcance de rifle de algunos de ellos eran despachados a la eternidad y sin misericordia, si es que no se rendían.

Para que allá todos conozcan mejor y se puedan formar una idea cabal de este hecho de armas, le incluyó un plano trabajado por el inteligente teniente, señor Enrique Vicencio, quien siguiendo el croquis primitivo e instrucciones del Comandante lo hizo con bastante exactitud. Se lo recomiendo, y como esta carta ha de publicarse en *El Correo*, pido a Ud. haga colocar ese mapita en la parte más visible, donde puedan verlo todos aquellos que lo deseen.

En el combate de Humay, el enemigo tuvo ochenta bajas mientras que nosotros contamos con dos muertos, tres heridos y cinco contusos. Entre los muertos se encuentra el capitán Gutiérrez. Como todo dato que se relacione con los últimos momentos del referido capitán puede interesar a la familia, me propuse indagar hasta los menores detalles de su muerte. Es preciso, pues, hacer un acto de justicia a la memoria del capitán Gutiérrez a cuyo entusiasmo, inteligencia y laboriosidad debe el batallón Quillota no poca parte de sus progresos y disciplina.

Antes de salir del cuartel con su compañía para la expedición de Humay, exhortó a los soldados para que cumplieran con su deber, y tomando un vaso con un poco de refresco, les dijo: “*Cazadores a vuestra salud, por si no nos vemos más*”. Como se deja ver, antes de salir de Pisco, ya pronosticaba su próximo fin.

En todo el camino se ocupó en atender a su tropa y en el primer alojamiento manifestó mucho contento. En el primer ataque de la mañana que se libró con el enemigo, el capitán lo pasó sin novedad. Cuando las fuerzas chilenas se dirigieron a posesionarse del pueblo de Humay, los cazadores desplegaron un valor y arrojo incomparable, avanzando a marchas forzadas hasta que se detuvieron como a tres o cuatro cuerdas antes de llegar al pueblo, con el fin de reponerse. El capitán Gutiérrez se colocó entonces a descansar sobre la peña de una cruz, y después de encontrarse ahí como cinco minutos, se levantó animando a sus soldados, diciéndoles: “*A tomarse el pueblo muchachos*”. En la mano derecha llevaba su espada y en la izquierda su revólver.

No había andado muchos pasos aún, cuando vieron caer de bruces al capitán, levantarse en seguida y volver a caer de espalda. Entonces se le acerca el sargento 1º Guillermo Salazar y le dijo: ¿Qué tiene mi capitán? “*Me han herido estos canallas*” contestó, y en seguida agregó “*Avancen Cazadores, avancen*”.

El referido sargento y el subteniente Caldera, que iba en la reserva, y que también acudió en su socorro, lo ayudaron a levantarse, y en este estado siguió dando sus últimos mandos u órdenes a su compañía. Intertanto, Caldera y Salazar lo fajaban con un pañuelo en la cintura, donde había recibido la bala entrándole por el costado izquierdo, cerca del estómago y saliendo el proyectil por la cadera derecha.

Habiéndole preguntado Salazar que disponía, dijo: “*Cuando escriban a Quillota, díganle a mi esposa que ruegue a Dios por mí*”. En seguida le tomó la mano a Salazar y agregó: “*Perdóname*”, expirando al instante.

Mientras esto sucedía, los soldados se batían con valor, energía y entusiasmo. Una bala atravesó el kepí del soldado Basoalto y fue a dar en la frente de Apolinario Pino, tumbándolo sin vida. También fueron heridos, Rosario Pérez en una pierna, arriba del tobillo; Fernando Díaz en un brazo y Narciso González en una mano, pasándole la bala por el centro. Hubo asimismo cinco soldados contusos.

La comportación de los oficiales y de la tropa fue magnífica, distinguiéndole entre los primeros los oficiales Porras, Villar y Ovalle. La tropa alaba unánimemente al comandante Echeverría: es un valiente. El caballo que este montaba también salió herido. Referiría muchos episodios de valor de las clases y soldados, pero me falta el tiempo para ello, el vapor se marcha hoy. En otra oportunidad y después de ver el resultado de otra expedición que se prepara a Ica, le contaré todo. Pero no puedo, por menos, que señalar a los más valientes de esta jornada como Alejo Amor, Guillermo Salazar, Roberto Castro, Agustín Vera, Valentín Caldera, Ismael Gómez, Serrano, Palma, Pellizza y otros cuyos nombres no recuerdo ahora.

En circunstancias que yo andaba en comisión en San Miguel, cerca de Humay, al volver al pueblo me encuentro con la noticia de la llegada de heridos. En el acto se reunieron todos los oficiales para ponerse de acuerdo y recibir de la mejor manera posible a la tropa expedicionaria que volvía con el cadáver del capitán Gutiérrez y con más de 500 cabezas de ganado vacuno y lanar. Se mandó enarbolar el pabellón chileno en todos los edificios y colocar arcos, letreros y flores en puertas y calles por donde debía pasar la tropa. También se mandaron preparar fuegos para la noche, retreta, en fin, cuanto estuvo al alcance de los oficiales y tropa del Quillota que quedaron en Pisco, según las circunstancias de la situación y de la localidad en que nos encontrábamos, y según el entusiasmo de cada cual; el que más lo demostró de todos fue el proveedor del batallón Quillota, don Domingo Quiroz, que desde el 1º del presente asumió su nuevo destino ya expresado; del mismo modo un señor V. Castro que preparó una magnífica mesa banquete.

El día 4 llegó la tropa; se le hizo recibimiento más espléndido que se pudo, y atendiendo también de la mejor manera posible a los heridos.

*

Al día siguiente se determinó celebrar los funerales del capitán Gutiérrez, en la iglesia parroquial de Pisco. El cajón donde fue depositado el cadáver es de madera de pino; las tablas eran de un pie de ancho y dos pulgadas de grueso. El largo del cajón de seis pies y cinco pulgadas, el ancho mayor dos pies y dos pulgadas, en la parte angosta un pie y siete pulgadas, y el alto un pie nueve pulgadas. El interior se pintó con dos manos de alquitrán y por fuera fue forrado con género negro y adornado con galones amarillos. Construyeron este cajón, Rafael Orrego, Rafael Veras Véliz y un ciudadano de la Gran China llamado Tomás Oliva.

EPISTOLARIO DE FRANCISCO FIGUEROA BRITO

El cadáver se depositó en la iglesia parroquial de Pisco, hacia el lado izquierdo del altar mayor entrando por la puerta principal, o más bien diré, al lado del evangelio, al pie de la tercera columna y a una vara de la primera grada, subiendo al presbiterio. La sepultura en que fue depositado tiene 7 pies seis pulgadas de largo, 3 pies diez pulgadas de ancho y 7 pies de hondura. En la columna, cuyo pie sirve de cabecera a los restos del capitán se colocó; debajo de un cuadro de San Francisco Solano, el siguiente letrero: *Ricardo Gutiérrez*.

La misa de entierro fue cantada. Tocó el órgano un sargento 2º de la 4ª compañía, llamado Alejandro Cifuentes.

Asistió toda la tropa y oficiales francos del cuerpo, el comandante del *Abato* señor F. 2º Sánchez, unos cuantos caballeros particulares y algunas mujeres y cholos.

Al depositarse el cadáver en la tumba, la compañía de cazadores de la que había sido su primer jefe el finado capitán, hizo su descarga de ordenanza. Concluido el acto, se formó el batallón en columna cerrada, en el atrio del templo; y en una improvisada tribuna se pronunciaron discursos, retirándose en seguida la tropa a sus respectivos cuarteles.

Apolinario Pino fue enterrado en el patio interior de una casa de la plaza de Humay. Hasta otra ocasión estimado amigo.

Francisco A. Figueroa Brito.

Callao, enero 26 de 1881.

Supongo que usted habrá leído en el *Correo* una larga correspondencia en que referí la vida que pasaba el batallón Quillota en el campamento de Pisco; en la que detallé con toda fidelidad el hecho de armas de Humay que tuvo el Quillota, el día 2 del presente; y en que referí la muerte del capitán de Cazadores don Ricardo Gutiérrez y del soldado Apolinario Pino, y los resultados que salieron de esta expedición.

*

Nuestra salida de Pisco fue el día 12 a las 12.30 de la noche; y a la una del día 13 estábamos fondeados en la caleta de Pescadores, indecisos y sin saber donde desembarcábamos, pues no se tenían instrucciones sobre el particular, y el Ejército chileno se estaba batiendo en Chorrillos desde las 4 A.M. del referido día. Desde el punto donde estábamos fondeados oíamos perfectamente los cañonazos de la artillería

nuestra y del enemigo. Nuestro comandante partió luego en el *Gaviota* en dirección a Chorrillos a pedir órdenes, y zarpar para este puerto a las 4 A.M. del día 14, desembarcamos allí a las 4 P.M.

*

El campamento que se nos señaló fue el *Alto del Morro* de Chorrillos, y para llegar hasta él tuvimos que atravesar las calles en medio de un terrible incendio que destruía completamente las casas y en medio de ruinas y cadáveres, tocándonos también hacer algunos prisioneros que se encontraban ocultos. El número de estos llegó a 19, contándose entre ellos un mayor y un capitán. Alojamos esa noche en el mencionado Morro, durmiendo en el suelo, sin más abrigo que el que cada uno llevaba encima, muertos de hambre y de sed, alumbrados por la fatídica luz del incendio que consumía toda la población de Chorrillos, en medio de cadáveres de hombres y de animales y sobre minas de dinamita.

Al día siguiente, 15, bajamos del cerro, atravesamos otra vez la población y nos fuimos a acampar a los potreros donde se hallaba la primera división a que pertenecíamos. Allí se carneó un buey, y en lo mejor que estaba la tropa asando su ración de carne, llegó la orden de prepararnos para marchar en busca del enemigo, que había principiado a atacarnos por sorpresa o traición, haciéndonos algunos disparos de rifles. Estábamos saliendo del potrero, cuando se rompió el fuego del combate por descargas cerradas. Ni la caballería ni la artillería pudieron obrar por de pronto y, tuvieron que volver atrás y andar algunas leguas para tomar una buena posición.

Las bajas que el enemigo nos hacía eran muchas y hubo confusión. En la retirada de la caballería y artillería, se llevaron por delante a un soldado del Quillota, pasando las ruedas de esta última por encima del cuerpo de este infeliz, el que murió a los pocos momentos después, dejándolo arrimado a una muralla porque la situación crítica de esa hora no daba para tomar otra disposición, respecto al cadáver del soldado.

Se le dio a nuestro comandante la orden de atacar al enemigo por el frente, y en el punto en que estaba mejor atrincherado y bien defendido, lo que en el acto se ejecutó. ¡Qué carrera esta, de la cual siempre me acordaré! En avistando el batallón al enemigo, grita un fuerte ¡Viva Chile! Y se rompe un fuego terrible.

Muchos de nuestros compañeros iban quedando en el camino, unos muertos y otros heridos, pero los demás no cejaban en su marcha de avance y de ataque al enemigo. Para dar más empuje al ataque, se dio orden de dispersarse en guerrilla a todo el batallón; y aquí era de ver el gusto y el valor de la tropa para atacar al enemigo, y el de los oficiales dándoles ejemplo y animándola.

*

Como hubiese entrado confusión al principio del combate en los demás cuerpos, se desparramaron muchos soldados por todos los potreros, y era de ver la obediencia que estos prestaban a nuestros

jefes, los que, animados del coraje de los quillotanos, se juntaban con nosotros y seguían adelante. Un hecho bastará para patentizar lo que digo. Yo iba de ayudante del mayor don Cruz Daniel Ramírez, y mientras este disponía con soldados de distintos cuerpos, que de rendidos estaban sentados una fuerza como de cerca de mil hombres para marchar por el flanco derecho del enemigo a fin de cortarles la retirada a Lima, me ordenó avanzar con los que yo pudiera juntar. En el acto tomo una de las banderolas de nuestro batallón, les hablé recordándoles de la defensa del honor de la patria e instantáneamente se levantaron como cien soldados, poco más o menos y me siguieron. Con esta fuerza nos extendimos por las murallas, y a los gritos de ¡Hurra! ¡Viva Chile! Y ayudados por muchos otros grupos de otros batallones hicimos retroceder al enemigo de potrero en potrero, hasta desalojarlo completamente. El mayor Ramírez por su parte, avanzó como con unos dos mil hombres casi hasta los suburbios de la población de Lima; y, junto con el esfuerzo simultáneo que se hacía por el ejército nuestro, por el frente e izquierda del enemigo, conseguimos desalojarlo de sus formidables trincheras y hacerlos huir como manada de ovejas hacia Lima. Mientras tanto, la artillería ya había tomado posiciones en un alto cerro, y desde allí completó la derrota del enemigo, en combinación con los fuegos de la Escuadra que también ofendía desde el principio del combate. Este principió cerca de las 2.30 P.M. y terminó a las seis de la tarde. La batalla fue muy brava y reñida.

En la noche ya dormidos en el campo que ocupaba el enemigo, preparándonos para otra batalla que debía librarse el día 16 en la capital de Lima. Al día siguiente supimos que la ciudad se rendía sin condiciones. Permanecimos allí el día 18 en que salimos de nuestro campamento a las 4 A.M. bien apertrechados para batir el Callao, y al llegar cerca de este puerto, tuvimos noticias que estaba abandonado y que el enemigo se había desbandado después de haber saqueado a su gusto.

Las bajas de nuestro cuerpo en la Batalla de Miraflores son, entre muertos y heridos, 8 oficiales y 118 individuos de tropa y algunos contusos. Me figuro la impaciencia en que estará el pueblo por conocer las listas de muertos y heridos, y en la formación de ellas estoy trabajando para remitirlas con toda prontitud. He aquí mientras tanto la de los oficiales:

Muertos: El aspirante a subteniente, don Dionisio Cienfuegos.

Heridos: Capitanes don Pragmacio Vial y don Domitilo González, graves en una pierna; tenientes, don Enrique Vicencio y don Natalio Menare, cada uno en el brazo derecho; capitán ayudante, don Jorge Porras, leve en una pierna; teniente, don Rodolfo Díaz Villar id. en una mano; aspirante a subteniente don Fortunato Valencia id. en un brazo. Los heridos están mejorando y se cree que ninguno morirá, si no hay entorpecimiento en su curación. Solo el capitán González no se sabe porque se lo llevaron al sur.

Hablando imparcialmente, el Quillota se ha portado valiente y heroicamente. Todos los jefes de los otros cuerpos han felicitado a nuestro Comandante por la comportación del Quillota. El Ge-

neral en Jefe y el Ministro de la Guerra están contentos de él. Un ¡Viva! pues, el departamento de Quillota.

Francisco A. Figueroa B.

Callao, febrero 20 de 1881.

Señor Elías Robles. – Quillota

Muy señor mío y amigo. Había pretendido no escribir más para el público de Quillota detallando la vida de nuestro batallón en la presente campaña; y como hoy veo en *El Mercurio* una carta que dirigí a nuestro amigo don Benigno Jiménez, carta escrita a la ligera y en la que he omitido algo referente al batallón, le dirijo este a Ud. como complemento de la anterior, y también para dar por concluida la misión que me propuse al salir a la guerra, en razón de que muy pronto nos embarcaremos para volver a nuestros hogares contentos y satisfechos de haber cumplido con gloria nuestro deseo de representar en el campo de batalla a nuestro querido pueblo; los habitantes de Quillota y la historia dirán si nos hemos portado bien o no en esta contienda.

El avance de nuestro batallón en la Batalla de Miraflores ha sido comentado con admiración por todo el ejército; jefes, oficiales y tropa quillotana han sido facilitados cada vez que se hablaba de la referida batalla. En el avance de potrero en potrero, el Quillota se dividió en varios grupos mandados por sus oficiales y cada grupo era aumentado con muchos soldados de los otros cuerpos, que de momento en momento se engrosaba más, tan pronto como las cansadas y desalentadas tropas entraban en la reacción del coraje y la resolución de castigar la felonía de los peruanos. A nadie arredraba ya el formidable ruido de las descargas, ni el silbido de los millares de balas, ni las minas, ni las metrallas, ni las murallas aspilleradas que vomitaban balas; la idea de todos era tomarnos las trincheras enemigas, costare lo que costare. Así fue, pues, que gracias al esfuerzo común de toda la tropa chilena, extendida en una larga línea circular de la batalla de más de tres millas de extensión; al ejemplo de gran valor de todos los jefes y oficiales de los cuerpos que entraron en acción; al oportuno y feliz ataque de nuestra caballería; y a los terribles destrozos que las granadas de nuestra artillería y de nuestra escuadra hacían, se derrotó completamente al enemigo, concluyendo la reñida acción, como a las 6 P.M., poco más o menos.

En el fragor de la pelea, nuestros bravos soldados encontraron unos montones de cebollas y unos fondos con comida, cuyos fondos agujereados por las balas habían desparramado el caldo; algunos combatientes se pusieron a comer tranquilamente, sin cuidarse de la lluvia de balas que les caían; antes bien, con chistes comentaban la caída de algunos de los compañeros que eran heridos; chistes que manifestaba

desprecio por la vida el que las pronunciaba: ¡Vaya ho! ¡Te desgraciaste tan luego ho! ¿Compañero porque no esperaste hasta pelear en Lima? Pierde cuidado que ya te vengaremos compañero; y así otras por este estilo. Satisfechos sus estómagos o comiendo cebollas crudas seguían batiéndose con más animosidad. Peruanos que se hacían los muertos eran fusilados sin compasión; y esta determinación la tomaron desde que sorprendieron a algunos haciéndole a los chilenos fuego por la espalda. El capitán don Juan de J. Balcabán escapó de un acto felón de esta clase.

Se me olvidaba hacer presente que cuando principiaron las primeras descargas sorpresivas de Miraflores, la 1ª División del Ejército, a que nosotros pertenecíamos, salió de los potreros a colocarse en el camino principal de Chorrillos a Barranco. Nosotros éramos los últimos, o más bien, formamos a la cola; y el General en Jefe don Manuel Baquedano, pasó por delante de nuestro batallón y al enfrentar a nuestro Comandante Echeverría, preguntó: *qué batallón era este*. Nuestro comandante contestó: *“El Quillota, señor general, que se muere por pelear”*. *“Bien, bien”*, dijo el general, siguiendo su camino. No pasarían cinco minutos cuando llega un ayudante y le da a nuestro jefe la orden de avanzar a marcha forzada por el camino del ferrocarril al encuentro del enemigo, que avanzaba su ala izquierda en marcha, puede decirse, triunfal, para envolvernos. Al pasar por delante del regimiento Valparaíso, este nos vivaba, abrazada las manos de algunos de los nuestros, y hasta el heroico coronel Marchant abrazó a nuestro mayor señor Ramírez.

Durante la reñida acción, el Quillota conquistó dos banderolas, una tomada por la compañía de granaderos, perteneciente al batallón Ancachs, y la otra, creo que por un sargento de la 1ª compañía, que se la dio al capitán herido don Domitilio González; esta banderola pertenecía al N°. 4 Reserva de Lima.

Concluida la batalla se tocó reunión de tropa en el mismo campo de batalla y el Quillota fue el primero que se organizó; el General en Jefe lo hizo desfilar dos veces delante de él y de todo su Estado Mayor General, diciendo con entusiasmo: *valiente, valiente, valiente Quillota* y felicitó a nuestro comandante Echeverría. Cuando sucedía el desfile delante del general del Ejército, apareció un hermoso arco iris que a todos nos hizo gritar ¡Viva Chile! se nos mandó que acampáramos ahí mismo, nos amunicionáramos y nos preparásemos para pelear al día siguiente, si Lima no se rendía. No hubo lugar a otro combate, pues la capital peruana se entregó sin condiciones.

Salimos de Miraflores el día 18 el enero, a las 4 de la mañana para dirigirnos al Callao, pasando por Lima. Llegados al puerto en la tarde, cerca de entrarse el sol, y nos alojamos en las bodegas del ferrocarril, en la estación de Guadalupe, tendiéndonos a dormir prontamente, pues estábamos muy rendidos de cansancio.

Nuestra vida en este puerto es bien aburridora; las enfermedades aumentan, que nos causa recelo; actualmente el número de enfermos que tiene nuestro batallón es un poco más de 200, sin contar los heridos; y la enfermedad dominante es *la terciana*. Los heridos que hay en los hospitales de este puerto y de

Lima, pertenecientes al Quillota, marchan bien, salvo algunas pocas excepciones. Hemos tenido la dolorosa desgracia de ver morir al valiente y buen capitán, señor Pragmacio Vial, a los sargentos segundos Ramón Ovalle, Juan Alexandre y soldado José Domingo Salfate.

La Batalla de Miraflores cuesta al batallón Quillota numerosas bajas, más del número que expuse en mi anterior carta; no menos de 140 entre muertos, heridos y contusos y agregándoles los del combate de Humay; ahora, este número tendrá que aumentar más las bajas, pues están algunos muy malos por motivo de la terciana, enfermedad muy maligna. Al valiente y modesto teniente Vicencio tuvieron que amputarle el brazo; marcha mejor y está muy contento.

A mi esposa le mandé la lista de los muertos y heridos de nuestro batallón, con orden de que en el acto se la entregará a Ud. para su publicación y calmar la ansiedad de las familias que tienen deudos aquí. Le mandó una lista completa de los que han muerto hasta la presente fecha. En el batallón se guarda religiosamente la memoria de los que murieron por la amada patria. Por orden de mis jefes se ha dispuesto que en cada compañía, a la lista de *diana, llamada y retreta*, o más bien, de mañana, tarde y noche, se nombre primero a los que han muerto en el combate de Humay y Miraflores; contestando el sargento de semana, a cada nombre, en esta forma: *Muerto gloriosamente en el combate de Humay o de Miraflores*. En la mayoría del cuerpo se va a conservar un cuadro de honor en que están puestos los nombres de todos los muertos en dichos combates o por enfermedades contraídas en la campaña, pertenecientes a nuestro batallón.

Se me olvidaba hacerle presente que los quillotanos han continuado en este puerto su tarea de sacrificarse por sus semejantes, lo mismo que en Pisco. Trabajaron con mucho entusiasmo en arreglar los dos hospitales de este puerto, principalmente el de Guadalupe por estar inmediato a nuestro cuartel. Los herreros, hojalateros, carpinteros, etc., todos trabajan los útiles que faltan en estos asilos del dolor; sirven los buenos soldados todos los puestos, desde la guardia del hospital hasta de enterradores de muertos, desde el potrero hasta la cocinería y lavandería; ya Ud. comprenderá la importancia de estos servicios y en estas ocasiones de grandes apuros, y lo que le economiza a nuestro gobierno. La organización de los hospitales es dirigida por nuestro comandante Echeverría, que a la postre cayó también enfermo de terciana y de bastante gravedad. Durante la enfermedad fue cuidado con solícito esmero por la esposa del cabo 1º Sixto Latorre, Petronila Zelada. Y a propósito de enfermeras, todos en el Quillota solo tenemos palabras de gratitud por las buenas camaradas que siguieron en este cuerpo sufriendo con paciencia y abnegación las penurias porque pasaba nuestro batallón. Muy útiles han sido los servicios prestados por estas buenas cantineras, principalmente en la costura y aseo de la ropa; pero donde más han demostrado el amor y caridad por sus semejantes, es cuando los quillotanos caían por centenares enfermos del terrible mal, ya dicho; como buenas monjas de la caridad atienden con solicitud a los oficiales y tropas enfermos en el cuartel. Las que se han distinguido más en este acto de angustioso sacrificio han sido: la señora Zelada, ya nombrada; Isabel Gómez, esposa del cabo 1º Jesús Varas; Margarita Varas G., hija de estos; Francisca González, mujer del cabo 1º Pedro Acuña; Carmen Briones, ídem del soldado Adolfo López y Dolores

Miranda, esposa del idem Matías Ortega. Los beneficiados pueden contar mejor los buenos servicios prestados por las camaradas del Quillota; por mi parte les viviré siempre agradecido, pues todas me han cuidado a mí y a mi hijo Francisco 2º.

El Brujo Elías Cataldo, como lo llamaban en Pisco los cholos, ha seguido aquí haciendo de las suyas en beneficio del cuerpo; haciéndose el *zorro rengo* consigue algo para comodidad de sus compañeros. En estos últimos días el sargento Cataldo hizo un buen descubrimiento de bastantes quintales de pólvora y dinamita que los peruanos tenían ocultos en uno de los sótanos del dársena. Nuestro jefe dio cuenta al Estado Mayor General de la 1ª División, el que mandó inmediatamente a hacer un prolijo registro que dio un buen resultado, pues a más de la pólvora y dinamita se encontró también algún armamento. El jefe político, señor Lynch, regaló a Cataldo 250 soles papel y un permiso de ocho días con su respectivo salvo-conducto para que anduviera por donde quisiera. Y ya antes, cuando recién llegamos al Callao, el cabo Sixto Latorre acompañado de un italiano; de apellido Passta, haciendo excursiones por los fuertes cercanos a nuestro alojamiento de Guadalupe, entraron al que llamaban *El Fuerte Ayacucho*, y en la Santa Bárbara ven una guía extendida que daba a un polvorazo o entierro de dinamita para hacer reventar el fuerte. Inmediatamente dio parte a nuestro comandante y este al coronel señor Lynch, el que ordenó las medidas del caso, haciendo retirar con toda precaución todos los objetos inflamables que había en ese fuerte, y colocar una guardia permanente de cuatro soldados y un cabo, que se relevara diariamente; servicio este que lo presta el batallón Quillota desde su primer día.

Ahora estamos en nueva habitación, pues con motivo de la ruina que ha caído sobre nuestro batallón con la maldita enfermedad, ya dije, se ordenó a nuestro mayor buscarse una casa que prestara alguna comodidad para trasladar al batallón. El señor Ramírez se llevó viendo todas las casas desocupadas y al encontrar una o dos trataba de arrendarlas, pero sus dueños o encargados de ellas no querían darla por ningún precio, exponiendo, que dichas propiedades pertenecían a extranjeros y que estaban ausentes. Aquí, todas las casas tienen al frente planchas o escudos de naciones extranjeras; no hay ninguna propiedad peruana, todas dicen, pertenecen a extranjeros. Vea Ud. las previsiones de estos peruanos; y nuestro gobierno por evitarse de reclamaciones no usa de su derecho; mientras tanto, ¡Los servidores de Chile padecen y se mueren por esta exagerada delicadeza! Al fin fue desocupado un grande y extenso cuartel, al pie de uno de los castillos principales que tiene este puerto. A él se trasladó ayer nuestro batallón; puede ser que con este cambio se mejora algo la tropa. El servicio militar y cuidado de hospitales va siendo menos pesado, pues se van llenando los puestos que servía el Quillota, por empleados y por tropa de otros cuerpos.

En fin, mi buen amigo, espero de Ud. y del amigo Amador Astudillo me hagan el último servicio, el dar a luz esta carta (se entiende, después que Ud. le haya quitado lo que no deba publicarse y enmendado lo malo, ya sabe Ud. que no tengo dotes para escritor y no se de gramática por no haber aprovechado mi tiempo de estudio en el colegio, lo que ahora me pesa mucho) en *El Correo*, que sea lo más pronto posible, antes que llegemos a esa, porque creo que en esta otra semana talvez nos embarquemos, como ya se lo

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

dije al principiar esta, para conocimiento de los quillotanos y se preparen a recibir como merecen a los pobres y sacrificados soldados, que les lleva su estandarte coronado de gloria que redunda para ese querido pueblo. Me despido, desde estas playas, por última vez y hasta que tenga el placer de saludar a todos los quillotanos, batiendo el glorioso estandarte, cuyo portador soy, y gritando ¡Viva el departamento de Quillota!

Su agradecido amigo y S. S.

Francisco A. Figueroa B.

LA EXPEDICIÓN A LIMA¹

Daniel Riquelme

I. DE ARICA A LURÍN.

Cartas de nuestro corresponsal en campaña.
Arica, diciembre 14 de 1880.

Señores directores de *El Herald*. Con un pie en el bote que me ha de conducir a bordo, rumbo a Lima, que tal es la dirección escrita a brocha gorda en el lomo de mis maletas, arranco de mi cartera los siguientes apuntes:

Diciembre 7.- La llegada del Ministro de la Guerra ha sido algo como dejar caer un terrón sobre un hormiguero. La comparación es exacta, porque tal vez más de uno que dormía la dulce siesta de estas tierras ha corrido el riesgo de ser aplastado.

Parece que el señor ministro trae entre ceja y ceja, la resolución de que las divisiones que quedan comiencen a embarcarse el viernes próximo.

En la noche, reunión de generales, que se prolonga hasta tarde.

Miércoles 8.- Se comunica la orden de estar listos para moverse el viernes indicado.

¡Dos días para tanta cosa! Equipajes, aprestos y sobre todo tantas y tan duras despedidas, porque, al fin y al cabo Tacna ha sido tan amable y cariñosa para nuestro Ejército, y aunque esto parezca imposible u horroroso a la distancia, tiene la explicación más natural del mundo.

Sencillamente, es una nueva y altísima honra para nuestro Ejército. Entró a la bayoneta y saldrá tranco a tranco, mirando los balcones dónde tímidos pañuelos le dirán adiós, con vergüenza sin duda, pero le dirán adiós.

Ha sabido vencer todas las prevenciones del patriotismo herido, y con patriotismo y prevención de mujer, porfiado y rencoroso.

1 Forma parte de las investigaciones y transcripción de los relatos de la Guerra del Pacífico de escasa difusión e inéditos. Trabajo encargado por el Departamento de Historia Militar del Ejército al profesor Sergio Villalobos y al licenciado Patricio Ibarra en el año 2006-2007. El relato corresponde al corresponsal en campaña Daniel Riquelme.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

En Tacna no hay peruanos para formar *quórum*.

Extranjeros y faldas. Seguramente detestan al conjunto, pero como no hay uno de los que lo forman que no haya sabido inspirar una amistad, la suma es igual.

De los rotos todo lo que se diga es poco, tratándose de dar una idea de lo que son de comadreros, impávidos, despreocupados y vividores.

Por lo demás, no le hacen asco a nada ni a nadie, reservándose el derecho de reír después.

Jueves 9.- Los ayudantes se cruzan como balas en un campo de batalla. El Estado Mayor trabaja a la luz de gas.

En todas partes:

- Nos vamos el viernes.
- ¿Y qué dice fulano?
- Tiene que irse no más.
- ¿Y...?
- Y...

Todo es excepcional. La expedición a Lima deslumbra al Ejército, será el último golpe; después de ella todo concluirá, volverá la paz y se volverá a la patria. Lima es el Mesías prometido. Pero, ¿no habría podido demorar un poquito más su venida? Pero en fin, llegó y no hay más que frente redoblado y la canción de Yungay.

¡A Lima! ¡A Lima! Y no se ven sino apretones de mano y risas alegres como rayos de sol entre nublados.

¡Hay algunas tan buenas mozas! ¡Se vivía tan bien! No hay duda de que la juventud es frágil; tal vez lo sea también la vejez.

Tacna tiene un clima rarísimo.

Por la noche en torno de una mesa.

Es la hora en que se vuelve de las visitas. Un naipe, una botella. El que llega suspira, el que llegó antes suelta una carcajada. Aparece un retrato, por allá una flor, otro se decide al fin y sale un escapulario. Risa general.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Te queda el consuelo de volver.

- ¿Y si me matan?
- Mejor para ti.
- ¿Y por qué no para ella?

Viernes 10.- A las 6 ½ de la mañana retumban las calles con la canción de Yungay; el Victoria y el regimiento Curicó bajan de sus campamentos. Un tren expreso que sale a las 7 ½ A.M. los lleva a Arica.

Por tierra marcha una compañía de Carabineros de Yungay que estaba de guarnición en esta, mandada por el capitán Soto Salas.

A las 3 P.M. un segundo tren conduce al 3º de Línea y un batallón del Lautaro.

El material del ferrocarril no permite más que dos viajes al día. En cada uno caben tres batallones.

El coronel Velásquez y varios de sus ayudantes parten también.

En la tarde se corre que en el Callao ha sido echada a pique una de nuestras lanchas torpedos.

- ¡Imposible!
- ¿Quién ha traído la noticia?
- Es una bola.

Más tarde se sabe que el *Amazonas* ha fondeado en el puerto vecino, de regreso de Panamá. Aseguran que ha perecido el aspirante Morel, bravo y noble muchacho que era una esperanza en la Escuadra.

Cuando la muerte es una probabilidad para todos, se siente bien, pero de prisa, y las oraciones fúnebres son tan cortas como sinceras.

Sábado 11.- Tacna parece una casa en día de mudanza. No hay golondrinas, pero los carros de la Comandancia General de Bagajes se multiplican, gracias a la actividad del Comandante de esta sección, don Francisco Bascuñán, vecino acomodado de Antofagasta, que desde el principio de la guerra abandonó sus importantes negocios de minas y salitres en ese puerto, por seguir y servir en el Ejército.

De todas las casas, de todas las calles salen montañas de maletas; en las cumbres de las cuales se balancea un soldado.

¡El Ejército se va! ¡Cuántas caras largas!

Cuántas no lo creen todavía, por que la esperanza es una cosa increíble.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Marcha el Santiago y el 2º batallón de uno de los regimientos que salió el día anterior.

En el tren de la tarde van el Caupolicán y el Valparaíso que pocos días antes había venido a esta desde Arica, como nadie pensara que había que salir tan pronto.

La 1º y 2º sección de la tercera ambulancia se van también.

A las 5 de la tarde la noticia de que Campero, *Aníbal ad portas*, avanza sobre nuestra línea, cruza la ciudad como una bola de fuego en el cielo azul. Se dan pormenores tan exactos que uno se sienta a la mesa creyendo que puede llegar a la ciudad para alcanzar el café.

- Ocho mil hombres –dice uno.
- Y bien armados –agrega otro.
- Valientes y con hambre –añade un tercero.

Llego a temer por mi comida y devoro de paso de vencedores.

¡Pobre Bolivia! Ocho mil hombres para dar un asalto, ella, sin duda valiente y con hambre; pero debilitada como un herido cuya sangre no ha sido estancada. No hay duda que vendría para devorar las migas de nuestras mesas; pero ¡A combatir! Ni las mismas angustias del hambre pueden tener tan locas aspiraciones.

- Es que Bolivia –dicen los alarmistas– ha sabido día por día, gracias a los indios que trafican libremente entre Tacna y sus poblaciones, que el ejército de va, que esto queda solo, y como los perros flacos que aguitan que la cocina quede sola para cascarse, desafiará los palos de la cocinera. Más discurre un hambriento que todos los letrados de Bolivia.

Pero yo recuerdo aquel dicho de mi tierra, a los que se van y no vuelven nunca les han echado agua caliente.

Cunde la alarma. Un curioso y arrogante comandante de batallón sabe la noticia en la mesa.

- ¡Y yo –exclama– que no he mandado afilar mi espada!

Hay que contenerlo, y al fin se decide a aplicar sus instintos guerreros en el ala media cruda de una gallina del hotel del Cardinal.

Se manda forraje a toda prisa para el escuadrón Maipú que debe salir a tomar lenguas al interior.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Poco después sale también el escuadrón.

A las ocho de la noche, dos ayudantes se ponen al galope conduciendo 50.000 tiros para el Linares que está en la boca del lobo.

A las 9 llega un batallón del Maule desde Arica para acantonarse en esta. Viene al mando del segundo del regimiento, señor Urrutia.

Se da contraorden a los ayudantes y los tiros no van.

Domingo 12. - ¡Ja! ¡Ja!

El Linares jugaba al ejercicio en las cumbres de un cerro de su campamento a luz indecisa de la tarde, es hora de las ánimas y de los duendes.

La preocupación abulta los objetos. Las hormigas pueden ser elefantes.

El Aconcagua ha creído que el Linares eran bolivianos y la noticia al llegar a la ciudad ha convertido al coronel Benavente en Campero y a sus soldados con los de manta y calzoncillos de la alianza.

No vieron que tenían pantalones y rifles o los creyeron plumas y flechas.

Verdad que no podían oír si hablaban quechua o aimará.

Domingo 12.- En el primer tren se van el general Sotomayor y su Estado Mayor y el resto de la tercera ambulancia.

A la una y media de la tarde los navales entran a la calle del Comercio en tren de campaña. Que hermoso espectáculo. Bajan la calle como si dijéramos del Alto del Puerto hacia la Plaza de Armas. Mil hombres por mitades. Al centro la banda de música que no toca sino Yungay y la canción nacional.

Todos los soldados llevan sus fusiles embanderados.

¡Qué loco entusiasmo!

Si sobre la marcha reclutaran gente, los mirones se afiliarían en las filas compactas que giran uniformes como si fueran barras de acero.

Una llama domesticada, llena de cintas y flores, corre y juega a la cabeza de la banda, lanuda cantinera del regimiento.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

¡Qué símbolo de todas las ideas y juicios que me trago podría ser este animal, salvaje y rebelde, como todos sus paisanos, hoy su amiga y camarada!

¡Abandona sus campos, todo lo que ha visto y querido desde que nació en estos valles, por seguir, sin pasto y sin agua, a gente que no conoce!

Instantes después, desfila el Aconcagua, un batallón.

Grandes, formidables, toscos y severos. Después de los navales con sus brillantes uniformes y su popularidad en los salones, es el poncho al lado del frac. Todos unidos, sin embargo, en un pensamiento común. Todos hermanos, todos iguales ante la misma idea: ¡Chile!

¿Quién distingue?

La estación está repleta de gente. Soldados, canacas, zambas y cholas a millares. Abrazos que arrancarían un roble, hurras que mueven las hojas de los árboles. ¿Quién diría que estamos en un pueblo enemigo, que los conquistados despiden a sus vencedores y verdugos?

¡Rotos de Chile! ¡Recuerdos de mi tierra!

¿Qué podría imaginar yo más grande, más expresivo que las lágrimas de las cholas, que corren por esas caras como perlas sobre una pizarra? Los rotos ríen a carcajadas.

Han pagado sus cuentas con amor y les parece que les quedan debiendo.

El tren se pone en marcha. Un soldado del Bulnes que se despide de un amigo, muere aplastado, hecho polvo bajo las ruedas del carro.

En Tacna está Joaquín Godoy, que llegó en el *Amazonas*. También Altamirano. En la tarde llega Isidoro Errázuriz. Todos seguirán al Ejército.

El general Baquedano de una comida. La última en esta ciudad.

Viene y regresa el coronel Arraigada que quedará en Tacna.

La ciudad es un sepulcro. Solo queda en ella el Bulnes. Su banda de música toca la retreta en casa del general. Toca *Hernaní* y el *Rigoleta*.

¡Santiago de Chile! ¡Tan lejos!

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Lunes 13.- El Bulnes se fue en la mañana. A las 11 un tren especial lleva al general Baquedano, sus ayudantes, a Errázuriz, Altamirano, Godoy y otras glorias de levita.

El *Amazonas* sale para Iquique. Debe llevar a los navales. Se espera al *Paita* del sur para que conduzca al Melipilla.

Tacna, sola, callada y triste. No es ella la ciudad que yo vi risueña, galante, llena de vida. El Ejército era todo. De ayer a hoy me ha hecho el efecto de un esqueleto disfrazado que dejará caer sus carnes prestadas.

¡Razón hay para tanta pena!

Diez o quince mil hombre menos.

Parece una casa que se arrienda.

Martes 14.- Anoche llegó el coronel Arriagada de Arica. Además una compañía de artillería que quedará de guarnición. El escuadrón Maipú todavía en el interior.

Se dice que el convoy está listo, que ya sale, otros que ya salió.

A las 9 A.M. marchará el último tren.

Levará la última carretónada de los trastos olvidados.

¿Quién gobierna en Tacna? Guerrero se fue, Lillo no ha llegado. Arriagada es jefe militar solamente.

Como moro sin señor.

Son las 9. Hay que tomar el tren, el último que llegará a tiempo. No van más que siete oficiales y empleados que debemos agregarnos a la expedición.

Tenemos noticias de que los buques se harán a la mar a las 12 M (sic). El tiempo justo para llegar.

Por fin salimos. ¿Si fuera el tren algún accidente?

Esmaltes, y en martes no te cases ni te embarques.

¡Bah! ¡Quién cree en refranes!

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Nos cuentan que en Arica el embarque se ha hecho con una celeridad y expedición increíbles, bajo las órdenes del comandante Latorre. Utilidad inmensa de que estos grandes movimientos los dirija un jefe de graduación, lo que evita contraórdenes y entorpecimientos cuando todos quieren mandar de pura pechuga.

¿Qué más decir de Tacna?

He salido el último, he oído las últimas opiniones y sentimientos. No hay una queja contra el Ejército. El comercio comprende lo que significa esta partida.

En cuanto a la ciudad, sirvan estos datos. Desde el comienzo de la guerra ha visto alojarse sucesivamente dentro de sus muros no menos de 50.000 hombres.

Bolivianos, peruanos y chilenos.

¿Todos han llevado los mismos recuerdos y dejado las mismas esperanzas?

Me olvidaba; al dejar su cuartel los navales, un grupo de gente del pueblo, cholos y cuicos, invadían la casa llevándose puertas y ventanas. Hubo que avisar a la prefectura.

Muchas familias abrigan serios temores.

Apenas se tranquilizan sabiendo que vendrá la reserva.

Últimos diálogos.

Ella y un sargento mayor.

Entre llorosa y burlona:

Tengo vergüenza de decirlo, porque es lo último que nos podría suceder. No solo sentir que se vayan, sino que tan pronto. Que se haga la paz. ¿Volverás?

Lo juro.

En un jardín, antes de tomar el tren:

— ¿Creen qué aquí se acordarán de V.V. mucho tiempo? Apenas vayan por ahí, volverán a reinar los pocos que se quedan de V.V. y los alemanes de la calle del Comercio, por niñas que se hable de anillos y matrimonios.

¿Y qué, pues? ¿Acaso no vamos para Lima?

La verdad es que unas son niñas peruanas y los otros oficiales chilenos, aves de paso que tratan de vivir mucho en poco tiempo y muy alegremente, porque no saben si mañana vivirán. Desde luego van confiados a esa otra coqueta que se llama la mar.

El Corresponsal.

El Herald, núm. 134,
25 de diciembre de 1880.

A. *El embarque de la tercera expedición.*

(De nuestro corresponsal en campaña).

Señores editores de *El Herald*.

Arica, diciembre 15 de 1880. No esperaba volver a tener ocasión de escribirles desde este puerto, después de los apresurados apuntes que les remití ayer.

Obligado a quedarme en Tacna hasta el último instante de la monstruosa mudanza, llegué aquí a las 12 M. (sic) con las ansias de encontrarme pronto a bordo, tranquilo y seguro, y atravesando masas de gente, manadas de animales, parques de artillería y montañas de equipajes, llegué por fin a la falúa que debía conducirme a bordo de la *Julia*.

Me tentaba la idea de hacer el viaje en un barco de vela, arrastrado por otro que se tomaría todos los cuidados, casi solo, navegando entre la espuma de la estela que dejara aquel.

Me olvidaba que iba de corresponsal, cuando supe que mis colegas, que estaban ya embarcados, escribían para sus lectores desde abordaje, pues habían pasado antes arrasando con cuanta noticia y papel encontraron, mientras que yo les mandaba solamente los pormenores de la partida de Tacna; pero supe en el camino que el *Amazonas* se quedaba hasta mañana y que el *Paquete de Maule*, buque almirante del servicio sanitario, no saldría hasta la tarde del mismo día, y como los buques del convoy marcharan lentamente, y había tiempo sobrado para alcanzarlos, saqué la cuenta de que el último que se quedara lo vería todo, y regrese a tierra a ver tranquilo los apuros ajenos.

Ustedes habrán visto sacra los muebles de una casa que se incendia. Ese mismo movimiento, pero aquí ordenado y de cincuenta casas juntas, les dará una idea de lo que era el muelle de Arica el día de ayer.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

El comandante Latorre, como genio del orden, dirigía aquel *mare mágnum*.

Oí este diálogo que pinta a dos hombres.

- Los buques saldrán hoy, dijo Latorre.
- Hoy no pueden salir, respondió el almirante Riveros; mañana en el día lo veremos.
- Pero es que hay orden de que partan hoy, replicó aquél, y siguió dictando sus acertadas medidas.

A las 2 de la tarde se embarcaban el General en Jefe, el general Maturana, los jefes de división, los ayudantes, estados mayores, los delegados del gobierno y otros empleados.

Solo quedaban en tierra los navales que debían embarcarse en el *Amazonas* y el superintendente del Servicio Sanitario y otros empleados de este ramo, a quienes espera el *Paquete de Maule*.

A las 5 de la tarde el *Cochrane*, que ostentaba las insignias del ministro de Guerra, disparó un cañonazo, dejó su fondeadero, cruzó por entre los demás buques y se hizo afuera, pavoneándose como el gallo que llama a las gallinas.

Lentamente fuéronse moviendo otros buques y a medida que cruzaban delante del morro, las tropas embarcadas lanzaban sonoros hurras y las bandas de música tocaban las canciones patrias, cuyos ecos llegaban hasta las faldas de los cerros, donde varias familias presenciaban a pierna cruzada la partida de aquella formidable expedición, la mayor sin duda que ha cruzado estas aguas, para imponer un gran castigo a un pueblo de ingratos y cobardes.

Cuando el sol rayaba la línea de las olas, dándole el tinte rojo de un incendio a las velas de los buques que marchaban como a descubrir su escondrijo para en seguida virar al norte, quince buques que llevaban al tope nuestra bandera se dibujaban todavía claramente en la franja de oro y azul del horizonte.

Navegaban despacio, dando tiempo a los demás. Entre todas aquellas aves que tendían sus alas, solo resaltaba el *Cochrane*, gallo californiano, galante y solícito con ellas.

¡Qué grande y hermoso era todo eso!

Y todo eso era Chile.

¡Chile!

Es increíble como llena la boca ese nombre de tan pocas letras.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Durante la noche salieron otros buques hasta completar el número de 21 con los de guerra que los acompañan.

A las 5 de la tarde de hoy todavía reciben carga el *Amazonas*, el *Paquete*, el *Valparaíso*, el *Wilhelm*, la *Otto* y el *Luis Cousiño* que partirán esta noche a más tardar.

Esta mañana a las dos llegó el *Huanay*, trayendo al Rengo número 1 que se desembarcó al alba, marchando a las dos de la tarde con una sección de Carabineros de Maipú para Tacna.

Se ha dado la siguiente numeración a los buques de vela y vapor que ha estado ocupando el gobierno en la traslación del Ejército Expedicionario, números que van pintados en grandes caracteres a sus costados.

- | | |
|--------------------------|-----------------------------|
| 1. <i>Elvira Álvarez</i> | 16. <i>Copiapó</i> |
| 2. <i>21 de Mayo</i> | 17. <i>Limarí</i> |
| 3. <i>Norfolk</i> | 18. <i>Lamar</i> |
| 4. <i>Excelsior</i> | 19. <i>Carlos Roberto</i> |
| 5. <i>Humberto I</i> | 20. <i>Santa Lucía</i> |
| 6. <i>Inspector</i> | 21. <i>Matías Cousiño</i> |
| 7. <i>Elena</i> | 22. <i>Paquete de Maule</i> |
| 8. <i>Murzi</i> | 23. <i>Huanay</i> |
| 9. <i>Avestruz</i> | 24. <i>Chile</i> |
| 10. <i>Julia</i> | 25. <i>Paita</i> |
| 11. <i>Orecero</i> | 26. <i>Pisagua</i> |
| 12. <i>Lota</i> | 27. <i>Barnard Castle</i> |
| 13. <i>Dordrecht</i> | 29. <i>Wilhelm</i> |
| 14. <i>Juana</i> | 30. <i>Otto</i> |
| 15. <i>Itata</i> | 31. <i>Luis Cousiño</i> |

No todos estos buques se han ocupado ahora. Así la *Elvira Álvarez*, *21 de Mayo* y el *Inspector* están todavía en Pisco donde, según dicen, se embarcará la primera brigada de la segunda división Villagrán marcha por tierra, procurando despejar el puerto de desembarco, que es Chilca, según los mismos dícere (sic).

La *Dordrecht*, barca italiana y como tal supersticiosa, que recibió el número 13, se negó a recibirlo y hubo que darle el 28, suprimiendo para todos la cifra fatal.

El *Carlos Roberto* que condujo al Quillota para desembarcarlo en Arica, recibió orden de seguir viaje a Pisco con el batallón.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Hemos obtenido algunas ligeras noticias de aquel puerto. La tropa seguía bien, destacada en los puntos que ya se sabe. Decían que el 13 se movería Villagrán.

En Tambo de Mora se habían encontrado los cadáveres de dos soldados de artillería de marina, horrorosamente asesinados a palos y puñaladas. Otra vez se encontraron tres más del mismo cuerpo que habían desaparecido tan completa y misteriosamente que aún no se tenían indicios de su paradero.

Se había sorprendido a un chino que se ocupaba de cortar el alambre del telégrafo. Evidentemente, era mandado por Zamudio u otros de las fuerzas que guarnecían a Pisco y que se presume acampan no lejos de las poblaciones que abandonaron; pues afirman que los reconocimientos no han sido serios ni prolijos.

El chino fue colgado de un poste del telégrafo con un cartel que previene a los demás que intentes igual bellaquería, que correrán la misma suerte. Solo confesó que era pagado. Me dicen que a los peruanos se guardan increíbles consideraciones.

En Pisco recibió el *Paquete de Maule* el cadáver del aspirante Morel, muerto en el Callao en el combate de las lanchas. Lo entregó la *Magallanes* en un barril de aguardiente. El doctor Allende ha dado todas las disposiciones para que sea convenientemente dirigido a Santiago a su distinguida familia.

Se embarcó también en el *Paquete de Maule* el cirujano de la *Magallanes*, señor Olmedo, que venía a cargo del cadáver de su infortunado compañero, y él mismo bastante enfermo de una afección al estómago que se agravó a tal extremo que dos días después moría sobre la cubierta del *Paquete* donde se le había arreglado un lecho, pues en los camarotes se sofocaba. Se había pronunciado una gangrena intestinal.

Olmedo ha sido enterrado en este puerto, habiéndose hecho un inventario de su equipaje. Olmedo antes de morir entregó un telegrama que traía para la familia Morel.

Antes de la muerte del joven Morel hemos sabido que solo algún tiempo después de recibir la bala vino a saber que estaba herido. Sentado en la popa de la lancha, recibió una bala de rifle en el muslo derecho, internándose hacia el estómago. La bala debió cortar alguna arteria principal, produciendo una hemorragia, porque Morel murió dos horas después sin el más leve dolor, sin agonías, lentamente con la sangre que salía de sus venas, pura y generosa como su alma de niño y de valiente.

¡Qué visiten otros su tumba, ya que solo nos ha sido posible saludar aquí su modesto ataúd!

El Comandante Salvo seguía mejor de su terrible herida.

Lo ocurrido a este respecto se nos refiere así:

Salvo tenía la costumbre de cazar con dinamita, distracción en que ocupaba las horas cansadas de Pisco. La costumbre también había llegado a darle tal conocimiento en el manejo de la dinamita que calculaba casi matemáticamente el instante de su explosión.

La antiquísima historia de jugar con fuego.

La última vez, la dinamita revienta entre los dedos de la mano derecha. Debióle producir una conmoción terrible porque Salvo se tomó violentamente la cabeza, sin sentir que la mano derecha había volado hecha polvo.

Vaciló unos cuantos pasos sin caer, cogió su sombrero que había caído al piso, y atándose el brazo desgarrado con su pañuelo, anduvo los setecientos que tiene el muelle de Pisco y unos quinientos más en tierra firme, hasta que encontró al doctor Allende que nada pudo presumir en su fisonomía.

Solo le quedaba la muñeca de la mano cortada en triángulo.

Hubo que hacerle una amputación. Salvo recogió la manga de su casaca, diciendo: Corten.

Costó trabajo decidirlo a cloroformarse.

Disipado el efecto del anestésico, habló el abogado:

— Lo que me ha sucedido —dijo Salvo— tiene sus ventajas: ya conozco lo que es el cloroformo.

El vapor de la carrera que iba para Panamá ha sido retenido en este puerto.

Aquí se cree que don Joaquín Godoy va con el Ejército para las conferencias que se celebrarán en Lima, si Piérola se decide al fin a tratar.

Todos celebran esta medida.

El señor Godoy no es solo para estas circunstancias un hábil diplomático, sino que conoce a fondo, por largos años de experiencia, todas las argucias y mañas de los tratantes políticos del Perú, donde le temen como al diablo.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

En Chimbote y Ancón el vapor *Islay* fue registrado con furia, esperando encontrar al señor Godoy, que se había dirigido de Guayaquil a Panamá a tomar el *Amazonas*.

Les incluyo los cuadros adjuntos cuya importancia pueden V. V. apreciar.

Siete de la tarde. El *Amazonas* y el *Paquete* comienzan a levar sus anclas y con esto concluyen los trabajos del embarque en el cual he visto cuadros que tenían tanta gracia como severas enseñanzas.

Para no nombrar más que a nuestros conocidos, les diré que he visto en Tacna a Tulio Ovalle, perdido entre rumas de sacos de papas y de todas clases, atendiendo a cincuenta pedidos a la vez; en el muelle de Arica al doctor Allende y Marcial Gatica a las cuatro de la mañana embarcando caballos, Ambrosio Rodríguez, jinete en un flaco rocín, corriendo como en un rodeo a campo raso por las faldas del morro; a Ventura Cádiz, encargado con Señoret del desembarco en Chilca que vive en el muelle y duerme en las lanchas, todos quemados y curtidos al sol como los jornaleros de la playa y viviendo como Dios quiere.

¡Y con ellos tantos otros!

¿No está en todo una parte del secreto de nuestros grandes triunfos, en el trabajo y en la abnegación oscura de los que se sacrifican sin ruido, tanto como en el brillante valor de nuestro rudo y sufrido ejército?

El Heraldo, núm. 135.
26 de diciembre de 1880.

B. *Cartas del Ejército la expedición a Lima.*
De Arica a Pisco.

(De nuestro corresponsal en campaña).

Señores editores de *El Heraldo*.

Pisco, diciembre 20 de 1880.

Son las seis de la tarde y acaba de perderse en el horizonte, proa al norte, el numeroso convoy que conduce a las tropas expedicionarias que dan por mar el último tranco hacia el desenlace que se cree final de esta ya larga y durísima campaña, que iguala ya sus costos con las ventajas, y sus triunfos con las lágrimas que cuesta.

Solo quedan en la bahía el *Chile*, el *Itata*, que acaba de llegar del sur con el Melipilla que embarcó en Arica, el 1 de Artillería, el señor Intendente General del Ejército y otros oficiales, paisanos y paseantes;

el *Paquete del Maule* y uno que otro barco más que durante la noche emprenderán la marcha, dándole pronto alcance a los que salieron primero y van al compás del que anda menos.

Así, el corresponsal de ustedes salió de Arica 26 horas después que el enorme convoy, el miércoles 15 a las nueve de la noche, y sin grande apuro de máquinas ni aparato de velas en el vapor que lo lleva. El viernes 17 a las doce del día divisaba a ojo desnudo los perfiles de aquellas naves, a la altura de Lomas, esto es, 53 leguas distante de Pisco todavía, y cinco horas después cruzaba la línea de buques que marchaban como gente que medita el paso que va a dar.

El *Cochrane* pastoreaba por el poniente a toda aquella numerosa y alegre parvada, en tanto que el *Blanco* se secreteaba a la distancia con un buque que de pronto no conocimos.

Era el *Angamos*, que venía del Callao a mata caballos, y sus secretos eran a la vez una catástrofe y una nueva feliz, aunque ya muy esperada.

Contaba el *Angamos* que su grande y hermoso cañón, ese cañón que tantas veces había resonado en los ámbitos del Callao como la trompeta del juicio, había volado, y que la división Villagrán había por fin salido de Pisco.

No se supo más.

La nave capitana dio la señal de rumbo al N. E. 5' al E.; el *Cochrane* se destacó la línea; seguimos nuestra ruta, perdiendo de vista en poco rato a los que quedaban atrás, y al día siguiente, sábado 19, a las cuatro P.M., cruzábamos por entre la península de Paracas y la isla de San Gallán, divisando a quince millas, entre hermosos arboles, al ñato *Cochrane* que entraba de frente a la extensa rada de Pisco.

Fondeamos a nuestro turno, y hacia las nueve de la noche pudimos ver las lejanas luces del *Amazonas*, del *Chile* y otras parejas que comenzaban a aparecer como por encanto a una y otra banda de la isla.

A la mañana siguiente estábamos otra vez todos juntos y congregados a la pretina del *Blanco* y *Lord Cochrane*.

Durante la travesía no hubo, felizmente, a bordo de las naves más que una ocurrencia desagradable.

El día 15 a las seis y media de la mañana, la barca *Lota*, remolcada por el *Pisagua*, puso bandera de auxilio. Ocurrió el *Cochrane*, y arriando tres de sus botes, sacó de aquella 150 hombres del regimiento Aconcagua.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Había ocurrido lo siguiente:

Habíanse colocado a la *Lota* una cubierta provisional de manera a la altura de su borda con el objeto de que se sirviera de toldo, dando sombra a la caballada que debía conducir. Después se dispuso que, en vez de caballos, embarcara al regimiento Aconcagua, que cuenta con 1.190 hombres, número suficiente para impedir que alguno pudiera acostarse sobre cubierta. A fin de procurarles algún desahogo, ordenó el comandante que 200 soldados durmieran en el toldo arreglado; no resistió este tanto peso y se vino abajo una parte, resultando 6 contusos. Si se cae todo, lo que fue una comedia habría sido sin duda una lamentable tragedia, porque bajo el toldo dormían 300 hombres y con 200 que venían de arriba con tablas y machones, se habría hecho una formidable tortilla.

Fue una diligencia de todos, al pisar la tierra de Pisco, inquirir noticias de la división Villagrán, que debía encontrarse, según todos los cálculos, en las goteras de Quilca.

- ¿Cuándo salió?
- ¿Dónde está?
- ¿Llegó?

Bien pronto quedaron mudos y asombrados los alegres y bulliciosos preguntones.

La división Villagrán había salido el lunes último a las cuatro de la tarde.

Estaba en la primera jornada del camino en Tambo de Mora, a siete leguas del punto de partida solamente.

Y no seguiría adelante.

¿Por qué?

He aquí la X oscura y terrible de este problema que, como tantos otros de la guerra actual, quedará todavía por algún tiempo envuelto entre sus propias sombras y entre las sombras que siempre se amontonan sobre las empresas que se frustran.

Se dice que no había sido reconocido el camino que debía recorrerse, ignorándose en toda su magnitud los inconvenientes que ofrece para la marcha de la infantería, transporte de cañones y bagajes y conducción de agua y víveres para tanta gente, una pampa de catorce leguas, árida y seca que hay que atravesar.

Que no se llevaban los víveres ni el agua, ni siquiera las caramayolas suficientes.

Se llega hasta decir que se ignoraba la existencia de aquel desierto, medio oculto entre valles feraces y abundantes.

Se dice también que el general Villagrán se había tenazmente opuesto a tal expedición por tierra, acordada en un consejo de oficiales.

Lo que hay de verdad en todo esto es que jamás ejército alguno de los que han evolucionado por estos puntos, desde San Martín hasta Prado, ha hecho a pie esa áspera jornada, que todos han saltado en las olas del mar; que pasará mucho tiempo antes de que pueda saberse si es justo echar sobre los hombros de uno solo toda la responsabilidad de tamaño fracaso, y si realmente han obrado, como inconvenientes de la empresa, los cargos que se formulan como faltas elementales del deber militar.

Entretanto, la brigada de Lynch, que había avanzado hasta Chincha, seguirá su marcha conforme al plan acordado, llevando además toda la caballería de la división, y el resto regresará a este puerto para reembarcarse con destino al norte, cuando el desembarco de las tropas en el punto de su destino deje vacantes transportes que la puedan conducir a la retaguardia de sus compañeros, a ella que era la vanguardia de los vencedores.

En Pisco tuvimos también otros detalles de lo ocurrido en el *Angamos*. Durante los días 9, 10, y 11 del presente se había estado disparando sobre la dársena con buenos resultados, pues cinco tiros habían dado en la *Unión*, penetrando uno de ellos en la cubierta para salir por el costado, cerca de la línea de flotación, pero sin que reventara la granada.

El cañón era dirigido por el capitán de corbeta don Carlos Moraga.

El 11 continuó el bombardeo, disparando Moraga 30 tiros sobre la *Unión* y el *Atahualpa*, que avanzó hasta dos mil metros de las baterías.

Cansado ya el capitán Moraga, dejó el cañón al mando del teniente don Tomás Pérez. Al segundo disparo, el cañón se fue al agua, matando instantáneamente al teniente Pérez y al cabo de cañón Fagusto que se encontraba a retaguardia de la pieza.

El proyectil en este último tiro fue el más certero de los que se dispararon en ese día, pues cayó tan cerca del costado del monitor, que una inmensa columna de agua bañó su cubierta.

El accidente lo explican de esta manera.

Se supone que la pieza o gancho que soporta los muñones debió dilatarse con el largo servicio, por la presión interior y la dilatación del cuerpo del cañón, y aunque ligeramente, hizo que la soldadura de esta

pieza fallase, haciéndolo saltar para atrás por la razón de la fuerza de la pólvora que actuaba sobre los muñones, aumentada considerablemente por la gran elevación que había que darle a la pieza para disparar a 7.000 o más metros; y floja como debía estar, no pudo resistir a estas dos circunstancias combinadas y simultáneas.

Toca a los inteligentes hacer las suposiciones consiguientes sobre este caso que se estima como el único tal vez que ha ocurrido en los cañones Armstrong, de los cuales el del *Angamos* era tan espléndida muestra.

Respecto a la *Fresia*, por allá deben tener ya todos los pormenores de su hundimiento y resurrección. Aquí se nos cuenta que provocadas nuestras lanchas a un combate por las peruanas, sostuvieron durante tres horas el fuego de estas, el de los fuertes y de la tropa apostada en tierra, haciendo algunas víctimas en los numerosos blancos que se ofrecían a sus disparos, hasta que un casco de granada puso fin a su porfiada resistencia.

El *Toro* la alcanzó a tomar, remolcándola hasta dejarla libre de las punterías de tierra; pero ahí, repleta de agua, se fue a pique. Ahora está nuevamente a flote y solo hay que lamentar la pérdida del mecánico de la *Fresia* que se ahogó y la del aspirante Morel, de quien todos, iguales o superiores, hacen grandes elogios.

Morel fue herido al salir a cubierta de la *Fresia* en busca de una compresa para vendar la herida de un marinero que acababa de caer y murió al llegar al subir la escala de la *Chacabuco*.

Volviendo a Pisco, les haré gracia de una descripción de estos infames andurriales en cuyas calles se hunden los pies en la arena suelta y caliente. La ciudad, que dista al interior unas diez o doce cuadras, está unida por un desvencijado ferrocarril, y no vale más que su gemelo el puerto de su nombre. Sus calles, la extensa plaza, sus palmas, su silencio, todo tiene el aire de un claustro en el cual los *canacas*, que abundan como los ratones en nuestra Alameda, parecen esqueletos y fantasmas que hubieran aprovechado la soledad que reina para abandonar sus fosas.

Jamás he visto abundancia tal de seres semejantes, y solo la pluma de Teófilo Gautier, que tan maravillosamente describió un grupo de esqueletos conservados en una cripta, podría dar idea de estas momias vivientes, cueros pegados a los huesos, extravagancias increíbles de la naturaleza que se ha reído de la especie humana, formando tales caricaturas.

Allá no se conoce el tipo del verdadero *canaca*.

El clima de Chile ha logrado modificarlo, pero el sol del Perú o qué se yo, acentuando más sus extraños rasgos, los reseca y avellana de tal manera que uno se figura que si tuviera valor para estrujar un par de estos chinos, cabrían en el hueco de la mano, como las sedas que fabrican con sus dedos de araña.

Y a propósito de sedas, los chinos de Pisco han realizados casi todas sus existencias en ese género, subiéndolas a medida de demanda hasta llegar a precios increíbles. He visto pañuelos de espumilla, mantos bordados de muy buena calidad, comprados por trescientos soles en los primeros días de la llegada de nuestras tropas. No se asusten las lectoras de *El Herald* con lo de trescientos soles, que el sol peruano no pasa de valer un diez en Chile.

Ahora ya no se encuentra nada de eso, y por lo que queda, unos pocos pañuelos y fulares de seda, piden por cada uno treinta soles, siendo que en Valparaíso se obtienen por 12 reales o 2 pesos.

En ese sentido, son increíbles los abusos que cometen los fondistas y venteros de toda especie, especialmente los italianos, que son aquí otra ralea semejante a la de los chinos, y que nos profesan un odio muy cordial, que lo manifiestan como mil hostilidades mal encubiertas.

Así, por ejemplo, véase el negocio fabuloso que han estado haciendo con el pisco. En Tacna piden por la botella de este licor tres pesos, y en este puerto, al llegar la expedición, costaba el canco de 16 botellas 4 pesos, de excelente calidad.

Con las famosas naranjas de Tambo de Mora ha pasado igual cosa. La cesta, con un ciento más o menos, se vendía a 50 centavos, y a pocas leguas de ahí ya pedían por ellas a nuestras tropas 5 pesos.

Y con todo lo demás ha sucedido igual cosa, tanto aquí como en Arica y Tacna, donde la llegada de nuestro ejército para esos esquilados negociantes ha sido y continúa siendo una lluvia de oro que explota con la mayor deslealtad y judería.

Y es aquí del caso decir unas cuantas palabras acerca de la extraña generosidad con que se procede en los pueblos ocupados.

No es figura decir que la guerra y la invasión no son absolutamente una calamidad para nuestros enemigos, sino un don de los cielos, desde que nuestras tropas no viven de las poblaciones que ocupan, no sufren contribuciones ni se imponen alojamientos.

Se paga no solo hasta la última sandía que consume la tropa, sino que además se paga también el alza fabulosa que la avidez de los traficantes impone a sus artículos.

Ya no es el caso de lamentar los horrores de la guerra, pintando campos destruidos, aldeas incendiadas y familias arruinadas, como ve en los cuadros de la guerra franco-prusiana, al menos en los sitios que me ha tocado ver.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Porque Chile, tratando de vencer a un enemigo que le ha jurado guerra sin cuartel, cuida con empeño de que, al tizarlo al suelo, no se rompa la levita ni se le caigan las monedas del bolsillo a su porfiado contrincante.

Se calcula que en Ica la expedición Amunátegui dejó en consumos 300.000 soles y así fue que al abandonar esa población, dicen que los indígenas y extranjeros han llorado la partida de estos genios tutelares que han hecho justicia como Salomón y cuidado de sus vidas y haciendas como no se vio jamás desvelo y pureza igual en autoridad alguna de estas tierras.

Han podido reunirse masas considerables de ganado, ahorrando al erario sumas cuantiosas; ha debido destruirse todos aquellos elementos que el enemigo puede volver contra nosotros, y todo queda en su lugar. Un señor peruano se presentó cobrando unos caballos y le fueron entregados inmediatamente; al poco rato mandó decir que faltaba un freno, y hubo que largarse a buscarlo. Es ridículo pensar que tales generosidades sean reconocidas, y para que se vea la profundidad que cava la gratitud de estas gentes, no hay más que ver que antes que vuelvan la espalda nuestras tropas, comienza la gritería de ladrones y asesinos. Y no es esto solo. Puede darse por muerto el soldado que se aparta un poco de los suyos, y la manera increíblemente salvaje como han sido asesinados en Tambo de Mora dos soldados de artillería de marina, muertos a palo y puñal, da medida de la saña que saben encubrir cuando no cuentan con la impunidad y el número.

Otra de las ventajas de nuestro sistema de guerra contemplativa, que no es otro que la vieja invención del hidalgo don Quijote, es que los caballos que se devuelven y los que no se ha querido tomar de las dehesas sirven para equipar a los montoneros que rondan a Pisco y que han vuelto a ocupar Ica, pues nunca se han apartado mucho de estos lugares, merodeando continuamente en los alrededores.

La línea férrea de este puerto a Ica ha sido cortada por ellos en varios puntos y destruidos los estanques de agua de la misma, valiéndose para todas estas empresas de las caballadas que hemos respetado y exigiendo en las poblaciones los víveres que no hemos querido tomar, empeñados en pagarlos.

Se sabe que en Ica han vuelto las autoridades peruanas al olor de las utilidades dejadas por la tropa de la expedición Amunátegui, y aprovechando la rápida engorda del vecindario, han cobrado lo atrasado y lo que puede venir.

Están las señales en el muelle de Pisco del empeño de los peruanos para hacerlo volar, y sin embargo, no ha habido quien quiera hacerle a Valparaíso, para el malecón de su explanada, el espléndido obsequio de la reja de hierro que guarda sus orillas.

Consta la reja de tres hileras de gruesos barrotes que se afirman en postes colocados a metro y medio de distancia, y es tal el descuido en que están, que poco más durarán en manos de estos ociosos que no saben lo que tienen.

La reja del muelle, con otros pedazos que hay en la calle, dará doce a catorce cuadras de largo. Pero, en fin, sobre esto habría para llenar un libro.

El embarque de la primera brigada de la segunda división se hizo con toda felicidad, a pesar de que desde las doce del día ya el *Paracas*, que viene del rincón de su nombre, alborota las olas, haciendo difícil y molesta toda operación en la bahía.

En Pisco queda el Quillota, y su comandante, de jefe militar de la plaza.

Queda también una sección de ambulancia, que atenderá debidamente a los enfermos que hay actualmente, y cuyo número se redujo en dos tercios a los primeros anuncios de que se movía el Ejército.

La barca *Veintiuno de Mayo* ha sido designada para servir de hospital a los enfermos que haya durante la navegación, y los heridos que puedan resultar del desembarco, dado [el] caso que se trabé allí combate. Si esto llega a suceder, está arreglado que las ambulancias desembarquen conjuntamente con la tropa para hacer en tierra las primeras curaciones y enviar en seguida a bordo de la *Veintiuno de Mayo* a los heridos.

El desembarco se ejecutará conforme a lo dispuesto en la orden del día del 14 del actual. Si hay enemigos al frente, cada soldado recibirá un repuesto de 50 tiros más. Llevará su equipo, víveres y agua para dos días.

Se ha designado al primer ayudante del Estado Mayor General, don Ambrosio Letelier, al comandante Bouquet y al teniente don Ricardo Walter, de la misma sección, para practicar los primeros reconocimientos hasta Lurín, apenas las tropas estén en tierra.

Es opinión muy generalizada la de que los peruanos no harán resistencia en Quilca, pues por cartas y otros informes se sabe que han abandonado este punto para disputar los estanques de Lurín.

Allá veremos.

El comandante Salvo queda en Arica atendido con todo esmero por el doctor San Cristóbal, y será enviado al sur en la primera oportunidad.

Aunque el estado de la herida es inmejorable, Salvo ha sido atacado de tercianas que lo han abatido mucho.

He visto a Máximo Lira con presillas de teniente coronel.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Hoy debe llegar a Tambo de Mora el *Carlos Roberto* que conduce 200 enfermos de la expedición Villagrán, a la cual se le han estado enviando constantemente víveres y pan fresco. De los últimos han consumido cien mil ejemplares.

He deseado muy vivamente ver a alguno de los que regresan de la expedición para conocer los pormenores del viaje; pero aún no llegan, dejándonos a ustedes y a mí en la ansiedad de saber exactamente que ha sucedido.

Se espera mañana a las 6 A.M. al general y su tropa; pero ya iremos muy lejos de este puerto.

Como el *Chile*, según dicen, debe salir para Valparaíso apenas desembarque su gente, concluyo esta, dejando un blanco para lo que vea y alcance a decir del desembarco.

El Corresponsal.

C. *En Chilca*

Chilca, diciembre 21 de 1880.

Somos los hijos de la fortuna. Hemos llegado, hemos visto y hemos vencido a los vientos, al mar, a los cien mil inconvenientes que traban el paso de una empresa tan grande como la que acaba de realizar nuestro Ejército y nuestra Armada.

Hay, pues, razón para escuchar con alegría la canción nacional que retumba en estas soledades que no han oído más que el áspero graznido de los pájaros del mar, sorprendidos en estas apartadas guaridas, que parecen refugios de piratas.

Chilca es un lago cavado y escondido entre las rocas de la playa. Abierto al norte por una estrecha rotura, a dos cuerdas de distancia no se presume la existencia de esta rada tranquila, que esconde a su vez bahías pequeñas que hacen el efecto de capillas construidas en torno a una gran nave de iglesia.

Las paredes que la forman son masas de rocas, amarillentas y sombrías, desgarradas de alto abajo por una formidable explosión, que dejan a intervalos playitas de arena que lucen franjas espesas de un pasto oscuro, dispuestas como los encajurrados de una enagua.

Es una linda miniatura, tan sola y tan agreste, que con un poco de romanticismo se puede decir que es el Viña del Mar donde los pájaros enamorados pasan su luna de miel.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

A las 9 de la mañana ya rondaban por estos alrededores los primeros buques del convoy y poco después de las once entraba a la rada de Chilca el intrépido *Abtao*, dejando caer sus anclas con en su boya de Valparaíso.

Los botes de la Escuadra habían recorrido por su parte en todas direcciones las aguas de la bahía.

Nada había que temer. Si el heroísmo peruano tiene inspiraciones desesperadas, es indudable que las guarda o para su consumo o para otra ocasión.

A las 12 una bandera chilena flotaba al viento en la cumbre del más alto de estos farellones, señalando a los que veían la puerta de entrada que no era fácil distinguir de pronto.

Al costado del *Abtao* descansaban también el *Angamos*, viudo de su cañón, y la *Magallanes*. A las 3 P.M., mientras el *Cochrane* se apartaba a toda máquina en dirección a Lurín, reconociendo la costa, los demás buques del convoy comenzaron a dirigirse al hueco de la pequeña bahía. Aquello parecía un jubileo.

Las naves quedaron por fin en este orden:

El *Paquete del Maule*, que llegó el último, haciendo flamear su insignia de buque almirante del servicio sanitario, cruzó por entre todos los mirones y fue a fondear al primero a tiro de piedra de los cerros.

A continuación:

Abtao, Angamos, Magallanes, Lamar, Inspector, Juanita y Elvira Álvarez.

Más lejos y avanzando de todos los puntos del compás, la *O'Higgins* remolcando al *Orcero*, el *Itata* al *Elena*, el *Blanco*, el *Limarí* con *Excelsior*, *Chile* con el *Humberto* a la rastra, el *Luis Cousiño* al *G. Murzi*, *Paita* con *Julia*, *Pisagua* con *Avestruz*, *Copiapó* con *Norfolk*, otros que no se distinguen, y en último término, cerrando el corral, el *Cochrane* que volvía acezando de su excursión apresurada.

Aquí punto, porque se va el bote que debe conducir al *Chile* esta correspondencia. Si alcanzo continuaré más tarde. Ventajas de no saber a punto fijo, porque nadie lo ha dicho, si sale o no ese vapor.

* * *

Sigo.

Se pudo entonces hacer algunos reconocimientos en tierra.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Doblando una punta que se avanza al agua, en el fondo de la rada se divisa lo que sería propiamente el puerto de Chilca y que no es más que pobrísima toldería de pescadores como las últimas que se ven en el Barón yendo para Santiago.

Se sigue al interior y como a doce millas se encuentra al pueblo del mismo nombre. Es superior al puerto de Pisco en cuanto a sus edificios, los cuales no carecen de apariencia aunque son bastante pobres en realidad.

Posee un templo bonito, de cal y canto, con dos torres irregulares y una verja.

Se supo que había agua y de buena calidad, forraje, varias fincas o más bien potreros regularmente cultivados.

La línea telegráfica, que alcanzó a servir indudablemente para comunicar la noticia del arribo de nuestra expedición, fue cortada por los exploradores.

Dijo uno de los habitantes que en Lurín había cuatrocientos hombres de tropa.

En la rada de Chilca pasamos la noche tan blandamente como si estuviéramos al ancla entre las algas de la laguna del Parque Cousiño.

En tierra durmió un pequeño destacamento.

En Curayaco.

Habiéndose comunicado a los buques oportunamente la orden de salir a las 4 de la mañana para Curayaco, punto que sería señalado por el *Blanco*, comenzó a esa hora el movimiento del retroceso de los buques.

Curayaco es un horrible peñasquerío abierto a todos los vientos, que las cartas más prolijas no señalan, lo que no impide que de hoy en adelante pase su nombre a los anales de la historia. Dista tres millas de Chilca y no conserva huellas de una planta humana.

Poco después de las siete fondeaban nuevamente los buques en el punto que indicaba el *Blanco*, anclado desde algunas horas delante de aquellos peñascos.

Al llegar sentimos dos disparos de ametralladora que desde el buque almirante hizo un soldado sobre dos sujetos que observaban el movimiento de los buques. Debieron, sin duda, dar por bien cumplida su misión los curiosos madrugadores, porque huyeron apresuradamente, aunque estaban en un observatorio tan cómodo como seguro: una alta y lejana loma de arena.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

A las 9.10 minutos, el mismo buque de la insignia dio a los demás la orden de estar listos para el desembarco, y a las 11 atracaba a tierra en el más apartado desembarcadero una lancha remolcada paso a paso por un bote, que se desprendió del costado del *Angamos*.

Era una compañía del invicto Chillán, la primera que ponía el pie en el camino de Lima.

Hacia de muelle un lanchón cargado de piedras y de molestias para su objeto.

Es de presumir que este modo de desembarco sea de lo que puede llamarse de confianza.

Lentamente fueron llegando otras lanchadas, que en poco tiempo vaciaban su carga; y a eso de las 12 el Chillán marchaba en formación por las arenosas lomas que orillan el surgidero.

Los soldados saltaban a tierra como si se bajaran del tren del sur, estirando las piernas, reclamando prendas olvidadas en la lancha y apurando el desembarco de los otros.

Como tiempo había de sobra, muy luego comenzaron a bañarse los que sabían nadar, cuidándose poco de las damas que muy de velo y quitasol miraban la escena con todo descanso desde los riscos de la orilla.

Por aquí se puede ir sacando la cuenta de lo que es para nuestros rotos esto de invadir pueblos enemigos y marchar por tierras que no conocen en busca de lo que llaman Lima. Veinte señoras camaradas alcancé a contar, que seguían a pie y al rayo del sol las filas del Chillán, y no habría un batallón en tierra cuando ya los cerros brincaban balando las cabras y las llamas que acompañaban a las bandas de música de casi todos los cuerpos, y si hubiera andado más, no habría dejado de ver quiltros, guitarras y hasta damajuanas, cual si se tratara de una excursión al parque en los días del dieciocho.

No hay nada semejante a nuestros rotos.

Son de la cría de aquel capitán español que no encontraba mujer fea, vino malo ni hombre que le diera miedo. No les importa nada cosa alguna de este mundo. Se embarcan por primera vez y no se marean, y el que se marea se ríe; le toca dormir en las piedras, y en ellas se acurrucan como en su cama, y no hay tierra, sol, hambre, peligro o lo que sea que los haga perder su eterno buen humor, mezcla de desprecio y de coraje. Es la filosofía positiva y popular.

Recuerdo siempre que en el vapor, un soldado que se mareaba, ponía los ojos blancos abrazado de un barrote de la borda, cuando otro compañero lo llamó diciéndole:

— ¿Te acordáis de la gorda, hombre?

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Este recuerdo debía ser para el soldado que boqueaba, algo como limón agrio, porque fue santo remedio.

Poco más hay que decir de este desembarco. Son las tres de la tarde, el día se ha nublado y sopla un viento fresco que disminuirá la fatiga del viaje.

La tropa se dirige a Lurín, que dista 10 millas más o menos al N. O. de esta caleta. Por tierra esta distancia debe alargarse un poco más, sobre todo desde que la tropa desembarca en el extremo más avanzado al sur de aquella, despreciando surgideros que se ven una milla más al norte.

La artillería desembarcará directamente en Lurín con 600 mulas que han llegado con el *Itata*.

Ha partido también con la tropa una sección de ambulancias que bastará para las necesidades que puedan ocurrir por el momento.

Parece que los generales y estados mayores se irán en el *Chile* a Lurín.

El *Angamos*, que ya se ha desecho de su carga, se alista para salir a Pisco.

El *Amazonas*, repleto todavía de soldados, que guardan sus rifles en fundas lacres, parece un guindal. Me aseguran que, apenas aliviado de sus pasajeros, saldrá para Guayaquil en comisión del servicio.

Otra cosa que me cuentan es que en Lima se comprará una imprenta y se publicará un diario de la guerra, o cosa por el estilo, bajo la dirección de los SS. I. Errázuriz y E. Altamirano.

Con esta fecha se ha nombrado a don Joaquín Chávez cirujano 2º de la 3ª ambulancia, que está en este punto, en reemplazo de don Florencio Hurtado, que ha renunciado.

No hay tiempo para más.

Cinco de la tarde.- Parece que la aguada de Lurín será disputada por el enemigo. Al menos es prudente presumirlo. Nuestra tropa llegará a ese punto mañana, así es que si los peruanos resisten, habrá tiros.

Se ha prevenido a nuestras avanzadas que en unas lomas vecinas se visto durante todo el día una enemiga compuesta de veinte jinetes.

Al salir el sol se vio también desde el *Blanco* una masa más considerable de soldados enemigos, lo que indica que será infantería, y no en poco número.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Se me dice de buen origen que de Chorrillos a Lurín se han tendido rieles que faciliten el envío de tropas a ese punto.

Es indudable que Chorrillos, por todos los informes que he recogido, es el único punto donde se habían dejado tropas enemigas y el unirlo por ferrocarril a Lurín confirma las noticias que tenemos de que serán disputados los estanques, mucho más cuando ya tienen por ese medio asegurada la resistencia.

Se alistan cien hombres de caballería deben salir apresuradamente a Lurín con Ambrosio Letelier y demás oficiales designados para reconocer ese punto.

Habrán cuatro mil hombres en tierra: Chillán, Esmeralda y Buin de la 1ª, de la 2ª y el 3º de la 2ª y se sigue desembarcando el resto de la misma.

El *Amazonas* saldrá mañana o pasado a más tardar. Llegará hasta Guayaquil; pero es el objeto de su viaje impedir la comunicación entre el Callao y los puertos del norte del Perú.

Cruzarán en ese derrotero.

Cinco y media P.M.- Se oye hacia el norte una fuerte detonación. Todos paran la cabeza. ¿Ya? Divíbase además una humareda.

Media hora después.

Los humos vienen de nuestras tropas, que guisan su rancho en el camino. La detonación, gente que pesca con dinamita.

El buque de guardia para esta noche es la *Magallanes*.

Las naves de guerra no encenderán luces en la noche, según la orden del día.

Un transporte parte para Chilca; va en busca de carbón que sacará de dos lanchas que hay ahí y que al principio parecieron muy sospechosas, pues se presentaban con todo su aparejo, abandonadas al parecer, a pesar de su oportuno cargamento; en una palabra, con toda la facha de una celada, como las que lamentamos todavía en dos de nuestros buques.

Ojalá que las haya visto bien.

Ha llegado la noticia de que un teniente de la Artillería de Marina fue sorprendido en Cañete por un destacamento enemigo, encontrándose su cadáver cruelmente mutilado. Tenía once puñaladas y los ojos arrancados de sus órbitas.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

El *Limarí* chocó hoy una roca desconocida. Mañana será reconocido. El buque que remolcaba se tumbó también en la misma, sin prejuicios.

A las diez de la noche regresa Letelier de las cercanías de Lurín. Hora y media de camino a caballo; buen camino; agua, frutas, forraje en gran abundancia y parece fortificado, divisándose mucha gente y caballos.

Para atender debidamente a las necesidades que puedan ocurrir durante el desembarco, se ha organizado con toda actividad un hospital para cien enfermos, a bordo de la barca *Elena*. El hospital queda a cargo de don Guillermo Castro, dos cirujanos segundos, cuatro practicantes de cirugía, uno de farmacia y diez sirvientes, lo que constituye una sección de las seis que forman una ambulancia.

El Corresponsal.

El Herald, núm. 144.
5 de enero de 1881.

II. DE LURÍN A ARICA.

A. *Cartas del Ejército la expedición a Lima.*

(De nuestro corresponsal en campaña).

Señores directores de *El Herald*.

Curayaco, diciembre 25 de 1880.

Como el *Amazonas* había recibido, según dicen, orden de salir esta tarde para Valparaíso, quedando por ahora sin efectos la que había recibido anteriormente de ir primeramente a Panamá, donde existe una considerable cantidad de armamento y pertrechos de guerra para el Perú, y de cruzar en seguida entre Guayaquil y el Callao, me apresuro a darles las últimas novedades ocurridas por estos mundos, si mundos son estos nidos de gaviotas y alcatraces.

El desembarco ha continuado lentamente, pero si novedad alguna, y una vez que con el favor de Dios se ha logrado dar un salto mortal sobre las rompientes desde la lancha al pedregal de la orilla, no queda más que escalar un angosto sendero trazado en la arena del cerros por la planta de nuestros soldados para encontrarse en el comienzo del camino de Lurín.

Dignas de gratitud habrían sido unas cuantas palabras de los Zapadores en aquel sendero. Habrían economizado tiempo y las fatigas de un largo rodeo; pero es verdad que entonces no habríamos gozado de

todas las peripecias y volteretas de las mulas que rodaban y los prometeos que venían al plan por la banda pendiente de arena.

Pero todo se olvida pronto, mucho más cuando lo ocurrido no ha pasado de ligeros contratiempos de alegre volatín.

Del viaje a Lurín no hay más que contar que el ligero percanse que sufrió el Curicó que se puso en marcha en las primeras horas de la noche del miércoles último, encontrándose al amanecer del día siguiente con que había andado dos leguas para la derecha, en dirección a la cordillera, en vez de seguir el ya trillado camino de la orilla del mar que conduce a aquel punto.

Como recuerdo de la pasada de nuestras tropas, los costados de las lomas que tapian el camino por el lado poniente se ven ahora llenos de letreros, de cifras y fechas que pueden leerse a gran distancia, porque algunas tienen la altura de un hombre. Allí se lee:

¡Regimiento Valparaíso! ¡Viva Chile! Lima, ¡hasta luego! Chile, ¡salud! ¡Adiós, hijita! y unos cuantos otros más espirituales, pero un poco más granates.

Ayer 24 fui por mar a Lurín, distante de aquí una hora de camino, para desembarcar ahí y sentar mis reales en lo que es ahora el centro de nuestras operaciones; pero hubo que desistir de tal intento.

La playa de Lurín es un extenso arenal sin abrigo alguno, y con rompientes tales, que ni los botes de poco calado pueden acercarse a bravía orilla. Hubo, sin embargo, que enviar a tierra un mensaje para el general Sotomayor, que ha avanzado hasta San Antonio, y el correo que lo llevó envuelto entre su ropa atada a la cabeza a manera de turbante, hizo muy bien, porque salió del bote con el agua hasta el pescuezo y para volver con el parte oficial de la ocupación de Lurín, fue cuestión de salvavidas y no poco aliento.

Daba cuenta dicho parte de la tranquila ocupación de aquel lugar que, según todos los informes, era el primer punto de resistencia desesperada del enemigo. Los primeros reconocimientos denunciaban la existencia de tropas numerosas, y buenas noticias hacía creer en fortificaciones y elementos de combate. Pero, por la centésima vez en esta campaña, se ha repetido lo del majo aquel que caló el chapeo, requirió la espada, miró al soslayo, fuese y no hubo nada, porque como nada pueden estimarse los accidentes ocurridos, dada la magnitud de la empresa que se llevaba a cabo.

Cuando se ha contado con un combate en un campo admirablemente adecuado para una resistencia desastrosa para los que avanzan, un muerto en las filas de los soldados del Esmeralda, dos heridos más y una ligera contusión, que recibió el mayor del Buin don Gregorio Silva, no constituyen, por cierto, una catástrofe.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

El enemigo que se retiró tras ese ligero cambio de tiros en las avanzadas, dejó por lo menos 6 muertos botados en la ruta de su escapada a la peruana, en alas del viento.

Desde abordó solo se divisan los caseríos de la villa, una iglesia grande, las poblaciones de Pachacamac, Huacacán y Casa Vieja, todo perdido entre los árboles que forman un monte espeso de mucha extensión.

Se descubren también en la altura del cerro las ruinas del antiguo templo de Pachacamac, una gran arquería de dos cuerpos, que domina el valle como un señorío feudal, levantado como el nido de las águilas en el pico de las rocas.

Frente a estas playas hay tres islas. Una de ellas, llamada de la Viuda, es un lindo y elevado cerro de ásperos contornos adonde no se llega impunemente y sin embargo, ya habían andado por ahí algunos turistas, como indicaba una piedra blanca, medio enterrada en la mitad de la altura, que decía: - D. C. L. X. Memorias. Dic. - 20 - 1880.

Al mismo tiempo que nosotros, la *Magallanes*, que llevaba la insignia del almirante, recorría la costa, tratando de descubrir un sitio aparente para el desembarco de la artillería de campaña.

A ocho cuerdas al sur del río Lurín, se encontró que la caleta de Pachacamac podía mejor de las demás facilitar la empresa y se comienza a construir ahí un muelle.

Hoy hemos recibido la grata y tan esperada noticia del regreso de la expedición Lynch, que quedará para siempre inolvidable en la memoria de los pacientes por más de un motivo, ora de penas, ora de risas, que nunca faltan para nuestros soldados.

No podía tener nada más agradable para celebrar la Pascua en este desamparo.

A las 5 de la mañana se detenía en el alto de Curayaco la primera mitad de la primera brigada de la primera división de los primeros que han cruzado a pie enjuto el trayecto de Pisco a esta caleta, dejando atrás, a distancia de pocas horas, el resto de la brigada.

Cuarenta leguas de camino, trece días de viaje y una fortuna providencial en medio de toda clase de contratiempos, peligros y trabajos, son el resumen de esta jornada que no ha correspondido a ningún fin que haga llevaderas las penalidades sufridas.

No me es posible sino dar un perfil de la jornada, desde que los bravos de caminantes han seguido, de jefe a soldado, en dirección a Lurín, tras de corto descanso a la orilla del mar.

Mi colega de *La Patria* de Valparaíso, que ha compartido con los soldados todas las peripecias de la marcha, saliendo con ellos desde Pisco un día antes de mi llegada a ese puerto, nos contará en ciento veinte cuartillas de papel lo que ha visto minuto a minuto, si tiene bastante fortuna para llegar a tiempo de la partida del vapor que va para el sur.

Como se recordará, el lunes 13 del presente a las 4 de la tarde se puso en marcha la división en dirección a Tambo de Mora, a cuyo punto llegó a las 6 de la mañana del día siguiente.

Parece que ahí se recibió una orden del General en Jefe que autorizaba el regreso de la segunda brigada, en vista de las dificultades del camino y de que para el objeto propuesto bastaba la brigada Lynch.

Ya desde Tambo de Mora se había dado aviso de que desde ese punto hasta Lurín no había tropas enemigas capaces de oponer mediana resistencia a las operaciones de nuestro Ejército.

Parece igualmente que el general Villagrán no llegó a tener oportunidad de discutir la conveniencia de la tal expedición, sino de cumplir una orden expresa que se le dio, a la cual se sometió, no sin demostrar la completa inutilidad del viaje, bajo todo punto de vista.

Siguió, pues, solo el coronel Lynch desde ese punto, llevando a sus órdenes 6 piezas de montaña, 500 hombres de granaderos, el 2º de Línea, el Talca, la Artillería de Marina y una sección de ambulancia bajo la dirección del doctor don José Arce.

En tambo de Mora la vida es fácil. Hay agua, víveres, forraje, baños, árboles, aire fresco. Aun para bañarse, vino ajerezado de excelente calidad.

Se acampó allí hasta el 17, saliendo para Jaguay, primera caída de aquel largo vía crucis, en la noche de ese día, y se marchó para Jaguay bajo los tristes y al parecer seguros pronósticos que hacían los habitantes de Tambo de Mora de que no llegarían ni a la mitad del camino, diciéndoles además que esperaban que los huesos de la mitad de los expedicionarios, por lo menos, les servirían de derrotero en lo sucesivo.

¡Y ellos conocían bien esas jornadas!

Hasta Jaguay, 5 leguas de horribles arenales, resecos, amarillentos, caldeados por un sol ardiente desde las primeras horas de la mañana, no hay ni un árbol, ni una yerba (sic), reflejando la luz como un espejo.

Se llegó a Jaguay en la noche para dormir sobre la arena tibia todavía, envueltos en la fría camanchaca del desierto. Pero, en fin, había agua.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

A Santa Bárbara se llegó a las 4 de la tarde y se continuó la marcha hasta las 9 de la mañana del día siguiente, para emprenderla de nuevo con la arena y el sol.

Se caminaba una hora y se descansaba veinte minutos, y en seguida marcha otra vez, y siempre arena y sol.

El coronel Lynch, que había distribuido su tropa de manera de evitar cualquiera sorpresa de las montoneras que se divisaban durante las marchas del día en los cerros vecino, haciendo sus disparos para volver a aparecer un poco más lejos, tomaba además todas las precauciones que pudieran disminuir a sus soldados las fatigas del viaje, haciendo avanzar a media jornada adelante, las custodiadas por piquetes de caballería, las tropas de mulas que conducían el agua, que era la salvación de todos, reconociendo él mismo los parajes más ventajosos para el descanso, y dando a la tropa la soltura necesaria para que, sin salir de la conveniente disciplina, se aliviara del peso y de la marcha.

El coronel Lynch se ha portado con sus soldados no solo como un veterano, sino también como un hombre de corazón. Nada de severidades inútiles, de vacilaciones que originan marchas y contramarchas. Órdenes claras y terminantes, y para hacerlas cumplir, todo el rigor de la ley militar.

Comprendió bien, y desde el principio, la inmensa responsabilidad de conducir esa masa de gente al través de desiertos no explorados, en poblaciones hostiles, rodeado de inclemencias y de enemigos cobardes como gallinas y pérfidos como gatos.

El agua, sobre todo, era objeto de continuos desvelos. Solo llegarían hasta donde alcanzara la provisión.

Verdad es que en los toneles estaba el honor y la vida de todos, y que jamás se habría peleado batalla más sangrienta si en aquellas pampas alguien se hubiera parado a disputarlos.

A las once de la noche se cruzaba el espléndido valle de Cañete a la luz de la luna y ahí se acampó. Cañete encierra grandes riquezas naturales y era fuerza aprovecharlas.

A la rica y extensa hacienda Unánue, una de las mejores del valle y que cultiva como todas las demás la caña de azúcar, y en grande escala la crianza de ganado, se le dispuso una contribución de reses, que los administradores del fundo declararon no poder pagar, pero ofreciendo a cambio una de dinero. Se les encargó a ellos mismo tasar el equivalente de las reses requeridas, y dieron letras por valor de cuatro mil pesos plata chilena.

A la tarde abandonaron Cañete, llevando de la hacienda Montalbán, por toda requisitoria, un cuadro de la abdicación de O'Higgins, que aseguran es de algún valor.

A las 7 ½ de la mañana siguiente estaban en Cerro Azul, caserío pobre de pescadores, a pesar de que por ahí se exportan los frutos de la provincia. De Cerro Azul a Asia, separados por un desierto de 9 leguas, donde los caballos hundían sus patas en la arena y los soldados daban un paso para adelante y otro para atrás, llegaron a las tres y media de la tarde del día 22. En seguida a Bajama que dista cuatro leguas. En este punto hubo que disponer la caballería a retaguardia al entrar al valle, por la estrechez de los senderos y lo tupido de los bosques que rodean los caminos, ocultando muy bien a las partidas enemigas.

A la una de la mañana se emprendió la marcha para Mala, distrito que no carece de importancia. Se acampó en él; pero hubo que correrse en seguida hacia el pueblo de San Antonio que dista dos leguas solamente, atravesando para llegar ahí un peligroso desfiladero. Era un callejón de tres a cuatro metros de ancho, con tapias altas que orillean por un lado los cerros y por el otro el monte que dista unos cien metros de la muralla.

Hubo que emprender por ahí. Marchaba adelante la descubierta y más atrás el coronel Lynch. Eran las 8 de la mañana, cuando un grupo de enemigos apostados en el bosque vecino hicieron a corta distancia una nutrida descarga, cuyas balas cruzaron en todas direcciones en torno del comandante Lynch y ayudantes que lo acompañaban. Afortunadamente no hirieron a nadie.

Los jinetes echaron pie a tierra.

Una compañía de infantes saltó las tapias y se internó en el monte, haciendo retirarse a los montoneros.

Ahí cayeron muertos por una bala que le atravesó la garganta un soldado de 2º, y herido en el vientre uno del Talca.

Serían los enemigos seiscientos hombres.

Se entró al pueblo en son de combate. Se había prevenido a los soldados que podrían tomar todo lo que fuera víveres, sin causar daño alguno, en cualquier sentido que fuere. Y así se veía a soldados que arriaban con pavos, gallinas y otras vituallas, pero las hostilidades de la población hizo indispensable un castigo. La población fue incendiada y se tomó todo el ganado que se encontró. Fue esta la única hostilidad hecha en el tránsito.

Un paisano armado, un zambo, que aún conservaba cartuchos de los que se había servido, fue fusilado, dejando con su cadáver una advertencia a los de las tropas irregulares que hicieran lo mismo.

De San Antonio salieron a las doce de la noche, llegando a Chilca a las 10 de la mañana. De ahí se partió nuevamente a las 5 P.M., acampando en pleno desierto a las 9 de la noche. A la una y media se continuó la marcha para llegar a este punto al amanecer.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

La expedición trae como 500 burros, 200 bueyes y mil chinos que la han seguido.

Delante de Curayaco el doctor Arce pasó revista a la tropa y se encontró que solo había 5 enfermos y un herido y que nadie quería ser dejado en el puerto.

Uno de los soldados enfermos, que tenía los pies hinchados, juró por todos sus devotos que no era nada y que de aquí a Lurín, un buen arenal no era ya camino.

Verdad que lo comparaba con los que acababan de ponerlo en ese estado.

Con esto se continuó la marcha.

Durante el camino no ha quedado un solo rezagado.

Tal es lo que he sabido al pasar la primera parte de la brigada Lynch, y siento no tener todo el tiempo que quisiera para decirles los elogios que he oído de estos bravos rotos, que marchaban sin chistar ni perder siquiera el paso en aquellos desiertos que ningún ejército había cruzado todavía.

Voy a Lurín. Hasta mañana.

El Corresponsal.

El Herald, núm. 145.
6 de enero de 1881.

B. *Cartas del Ejército la expedición a Lima.*

(De nuestro corresponsal en campaña)

Campamentos de Lurín y Pachacamac

San Pedro de Lurín, diciembre 27 de 1880. Quien me había de decir a mí, vecino de la Alameda de la Delicias, jinete en los carritos urbanos, que andando los días había de encontrarme perdido a siete leguas de Lima, en noche oscura como basquiña, buscando a tientas la trillada senda de Lurín, y que, cansado y soñoliento, había por fin de dormir pegado al tronco de un espino, sin saber si estaba más cerca de los moros que de los cristianos.

Confiados en que el camino se hace en dos horas, salimos de Curayaco a las seis y media de la tarde del día 25, siguiendo los innumerables despojos que han ido botando los soldados: aquí un pantalón, más

allá una chaqueta, una caramayola, un zapato, o animales muertos que en poco tiempo los jotes y el sol convierten en blanquísima osamenta; pero una vez que anochece nada es más fácil que extraviarse.

A más del Curicó, caso que ya les he contado, y que según dicen unos se fue al interior, otros que amaneció en el punto de partida, y otros que retrocedió hasta topar a Lynch, que venía de Chilca, ha habido otros que han ido a caer a Pachacamac, por el lado de la hacienda de la Cienaguilla donde está Miranda, su dueño con una montonera que se hace subir a 400 hombres.

Esta tropa bajó al valle por la ladera donde la brigada Barboza sueña con ver aparecer al enemigo; así fue que al divisar gente armada por ese punto hubo un instante que el corazón de todos latió alegre y apresurado, y el aviso corrió a media voz hasta su jefe que con pena reconoció que eran de los suyos, aunque venían sin banderas, en la seguridad de que viajaban por casa propia.

Nuestro viaje a Lurín tuvo estos percances que, aunque carecen de importancia para los lectores, dan sin embargo, una idea de cómo viajan muchos por estas tierras y de cómo los paisanos no están aquí del todo a sus anchas, sobre todo en noche oscura.

Antes de acampar al abrigo de aquellos espinales, se nos juntó un grupo de jinetes, todos civiles, cuyos perfiles apenas se divisaban, perdidos como nosotros y desesperados de arriar una mula cargada de maletas, la que aquí cargo, allá levanto, ya no daba más de sí.

Conociendo lo que es en campaña y sobre todo en ciudad enemiga recién ocupada, el descuido con los ¡quién vive!, marchábamos callados sin hablar y listos para responder a cualquier ruido de voz, cuando, de pronto, la mula, que debió sentir el perfume de lejana alfalfa, se larga a andar y luego echa a correr como alma que se lleva el diablo, espantándose más y más del ruido infernal que formaba sobre su lomo un balde de zinc que azotaba como badajo una paila del mismo metal, dentro de la cual iba suelto.

Parecía aquello un malón araucano capaz de despertar a los muertos. Se sujetó a la mula y visto que nadie gritaba ¡quién vive! ni hacía fuego, ni nos pasaban a cuchillo, se resolvió dormir tranquilamente.

La luz del día alumbró a nuestros compañeros de la noche.

Uno ensilló su caballo con una casaca de soldado recogida en el camino, el otro montaba una mula renga, este iba en ancas, y el otro andaba con su equipaje a cuestas.

Si alguien dibujara las escenas del viaje, los tipos que se ven sobre asnos y caballos que no pueden con sus huesos y llevan encima los de otro que va muy fresco bajo un quitasol inglés, habría para reírse un año.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

En campaña, un caballo vale un reino y viajar a pie cuesta un mundo, así es que gente muy principal se aviene con lo que pilla.

Y aquí conviene recordar para escarmiento, si aún es tiempo, de otros que se pueden tentar, que a bordo del *Itata* llegaron a Curayaco varios jóvenes que a la fecha lo mejor que ha podido hacer ha sido regresar a su tierra para no encontrarse entre la espada y la pared, sin hallar a quien volver los ojos para desembarcar, con siete leguas de desierto que recorrer, y en perspectiva una permanencia de 15 días de campamento, a pleno campo donde no hay más que comer que el rancho que se reparte al ejército, todo esto sin contar al general Baquedano, que no hablará muy claro, pero que ordena muy duro.

Entrando a Lurín ya se respira el olor a campo, a campos como los de Chile, cubiertos de pasto, y no resecos y plomizos como los de Tacna.

Lurín es un pobre caserío más triste que cualquiera de nuestras aldeas, con sus casas de quincha y barro sin blanquear, lo que alteraría, si les tuvieran algún color, la horrible monotonía de este tinte plomizo como la piel de los burros.

Los pobladores han emigrado por completo.

Los cuartos, que no casas, todos desiertos, y solo he visto una chola que iba muy oronda a la grupa de un jinete, y una negra de buena talla que ha pasado a cantinera de no se qué regimiento.

Saliendo de Lurín, y a poco más de ocho cuadradas, está la hacienda de San Pedro, que es propiamente donde principian los campamentos de nuestras tropas.

Un camino corta el fundo por la diagonal de la línea, de norte a sur, y llega hasta el río Lurín, que distará una legua de la población de este nombre. Ahí está el caserío del Puente, que toma su nombre de uno magnífico, todo de hierro, que se apoya en la falda del cerro a cuyo pie debe correr el agua, formando un plano inclinado, ancho y largo, de severo aspecto. El puente está intacto y podrán pasar por el dos carretas de frente.

Cortarlo al paso del último soldado que salga para Lima sería demostrarles, como Cortés al quemar sus naves, que nada de este mundo los hará volver atrás, que pueden ir a Chorrillos a tomar una temporada de baños y a la mentada ciudad de los Reyes; pero que ni muertos, ni vivos, retrocederán un tranco.

Estas medidas, por duras que parezcan, no las estimo como vandalaje o crueldades inútiles, desde que la guerra no es un juego de niños ni reyerta de comadres. Conjunto de brutalidades que la civilización ha encajonado en una serie de procedimientos, debe ante todo tender a curar tan completamente a los provocadores de toda veleidat parecida, que ni mañana ni nunca se les ocurra volver a las andadas. Y

sucede que forman la opinión de todo el país, no tan sentido sino como lejano rebote los golpes de la suerte, como si dijéramos en cuero ajeno, y si ahora que nuestras tropas, después de haber llegado a sus centros, bebiendo camanchacas y trabando lenguas y arenales, han de pasar como turistas que viajan con sus rentas, pagando lo que consumen, unos con dinero, otros con palos, haciendo guerra de gatos calzados, no escarmentarán los deliciosos imprudentes, porque no verán las ruinas de su país para comprender la inmensa responsabilidad que les cabe en la provocación que hicieron.

Por ridículas teorías de humanidad y pueril temor al que dirán, no se puede dejar en infusión las larvas de futuras víboras, que crecerán para volver a picarnos, si de hoy para toda la vida no se aplastan con el pie.

Cuando se ve de cerca lo que es la guerra, la suma ingente, no solo de capitales, sino de sacrificios y abnegaciones personales que representa, sin contar sus lutos y miserias, se ve que estos no puede repetirse jamás y que el ha provocado tamañas catástrofes debe ser ajusticiado como el asesino de su madre y de sus hermanos.

Todo es sin duda de Pero Grullo; ¡pero tantas veces hemos quedado atrás de Pero Grullo!

Estábamos sobre el puente de Lurín que ha de pasar nuestro Ejército al ir a Chorrillos y volviendo camino que sale de Lurín, se van encontrando a uno y a otro lado, en extensos potreros, los campamentos de nuestras tropas.

El primero a la izquierda es el del regimiento de Cazadores, que tiene campo bastante para su cabalada, y un poco a la costa, los Carabineros de Yungay. A la derecha los cuerpos están escalonados en este orden: Aconcagua, Valparaíso, Navales, Concepción, Caupolicán, Valdivia, Bulnes y Santiago.

Ahí corta al otro el camino que conduce a Pachacamac internándose al oeste y dejando a la izquierda su intersección una llamada plaza, donde está la maquinaria a vapor de la hacienda y unas casas de alto que ocupó el general Baquedano, sus ayudantes y los señores Errázuriz, Godoy, Altamirano y otros.

Al frente, en una serie de carpas, el general Sotomayor y los ayudantes de su Estado Mayor.

Siguiendo directamente al puente, una batería de artillería, Buin, Chillán, Granaderos a caballo, batería de artillería, Talca, 2º de Línea, Artillería de Marina y Melipilla, tocando al río Lurín.

En Pachacamac, que dista bien una legua de San Pedro, está acampada la brigada Barboza. El camino que conduce ahí, ancho y cómo en algunos trechos, se angosta en otros hasta convertirse en sendero por el profundo crecimiento de los árboles de las orillas, faldea un cerro y cae por fin en otra plaza, centro del distrito, que no es más que el patio grande de una hacienda chilena, con una iglesia decente en un

costado. Frente a ella hay, como en todos los demás templos de por acá, una columna de la pasión, tal como la de los Capuchinos. Un soldado, no sabiendo como llamarla, dijo con toda referencia que era la mercería del Gallo.

Y vaya por lo pronto otra frase de soldado. Contábale uno a otro que había hecho el viaje en no se que buque de vela que está pintado de negro, con una franja lacre a flor de agua, y no hallando cómo hacérselo recordar al otro, le dijo al fin:

- Aquel de pollera negra, con refajo colorado.
- Ya estoy – contestó el roto, como iluminado por un rayo.

El arte no ha mostrado más ingenio en las construcciones de Pachacamac que en las de Lurín. El mismo estilo y los materiales y el implacable barro desnudo.

El coronel Barboza aloja en las que debieron ser casas del cura, este debió ser muy pobre, aunque no lo indica la iglesia, o debió emplumar con todo, vistas las tablas peladas y miserables chamelicos que dejó.

El coronel Barboza es, sin disputa, una de las figuras más simpáticas del Ejército.

Tiene el alma del soldado, bravo, franco, jovial y desprendido. Delante del peligro debe tener inspiraciones de león.

En Pachacamac no hay caminos vecinales, sino desfiladeros angostos entre murallas impenetrables de verdura.

Al llegar al centro del lugar, mirando hacia abajo, el valle más hermoso que he visto en estas tierras, y por tres costados altísimos cerros, uno se pregunta dónde están las tropas de esta brigada.

No resuena ni un redoble de tambor ni corta en aire una nota de clarín.

¿Dónde está la gran guardia, centinelas, avanzadas, los regimientos, todo ese mundo de gente que forma una brigada, con todos sus arreos?

Hay para ver a unos que escalar los cerros y para descubrir a los otros que escudriñar entre los matorrales del valle como buscando un nidal.

El coronel Barboza, que está muy sentido con los peruanos porque aún no le han pagado en su campamento las visitas que les ha hecho en sus ciudades, ha tomado sus precauciones de manera que a los que se descuelguen de los cerros no volverán a sus casas a contar el cuento.

Bajando las cuestas del oeste que separan su campamento de la hacienda de la Cienaguilla, queda una llanura bastante grande, destinada a plaza de toros, si Miranda u otro incauto viene a realizar el sueño de todos; por lo tanto, como en las trampas para lauchas, solo se pagará de salida.

Por la disposición de los cerros y del valle, que forman un paisaje de los contrastes más bruscos, le encuentro a este campamento algo romántico, entendiendo por tal en esta materia lo que he visto en cuadros, rebuscado en ellos para tal efecto, y aquí espontáneo, obligado por la localidad y criterio del jefe.

En la planicie se destaca un morro aislado que descubre una gran distancia. Hay en él una avanzada que no se divisa sino a pocos metros. Los soldados tendidos, con el ojo atento a la cuesta, acechan la deseada aparición. Allá lejos, en la cumbre de los cerros, grupos oscuros que a veces son cardos y otras soldados.

Y todos duermen con un ojo y todo calculado para que no se espante el ave hasta que no esté en la jaula: pero me parece que por ese lado no tendrán nuestros soldados ni para despuntar el vicio.

Pachacamac está a 6 leguas de Lima, a 5 de surco y a 7 de ate, y se llega a la capital en 6 horas, con buen tiempo, según indicaba una nota dirigida a la oficina central de demarcaciones.

Daba también los límites exactos del distrito, pero creo que estos son conocidos allá o no tienen grande importancia.

Como he dicho anteriormente, el valle de Pachacamac y parte del de Lurín son liadísimos, notándose en ellos el principio de ese desorden y profusión de las selvas tropicales. Esta tierra fecunda y lujuriosa solo pide agua, y agua hay en abundancia, que corre [recuerdo de la patria! en acequias grandes, ruidosas, cristalinas, que se despeñan a veces al valle, bajo el tupido follaje de los árboles, de modo que se sienten y no se ven.

Cada lindero de camino es una trinchera viva que pide bala de cañón. Se ve ahí el preciado aroma de Castilla que anda por los suelos; el chirimoyo, cuyas flores se alcanzan desde la montura; el lúcumo, los granados en flor; la higuera; el plátano; y otros muchos de flores raras y vivísimos colores.

En los campos se cultivan la caña, maíz, camote, melones y zapallos dignos de la tierra de promisión. No he encontrado otras siembras. En cuanto al camote, quien no haya comido estos de carne colorada que aquí andan botados, no conoce este fruto ni por asomos.

Para entretención de la vista y del oído no faltan pájaros entre tanta rama.

Jotes hay más que en el Seminario, decía un ex cadete de flamante ascenso, tórtolas en abundancia; pero sobre todo por su incomparable hermosura, las frutillas, especie de cardenales, aunque más pequeños, de pechuga lacre y alas negras, pero el tinte más vivo, y otros bonitos pájaros, pero no tan notables y abundantes.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

A los chincoles los llaman aquí pichunchos.

Aves de corral ha habido en abundancia, y en los bosques de Pachacamac se encuentran muchos pavos, patos y gallinas que no sé cómo han ido a parar ahí.

En los mismos no es difícil encontrar cerdos, y reses de ganado vacuno, y toros bravíos que hay que amenazarlos a rifle.

Preguntarle a cada soldado que anda haciendo un poco perdido por los bosques y la respuesta es infalible:

— Andamos viendo.

En cuanto a la temperatura, no he recogido más datos que los que yo mismo he experimentado, encontrando que ni el calor es tanto, ni tanta la humedad de las noches, y para defenderse de los primeros está tan a la mano el recurso de los baños y de las ramadas de caña en las orillas de las acequias, o la sombra de los grandes árboles.

Zancudos hay bastantes, y aunque faltan las pulgas, hay en cambio unos malditos pilques, parecidos a ellas en forma y tamaño, pero más temibles. Se internan bajo la piel y ahí de propagan con increíble profusión y rapidez. Cuando el criadero es debajo de la uña, la cuestión puede complicarse con la gangrena. Por lo demás, produce una serie de granos sobre el punto afectado.

La salud de la tropa es buena en general.

Los casos de disentería y terciana son escasos, debido en gran parte a la calidad del agua que es buena y a la escasez de frutas maduras o a medio madurar siquiera.

La caña de azúcar no deja de ser entretenimiento para el diente de los soldados.

Si alguien quiere tener idea de lo que es el conjunto de cada campamento, no tiene más que figurarse un gigantesco paseo al campo. En cada grupo se ha construido una ramada de hojas verdes, que adornan con banderas, cabezas de plátanos y otros distintivos.

Es algo como el golpe de vista que ofrece la cancha de carreras de Viña del Mar el día de su gran fiesta de octubre.

Una que otra tienda altera el fondo verde del conjunto, que es el más animado y pintoresco que pueda imaginarse, con aquel mundo de gente que pulula en torno a las ramadas, que ríe, canta y se ocupa en

mil quehaceres diferentes, desde el lavado de la ropa, la cocina y la costura, hasta la matanza de animales, trabajo de zapatería, fragua, peluquería, cuanto hay en este mundo. La fantasía de los soldados encuentra en esta vida especial de aislamiento íntimo en medio de esa gran muchedumbre que le rodea, ancho campo en que lucir sus caprichos tan originales como agudos.

Por los callejones se oye pregonar cuanto no existe en esta tierra, sino en sus recuerdos.

- Papas y fréjoles, buen medio.
- Guindas y cerezas negras.
- Uva blanca y de la otra.
- Alguna cosa de tienda.

Pero en fin, sería cuento de nunca acabar si pretendiera expresar con todos los detalles que me la han formado, la convicción de que el roto chileno es un tipo único en el mundo, que puede pecar de pillo, pero de tonto ninguno, avenido con todos los climas, ceñido a las circunstancias, y alternativamente perezoso, incansable, frugal hasta el ayuno y goloso hasta el empacho, galante, enamorado, con ribetes de cantor y de poeta y riéndose siempre de la desgracia que le viene, como de alguien viniera a poner en duda la fuerza de su resistencia.

A veces llego a creer que todo dolor les parece broma. A uno que le extraían una bala del pescuezo, sin hacer un gesto durante la larga operación, se limitaba a decir:

- Déjese, señor, ya se le puso que tenía bala.

He oído decir más de una vez que la vida de campamento es ocasión de peligrosas corrupciones, especialmente para los jóvenes, y tal como la veo y admiro, encuentro que es por el contrario una escuela de educación moral, donde los caracteres se aquilatan hasta tener los nueve décimos de fino. Se aprende ante todo a no contar sino con los propios esfuerzos y bastarse a sí mismo. Lejos de las afecciones del hogar, expuesto cada cual a verse al día siguiente herido, enfermo o necesitado, se da lo que se tiene, pensando que el caso ajeno puede ser el propio mañana, y todos son generosos y abnegados.

Así, la hospitalidad en los campamentos adquiere una nueva forma de intimidad y de cariño desde lo que se da es parte de lo poco que se tiene.

Lo único que aquí se disputa a mano armada es el servicio de la mesa. Quien tiene cubierto completo es un hombre feliz y por una cuchara se daría una batalla. El convidado a mesa ajena lleva siempre su cubierto y obra muy cuerdamente.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

El caldo suele tomarse a tragos y las presas comerse a dedo.

En la mesa de un general se entera servicio para cuatro, contando con un cortaplumas, esperando uno el turno de una cuchara y sirviendo las copas para el agua, el postre y el café.

Supe por la mesa de un convidado a la mesa del General en Jefe, el menú de la comida: una sopa de charqui, asado, tortillas y café. Entre otros estaban los señores Altamirano, Godoy, Errázuriz y Vergara.

El general Sotomayor, mientras tuvo el mando de esta plaza, dispuso el reconocimiento de las posiciones que ocupa el enemigo. El sargento mayor ayudante del Estado Mayor de la segunda división, don Manuel Rodríguez, que durante toda la campaña ha hecho cumplido honor al nombre que lleva, salió el jueves último de mañana con 25 hombres en dirección a Chorrillos.

Reconoció los dos caminos que parten del puente para aquel punto. Uno, el de la costa, es llano, pero muy pesado y más largo. El otro, llamado del alto, más al oeste, forma un portezuelo cuya subida dura como una legua declinando en seguida hacia San Juan, caserío y hacienda distante una legua.

El mayor Rodríguez se fue por el camino de la costa hasta pasar de Villa que dista tres leguas del campamento, y oír claramente el silbido de las locomotoras de Chorrillos, regresando por el camino del alto.

En su excursión cazó dos prisioneros, un oficial y un niño que apenas podía con el Peabody que cargaba. Dijeron que se habían extraviado de la división Canevaro, fuerte de tres mil hombres, que iba para Chumado, cerca de la hacienda de la Cienguilla, con el objeto de sorprender por ese lado a nuestras tropas.

Debían realmente haberse extraviado, porque disparaban tiros al aire.

El señor Rodríguez se encaminó al punto de donde salía el humo, y al acercarse vio al oficial que con su pañuelo le hacía señales, creyéndolos de los suyos. Pueden imaginarse la sorpresa.

Dice el prisionero que en San Juan hay tres mil hombres, lo que aparece en parte confirmado por un reconocimiento que hicieron los señores Ambrosio Letelier y Álcerreca con ciento setenta cazadores. Vieron moverse para atacarlos una masa de gente que estiman hasta en dos mil hombres.

De San Juan a Chorrillos hay ferrocarril, y en aquel puerto existen 5.000 hombres. En Chorrillos hay una especie de morro que se ha fortificado con un cañón de a 500 y otros de a 70.

Dijo también que contaban con 20.000 hombres de línea, siete guardias nacionales y 500 de reservas; pero que el día del asalto a Lima tendrían 50.000 lo menos, pues casi toda la población tiene armas.

Por ambos caminos hay paso fácil para la artillería y por el punto de San Juan hay un extenso campo donde puede extenderse una gran línea, que ofrece, sin embargo, como el Alto de la Alianza, grandes dificultades para una carga de caballería.

El oficial prisionero pertenece al regimiento número 71, porque parece que los peruanos en la numeración de sus cuerpos han seguido el sistema de una señora de Santiago que a una docena de servilletas le puso desde uno hasta cincuenta.

El general Sotomayor había arreglado además con el mayor Rodríguez dos expediciones al estilo de las de los hulanos en la campaña de Francia. Se trataba de llegar hasta las puertas de Lima por dos puntos diferentes.

Entrar con pocos hombres, como si dijéramos en Santiago por la calle de San Diego afuera, la Cañadita o el barrio de la Estación, recorrer unas pocas cuadras, disparar unos cuantos tiros, revolver los caballos y correr a juntarse a otro grupo más numeroso de caballería que debía guardarles las espaldas.

El mayor Rodríguez, que se retiró de la Villa pasó delante de una fuerza de caballería e infantería, afirma que para estas excursiones no hay inconveniente alguno desde que los peruanos exageran siempre el número de los que atacan, creyendo que los pocos que ven son avanzadas que tratan de atraerlos a una emboscada y que no tienen caballos que puedan dar alcance a los magníficos que tiene nuestra caballería.

El General en Jefe manda ahora, y es de presumir que con el conocimiento que tiene de sus cazadores, le tienen estas aventuras destinadas a probar a los de Lima que en las filas chilenas nadie tiene miedo de agarrarles la oreja y hacerles un charqui si se ofrece.

A la una de la tarde de hoy domingo 26 de diciembre se ha publicado en la orden del día que:

Vista la nota del ministro de la Guerra, queda separado del mando de la primera división el general don José Antonio Villagrán, que deberá partir al sur a ponerse a las órdenes del gobierno.

Lynch en su lugar y el comandante del Atacama en el reemplazo de Lynch.

Nadie sabe a punto fijo los motivos de esta resolución. Hay muchas versiones y no falta quien explique satisfactoriamente la conducta del general Villagrán, ¿pero quién está en el secreto de lo ocurrido?

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Se habla de proclamas imprudentes dadas por el general en Pisco y de órdenes desobedecidas.

Por hoy todos cuentan la novedad, en medio de la sorpresa general, y si hay algún sentimiento que domine es de consideración y simpatía hacia esa gran desgracia de un hombre que cae al concluir su carrera.

El tiempo dirá la verdad.

Hoy a las 3 P.M. llegó y desfiló por la población la segunda mitad de la brigada Lynch, a paso de vencedores. Nada revelaba que vinieran de tan lejos.

Mandaba la sección el comandante del Atacama y se componía del Colchagua, Atacama y de una batería de artillería al mando del mayor Frías.

El doctor don Domingo Grez dirigía la ambulancia.

Salieron de Tambo de Mora con un día de diferencia a la primera.

No hubo novedad hasta el valle de Mala. Ahí una montonera de 20 hombres hizo varios disparos de la cumbre de un cerro. El Atacama lanzó una compañía en guerrilla ante cuya vista huyeron por la espalda. Por otro lado, un grupo de jinetes ocupó un cañaveral desde donde rompió el fuego. El mayor Frías hizo colocar una pieza de artillería sobre una altura, disparándoles cinco granadas a una distancia de media alza, 2.500 metros.

Ahí quedaron muertos tres enemigos, dos heridos y un prisionero que se fingió loco.

El doctor Grez marchaba a retaguardia cuidando a siete enfermos del Colchagua, con tres mozos y un arriero que conducía las camillas y las carpas; fue atacado por quince hombres que disparaban sobre ellos a pesar de las insignias de la Cruz Roja.

Hubo que tomar los rifles de los enfermos para impedir un asesinato alevoso.

El arriero no fue tan afortunado, pues cortado de los otros, cayó con mula y carga en poder del enemigo que lo fusiló según noticias que dieron después al doctor Grez.

Entre los enfermos se contaba un soldado que escalando un cerro disparó su rifle, chocó la bala en una piedra cercana, dándole el rebote en una pierna. Afortunadamente la herida fue leve y la bala extraída

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

ahí mismo. Otro de pulmonía y un soldado del Atacama, convaleciente de tercianas, que ha sufrido un trastorno cerebral.

De Mala avanzaron hasta llegar a unas lomas que distan de Chilca tres leguas, a las 6 de la tarde, donde acamparon, saliendo para el pueblo de Chilca a las 4 ½ A.M.

Llegaron a las 11 del día. Estuvieron hasta las 3 de la tarde, acamparon a media distancia a las 7 de la noche. A las 4 de la mañana continuaron para Curayaco, deteniéndose un momento a 20 cuabras de distancia, siguiendo después a Lurín.

El General en Jefe estudia el campamento para darle nueva colocación a los cuerpos.

Diariamente hay alarmas por el lado de Pachacamac.

¿Caerán en el lazo?

Entre los papeles que he visto aquí hay una orden de Piérola de fecha 24 de noviembre, ordenando retirar todo el ganado y haciendo responsables a los propietarios de los elementos que puedan servir a nuestras tropas, y un telegrama de tres días antes de la ocupación que insiste en lo mismo.

Parece que no anduvieron muy listos en cumplirlas, porque a la entrada del general Sotomayor arriaban a la distancia un piño de ganado que no fue alcanzado por la tropa que se envió a tomarlo. Ahí fue donde hirieron al mayor Silva del 3º que peleó cuerpo a cuerpo con tres cholos, quebrando su espada y recibiendo en la cabeza con un balazo en la ropa y el proyectil dentro del bolsillo del chaleco.

El Corresponsal.

El Herald, núm. 146.

7 de enero de 1881.

C. *Cartas del Ejército*

(De nuestro corresponsal en campaña).

Señores directores de *El Herald*:

Curayaco, diciembre 28 de 1880.- ha de andar de Herodes a Pilatos, o sea de Lurín a Curayaco y de Curayaco a Lurín, quien quiera que sus cartas aprovechen la salida repentina de los vapores que parten para Valparaíso sin anuncio alguno.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Por fin, una orden del día del Cuartel General previene el punto donde puede entregarse la correspondencia, lo que ya es algo. Falta únicamente que se anuncie con la debida anticipación la salida de transportes, lo que en la generalidad de los casos nada cuesta, y en cambio, se ofrece al Ejército una de las pocas distracciones que puede tener, calmando además tantas y tan justas ansiedades de los deudos lejanos.

Llega la noticia de un cazalobos tendido anoche a unas fuerzas peruanas. Los pormenores que llegan son todavía incompletos y confusos y para tenerlos exactos saldré mañana temprano, pues ya es de noche, para la caleta de la Artillería.

De Curayaco dicen ahora los que entienden quichua, que no es tal sino Coriyacu, que quiere decir en el dialecto indígena Aguas de Oro, sin que por esto le falten otras designaciones como Santa María y que se yo.

La caleta que en días pasados reconoció la *Magallanes* para el desembarco de la artillería de la campaña, a trece leguas de aquí, llamada Lurín por algunos y de pescadores por otros, figura en una carta inglesa con el de Jaguay.

La artillería ha cortado la cuestión, dándole su nombre a título de primeros ocupantes y para que conste, escrito queda en grandes caracteres en la frente de una loma:

¡ARTILLERÍA NÚM. 2!

Diciembre 30.- En viaje para ella, cruzamos con el *Itata* que lleva a su bordo la primera cuelga de prisioneros.

Por el momento no se puede desembarcar: han arriado con todos los elementos; pero pronto volverán. Entretanto escribiré.

El *Copiapó* y el *Itata*, bajo la protección del *Abtao*, han concluido de desembarcar la artillería que tenían a bordo y esta operación que tantos cuidados daba a todos, se ha efectuado de manera que no hay que lamentar incidente alguno desgraciado.

Armones y cureñas pasaban de las lanchas a tierra sin mojar siquiera la llanta de sus ruedas de ahí al alto del camino seis parejas de caballos hacían el resto en un suspiro.

El trabajo ha sido duro, porque se ha hecho a puño y brazo de fleteros, lo que un muelle cualquiera habría facilitado grandemente; pero por lo pronto, ya que no se hizo el que proyectó, basta con que se ahorren tres leguas de pasado camino en estos momentos en que el tiempo es oro sin metáfora ninguna.

Por este mismo punto, el *Paquete de Maule* desembarca sus valiosos elementos de curación, teniendo en Lurín, San Pedro y Pachacamac desde el día de la ocupación, personal y útiles suficientes para atender debidamente a todo lo que pueda ocurrir.

Ha sido, sin duda, un valioso hallazgo el de esta caleta, que está a poca distancia de las playas alborotadas que vi en otra ocasión frente a las islas de la Viuda y Pachacamac.

Tratase también de desembarcar aquí los almacenes de la Intendencia General del Ejército, cuyos empleados, dicho sea en estricta justicia, se han portado con verdadero patriotismo en el más ingrato y oscuro trabajo que se puede imaginar. No es solamente cumplir el precepto de darle de comer al hambriento, sino a miles de hambrientos y sedientos, que andan por añadidura a caballos o en mula, unos por aquí y otros a dos y tres leguas más allá.

Al poner pie en tierra la primera lanchada de soldados, ya había ahí agua, víveres y forraje en abundancia. Cada soldado llevaba además ración para dos días de marcha.

Se han despachado a Lurín más de mil mulas con carga en los distintos viajes, llevando al día hasta mil kilogramos de peso.

Hay en tierra víveres desembarcados para cinco días y quedan a bordo los suficientes para un mes, sin contar los cargamentos que se esperan del sur.

Y para movilizar todo esto no ha habido más empleados que don Buenaventura Cádiz, delegado; don Aparicio Toro, guarda-almacenes, y don Timoteo Campaña, con unos cuantos ayudantes, haciendo prodigios de actividad y paciencia.

El coronel Sevilla, jefe del escuadrón cazado, almorzó en el *Abtao* con el comandante Sánchez. Cuenta el coronel que pasaba por el cordón de cerros que limitan a Pachacamac por el oeste, cuando cayó dentro de un bolsón, cuya jareta tenía el Curicó, que se rindieron doscientos, quedando el resto acorralado.

- Coronel, ¿y por qué no se abrió paso a cuchilladas, cargando todos sobre un mismo punto, unos habrían quedado, pero los más escapaban?
- Era inútil toda resistencia. Di la orden de rendirse todos, porque me estrechaban seis mil hombres.

No digo que sea miedo, sino la oscuridad de la noche la que multiplicó los bultos en la imaginación del coronel Sevilla; pero estoy cierto de que si en realidad hubieran sido seis mil hombres los nuestros habrían parecido cincuenta mil, que son conocidos los grados de aumento de los anteojos peruanos.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

¡Y ojalá fuera cierto! Un ejército que en un momento de sorpresa puede rodear con seis mil hombres a 300 jinetes, por añadidura peruanos que para correr tienen unas botas de siete leguas, es un ejército engranado y corriente como un cronómetro.

¡6.000 hombres! ¿Qué espacio abarcan sus campamentos y que distancia tiene que recorrer el más distante para llegar a formar el círculo?

- En Lima —agregó el señor Sevilla— se batirán hasta derramar la última gota de sangre. Hay la firme resolución de morir antes que entregarse.

Eso debe ser en Lima, seguramente, porque los que vienen de otras partes no piensan en tal cosa.

El *Abtao* y sobre todo su bravo y entusiasta comandante, don Aureliano Sánchez, acaban de tener un minuto feliz.

Se divisaba en la línea del horizonte por el lado del N. E. un humo que avanzaba de prisa.

El *Toltén* avisó entonces al *Abtao* que el buque a la vista era el *Unión*.

¡Deslumbradora esperanza!

El comandante Sánchez ha probado en casos graves que no cuenta a sus enemigos y por él supo el *Huáscar* en Antofagasta.

Que chica es la pimienta
pero, caramba, pica...

Se tocó zafarrancho de combate y un instante después la gente en sus puestos, los cañones abocados y sobre el puente de combate el comandante Sánchez, conteniendo su alegría como el que no quiere creer en tanta fortuna, temeroso de ser chasqueado, esperaban descubrir la primera maniobra hostil para no perder la ventaja y el honor del refrán nacional de quien pega primero pega dos veces.

El buque izó su bandera.

- Es la *Pelican* —dijo al fin el comandante Sánchez, bajando paso a paso la escala que subió de un salto, y para consolarse, agregó, delante de la tripulación que se rascaba la cabeza.

— Esto sirve de ejercicio.

Y a propósito del *Abtao*, hay a bordo de este buque dos tradiciones fúnebres. En la cámara del comandante, un sofá de terciopelo lacre que es en la creencia de todos una especie de antesala de la sepultura. En él durmió don Rafael Sotomayor y don Camilo Letelier.

Refiérase la otra a los cañones del buque que llevaban la fatalidad adonde iban. Le dio cuatro a la *Esmeralda* y se hundieron en Iquique, uno al *Loa* y cayó en el Callao, y otros a la *Covadonga* que está en el fondo de las aguas de Chancay.

Comienza a bajar a la playa la segunda remesa de prisioneros. Viene con ellos una mujer criando. Se embarcaron en una lancha que los conduce al *Abtao*, malos huéspedes para un buque de guerra.

Cuentan lo que sigue:

Son los cazadores del Rímac, Núm.1 que consta de 320 hombres, mitad lanceros, mitad rifleros, banda de música, algunas rabonas, un telegrafista, su ayudante y otros empleados civiles.

Hace 9 meses que salieron de Lima, hicieron una larga estación en Villa, siguiendo para Cañete con guarnición. Volvían de este valle, cuando supieron en Mala por un oficial que había contado en Chilca hasta veinte buques, que ahí desembarcaría nuestro ejército. El paso estaba franco todavía y proseguían la marcha cuando recibieron de Piérola la orden de quedarse en Malambo. Hubo con este motivo un levantamiento patriótico de indignados paisanos que suspiraban por contribuir a la defensa de su país.

Se opera el desembarco, se ocupa a Lurín, reúnen cuatro mil ciudadanos indignados a la voz de un hacendado que echaba chispas por los ojos, diciendo a gritos:

Muerte y exterminio
haya por doquier;
sangre y degollina,
ese es mi placer.

Suena un disparo, el ciudadano Nerón se hace humo y hay que seguir la marcha después de este sainete patriótico que les ha cerrado el camino de Lima.

Comienzan a saltar las quebradas del oriente, divisan los campamentos de San Pedro, ya están libres de Pachacamac que ha quedado atrás, cuando el 27 a las 8 de la noche dan de cabeza delante de un ángulo de tropas nuestras que les cierra el camino.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

En medio de la sorpresa consiguiente unos se rinden, otros logran retroceder para perderse en el camino de la Oroya y los demás ganan un bosque vecino donde al día siguiente caen prisioneros ocho oficiales, 121 hombres de tropa, 160 caballos ensillados y 120 animales vacunos.

Por lo que hace a nosotros, se tenía conocimiento de que venía esta tropa y se destacó al Curicó de avanzada; como no llegara en el día anunciado, ya al siguiente no se creía mucho en su existencia.

Hay que lamentar tan profundamente como merece la muerte del distinguido segundo jefe del Curicó, don José Olano, que para los que lo conocían bien era una de las más seguras esperanzas del Ejército por su instrucción y carácter. El señor Olano recibió un balazo en el vientre y al inclinarse a tierra otro en la cabeza que terminó su vida.

Los peruanos perdieron también a su segundo don Baldomero Aróstegui que murió en la noche del 28.

Se ha ido tomando a otros en el bosque y se cree que ninguno escape, pues están rodeados por todas partes.

Queda en poder del general la correspondencia telegráfica cambiada entre Piérola y Sevilla.

Este jefe tendrá unos 60 años. Se educó en Chile en el colegio de Mora y fue condiscípulo de don Antonio Varas.

En Lima desempeñó el cargo de comandante de policía.

La *Pelican* lleva pliegos que el almirante debe hacer llegar al General en Jefe. El teniente de banderas y dos ayudantes entregaron el mensaje con grandes solemnidades.

¿Qué será?

Hoy ha regresado al Callao.

Se habla de una aviso de amigos dado al general en cambio de otras consideraciones que se exigen de nuestro Ejército en la hora de la entrada a Lima:

No tomar el centro de los caminos.

Dicen que Lynch ha sido propuesto para contraalmirante.

Ha venido al campamento un individuo que ha estado en el Perú catorce años. Se dice chileno y cuenta que los peruanos tienen 80 batallones, o sea 40.000 hombres, catorce cañones Krupp y que todo el ejército ha salido fuera de la ciudad.

El miércoles último, el mayor Rodríguez con 70 carabineros reconoció parte del campamento enemigo, pasando por las alturas de este. Dejó a la tropa frente a Chorrillos y con un ayudante avanzó a caballo diez cuadras más a la vista de los peruanos que gritando a toda boca, miraban el cerro como los chiquillos cuando ven un globo. Un cuerpo de caballería hizo unas cuantas cabriolas y los exploradores se volvieron contando que en Chorrillos habrá un cuerpo de 10.000 hombres y que el terreno que ocupan es una serie de lomas como los cerros de Teno donde tienen defensas fáciles.

Don Jorge Word ha reconocido parte del camino a Lima, llevando 100 cazadores y 50 carabineros.

En fin, estamos al habla de los peruanos. Nuestras avanzadas de caballería, apostadas en los cerros, divisan las del enemigo, y este no dará un paso sin que se sepa en todo nuestro campamento.

Dicen que el sábado de la semana próxima se moverá el Ejército.

El Corresponsal.

El Herald, núm. 154.
15 de enero de 1881.

D. *Carta del Ejército.*

(Correspondencia para *El Herald*)

Campamento de Lurín, enero 5 de 1881. El desembarco del Ejército Expedicionarios en la solitaria caleta de Chilca, terminó el 25 del pasado, es decir, del día de Pascua. Una de las últimas divisiones que recorrió las seis leguas de pesado arenal que separa a aquella caleta de este valle, fue la que formó el regimiento Aconcagua y dos brigadas de artillería una de campaña y otra de montaña del 2º regimiento.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

El 26 del pasado a las 5 P.M. llegamos a este valle donde estaban acampados la mayor parte de los cuerpos del ejército de operaciones sobre Lima. Lurín, como se sabe, solo dista unos 33 kilómetros de Lima, lugar abundante de agua y de un clima sano.

El caserío, que tiene nombre de pueblo, es de un pésimo aspecto, sus calles angostas y muy tortuosas y su desaseo, tan común en las poblaciones peruanas, predisponen en contra. Todos los edificios en completa ruina y muy rara es la habitación que puede ocuparse, pues puede decirse que en su totalidad se encuentran sin techos y sin puertas.

El mismo día que la división de que me ocupo encontraba a este lugar, al mando del jefe del regimiento Aconcagua, don Rafael Muñoz, llegaban también los restos de la división Lynch, que hizo su marcha de Pisco por tierra en diez días, y que la componían los regimientos Atacama, Colchagua y una parte de la artillería del 2º regimiento. El Talca, y los otros cuerpos de aquella expedición habían llegado antes y se encontraban acampados, descansando de las fatigas de tan penoso viaje.

El 27 nuestras avanzadas llegaron hasta cerca de Chorrillos, logrando poner en gran alarma a una fuerza enemiga que se encontraba en ese punto.

Estamos en plena campaña. Se han formado las líneas de cada división y se les ha designado su campamento. Los pabellones formados en las diferentes y prolongadas líneas, diez metros a retaguardia; están en sus puestos los soldados y seis metros más a la retaguardia los oficiales. Los jefes ocupan las alas y el centro.

El servicio de avanzadas está perfectamente regularizado, y tanto por esta circunstancia como por la de que este valle es, para nosotros, una ventajosa posición militar, estamos al abrigo de cualquier sorpresa que intentara el enemigo.

Los regimientos y batallones que forman las distintas divisiones se ejercitan diariamente haciendo ejercicios mañana y tarde. Todos los jefes ponen especial esmero en instruir a los cuerpos que mandan.

El rancho de la tropa desde nuestra llegada a este punto ha sido malo y escaso. Jefes, oficiales y soldados, por muchos días han estado a media ración. No exagero en afirmar a Uds. que se ha sufrido hambre, pero todo se soporta con resignación. Es la patria la que exige estos sacrificios de sus abnegados hijos.

Hoy ha mejorado un tanto la subsistencia del soldado; pero falta carne. El Ejército todo está mantenido con charqui, fréjoles y harina; pero y tanto el señor Ministro en Campaña como el General en Jefe toman las medidas necesarias para mejorar la situación de nuestros valientes.

No es posible satisfacer todas las necesidades que demanda un ejército tan numeroso, en territorio enemigo, y cuando transportes y buques no han sido suficientes para conducir tropas, caballos, pertrechos, ambulancias, hospitales, agua, forraje, etc.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

La misma falta de víveres y las dificultades que se han presentado para reunir los elementos que son necesarios para nuestra marcha sobre el enemigo, tienen estacionado al Ejército en este campamento, y según las opiniones más caracterizadas, nuestra marcha tardará diez o doce días más, esto es, si los sucesos de la guerra no obligan a acelerar las operaciones de la campaña.

Se despliega gran actividad en los reconocimientos militares, habiendo llegado nuestras avanzadas hasta ocho cuadras de distancia del enemigo. El General en Jefe, personalmente, estudia las posiciones del enemigo, y ayer el coronel Lagos, jefe de la 3^o división, ha ido por mar a reconocer la costa enemiga hasta Chorrillos. Lo acompañó el coronel Lynch y algunos otros militares.

Ya el telégrafo habrá comunicado la sorpresa sufrida por el escuadrón peruano Rímac, a las órdenes del coronel Sevilla, consignando todos los detalles. Hasta ayer es casi seguro de que solo la tercera parte de esa fuerza, la más aguerrida de la caballería peruana, escapará, llevando los fugitivos el espanto a las filas enemigas. Según declaración de los jefes, oficiales y soldados prisioneros, el Rímac tenía no menos de 400 plazas.

Este triunfo, conseguido a costa de la sensible muerte del segundo jefe de Curicó, don José Olano, fue celebrado en todos los campamentos, ejecutándose la canción nacional y el himno de Yungay por todas las bandas de música.

Excusado me parece decir a ustedes que los prisioneros recibieron magnífico trato en recompensa de la opinión que se había formado el coronel Sevilla, estampando en una nota oficial, dirigida a Piérola, esta frase: *“Los soldados chilenos son unos ladrones y los jefes y oficiales lo son más”*.

La banda de música del Rímac ha sido entregada a los carabineros de Yungay. Ya ejecutan, con alguna perfección, la canción nacional y el himno de Yungay.

El 29 del pasado, en las primeras horas de la mañana, fue sorprendido por dos soldados del Caupolicán, en un sitio montañoso de dista tres leguas del campamento, el comandante Aróstegui del Rímac. Se le intimó rendición, y como uno de los caupolicanes notase se preparaba a resistir, amenazándole con un revólver, descargó su rifle, pasándole la bala un costado, de cuya herida murió seis horas después. Por disposición del General en Jefe se ha mandado a instruir el correspondiente sumario para averiguar este hecho, que, dicho sea de paso, produjo gran júbilo entre los prisioneros peruanos. Tal era el odio que se le profesaba al finado comandante.

La alborada del primer día del año nuevo fue saludada, en los campamentos, con la canción nacional y el himno de Yungay. Regimientos y batallones se cumplimentaron por medio de esquelas o tarjetas, haciendo votos por el triunfo de nuestras armas.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

A las 8 ½ A.M. el capellán, Rvdo. Padre Triviños, ofició la misa, a cuyo acto religioso concurrió toda la 1ª brigada de la 3ª división. Este mismo acto, con la misma solemnidad, se repitió al día siguiente por se día festivo.

Este mismo día, el regimiento Concepción se entregaba a grandes regocijos. Celebraba el aniversario de su organización.

El día 4 el coronel Lagos, acompañado del coronel Lynch y otros oficiales, practicó un reconocimiento por mar, llegando hasta las inmediaciones de la costa de Chorrillos. Se nos asegura que dicho reconocimiento no será de gran utilidad para las ulteriores operaciones de la guerra.

Ayer, el coronel Barboza, que ocupa con su brigada un punto avanzado cerca de Pachacamac, practicó un reconocimiento y fue sorprendido con una descarga que le hicieron del bosque, en circunstancias que pasaba tan solo acompañado de un corneta, su asistente y ayudante. Veinte cazadores marchaban muy a retaguardia. Los cazadores penetraron, sable en mano, el bosque, mataron, dividiéndole el cuerpo a sablazos, a uno de los enemigos y el coronel capturó tres.

6 de enero.- En las primeras horas de la mañana se celebra el oficio divino con la concurrencia de la tropa.

En la madrugada, el General en Jefe y Ministro de la Guerra, todos los generales y jefes de brigada, salieron a practicar un reconocimiento sobre el enemigo. A estos jefes acompañaban 100 granaderos, 100 cazadores, 200 infantes y dos piezas de artillería. Esta avanzada sin obstáculo logró llegar hasta cerca de 200 metros de la línea enemiga. Los artilleros peruanos hicieron algunos disparos que fueron contestados por los nuestros. Por el conocimiento que adquirieron muchos jefes, el enemigo no tiene apostados menos de 10.000 hombres que ocupan una línea prolongada a inmediaciones de Chorrillos.

Inmediatamente que el enemigo se apercibía de la aproximación de nuestra avanzada, repasó a gran prisa se línea sin atreverse a avanzar un palmo de tierra. Eso si, los gritos de chilenos ladrones, rotos y otros que se callan por decencia, estuvieron a la orden del día.

Termino estos apuntes para continuarlos en otra oportunidad.

Aún se ignora el día de la marcha sobre Lima.

El Corresponsal.

El Herald, núm. 164.
25 de enero de 1881.

E. *Cartas del Ejército.*

(De nuestro corresponsal en campaña)

Campamento del Puente de Lurín.- Enero 6 de 1881. SS. Directores. Hoy tuvo lugar el reconocimiento del campo enemigo por el General en Jefe de la división y otros oficiales superiores, que les anunciaba en mi carta del 4 del presente, en la que, a riesgo de repetirme y de cansarlos, procuro darles la idea más cabal de los caminos, sus distancias, recursos y dificultades; de los descubiertos y reconocidos últimamente, como de la situación de las líneas enemigas y número probable de sus defensores, en vista de los datos recogidos en las diversas explotaciones que se ha hecho, para facilitar con estos datos los planes de campaña que allá se den sobre el mapa.

Y aquí les diré que todas las cartas que conocemos de Lima y el Callao adolecen de varias inexactitudes que ha sido fácil demostrar en vista del terreno.

El reconocimiento de hoy no nos dice nada nuevo. Ha servido, más que todo, para dar a nuestros generales la impresión general del terreno que ya conocían por las relaciones de los exploradores enviados en tantas ocasiones.

Esparcida en todo el campamento la nueva de la próxima expedición con las exageraciones consiguientes respecto al número de tropas y cañones que debían acompañarla, había gran ansiedad por conocer pronto sus resultados y se hallaba de ella y de los felices invitados, como en cualquiera de nuestros barrios, del baile que preparara el vecino.

Se dijo que el reconocimiento tenía un carácter reservado y que tal personaje extranjero hubo de empeñarse con este o con otro para obtener un boleto de entrada.

Es lo cierto que con las primeras luces de la mañana pasaba el puente la columna expedicionaria que se componía:

Del General en Jefe, general Sotomayor, señores Lynch, Lagos, Velásquez; del ministro de la Guerra, señores Altamirano, Errázuriz y Dávila; ayudante de campo y oficiales de Estado Mayor General y otros miembros de distintos cuerpos.

Trescientos granaderos al mando de los jefes Yávar, Muñoz y Marzán.

Cien soldados del regimiento Buin, montados en caballos elegidos entre las caballadas, y 2 piezas de artillería Krupp, una del regimiento Núm. 1 de 7,5 y la otra del 2º de 8,7 dirigidas por los señores Velásquez, Wood y los oficiales Gana, Besoain, Flores y Jarpa.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Tomaron la línea que sigue el telégrafo a Chorrillos, por entre los dos caminos del alto, línea que, uniéndose a la que viene de Pachacamac, conduce directamente a la hacienda de San Juan, situada en la primera línea de vegetación del valle de Lima, yendo de Lurín.

Iban de vanguardia los 100 hombres del Buin con sus jefes García y Vallejos. Después cazadores, granaderos, y a la distancia las dos piezas de artillería que trepaban las alturas tiradas por diez parejas de fornidos bridones, haciendo un paisaje de aquellas soledades, con otras diez parejas a retaguardia de repuesto.

A las 8 de la mañana se hizo alto a dos leguas y media del punto de partida, dejando a Villa a 2 kilómetros a la izquierda, sobre la cima de unos cerros que permiten ver primero el Morro Solar, el sendero estrecho que pasa a sus pies, que es todo un mal paso, la serie de lomas en dirección al noroeste, sobre las cuales se extienden los campamentos enemigos, la población de Chorrillos, y avanzando un poco más, en la vaguedad del horizonte, las torres de Lima y su famoso San Cristóbal.

Quedábamos, pues, a la derecha de los campamentos enemigos que ocupan los cerros de la izquierda.

Ahí están las primeras avanzadas de los peruanos, las que se replegaron a paso de vencedores al ver avanzar a los buines que iban a tomar posiciones como a mil quinientos metros.

A las 9 menos 10 minutos, resonó un cañonazo en el campo enemigo, que turbó el profundo silencio de los cerros, llevando en sus mil repercusiones, que iban dando botes en las lomas, la señal de alarma a toda la línea.

Al mismo tiempo, un tren alistaba a toda prisa y salía poco después, tragándose las leguas, en dirección a Lima a donde llevaba tal vez el boletín de una próxima victoria.

Quien canta yanta, decía Sancho; pero también debe distraer los cuidados.

De momento en momento llegaban tropas a los cerros de donde se divisaban nuestras fuerzas, y las acampadas ahí las recibían con estruendosos hurras, cajas, cornetas, fanfarrias y charangas, cuyos ecos se percibían claramente.

¿Sería la satisfacción de batirse con pocos? ¿Quién podría decir lo que había en realidad tras ese antifaz de gritos y de alegres canciones?

A las 9 sonó el primer disparo de nuestras piezas que se habían colocado a 3.000 metros más o menos a retaguardia de resto de nuestra tropa y sumando esta distancia y la que todavía separaba a estas de las líneas del enemigo, se tiene un prudentísimo alejamiento. Este tiro quedó corto. Grandes gritos entre

los peruanos; un segundo, largo; un tercero, corto también. Nuevos gritos; un cuarto, largo; otra vez y la algazara acrecienta locamente.

Era aquello una pascua de negros.

Por fin el quinto disparo revienta casi en la misma cumbre del cerro que servía de balcón a los risueños vecinos y de mira a nuestros artilleros. Silencio profundo en el campo enemigo y se ve retirarse por todos lados a los espectadores como si hubiera concluido la función que tanto contento les daba. Veintisiete disparos, más o menos, de nuestra parte y siete de la de ellos, que al parecer trataban de ocultar su juego.

Tres de ellos fueron dirigidos contra un grupo de 50 cazadores que bajó al plan en busca de una aguada, desplegándose además una guerrilla delante de ellos.

El mayor Jarpa, el capitán Flores y el asistente del primero avanzaron bastante hacia los enemigos, bajando el cerro por otro punto; pero muy pronto se vieron soldados enemigos y hubo que retirarse para no darles el gusto de matar tontamente a un oficial chileno.

Mientras ocurrían estas escenas, los generales avanzaban un poco por otros sitios, reconociendo nuevos puntos de mira.

A las 11 del día se emprendió la marcha de regreso y poco antes de la una, después de un descanso, volvían al campamento, sin novedad alguna, los numerosos expedicionarios, y los pormenores de la excursión corrían después por todos los rincones, dejando los crespos hechos a los que se habían prometido un encuentrito destinado a forzar a los enemigos a sacar más cartas que las que se vieron en realidad.

La distancia exacta que tomaron las piezas de artillería fue: la del número 1 a 5.800 y la del número 2 a 6.200 metros.

En este reconocimiento, como en los otros anteriores, se ha podido comprobar parte de los informes que tenemos acerca del campo enemigo y la veracidad de lo que buenamente han contado tres prisioneros que tomó el coronel Barboza de la manera siguiente:

Andando por la quebrada del Lúcumo o Picapedrero con una escolta de 25 cazadores, a poco más de seis cuabras del campamento del Curicó, divisaron un piquete de siete caballeros enemigos que se permitieron hacer sus disparos sobre el grupo de los nuestros.

No era el caso dejarse matar, ya que hasta la coza del asno más humilde puede concluir con un general.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Mandaba a los cazadores el alférez Urrutia y en una corta batida dieron alcance a cuatro de los siete. De estos murió uno, escapando el teniente Lara que los mandaba y los demás.

Pertenecen al escuadrón Lurín que manda el coronel Miranda y venían, aunque montaban jacos que daban un trote y el otro lo pensaban, nada menos que a averiguar si eran en verdad las nuevas que corrían entre ellos como muy ciertas, referentes a que nuestro ejército se reembarcaba.

Estos díceres ¿serán las ilusiones del deseo? Uds. saben tanto como yo el crédito que puede darse a las noticias que se obtienen por estos conductos, desde que simples soldados no es fácil que sepan grandes cosas; pero por esta vez lo que cuentan no desdice de las noticias que sabemos por otros conductos. Dicen que tienen cuarenta y tres mil hombres surtido, como si dijéramos entre lana y de algodón; que la tropa de línea, lo que ellos llaman el ejército, está desde la Malina al sur y la reserva en Mendoza; que hay cañones en Vázquez y San Juan; que el cerro de San Bartolomé tiene 9; y que hay mucho fastidio en todo el Ejército, notándose muchas desercciones que no alcanza a evitar la extrema vigilancia de los jefes, como sucede en el regimiento a que ellos pertenecen donde faltan muchos.

Por otra parte sabemos los resultados de la exploración por mar que a bordo de la *Magallanes* hicieron los señores Lynch y Lagos, acompañados del capitán Orrego del Estado Mayor General y del capitán Rojas del Estado Mayor de la tercera división. Salieron el 4 a las 9 de la mañana de la caleta de la Artillería y llegaron hasta el Callao, regresando a las 7 y media de la noche.

Frente a Villa estuvo a mil metros de la costa y a cuatro mil en Chorrillos. Se pudo ver que el enemigo tiene cañones en Miraflores y en Chorrillos. De este último punto hicieron sobre la *Magallanes* tres disparos con cañones de campaña, uno de los cuales cayó en la misma línea de la corbeta a cincuenta metros de la proa.

Observados de flanco, los campamentos enemigos en Villa, se distinguían claramente a ojos desnudos los fosos y trincheras de sacos que defienden todas las cumbres de los cerros en ese punto.

Y a propósito del coronel Lagos, corre entre todos los soldados el dicho de que Chorrillos está dedicado a él, tanto porque tiene su morro, como por las continuas exploraciones del coronel hacia ese punto; pero cerca de Lima hay morros más altos y difíciles.

El domingo último, hubo una prueba de los cañones Armstrong y Krupp del modelo de 1880, los primeros del calibre de 12 ½ pulgadas y los segundos de 8,7 de campaña.

Asistieron los jefes de esta arma, los oficiales del cuerpo, el General en Jefe y otras muchas personas.

Los disparos del Krupp a toda alza y rosca, dieron este resultado: el proyectil demoró en caer 24 ½ segundos, lo que indica que recorrió 8.016 metros, y el Armstrong en 20 segundos 6.680 metros, más o menos, siendo el proyectil de este último de menos calibre que el del Krupp, cuyo manejo es más fácil.

Estos resultados han confirmado una vez más las simpatías de todos por los cañones prusianos, cuya superioridad es incuestionable.

¡Ojalá, pues, que encuentren en las próximas batallas la ocasión de representar el gran papel que corresponde a ellas a la artillería moderna!

Prisioneros se han tomado unos cuantos más en las avanzadas del campamento del coronel Barboza. También se han entregado algunos desertores que no cuentan nada nuevo.

A la caleta de la Artillería ha llegado el *Paquete de Maule* remolcando a la *21 de Mayo* que tiene a su bordo el buque hospital.

Viene allí en comandante Salvo que por nada de este mundo ha consentido en ir al sur a restablecerse de su herida y de las tercianas que le atacaron. Afortunadamente está ya bastante restablecido.

Cuentan los pasajeros de la *21 de Mayo* que salió el 2 de Pisco y llegó a Curayaco el 3, que había estado en aquel puerto el vapor *Pizarro* que venía de Mollendo, llevando a su bordo 150 oficiales peruanos del ejército de Arequipa.

El *Pizarro* llegó al puerto, desembarcó casi a empujones a los chilenos que se detenían ahí y zarpó sin que el capitán de puerto lo hubiera despachado, llevándose el equipaje de algunos pasajeros que no alcanzaron a bajarlo.

Presumo que estará ya en poder de ustedes un telegrama encontrado en Pisco que tenía relación con el capitán del *Pizarro*, cuya decisión por los peruanos se ha probado una vez más con esta burla a nuestras autoridades.

Desgraciadamente, no había llegado aun a este puerto el *Abtao* y no había buque alguno de nuestra Escuadra que hiciera un ejemplar castigo.

Sabemos además por los mismos pasajeros que la *21 de Mayo* y del *Limarí* que la remolcaba, que continuamente se hacían disparos sobre los centinelas apostados en la población, lo que había originado un severo castigo de varios sospechosos; y que había ocurrido un incendio en la estación del ferrocarril, sin que hasta entonces hubiera averiguado su origen.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Una partida que había salido en busca de ganado había sido atacada en la población de Humay y el comandante Echeverría se aprontaba para salir con doscientos hombres de caballería.

Acerca del resultado de esta última expedición han llegado aquí muchas y al parecer exageradas versiones; pero pronto sabremos lo que hay de verdad en ellas, porque se han dado órdenes para que el Quillota venga a formar parte de la primera división.

Se sabe sí de cierto que el Quillota había perdido un oficial y cuatro soldados y que Humay fue incendiado.

Las mulas parece que andan en la mala, como dicen los soldados, pues las que llegaron a Pisco en la barca *Federica* habían sido desembarcadas a pesar de las grandes dificultades que hay para ello, porque al capitán de puerto se le ocurrió que debían refrescarse. Este refresco originó la pérdida de 30 mulas que se ahogaron.

Del Callao sabemos que *La Unión* había salido del dique y que fue cañoneada por el *Huáscar* y la *Chacabuco*, habiendo el comandante Viel mandado pedir refuerzos al almirante.

Un pasajero del *Santa Rosa* comunicó al mismo señor Viel que este vapor había embarcado en Panamá, con destino a Chimbote, donde fue trasbordada al *Ilo*, una gran cantidad de cajones que se presumía fueran parte de las mil quinientas toneladas de pertrechos y armamentos que dicen tienen los peruanos en aquel puerto.

Se supo también que en Chancay se trataba de armar una lancha torpedo y que se había enviado al *Toltén* para cañonearla.

Agregan que de la *Covadonga* han sacado los peruanos dos cañones de a 40, aplicándole después un torpedo.

Enero 7.- otras novedades de este campamento son:

- Un entierro de cancos de Pisco encontrado en la sacristía de la iglesia de Lurín.
- Las descargas por compañías y batallones que han estado haciendo hoy los peruanos, ejercicio que los ocupa con frecuencia.
- El domingo se le entregará al 2º de línea su estandarte, para lo cual habrá una pequeña ceremonia. Se dice que hablarán los señores M. R. Lira por el General en Jefe, el comandante señor Canto y el señor Altamirano.
- Mucho se ha comentado aquí la noticia que ha circulado de que el marino italiano que ha venido a estudiar las operaciones de nuestro ejército, se quería volver a toda costa al Callao,

costando algún trabajo para hacerle comprender diplomáticamente que no era posible acceder a sus deseos.

- El oficial de banderas de la *Pelican*, que en días pasados trajo pliegos para el almirante, que fueron transmitidos al General en Jefe, ha vuelto nuevamente con otra misión de la cual solo se trasluce que pide garantías para las casas de los agentes diplomáticos acreditados en Lima y otros edificios; que se le había respondido que si la ciudad era tomada por asalto no era fácil garantizar nada y que su último viaje tiene por objeto asegurar que los peruanos no resistirán en Lima.
- El coronel Barboza ha recibido órdenes de hacer mañana una excursión por el ala izquierda de la línea enemiga.

Esta operación ha de ser algo más que un reconocimiento, algo como una sorpresa o ataque falso, pues por primera vez se piden cirujanos y medicinas.- El Corresponsal.

Campamento de Lurín, enero 11 de 1881.- Hoy a las nueve de la mañana, después de la misa que se dice en los altos de la casa que ocupó el General en Jefe, tuvo lugar una conmovedora ceremonia a la que estos momentos, las vísperas de una batalla, le ha dado una solemnidad especial.

Se trataba de un regimiento, el 2º de Línea, que reclamaba su estandarte, perdido con honra en Tarapacá y recuperado con gloria en Tacna, según dijo uno de los oradores, para llevarlo a los próximos combates; mudo y tremendo compromiso de mil bravos que quieren tomar una vez más con los rifleros de la victoria, la sombra de un recuerdo triste, pero glorioso: el sueño sangriento de Tarapacá.

Asistieron a la misa y demás ceremonia, el 2º de Línea formado en el centro de un cuadro de destacamento de los demás cuerpos del Ejército y una numerosa concurrencia de jefes, oficiales y empleados.

Concluida la misa el presbítero señor Vivanco bendijo el estandarte, representando respectivamente a la señora Juana Ross de Edwards y a don Francisco Varela, los señores Eulogio Altamirano y doctor R. Allende Paladín.

El señor Vivanco, al ponerlo en manos del general, dijo *“que en nombre de la religión y de la patria entregaba esa bandera al inmaculado y glorioso general, bajo cuyas plantas había temblado el Perú desde Pasco hasta Antofagasta”*.

En seguida, el General en Jefe, acercándose al señor Canto, jefe del 2º de Línea, le recordó los deberes que impone la bandera, y diciéndole que se lo entregaba con gusto en nombre de la república y del gobierno, terminó con estas palabras:

“Me daréis cuenta de él”.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

El señor Canto, vivamente emocionado, cogió la bandera, y mirando a sus soldados, respondió: “*Mi vida, señor general, la de mis oficiales y soldados, os responderán de ella en el campo de batalla*” y la pasó a don Filomeno Barahona, llamado el último de los Abencerrajes, hermano de don Telésforo que murió en Tarapacá de porta-estandarte, y que ha sido designado para el mismo cargo, como legítimo heredero.

Entre tanto, la nueva escolta del estandarte se había adelantado a la cabeza del regimiento, y mientras descendían la escala los señores Canto y Barahona, el 2º presentó armas y las cajas batieron marcha.

Ese instante es indescriptible. Se habría oído el vuelo de una mosca sin el ruido de las cajas, y el alma más vulgar se habría sentido emocionada.

¡Mil hombres, jefes y soldados, viejos o niños, casados unos, con familia otros, tantos con amores y esperanzas, que olvidarán todo y darán todavía su vida por un trapo convertido en reliquia, porque representa el honor del pueblo en que nacieron!

El señor Altamirano pronunció después el siguiente discurso:

“Señor comandante, oficiales y soldados del 2º de Línea.

Cuando salí de Valparaíso recibí una comisión que debo cumplir en este momento. La señora Juana Ross de Edwards, esa dignísima matrona que ha hecho de su opulencia fuente de inagotables consuelos para los que sufren, que ha dado a su vida el más hermoso destino que se puede imaginar, el de practicar la caridad, y que hoy, cuando el clarín de los combates ha sonado, se dedica especialmente a curar las heridas que vosotros los héroes del Ejército chileno habéis recibido en tantos, tan gloriosos e inmortales combates, esta señora ha aceptado con sincera gratitud la invitación que le hicisteis para tomar parte en este acto de tan alta significación y que es por lo mismo tan conmovedor. Por ella, que no ha podido llegar hasta aquí, me ha dado sus poderes.

Esta circunstancia me permite ahora dirigirme al valor, al patriotismo, al honor militar tan dignamente representado por vosotros, en nombre de lo que para todos hay de más dulce en el recuerdo de la patria ausente: las madres, las hermanas, las esposas y las hijas, que si hoy guardan sus lágrimas para compartir vuestros dolores, se ocupan a la vez en tejer las coronas que esperan colocar en vuestras frentes victoriosas. En esa legión formada por los ángeles de nuestros hogares, encontrareis de seguro cuando volváis a la patria, a la señora que habéis elegido como madrina de vuestro estandarte.

Y ahora, permitidme que, cumplida mi misión, os diga en dos palabras lo que significa a mi juicio los habéis hecho.

Para todo regimiento la recepción de su estandarte es un acontecimiento de la más alta importancia.

La bandera de la patria es su gloria, es su honor, y por eso no puede ni debe rendirse jamás, por eso no se puede permitir que se la ultraje, por eso existe el estricto deber de morir en su defensa; y en la agonía, cuando falta el tiempo para pensar en la esposa que va a ser viuda, en los hijos que van a quedar huérfanos, debe haber tiempo, fuerza y voluntad para incorporarse como lo hizo Arturo Prat, que solo murió tranquilo después de saber que la bandera no había sido humillada.

Este deber impone a todo regimiento la bandera que recibe en los momentos de su formación; pero para vosotros, señores jefes, oficiales y soldados del 2º de Línea, el deber es más estricto, pues hay circunstancias que revisten a este acto de una gravedad muy especial. Su estandarte es una reliquia nacional. Fue capturado por el enemigo en un día de desgracia, pero también de gloria para nuestro Ejército; pero lo fue cuando murieron todos sus defensores. Para recobrarlo más tarde fue preciso alcanzar y batir al poderoso ejército peruano-boliviano en el Campo de Alianza.

El premio de vuestra bravura en esa jornada gloriosa fue la reconquista de vuestra antigua enseña. Nobilísimo premio es ese y muy nobles corazones también los que con él se declaran satisfechos. Dados estos antecedentes, dejadme que os diga que hay valor, que hay honra para el regimiento en haber pedido que la bandera le sea entregada en este día, precisamente cuando vamos a levantar el campo con el propósito de hacer el último sacrificio que la patria exige de sus hijos en esta guerra colosal.

La resolución de llevar una vez más esa bandera al campo de batalla significa en vosotros la firme resolución de morir en su defensa. Así lo entenderá el gobierno, así lo ha entendido vuestro general y así lo entienden todos.

Si en el campo de batalla, donde espero ser testigo de vuestro valor, llegara a mí la triste nueva de que ese estandarte había sido una vez más capturado por el enemigo, creedme, y o no preguntaría donde estaban los jefes y oficiales del 2º de Línea. Iría recto al lugar en que estaría seguro de encontrarlos dando al mundo testimonio de que habían hecho por la patria, por el honor del Ejército, todos los sacrificios, aún el de la vida.

Pero ello no será. Mi fe en la victoria es robusta y se robustece más cuando os contemplo. Id, pues, alegres y contentos ahí donde la patria os manda, la gloria y la victoria os esperan”.

A continuación habló don M. R. Lira repitiendo los mismos conceptos que el señor Altamirano.

El 2º de Línea se retiró a su campamento, seguidos de los demás cuerpos representados, al son del himno de Yungay.

La escolta del estandarte se compone de los sargentos José Dolores González, Justo Urrutia, Cipriano Robles, y de los cabos Tiburcio Torres, Juan de la Cruz Osses, Justo Pérez, Aniceto Muñoz y Pascual Reyes.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

González hace treinta años que sirve en el Ejército, de los cuales catorce ha pasado en el 2º de Línea. En Tarapacá perdió un hijo que era músico de la banda, la que, como es sabido, hubo también de entrar al combate.

Cipriano Robles fue el que descubrió el estandarte del 2º en la iglesia de San Ramón, en Tacna, siendo entonces cabo del Lautaro, y pasado al regimiento y ascendido a su grado actual por su rara fortuna de descubridor.

Desde hoy queda establecida una línea telegráfica entre el Cuartel General y el campamento del 4º de Línea.

Dada la fecha en que se termina la obra, estando para alzar los reales y la distancia que recorre, unas 25 cuadras, la cosa tiene poquísima importancia, y ninguna si se piensa en que desde una hora después de ocupado Lurín se ha podido estar al habla instantánea con la caleta de Curayaco, evitando los recados a lomo de caballo, al través de 5 leguas de arena que hay que andar todavía, aun por cualquier trato olvidado.

Si la ceremonia del 2º de Línea pudiera considerarse una fiesta, diríamos que seguían las funciones; pero si aquello era algo que llenaba de orgullo por la patria ausente, que inspira tales sentimientos y educa tales hijos, infundía demasiado respeto para que naciera la alegría delante de esa promesa que entraña un triunfo; pero ¡cuántos cadáveres!

Temprano se supo que tenía gran fiesta el numeroso cuerpo de auxiliares voluntarios que sigue al Ejército desde Ica y Pisco, engrosado sucesivamente en Tambo de Mora, Cañete y demás puntos hasta Lurín, que no es otro que el de los chinos, que se han dicho: a río revuelto, ganancia de pescadores; sacudiendo el polvo de las ojotas en los campos que han regado con su sudor y sus lágrimas, pero que ya no volverán a ver si no es en pesadillas.

Existe aquí un templo chino que recuerda con mucha razón por dentro y por fuera a aquellos teatros populares de calle atravesada que se ven en nuestra tierra, cuya ridícula pobreza se ha querido disfrazar con una extravagante profusión de esos papeles y telas que brillan en la basura, no bastando para ellos toda la industria de hormigas que poseen los chinos, ni su fe descomunal.

A las 12 del día comenzaron a llegar para asistir a ese aquelarre de fantasmas, todos los hijos del celeste imperio, convocados a él por la voz omnipotente del compadre Quintín Quintana, especie de Rothschild de esa tribu amarilla, y media hora después el recinto del templo podía dar una idea de lo que será el valle de Josafat, cuando llegue el caso.

Quintín Quintana es, sin duda alguna, un tipo estimable; pero de seguro que ha errado el oficio, tomando el papel de redentor, ya que todo redentor ha de ser crucificado.

Vivía tranquilo con su familia, dueño de dos fincas y dos tiendas en el pueblo de Ica, cuando la expedición chilena, al mando del coronel Amunátegui, llegó a ese punto.

Quintín Quintana, que tal es su nombre vigente y aunque se piense un año no se encontrará otro que con su forma cristiana y sonido de címbalo de pagoda se amolde mejor con su tipo y su chilenuismo actual, decidió entonces realizar antiguos y generosos sueños, que dormían en su cabeza: libertar a sus hermanos de esa triste y dura esclavitud que en el Perú se ha llamado la naturalización de los coolíes, no siendo más que la más inicua explotación de la sangre humana que se conoce.

Hospedó en su casa a varios jefes chilenos, sirvió de práctico en los caminos, prestando además con toda decisión y actividad otros muchos servicios que lo comprometieron a despedida de Amunátegui habrían arreglado cuentas con él.

Quintana fue hasta hacer bautizar uno de sus hijos que lleva el nombre de José Domingo, en memoria de "mi compale" como dice Quintín.

Quintana siguió a la división chilena, su familia fue hospedada a bordo de un buque de orden del ministro de la Guerra, desde Ica a Lurín su palabra arrastró a los chinos que trabajan en los cañaverales y hoy les reúne en su iglesia para organizar estas masas desflocadas, pensando muy bien que lo más seguro para sus hermanos es ser útiles para ser tolerados y quien sabe si necesarios después.

Hay en la religión de los chinos un juramento que no se presta sino en circunstancias solemnes, ante los peligros públicos, en los grandes odios, por la patria o el amor.

Se inmola un gallo delante del altar, y, bebiendo su sangre, se promete ultimar al que traicione y beberle su sangre de la misma manera que al gallo, para lo cual quedan todos obligados.

Y ahí por la sangre del gallo se juró unirse bajo la dirección de Quintín Quintana, ofrecer sus servicios al General en Jefe y obedecerle del modo que "si ordene trabajar, trabajar, si matar, matar, si incendiar, incendiar si morir mueren" según la fórmula textual del compromiso.

Del templo, pasaron todos en procesión a ver al general. Habló Quintana, que viste un traje militar indefinido, y entre otras frases dijo:

"He vivido durante veinte años en el Perú; he conseguido aquí por mi trabajo, es cierto, los medios de vivir; los caballeros se han portado bien conmigo y familia; no tengo ningún odio personal; pero me lleva a sacrificar mi fortuna y hacer lo que hago por estos infelices cuyos sufrimientos no podría nadie imaginar. Hay aquí hermanos que durante ocho años han estado cargados de cadenas sin ver el sol y los demás han trabajado como burros. No quiero para ellos nada más que comida y la

LA EXPEDICIÓN A LIMA

seguridad de que no sean abandonados en esta tierra maldita, que el general nos lleve donde quiera, que yo los mando a todos”.

Don Domingo Sarratea contestó a nombre del general que tendrían todo lo que deseaban.

La procesión desfiló dividida en centurias y decurias, sistemas que da a esta masa la precisión de un reloj cuya cuerda maneja Quintana.

Los chinos que formaban en la plaza pasan de mil doscientos, así es que si hablara con alma de peruano, conforme al cambio corriente, podría decir que he visto millón y medio de pesos.

Y desde hoy mismo los chinos han entrado a ejercer sus funciones, bajo la dirección de un jefe supremo, un segundo, cuarto de división, doce de centurias y 20 de decurias.

Ciento cincuenta han sido puestos a las órdenes de don Arturo Villaroel, escogidos entre los más resueltos y valientes, y 440 para el servicio de las ambulancias.

El resto desempeña todos los demás servicios menores de nuestro Ejército, y los soldados, que han encontrado al fin de quien mandar, sacan de ellos todo el partido posible desde el: ¡Páseme Ud. agua!

Son en realidad asistentes de los soldados que les pagan los servicios que reciben guardándoles la consideración que se tiene con el ganado flaco.

Entre los chinos hay doctores de grandísima fama entre ellos que curan con yerbas, y para que se vea hasta adonde llega su apego a las costumbres de su tierra, no se encontraría uno que se dejara tocar ni por el doctor Allende. Apenas decidieron seguir a nuestro Ejército, los dos amarillentos esculapios salieron a los bosques a recoger los simples necesarios.

Quintín Quintana asegura que siendo de bala o de arma blanca no hay herida que resista a los menjunjes que preparan con recetas tradicionales.

Por lo pronto, los chinos han recibido de la Intendencia General del Ejército un traje completo de brin, desde kepí a zapatos, y aunque en unos casos el difunto era más grande y en otros más chico, su alegría solo es comparable con la de niños cargados de dulces. Por lo que hace a errores de medida, ya se van corrigiendo poco a poco, pues se les ve acurrucados bajo la sombra de los sauces, en medio de una algarabía digna de una bandada de choroyes, buscando los calces.

Espero aprovechar en Lima estas nuevas amistades para ser iniciado en las intimidades de vida de esta población ensamblada con la indígena.

La sorpresa de Ate.

A las 4 de la tarde del sábado 8, conforme las órdenes recibidas, salió de su campamento de Pachacamac el coronel don O. Barboza, con sus ayudantes, el doctor Diego San Cristóbal, acompañado de los cirujanos primeros, señores José M. Ojeda, Germán Valenzuela, otros empleados y dos cantinas de campaña y las siguientes fuerzas: seis compañías del 3º de Línea, una montada del Buin, 500 hombres del Lautaro, 100 granaderos y 4 piezas de montaña, bajo las órdenes de los señores Napoleón Gutiérrez, Robles y Marzán.

A las 7 de la noche se detuvieron al salir del valle, acampando ahí con todas las precauciones consiguientes a una marcha de sorpresa hasta la una de la mañana, hora en que se pusieron nuevamente en marcha, cuando ya la luna había apagado su farola, como dijo un soldado.

La tropa fue distribuida así: Vanguardia, Bulnes, Caballería, Artillería, 3º de Línea y Lautaro.

A las 5 A.M. la línea se detuvo a la entrada de un paso estrecho, verdadero zaguán de una boca de lobo, cortado entre dos cerros, de una cuadra de largo y cinco varas de ancho. Seguía un cajón pedregoso entre dos cordones de lomas elevadas, como de 5.000 metros de largo por mil de ancho y a cuyo fondo se divisaban las trincheras enemigas.

Se mandó a los granaderos a descubierta y volvieron diciendo que no había sino minas; pues no alcanzaron a ver a los enemigos que permanecían ocultos.

Avanzó entonces la compañía del Buin, con orden de ocupar una quebrada entre dos cerros. Dos piezas de artillería se colocaron a la entrada izquierda sobre las lomas y las otras dos un poco más adelante, a 3.500 metros de distancia.

Tres compañías del 3º tomaron en seguida posesión de las cumbres que dominaban las líneas enemigas, quedando el resto como reserva.

La artillería disparó durante una hora y media sin apurarse, y al concluir, bajando de los cerros laterales, se juntaron las compañías del Buin y los del tercero, avanzando en orden disperso hasta la distancia de 600 metros de las trincheras donde comenzaron lo que los militares llaman fuego de avance.

Fue esta maniobra el primer episodio interesante del drama que comenzaba. Las tres compañías, alineadas en un orden admirable, avanzaban lentamente formadas en dos filas; la primera cargaba tendida en el suelo, se hincaba para apuntar, y solo después de elegir detenidamente un blanco disparaba y se tendía de nuevo, dejando paso a la segunda que avanzaba a su vez unos cuantos metros, se arrodillaba y apuntaban, en seguida fuego y después a tierra para que avanzara de nuevo la de atrás.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Era esto una evolución en la elipse del Parque Cousiño, admirable por el orden, la calma y la increíble sangre fría de nuestra tropa, que no disparaba sino después de pillar al vuelo uno de los blancos fugaces que asomaban detrás de las trincheras, como la cabeza de don Cristóbal en el entablado de los títeres.

Estos, por su parte, hacían un fuego desaforado tirando atolondradamente sobre nuestras tropas.

Nuestros soldados están persuadidos de que el que se bate detrás de parapetos está perdido, primero, porque no apunta preocupado con la idea de que están esperando que asome la cabeza para dispararle, es decir, que teniendo resguardado todo el cuerpo, todo el cuidado lo concentra en la cabeza, y entonces apenas se asoman apuntando al cielo las más veces, y segundo porque ya no tienen derecho a pedir la vida al que logró vencerlos teniendo de su parte todas las desventajas.

Se vio entonces salir a espaldas de las trincheras, con dirección a los cerros de la izquierda, la caballería enemiga que parecía desafiar a que avanzaran los nuestros. No sabía que por la falda opuesta subía una compañía del 3º, la que apenas vio desde la cumbre la maniobra de los jinetes, rompió sobre ellos sus fuegos, descendiendo rápidamente al plan, sin lograr darles alcance, porque huyeron al monte a galope y tan atropelladamente que apartándose de la ruta conocida, hicieron estallar a su paso dos o tres minas.

Entonces se tocó “alto al fuego y avance nuestra caballería”, movimiento audaz que tuvo de su parte el éxito contra el cual nada se puede decir. Los granaderos faldearon el cerro por donde había pasado la fuerza enemiga, y tomando a la izquierda describieron una curva a espaldas de las trincheras ocupadas todavía por la infantería peruana. Hubo en esta un instante de pánico, pues abandonando sus fuertes posiciones, echó a correr al monte que tenía a veinte pasos a retaguardia.

Iba al frente de la primera mitad de granaderos el alférez don Nicanor Vivanco, y tan rápida fue su carga sobre los que huían que a pesar del corto trecho que estos tenían que recorrer para quedar a salvo, alcanzó a acorralar a veinticinco, dos oficiales y 22 soldados, los mismos que después mordían el polvo, rasgadas de alto a bajo las cabezas, como si fueran sandías.

¡Qué sablazos, Dios de la guerra!

¡Unos se habían detenido en la mandíbula inferior, otros habían hundido los kepíes en una zanja que llegaba hasta la nariz, y muchas cabezas pendían apenas de una hebra de carne!

Aquí concluyó el combate. Ya el reto de las tropas nuestras ocupaba todo el cajón. Se pudo ver entonces las trincheras enemigas: un terraplén de arena de dos metros de alto, un foso, después rieles cruzados, en seguida el monte para arrancar y minas de pólvora en todos los caminos, senderos y faldas de cerros por donde era posible el paso. Había ahí en ese reducido espacio unas 150 minas, de las cuales 30 estaban en el desfiladero de la entrada.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Tres de ellas reventaron a espaldas de nuestra caballería; otra, cuando confundida la mitad del alférez Vivanco con la infantería enemiga, solo se veía a través de una nube de polvo amarillo en centelleo de los sables; otra, que un soldado de granaderos, José Mercedes Díaz, hizo estallar al tocarla con su sable para inutilizarla; un caballo suelto que corría por el campo pisa otra, que revienta levantándolo seis varas del suelo, donde cayó con el vientre abierto; y la última, que pisó un soldado del Buin, llevándole una pierna y quemándole la cara a él y a Eugenio Figueroa la cara y la mano.

A las 11 del día todo estaba concluido. La tropa se internaba hasta 7 cuabras en el bosque, donde tranquilamente varios soldados cogieron un buey, lo despostaron sin alcanzarlo a comer, pero trayéndose la carne a medio asar.

Los heridos nuestros son once: José Quezada, un balazo en una mano; Pío Toro, en la ingle; Ezequiel González, golpe de bala en un pie; José María Avilés, bala en un costado; Pedro José Correa, bala en un muslo; Eugenio Figueroa, polvorazo; Raimundo Retamal, bala en el muslo; Rosendo Palma, bala en el costado izquierdo, y Segundo Loyola, el Buin que pisó la mina y que murió en la misma noche.

Los heridos fueron curados en el mismo campo de batalla por los señores San Cristóbal, Ojeda y Valenzuela en momentos en que el San Bartolomé comenzaba a disparar sobre el campo ocupado por los nuestros, lo que duró cerca de una hora.

A la una se emprendía la marcha de regreso, trayendo a uno que se dijo ingeniero inglés.

La infantería peruana tuvo ochenta bajas, y su número se estima de tan diversas maneras que prefiero esperar el parte oficial que aún no se ha pasado.

Habiendo el coronel Barboza consultado al general si se mantenía en el punto que ocupara, recibió orden de abandonarlo, por lo que a la una del día se emprendió el regreso, soltando esa buena presa que tan poco dista de Lima.

El lugar de la refriega se llama la Rinconada, a ocho cuabras de Ate.

No se habían apartado mucho los nuestros, cuando la tropa peruana, oculta en el fondo del valle que le servía de refugio, volvió a sus trincheras, a las cuales seguía el San Bartolomé disparándole tardíos cañonazos.

En el camino se encontró a dos compañías del Curicó, apostadas ahí por lo que pudiera suceder.

Tal ha sido la función de hoy.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

No tuvo más consecuencia que las que se quiso sacar de ella; pero ha probado que Lima pudo ser tomada si se refuerza a Barboza, así como los peruanos sacaron la cuenta de que el camino de Manchay es una rendija peligrosa en sus filas.

- El capitán de Carabineros, señor Lermando, una de las tallas más hermosas entre nuestros jinetes, ha sufrido un doloroso percance que lo retendrá en cama mucho tiempo. Una caída de a caballo, cuyo golpe recibió en la cabeza, le ha producido un desorden mental que espera curar, pero no tan pronto que permita al bravo capitán realizar su sueño de soldado: la entrada a Lima.
- El ministro de la Guerra dirige una nota al General en Jefe en que califica de conducta digna de su elogio la observada por el alférez de granaderos, don Nicanor Vivanco, en la acción de la Rinconada, y queda acordado su ascenso de teniente agregado del mismo regimiento.

Con fecha 4 del presente hubo otro en Cazadores a caballo tan justo y aplaudido como el de Vivanco: el del alférez don Agustín Almarza, cuyo nombramiento dice *"Atendiendo al valor e inteligencia desplegados por el alférez don Agustín Almarza, en una comisión que se le confió, etc."*.

- Don Federico Stuen, comandante de ingenieros, ha sido autorizado para tomar los diferentes cuerpos el personal que necesite para el servicio de telégrafos y ferrocarriles.
- El General en Jefe y los jefes de división volvieron ayer a recorrer los puntos del reconocimiento del 6. Parece que esta vez se traza sobre el terreno un boceto de plan de combate.
- Ayer a las 3 P.M. los regimientos de artillería hicieron ejercicio de tiro al blanco en la extensa punta que se entiende frente a la caleta que ha tomado su nombre.

El desfile al trote duró una hora, no llevando las piezas más que cuatro parejas de tiro y una de reposito, con lo que ocupaban 20 cuadras.

Es una lástima que los peruanos no hayan presenciado las punterías y otra lástima que no quede fotografiada, como recuerdo de esta campaña, la vista que ofrecía el campo de tiro, tan hermosa como imponente.

Nuestra artillería consta de 73 cañones y 14 ametralladoras.

- El comandante Latorre y muchos oficiales del *Cochrane* han visitado ayer y hoy el campamento. Y lo han hecho muy a tiempo porque todo dice que se acerca ya la hora del terrible desenlace.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Los jefes se reúnen, los planes se terminan, los ánimos se alistan, se escriben cartas que son generalmente apresurados y burlescos testamentos, dulces despedidas y tiernos recuerdos mal disfrazados con esperanzas que no se tienen: todo me dice que debo aprontar las hojas blancas en que tendré el honor de escribir las nuevas glorias de estos bravos.- El Corresponsal.

El alza de los reales

Campamento de Lurín, enero 12 de 1881.- Señores directores de *El Herald*. La orden del día de ayer daba a los cuerpos de nuestro Ejército la orden de estar listos. No había grandes maletas que hacer, de modo que los clarines podían batir marcha a Chorrillos y Lima pocos momentos después.

La misma orden prevenía lo siguiente: que cada soldado llevaría dos panes y una abundante ración de carne cocida.

Nada de equipaje.

Los asnos que noche a noche han sido la incansable y bulliciosa orquesta de este campamento, alertando a su modo cuando los centinelas por precaución de ordenanza solo palmoteaban las manos para indicar que velaban, deben quedar, aunque se contaba mucho con ellos para grandes servicios.

La misma orden da a conocer a Vivanco como teniente de granaderos y a Enrique Valdés V. como agregado a cazadores.

12 de enero.- Siguen los aprestos y se da la siguiente orden del día:

“Cada división nombrará respectivamente su jefe del día.

La reserva la comandarán los regimientos 3º de Línea, Zapadores, Valparaíso y la artillería destinada con ese objeto:

Nómbrese Comandante en Jefe de la reserva al teniente coronel don Arístides Martínez.

En este centro quedarán dos compañías del regimiento Curicó y 50 hombres de artillería con sus respectivos oficiales.

Cien hombres de cazadores a caballo formarán la escolta de señor General en Jefe.

Nómbrese capellán de la 1ª de la 2ª división al R. P. don Marco Herrera.

Las divisiones se pondrán en marcha, según lo ordenado, a las 5 P.M. de hoy”.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

El señor General en Jefe con esta ha expedido los siguientes decretos:

“El capitán de corbeta don Alejandro Walker M. prestará sus servicios como agregado en la Comandancia General de Artillería.

El subteniente agregado al regimiento Aconcagua, don E. Stuyen Rojas, prestará sus servicios como agregado al Estado Mayor General.

El teniente 2º de marina don Luis Artigas prestará sus servicios como agregado al regimiento núm. 2º de artillería.

Nómbrese aspirantes a subtenientes a los sargentos 2os del mismo cuerpo don R. Tres, J. Julián y Manuel Manterota y don Rafael Zúñiga.

Nómbrese provisoriamente sargento mayor de ejército al capitán del 3º de Línea, don Ricardo Serrano.- De orden del jefe, Borgoño”.

El santo y seña para la noche es:

Mano – fuerte – muchachos.

Desde las tres de la tarde están en movimiento las tropas. A las 5 atraviesan el puente de Lurín los cuerpos de la primera división y siguen los demás.

La caballería saldrá de aquí a las 2 de la mañana. Se acampará casi a la vista del enemigo, protegida por la oscuridad de la noche y pequeñas lomas, debiendo darse el asalto antes que raye el alba.

Como algunos de los cuerpos de la 3ª división han tomado también el camino del puente, se cree que el ataque será de frente a las líneas enemigas, en vez de un plan que se atribuye al ministro de Guerra, que insiste en flanquearlas por suroeste y otros puntos a fin de impedirles su reorganización sucesiva en Barranco y Chorrillos, tapándoles además la ratonera de Lima.

Son las 12 de la noche. Solo queda aquí la caballería. Las ambulancias y los pertrechos de guerra se llevan a toda prisa a pesar de las dificultades del camino.

El Corresponsal.

El Heraldo, núm. 165.
26 de enero de 1881.

II EN LIMA.

A. *Cartas de Lima*

(De nuestro corresponsal en Lima).

Señores editores de *El Heraldo*.

Lima, enero 21 de 1881.- Después de las dos grandes batallas del 13 y del 15 del actual, la primera con mucho superior número y escapamiento de sus trincheras a la de Tacna, y la segunda alevosa sorpresa destinada a herir únicamente el Cuartel General de nuestro Ejército, que en un momento se encontró a tiro de los rifles peruanos, estamos en tranquila propiedad de la Ciudad de los Reyes, nuestra bandera en los edificios públicos y en sus fortalezas, nuestra tropa convertida en custodia de la población.

El 17, a las 4 de la tarde, tuvo lugar la entrada de la primera parte de nuestras tropas: Bulnes, Buin, Cazadores y Carabineros, tres baterías de artillería y el Estado Mayor.

Frente al Palacio de la Exposición, esta fuerza hizo alto para descansar un momento. Continuó después la marcha por la calle de Placeres hasta llegar a la plaza principal, de donde se separó cada cuerpo para tomar su cuartel: Artillería en Santa Catalina, Bulnes a espaldas de la casa de gobierno y los regimientos de caballería en las afueras de la ciudad.

Las veredas de las calles, puertas de habitación, todo estaba repleto de gente, y tras las celosías de los balcones se dibujaban cabezas apiñadas que aguaitaban el desfile imponente de la tropa, llevadas de la irresistible curiosidad de ver por fin a los formidables rotos de Chile, tan deformemente diseñados por los escritores peruanos.

Era fácil ver en todos los semblantes la prueba inequívoca, no de una emoción profunda y generosa, sino de la incertidumbre recelosa, del temor que se empeña por parecer completo aplomo. No podían creer que entraran como guardianes y salvadores los bandidos de leyenda, mucho menos desde que todos esos mirones estaban bien al cabo de las perfidias de que ha sido víctima de nuestro Ejército.

Esperaban las venganzas.

En cuanto a los nuestros, no tenían, al pisar las calles de la ansiada Lima, el aire fiero de los conquistadores, ni gravedad estudiada para las circunstancias; verdad que en esto debe influir la ya larga costumbre de entrar vencedores que ha adquirido en dos años de campaña y de gloriosos triunfos, desde Antofagasta hasta el pie del San Cristóbal.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

El enigma de nuestras victorias han sido descifrado en un minuto por el pueblo limeño. Ha visto desfilar todos los datos del problema y la solución la ha encontrado sin esfuerzo de cerebro.

Vio al Bulnes, al de los trabajos y del orden, los zapadores de la paz en las ciudades que ganan los otros; al Buin que tiene en el Perú, sobre todos los demás cuerpos, una nombradía tal de bravura y disciplina que lo convierte casi en un mito para los peruanos; a nuestros gallardos cazadores y carabineros, con sus arreos de combate, en caballos que las fatigas y arenas no han logrado quebrantar, retumbando las paredes con los golpes de sus cascos, y por último un brillante *échantillon* de nuestras artillería Krupp que lo componían la batería de tordillo de José Manuel Ortúzar, la de mulatos de Guillermo Nieto, que la heredó del bravo Flores, caído en el campo que tiene su nombre, y otra batería más del regimiento núm. 2.

Todo esto tranquilo, sin afectación ni aparato escénico; sin más estrépito que el ruido de los sables y el piafar impaciente de los caballos, que fogueados en dos luchas sucesivas, apenas oyen el clarín rechinan husmeando la pólvora.

Estaba pues a la vista la razón abrumadora, el gran secreto de nuestros triunfos en esas tallas robustas, en esas caras sucias que no conocieron afeites, ni regalos; austeros, viriles, viajando sin más capa que el polvo de los caminos y la gloria de sus triunfos, de jefe a soldados.

Los que en Lima vieron esta entrada modesta, porque no tenía nada del aparato teatral que acompaña siempre estas formalidades, no la olvidarán por cierto mientras vivan, e inmenso suspiro de alivio debe haberse escapado del fondo de todos los corazones al ver apaciguados a estos bravos, que habrían entrado como leones a la primera descarga.

En todos los grupos de curiosos, los diálogos eran como estos:

- ¡Los chilenos traen 50.000 hombres!
- ¡No ha quedado nadie en Chile!
- ¡Qué macizos!

Y debajo de un manto de espumilla oí después, en otro desfile, esta frase a media voz.

- Pero si son unas fieras. ¡Armados hasta los dientes!

Los caballos y los sables han hecho sensación, especialmente. Aquellos, altivos y con ánimos para atropellar las torres, y estos, como el espadón de Orlando, cuando aquí no se ven sino caballos de paso, melencidos, de cola hasta el suelo, que andan borneándose como sopladores, y espadines que parecen escarbadientes, se comprende que unos y otros han pasado a ser tema de pesadillas sangrientas.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

En la misma tarde la artillería ocupó el cuartel de Santa Catalina, donde tuvo lugar una ceremonia verdaderamente conmovedora. Se izó la bandera chilena al tope del asta; la banda del regimiento tocó despacito el himno nacional, mientras jefes y soldados, a cabeza descubierta, veían alzarse la imagen de Chile.

Siguieron después muchos abrazos silenciosos, dados y recibidos en nombre de la patria ausente, pero tan amada.

El cuartel de Santa Catalina es un museo de artillería. Encierra un parque inmenso y armas antiquísimas de valor inestimable.

En el cuartel se harán prolijas investigaciones para descubrir minas que se dice existen ahí.

Lima está todavía como en viernes santo. No corre sino que uno y otro carruaje; los carros del ferrocarril, sin caballos, pues Piérola los tomó bajo recibo; las tiendas cerradas y muchas casas como si se acabara de morir el dueño. En cambio, recorren las calles todos los comerciantes en calducho.

Pero poco a poco se va mejorando el enfermo. De noche, especialmente, se ven llegar muchas familias con sus servidumbres, y pequeñas maletas que cargan dos zambos. Ya en uno que otro balcón asoman caras pálidas, de ojos negros, que no revelan grandes cóleras, pero que inspiran muchos sueños.

Las familias habían huido de Lima, primero porque se daba por un hecho el asalto a sangre y fuego de nuestras tropas, y después cuando ya se tuvo la seguridad de la suspensión de las hostilidades, porque Lima sufrió la afrenta última que le faltaba en su desgracia: un levantamiento interno con horrores indecibles.

Los disparos de la batalla llegaron aquí como si hubieran entrado a Santiago, sin Dios ni ley. Robos, incendios, persecuciones, asesinatos en la calle pública, nada faltó al desborde de las más bajas pasiones, que durante una noche, como oleada de cieno y fuego, corrió por toda la ciudad.

Y este gran crimen tuvo un protesto indigno.

La numerosa colonia china, que ocupa aquí una ciudad injertada dentro de la otra, con sus templos, teatros, calles, trajes y hasta justicias especiales, enarboló en sus casas la bandera de su nación al saber la noticia de nuestro triunfo en Miraflores, confiada en que los peruanos no habían de caer en cuenta. Preparaba, además, una gran fiesta a puerta cerrada, que debía ser íntimo desahogo de antiquísimos agravios.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

El populacho arrancó las banderas, y de ahí a violentar las puertas y saquear, incendiar y matar como doscientos asiáticos, todo fue obra de un instante.

En la ciudad no había más garantías que el cuerpo diplomático, un tanto timorato con la escapada que había hecho ese día en Miraflores cuando comenzó la batalla.

En ese momento, cuentan que almorzaban con Piérola los señores diplomáticos que habían intervenido. Aquel había aceptado las condiciones de Baquedano, cuando se rompió el fuego entre las líneas peruanas. Esto y arrancar fue todo uno; parece que fueron confundidos en una carga dada contra otros grupos de fugitivos por tropas elegidas, que Piérola, que conoce bien a los suyos, tiene siempre listas para este único objeto.

La débil protección de los ministros no bastó a cubrir a los infelices asiáticos que eran perseguidos en las calles como alimañas.

El fuego cundía, entretanto, en varios puntos, y el tumulto crecía rápidamente; pero como no se distinguía entre chinos y peruanos, hubieron estos de apagarlo para salvar las otras propiedades colindantes que comenzaron a arder.

Los chinos calculan que han perdido cerca de tres millones en plata blanca, física, como dicen ellos, en los incendios de sus edificios y el robo de sus opulentos almacenes.

Cuentan ellos a este respecto cosas fabulosas. Dicen que se ha quemado un catre digno de las maravillas de "Las mil y una noches", como de seguro no ha tenido para descansar sus huesos ningún rey de estos tiempos de lista civil. ¡Valía doscientos mil pesos!

- Serán soles, ¡y eso! —le interrumpimos al chino que nos refería el cuento, pero contestó:
- Plata blanca, física, doscientos mil pesos.

La descripción de esta maravilla ocupó al asiático un largo rato, contando los tallados, planchas de oro y los trabajos de pedrería que tenía el lecho por el cual Prado, cuando era presidente, ofreció 80.000 pesos según los juramentos del mismo *compale*, que es todo un acaudalado vecino de esta tierra.

Hablan también como de las pirámides de Egipto de un par de floreros que estimaban en treinta mil pesos físicos.

Conque, lectoras de Chile, aficionadas a las sedas, como toda buena moza, ya sabéis que no hay en Lima ni para remedio una tienda de artículos de China; que para adquirir algún chal rosado o amarillo,

de esos de fama universal, y los únicos dignos de vuestras espaldas, no le queda más esperanza al que le hayáis hecho encargo, que al de estos chinos, que son muy zorros, comiencen a vender a hurtadillas las reservas que almacenan en las entrañas de la tierra.

Pero pronto Chile tendrá, a lo que me parece, una colonia china tan numerosa como la que hay en el Perú, porque todos los de aquí se aprestan a salir del Perú junto a las tropas chilenas, pues, según sus propias palabras, los peruanos los degollarán cuando se queden solos.

Todas las casas de habitación, desde el gran edificio hasta la más humilde vivienda, ostentan banderas y escudos extranjeros, en términos de creer que en Lima no hay peruano con casa propia.

Ya se lee en una: “bajo la protección del Imperio Austro-Húngaro”, ya en otra “del rey de Italia” y hasta creo que la majestad de la reina Pomaré ha sido invocada en el espanto universal.

Pero sin duda que lo más curioso es ver la bandera de su majestad la reina de Inglaterra, flameando sobre el edificio de las monjas de la escuela normal, que forma uno solo con la iglesia de San Ramón.

Y por este estilo el favor de las potencias neutrales se ha repartido aquí como allá el pan bendito o la cera de San Gregorio en tiempo de membranas.

Pero lo cierto es que los nuevos escapularios de poco habrán servido si tan a tiempo Lima no dobla las rodillas en vez de hacer fuego desde sus casas —escudadas como en Chorrillos y Miraflores con los colores de este o del otro.

Piérola ha reaparecido en Chota con su banda y bastón dictatorial, aunque este roto y la otra revolcada por demás, pero con su prosopopeya antigua. No ha pasado día por él.

Ha escrito a Torrico, primer alcalde de la municipalidad de Lima, que tiene ahora un papel como mediador entre la autoridad chilena y el pueblo indígena, anunciándole que sigue siendo el gobierno del Perú, que la capital de la república estará donde él se encuentre, y que ha nombrado a don Aurelio García y García su secretario general, nombramiento acertadísimo sin duda, ya que su gobierno ha de andar a salto de mata. Ha dividido también por un decreto la república en dos prefecturas: una del norte y la otra del sur. Puede que este nuevo Pelayo tanga por cueva de Covadonga al fin de su carrera una celda en casa de locos.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

El Ejército, después de todas las penurias que ha pasado, no tiene para descansar un lecho de rosas. Todos los cuerpos menos el Bulnes, están fuera de la ciudad.

La tercera división que entró el miércoles a Lima fue a acamparse a la hacienda de Ayala, camino de Ancón. La segunda queda en San Borja, la reserva en el camino de la Oroya, y la primera en el Callao.

Se ha dispuesto ahora, a indicación del servicio sanitario, que la tercera división se retire de aquel punto donde la humedad es tanta que por las mañanas los soldados duermen a campo raso, amanecen poco menos que en el barro.

Los cuerpos de la primera brigada tendrán buenos alojamientos.

Los Navales en la Escuela Militar, que está nada menos que en la calle del Espíritu Santo.

El regimiento Aconcagua en el edificio de la antigua cárcel, plaza de la Inquisición; y el Valparaíso en la comisaría de Santo Tomás, calle de Junín.

La segunda brigada ocupará cuarteles en la plaza de Acho.

No es para olvidarse el desfile por la plaza principal de los cuerpos de la 3ª división.

En algunos los músicos cargaban las armas con que se batieron en Chorrillos y Miraflores, otros llenaban sus cuadros con heridos que no habían querido privarse por unos cuantos dolores más de entrar a Lima, y casi todos ostentaban sus estandartes negros de humo, de polvo y de gloriosas roturas.

El Concepción llevaba una bandera de seda atada a un coligue que apenas resistía el peso, y el Santiago una bandera de los guías que habría dado risa verla si sus roturas no la convirtieran en reliquia. Las balas las habían hecho harnero.

-
- El coronel Bustamante manda interinamente la 2ª brigada de la tercera división.
 - Se corre una invitación para dar el lunes próximo un banquete a Baquedano que parece de combate.
 - Un oficial del Chillán, cuyo nombre no se sabe todavía, que recorría ayer las trincheras de San Juan, fue herido en una pierna y su caballo despedazado por una de las muchas bombas de tiempo que los peruanos enterraron.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

- Los cadáveres que quedan en los campos se queman con aguarrás.
- Se han traído de Chorrillos 500 de nuestros heridos que se han instalado así: 150 en Santa Sofía; 200 en el hospital Dos de Mayo, y el resto que fue al Callao al hospital de Guadalupe.
- La salud del Ejército es excelente. Nadie extraña el clima.
- Cuatro de nuestros oficiales se curan en casas particulares, el comandante Barceló, y Souper, Ricardo Walker que está en la legación belga y el bravo Pinto Agüero en la casa del doctor Melgar. A los demás oficiales se les buscan casas que inspiren tantas garantías como las anteriores.

Me aseguran que Pinto Agüero salvará su brazo y si sanara el cariño de sus compañeros de armas, de seguro que ya estaría en pie.

- Más noticias encontrarán ustedes en *La Actualidad*, diario chileno, que se publica en la imprenta de *El Peruano*. Es el único que se publica.

Les incluyo el parte que Villarroel pasa al jefe de Estado Mayor, dando cuenta de sus difíciles tareas en los combates últimos.

Villarroel fue herido en Miraflores, en circunstancias que subía a su caballo para avanzar en busca de más minas. Ya había cortado tres series y comunicado varios potreros, derribando murallas para dar paso a nuestras tropas, cuando recibió un balazo en la pierna.

Está bastante restablecido, gracias a su entereza y robusta constitución.

El Corresponsal.

El Herald, núm. 174,
4 de febrero de 1881.

B. *Cartas de Lima*

Mi querido Carlos

Cuántas veces, vis a vis, desde tus cómodos sillones, hablamos de esta Lima que divisábamos tan lejos, yo porque no tenía esperanzas de verla y tú, tanto más cuerdo que yo, porque no querías salir de la enramada casera.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Fui yo, zorzal nuevo e inquieto, quien emprendió el vuelo, como si dijera abandonado mi emparrado en tiempo de vendimia por volar a otro que estaba en puro sarmiento. Pero, en fin, aunque bien a mis costillas y dejando entre uñas amigas las pocas plumas que alcancé a criar, he satisfecho ya esta curiosidad americana ¡Ver a Lima!

Y hoy en Lima, que todo cabe en la inquietud humana, me vuelvo con el pensamiento hacia tus blandos sillones y me recuesto en ellos para decirte, a modo de prólogo, primero, que no se debe salir de la patria sino por ella, y después, que mucho va de lo vivo a lo pintado, antes de contarte una que otra cosa de las muchas que he visto aquí.

No creas por esto que Lima sea residencia desagradable ni que los chilenos vivan en ella como excomulgados a velas apagadas, que hay más de una encendida y otras por encenderse, no faltando quienes lo pasen iluminados *a giorno*.

Es verdad que por lo pronto la ciudad de los virreyes no corresponde del todo a la fama que siempre tuvo, y por este punto, chasco se han llevado los que fueron creyendo que la oscuridad había de ser eterna, como si algo hubiera de durable en el corazón humano y en especial en el de las inhumanas.

Pero vuelvo a lo que es esta Lima, que en todo tiempo ha tenido ese picante atractivo de la manzana del paraíso y despertado esa mundana curiosidad con que todos, aun los que alumbran en las procesiones, estiran el pescuezo para divisar algo de lo que pasa dentro de la morada de la opulenta Margarita, atraídos como zancudos por los reflejos y el ruido galante festín a la Luis XV.

Lo que se explica naturalmente, desde que poetas y prosadores que la han conocido se han quedado con la boca seca de cantar maravillas de esta renombrada ciudad.

Sus palacios, casi feudales todavía; su vida espiritual y galante; sus mujeres tropicales; su cielo azul con arreboles de oro; su amable perfumado y tibio como el seno de sus coquetas, todo esto y mil encantos más, unos reales, otros imaginarios, todos pomposamente descritos, deslumbrando al lejano lector, formaban en su mente un cuadro como de costumbres del tiempo de Francisco I, cálido, insinuante, rosado por no decir lacre, y a veces un tanto zardana pálido como pintura de Veronés o descripción de Teófilo Gautier.

En Chile he oído decir frecuentemente a muchos entusiastas, que preferían pasearse un día por sus calles que un mes por las de París.

¡Y cuántos más fervorosos no han repetido lo que la juventud ateniense decía de Espacia: verla y morir!

Verdad que muchos cumplieron sus deseos a pata de la letra.

Es indudable que Lima ha merecido estos entusiasmos y despertado esas pasiones. Su vida social no ha tenido semejante en la de ninguna ciudad americana. Ha sido la cabeza loca de la familia entre sus hermanas recatadas y santurronas, sin que esto quiera decir que estas no ofendían también a Dios en la medida de sus fuerzas.

Te lo repito, pues: no faltan razones para que Lima con su indisputable originalidad, refinada cultura, a la vez andaluza por su gracia y oriental por sus misterios; repleta de recuerdos de un pasado brillante y caballeresco; con sus corridas de toros y carnavales venecianos; sus romances de alcoba y de dueñas, también a la veneciana, sin góndolas ni canales, pero de serenata y puñalada; sus mujeres pálidas y ojerasas, tenga los atractivos del abismo y haya sido y continúe siendo su sueño de verano que sopla como ráfaga de los infiernos, diciendo al pasar las palabras de la serpiente, a los que sueñan despiertos.

Así se destacaba también al través del hambre, la sed y los arenales caldeados de la campaña, risueña y tentadora como Eva aleccionada por la culebra.

Hoy ya sabemos por impresión personal lo que es Lima, y lo que ha debido ser en sus horas de loca alegría y de más locas esperanzas lo divisamos al través del velo de taima, de luto y ligero rencor con que cubre su coquetería constitucional o sea orgánica.

Quedan de ellos huellas fresquísimas, patentes, así como hay señales de que la antigua corriente, detenida en su camino por el peñascón de las derrotas, seguirá su curso una vez que el tiempo y la inconstancia natural de los sentimientos rompa la valla más convencional que sincera que la retrae de su antiguo y espléndido alboroto. No sé si comprendas lo que te quiero decir, porque me explico mal, detenido por los respetos que se deben a la ciudad en que se vive aunque sea a la fuerza; pero es mi intención decirte que lo que vi vale algo, por lo que esta gran ciudad es incontestable superior a la nuestra, no es por su aspecto físico ni las comodidades materiales que ofrece en ella la vida, sino por su conjunto moral, o sea, más propiamente por lo que tiene de agradable y decentemente inmoral.

Esta es la pura verdad. Y de aquí su fama universal y el porque de las hiperbólicas alabanzas de cuantos viajeros distinguidos la han visitado, contando después lo que vieron al través del prisma rosado de una aventura galante, como observado imparcialmente.

Entenderás que en todo lo dicho más arriba para nada me he acordado del sexo feo que hace aquí el papel de tambor mayor, como tan espiritualmente comparó un conocido tuyo a cierto caballero que pretendía mandar en su casa, porque tenía todas las apariencias de la autoridad: más galones que ninguno, a la cabeza del regimiento y más alto que los demás con la seriedad correspondiente, parece ser el jefe; pero en el hecho simple figurón de la banda de música.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Por lo pronto no te diré lo que a mi juicio son los hombres de este país, que esto merece capítulo separado, aunque para que de ellos pudieras tener idea cabal, era preciso que oyeras a algunas limeñas explicar las causas de las redobladas derrotas de su pobre país. Tendrías entonces el dibujo más donoso de nuestros congéneres.

Contado por mí, aunque puedo citarte testigos, creerías sin duda que te hablaba bajo las inspiraciones del odio o del desprecio; pero apunta sin embargo este par de estrofas:

Le preguntaba un joven peruano con su voz dulce, tan característica de la especie, a una niña que cuantos chilenos conocía ya, en son de reproche.

— Todos los que Uds. dejaron pasar en San Juan y Miraflores —respondió ella.

Otra decía que nunca habían esperado salir victoriosos de esta campaña, pero que contaban con que los hombres hubieran sabido morir en las formidables trincheras.

— Los chilenos no entran a Lima, continuaba en el calor de su arenga, si las mujeres hubieran defendido a Chorrillos.

Esto lo creo yo muy cierto, atentas las fortificaciones construidas y las asperezas y dificultades naturales del terreno, estas inmensas y aquellas hábilmente dispuestas en los puntos que elegimos para atacar; pero hubo que hacerle la aclaración de que a Lima entrado al fin y al cabo, a la corta o a la larga, porque si en esas condiciones de un tan rarísimo combate habría sido muy posible que el primer ejército se hubiera quedado en Belén con las pastoras, habría venido un segundo y esta ha sido la convicción profunda de todos en el campamento de Lurín.

Que un fracaso no habría hecho más que levantar en masa a todos los que quedaban en lo que es ahora Chile viejo.

Noto muy a tiempo que estoy abusando de tu paciencia y me detengo aquí, aunque nada te he dicho en resumidas cuentas de mi promesa del prólogo, pero como el amigo que te ha de llevar esta junto con muchos recuerdos, no se va hasta el lunes próximo, dejaré otra parte para mañana, lo que tendrá para ti la comodidad de tomar por cucharadas lo que de un sorbo te habría indigestado.

Dale en mi nombre un abrazo a lo que encuentres más santiaguino. Si eliges un hombre, que sea Vicente Grez. Tuyo.

Daniel.

Lima, marzo 24 de 1881.

C. *Mi querido Carlos:*

Como te iba diciendo.

Lima cuenta a la fecha, según su apolillada fe de bautismo, trescientas cuarenta y seis primaveras, y si quisiera negarlas, la desmentirían en voz alta sus antiquísimos monumentos que están revelando el secreto de sus años, como aquellas niñas crecidas los de la presumida mamá, con la diferencia de que si esta se empeña en que la hija lleve vestido corto y la joven porfía porque le cobra la ya torneada pantorrilla, Lima no se preocupa gran cosa por disimular las arrugas de su faz.

Parece tener cariño por el tiempo pasado, pero no hay en ello ningún sentimiento de arte por lo antiguo, sino pura desidia, resultando únicamente de la dulce pero terrible pereza que flota con el aire que la envuelve y domina y enerva como un vicio.

Esto se ve en todo: en los templos y monumentos, en casas y calles, estas que son un vivo recuerdo de nuestros callejones vecinales por sus polvaredas y remolinos, y aquellos mostrando a las claras la obra impune del tiempo y de la incuria más increíble.

La mayor parte de los edificios están en el mismo estado que cien años atrás, tanto que toda esta generación y seguramente la que viene, pueden darse el placer de vivir en la casa que nació, tal como era en su infancia, ella, la del frente y toda la actividad.

En Santiago, salvo uno que otro barrio escapado, ¿Quién puede encontrar recuerdos de niño, caídos a montones bajo la pala de los reedificadores?

Lima refacciona sobre el molde antiguo; retoca lo viejo; pero sin variar de fisonomía. Sus odores y virreyes, si resucitaran, no se extraviarían en sus calles, y el mismo Pizarro acaso encontraría su vivienda primera. Y en esto está, a la verdad, su mérito principal como ciudad, para el viajero de entrada y salida. En nuestro Santiago, nada habría ganado el arte si solo hubiera restaurado sus antiguas viviendas, desprovistas de toda originalidad, en vez de construir por centenares palacios que han transformado su duro ceño vizcaíno, el alero y el mojinete, con los primores de la arquitectura que se puede llamar a la europea.

Pero Lima, sevillana y por lo tanto morisca con sus misteriosas ventanas y celosías, sus casas de antiquísimo aspecto, sus templos y balcones tallados como cofres antiguos, ha hecho bien, aunque sin intención de ello, en conservarse como cosa de otro tiempo, para el gusto de los anticuarios y la imaginación de los novelistas.

Y así Bécquer, enamorado de su Sevilla, podría si viviera, pintar todavía aquí aquellos cuadros de la madrugada que tanto le embelesan, la niña con pañoleta regando al compás de una canción la maceta

LA EXPEDICIÓN A LIMA

de claveles en encumbrada ventana, o de la cara pálida y ojos tristes que espera la vuelta del amante, y también las escenas de rejas o de rendija en altas horas, todo como te digo, romántico, oriental y novelesco por demás.

Ya que me he remitido a hablarte como un albañil y tu has querido que te describa lo que voy viendo, y siendo sin duda lo más visible de la ciudad de las casas que la forman, me permitirás que dedique esta a darte idea más cabal de su aspecto físico.

Las casas de Lima ofrecen desde luego esta otra particularidad que observar, también de usanza morisca.

Salvo algunas construidas recientemente y tales como se cuentan por cientos en Santiago y Valparaíso, la generalidad de las otras ocultan con sus fachadas viejísimas y algunas inverosímilmente sucias, patios muy lindos, valiosas construcciones interiores y magníficos menajes que nadie podría presumir, dada la pared de la calle.

Hay casa que por fuera parecen viviendas de brujas, nidales de lechuzas o cuevas de ladrones, algo así extraño y abandonado en las que solo hubieran quedado penando las almas de sus dueños muertos en pecado. La más ilustrada de nuestras devotas no pasaría por su frente después de las oraciones.

En la calle de la Merced arriba, más allá del Alto del Puerto, tienes un caserón que puede darte alguna idea por su facha y su leyenda de muchas de las de aquí, solo que el que haya logrado ver algo por sus rendijas, si las tiene, no habrá divisado jardines, patios de mármol, rejas bronceadas, espejos, grandes cortinajes ni esbeltas figuras que revolotean como palomas, lo que ocurre frecuentemente en esta ciudad.

Por regla general, las casas de Lima son de dos pisos, muchas tienen tres, y en casi todas viven distintas familias con la independencia compatible a los chismes de tan estrecha vecindad y continua observación.

Lo que no le falta a ninguna es el balcón corrido, cerrado por bastidores de madera y cristales, formando como una urna en todo su frente. Otras tienen en cada ventana ese misterioso fanal, impenetrable todavía por cortinas o transparentes, que sirve como de patio a los aposentos, siendo en unas costurero, en otras tocador o biblioteca, en todas de discreto observatorio, garita de eternos centinelas, celda donde meditan las niñas esas cosas que no cuentan. En uno se divisan libros, cuadros, flores y una hamaca, pero esto solo se ve cuando la jaula está desierta, en otro, menos poético, se muestran colgados los vestidos y los corpiños al revés, luciendo las tres tiras blancas de las costuras de la espalda, con que una devota de la vecindad va a misa todos los días.

Verdad que ella tiene también un cuerpo tan triste y desmayado como sus polleras colgadas del clavo o sus enaguas sin almidón, que son cosas bien tristes sin duda alguna.

Debo decirte para que suspendas tu juicio sobre las bellezas peruanas hasta que te escriba o hablemos de este particular, que la devota en cuestión es la excepción a la regla casi general de talla alta y airosa que tienen todas las mujeres de Lima que se pueden mirar.

Y vuelvo al cuento.

Recorriendo las empolvadas calles de Lima parece que no hay alma en las casas en ciertas horas del día, y en el primer tiempo de nuestra llegada era de jurar que todas habían sido abandonadas. Cuando más se agita una cortina o cruje una celosía como haciendo eco a las pisadas; pero se puede estar seguro de que todos estos misterios ocultan más ojos curiosos que estrellas una nube de invierno. Si se vuelve la cara, se alcanza a sorprender una pupila negra o una mano blanca que se alza un poquito de cortina, la que se vuelve a caer tan rápidamente que parece ha sido una ilusión.

“Lima tiene, pues, algo de esas praderas tropicales que pintan los viajeros, mudas y desiertas en el calor de la siesta; pero ¡ay! De que se duerma en ellas cediendo al encanto de su traidora soledad, que cada hoja oculta un peligro, nidales de lagartos esmaltados pero terribles.

“Pon en lugar de follajes celosías y cortinas, y en vez de lagartos mujeres, y a lo de mujer agrega lo de limeña, y tendrás que en Lima existe un peligro real no en dormirse, sino en andar despierto por sus calles.

“Si se quiere ver poblarse esos balcones como por encanto, no hay más que recordar que la curiosidad es la lombriz solitaria de las mujeres y despertarla de alguna manera.

“Como todavía no hay en las calles más ruidos que el de nuestras palabras y pisadas y todas quieren ver a estas fieras bravas que les han pintado, basta que retumben en las veredas las formidables pisadas de nuestras botas de campaña, aquellas amarillas de Tiffou, o que se forme grupo, o sientan el galope de un caballo, para que comiencen a agitarse las cortinillas y oírse un ligero cuchicheo detrás de las ventanas.

“¡Son ellas! Se dice uno y temeroso de espantarlas apenas si ladea un ojo para alcanzarlas a ver.

“Recuerdo el día que las honras a la memoria de nuestros muertos. Asistían a ellas una muestra escogida de cada uno de los cuerpos del Ejército. Era de sobra para la curiosidad femenil, más poderosa que el compromiso de la invisibilidad que han adoptado como medio de hostilizar al vencedor.

“A la una y media comenzó el desfile por varias calles al estruendo de la música. Entonces se pudo ver mucho de los que Lima encierra de bueno.

*“¡Ay, santo de las niñas!
¡Ay, San Antonio!”*

LA EXPEDICIÓN A LIMA

“Refiere una indiscreta tradición popular que las limeñas duermen la siesta entre dos sábanas de hilo, como dicen que iba la finada Cleopatra dentro de aquel alfombrado.

“Pero, en fin, esto no hace el caso, aunque era la hora de la siesta.

“Las casas no estaban solas. Sus rejas y cortinajes son las selvas tropicales. Hay limeñas muy lindas, sobre todo cuando destrenzadas y envueltas en batas atadas muy de prisa se dejan ver entre gasas o detrás de los cristales, “entre nubes como pintan las visiones”.

“¡Con que indiferencia veían desfilar a los gigantescos rotos! ¡Qué gesto de divino desdén y que pereza de culebras adormecidas por el calor!

“Pero salieron”.

Palabras más o menos, es lo que recuerdo de un capítulo parecido a este que escribí hace tiempo, cuando estábamos en todo el vigor del entredicho y que te copio aquí por lo que pueda ilustrarte sobre la cuestión ventanas de Lima.

Hoy todo eso a cambiado un poco, porque el pacto de la invisibilidad se ha roto por muchos puntos, que parece que Dios le dijo también a la mujer que en sus depósitos no había de tener más de tres volidos como la perdiz.

Vuelvo a mi asunto.

Las casas de Lima tienen además de sus balcones otra singularísima especialidad: las ventanas del primer piso, del principal como lo llaman aquí. Tras de la reja de gruesos barrotes, hay casi en todas una celosía ovalada y sobresaliente, de manera que en sus extremos forma unos rinconcitos.

Las celosías como un tamiz, y la que aguaita, escucha y recoge los que dice el que pasa y todo lo que pasa en el barrio, queda invisible, pero latente para el transeúnte.

A primera vista ventana y celosías parecen dura prisión, reja de cárcel o torno de convento que acusan la tiranía de un tutor a la Don Bartola o los celos de un marido a lo turco; pero zas que en el mismo rinconcito, y muy disimulado, la adusta celosía tiene su postigo, cortado en rebanada como aspillera de fortaleza, nunca tan ancho que quepa más de la mano, pero nunca tan angosto que no dé paso a un suspiro y hasta un beso.

Dada la tradicional galantería de Lima, pueden presumir de que sirven o han servido en sus buenos tiempos esos postigos que son el diente menos de aquella estrofa popular que dice:

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Tiene la que yo quiero
un diente menos,
y por el postiguito
nos entendemos.

Cuando no casan a las doncellas se casan ellas, dijo no se quien, y cuentan que no pocos matrimonios han comenzado por el postiguito, pues son los claros del cielo por donde pasa un rayo de luz al amor aprisionado, algo así como confesionario de media noche donde el pecador confiesa sus culpas, hasta que una mano pequeña, que pequeñas son las manos de las limeñas, le da la absolución a la luz del vecino farol, que en cada cuadra hay cinco o seis ejemplares a lo menos de estos enemigos de los enamorados y ladrones, todos iguales por aquello de que de noche todos los gatos son pardos.

Cuentan además antiguas crónicas, pero no es de creerlo, que en esos postigos suenan besos que parecen huaycazos de cocheros de posta; que se oyen quejas, risas y llantos como si penaran los dientes de tal o cual infortunado don Juan que los perdió en una paliza, y en fin, que por ellos se han colado más aires y pulmonías que por un boquete de la cordillera.

Tales son por fuera las viviendas de Lima, donde sus románticas hijas pasan la vida dándose aires de sultanas apasionadas.

Su prodigioso instinto de finura y coquetería las enseña que es una verdad elemental del arte que más vale lo entrevisto que lo visto, y de aquí las celosías, los balcones cerrados y el manto tradicional, todo lo cual les permite ver y dejar ver los que se les antoja sea visto.

Insensiblemente he llegado, hablándote de puertas y ventanas, a la carilla número trece y en ella pongo punto, que ya esta cifra ha pasado a ser de buen agüero, gracias a nuestra fortuna increíble.

Puedes respirar hasta el otro vapor. Tuyo.

Daniel.

Lima, marzo 25 de 1881.

El Herald, núm. 239,
13 de abril de 1881.

D. *Cartas de Lima*

Lima, abril 8 de 1881.

Amigo Carlos:

Habrás oído muchos de los nombres de las calles de Lima, popularizados por los que han vuelto a Santiago, y de seguro te ha sucedido lo que a mí, que siempre pensé fueran invenciones de viajeros poco escrupulosos para sacrificar la verdad por un chiste, aquello de calle de Polvos Azules, Comesebo, Piltricas, Siete Jeringas, Ya parió, Piti, Pericotes, Jesús de Nazareno, Borricos, Faltriquera del Diablo, Santo Cristo, Colmillo, Pejerrey y otras por el estilo.

Pero en este caso la realidad sobrepuja a todo lo que pueda inventar, aun siendo Paul de Kock.

Ello es lo inverosímil y lo *troppo foro*, como dijo en la Cámara cierto señor senador de quien me estaré siempre acordando mientras tenga que fumar los detestables cigarrillos que se expenden aquí.

Tampoco quiero que me creas bajo mi sola palabra, y para que conozcas completa la nomenclatura de las calles de esta ciudad y te convenzas de que no quito ni pongo letra, te remito auténtico un documento municipal que hubo de imprimirse no tanto para la guía de los forasteros como para gobierno de los mismos habitantes.

No hay cochero del servicio público, por antiguo que sea, que pueda manejarse con la dualidad y a veces trinidad de nombres de una misma calle, y así se ve con frecuencia que al dar el pasajero la dirección a donde va, le pregunte al autodemonte: y ¿dónde está esa calle?

Figúrate lo que respondíamos en los primeros días, recelando naturalmente de todos y en toda la luna de miel de nuestra ignorancia de recién llegados.

Y sin embargo, los cocheros procedían con entera buena fe.

No hace todavía muchas noches que salí de casa con el objeto de llegar a la mitad de una comida con que varios chilenos, que se han arrancado en una nueva vivienda.

Tenía las señas de la casa: calle del Cuzco, número tanto, que vendría a ser en Santiago la Nueva de la Merced.

El coche partió a escape, llegó como por pan de la gente, dio varias vueltas, encontró a un compañero, le pidió datos y salió como un cuspe hasta dar con la plazuela de San Isidro. Ahí se bajó, miró los

rótulos, conferenció de nuevo y como quien descubre por fin el rastro no paró hasta llegar a la acequia de Negrete.

Aquí desistió de su empresa, me trasbordé a otro vehículo y deshaciendo lo andado y pregunta aquí y enciende fósforos más allá, llegué a la casa que buscaba, a cinco cuabras del punto donde ocupé el carruaje núm. 1 a las seis de la tarde.

Serían las ocho tres cuartos.

No hubo más que arreglar la cosa a las circunstancias y responder con esa sonrisa de teatro, más muerta que viva, que es el heroísmo del estómago:

¡Sí! ya comí, mil gracias.

En cuanto al cochero, se había excusado por su parte, diciéndome:

— ¿Por qué no me dijo, señor, a la calle del Mascarón, de la Higuera o del Corcovado?

Porque la tal calle del Cuzco no tiene más que estos nombres: Pileta de la Merced, Higuera, Trinidad, Corcovado, Mascarón, Zamudio, San Pedro Nolasco, Granados, Tolal, Pampa de Lara y hasta etc. creo que dice todavía en el plano.

Di tú ahora que lo que abunda no daña. Afortunadamente, andar en carruaje es un verdadero placer en Lima, de los más puros, pues no tiene ni la contrariedad de una tarifa incómoda, como dicen aquí.

La hora cuesta cuatro solos, según un nuevo arreglo por la primera hora y dos por cada una de las siguientes, es decir, veinte centavos de los nuestros.

Se agrega a esto que no hay en el servicio público más que *landeaux* muy cómodos y elegantísimos *ocupes* donde uno cree, al verlos pasar, que va adentro algo como una marquesa o el doctor tal, hasta que les ve el número escrito en letras blancas en las puertas y divisa muy arrellanado en el fondo a piernas estiradas, un buin, un 3º o un soldado de otro cuerpo con su guapa negra al lado.

Y no pienses que nuestros soldados van asomando la caras por las portezuelas como aquellos que tienen reloj por primera vez y se llevan viendo la hora; no, siguen con cierta indolencia de buen tono y esa fatiga del gran señor que todo lo ha visto.

Y algunos deben creerse de buena fe que el carruaje es propio, pues se bajan, tiran la portezuela y se largan como tal cosa.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

En días pasados, un cochero se permitió advertirle a uno de sus favorecedores que iba sin pagarle.

El soldado lo miró de alto abajo, diciéndole al muy admirado:

Te figurai que no nos ha costado naa venir aquí.

Renuncio por hoy a dar, aunque sea en tu compañía, un paseo por las calles de Lima como me había propuesto, y antes que te quedés dormido te digo: hasta otra vez.

Daniel.

El Heraldo, núm. 257.

1º de mayo de 1881.

E. *Cartas de Lima*

Deseo la fecha de mi última correspondencia, no tenemos un solo dato más que resolver estas dos cuestiones elementales después de la rendición de Lima y el Callao.

¿El Perú considera concluida la guerra?

Y esta otra.

¿Quién gobierna al Perú a la hora que suena?

En cuanto a la primera, por poco que se penetre la opinión de las gentes, se ve que, aun aplastados por la realidad, en el fondo de su parecer no todo está perdido, aferrándose con las ansias de locas esperanzas a más locas ilusiones, a cualquiera vislumbre ya de un levantamiento en Arequipa, ya de una señal de protección de la Argentina y Ecuador.

El Perú está, pues, en el caso de aquellos enfermos que, desahuciados por la ciencia, apelan a las aguas milagrosas, a las mandas y reliquias para recuperar la salud; pero se olvida de que a los pueblos caídos como él a tanta profundidad de miseria y desprestigio les sucede lo que a los tunos ricos cuando pierden su fortuna: no los conocen los que les ayudaron a despilfarrar su reales, y si algo les dan es buenos consejos como este: cada uno se rasca con sus uñas.

Mucha gente cuerda lamenta de veras lo que ocurre, apreciando en lo que vale la actitud que ha tomado el señor Piérola para representar la última escena del sainete de la dictadura; pero desgraciadamente no son muchos, y contra ellos está la masa apelmazada y cruda de la turba y todos los

intrigantes políticos, de esta política peruana que encuentra buenas todas las ocasiones para pescar en río revuelto.

Piérola —y esto parece indudable— ha estado dispuesto desde el primer momento a entrar en negociaciones de paz, porque todo lo subordina a sus ambiciones de mando; pero lo han detenido estas dos consideraciones:

Por un lado, sus remordimientos de conciencia por la traición de Miraflores. Quiso primero sondear el terreno y en seguida presentar cierto aparato de fuerza y autoridad que le diera algún prestigio en las conferencias para poder regatear. De aquí su triste plagio de Suárez y todas sus intenciones para engañarnos con la cala y aburrir al Ejército a fin de que el cansancio lo haga menos exigente.

Por el otro, el fantasma de los civilistas que esperan que haga paz para írsele encima de él y su partido como banda de jotes sobre animal muerto, que por muerto puede darse ante las reacciones futuras el que firme la paz. Piérola, por su parte, espera también que se resbalen primero sus adversarios para bajar de las cumbres a lo seguro.

Estas dificultades parecieron un momento zanjadas. Se habló de una convención de notables que debía designar un candidato y convocar al Congreso; pero resultó que el señor alcalde Torrico, amigo de Piérola por razones conocidas, al repasar la lista de los personajes que debía componerla, advirtió muy a tiempo que los tales civilistas se le colaban en mayoría de modo que de hecho quedaba frustrada la maniobra, bien hábil por cierto, que tenían preparada los adictos del aporreado hidalgo de la dictadura.

Cuentan que esta maniobra era la siguiente:

El señor Arenas, anciano que ya poco tiene que esperar de la vida y la fortuna y en cuya casa habían tenido varios conciliábulos pierolistas, debía sacrificarse, aceptando la presidencia de que iba a darle la proyectada convención. Elegido presidente, concluiría la paz, y Piérola, después de exponer al mundo que la fatalidad lo vencía, daría un corto paseo a Europa con el carácter de protesta para volver en seguida a figurar un levantamiento contra Arenas y colocarse nuevamente en la silla presidencial.

Y para que se comprenda la conciencia que tienen de la situación actual del Perú aun sus hombres más ilustrados, conviene que se sepa que amigos ociosos de Chile y de Arenas, confidentes antiguos, dejaban caer en secreto, como diciendo: Arenas es el hombre. ¡Apresúrense, que este señor estaba dispuesto a ceder Tarapacá hasta por veinte años!

Es preciso, pues, que allá se vayan convenciendo que aquí todo es excepcional y único; que aquí los palos no enseñan a gente y que no rigen aquí las leyes que gobiernan a todas las sociedades de este mundo.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Lealmente derrotados, no reconocen su desgracia ni la hidalguía del vencedor, como lo haría el más vulgar espadachín, creyendo que más honor les hace decir que fueron traicionados y vendidos por sus jefes y compañeros.

Vencidos, aplastados y revolcados en cuanto charco había desde Iquique hasta Lima y el Callao; sus autoridades en fuga; sin medio en sus arcas; ocupadas Sagunto y Numancia sin que cayera una teja; doblando las campanas de la Catedral de Zaragoza por los muertos del invasor; los rotos de Chile recorriendo sus calles y paseos como simples turistas, y se quedan tan frescos como en sus mejores tiempos.

Y no es todo. ¿Acaso no juran un odio eterno? ¿Acaso no han establecido una especie de excomuni3n a lo colegial contra los vencedores?

Y sin embargo, aceptan el pan que se les da y lo irían a pedir si no se les diera tan pronto.

Tiene las resignaciones de los fatalistas, la flojera de los tísicos y la doblez de los cobardes.

Volverían a levantarse, pero a la segura; se comerían al Ejército crudo o sancochado, como a los Gutiérrez, pero una vez de que estaba muerto y bien muerto.

Mientras tanto dejarán que las cosas sigan el curso que les imprima la casualidad o las necesidades del vencedor.

Pero esto, como se comprende, no puede prolongarse indefinidamente, aunque los días transcurridos desde la ocupaci3n de Lima no sean perdidos para el aprendizaje de nuestros hombres de Estado que han visto de cerca más de una verdad desconsoladora para las grandes ilusiones que en Chile se han formado.

Hay, pues, que forjar un gobierno conforme a nuestro lema: por la raz3n o la fuerza.

Con Pi3rola no sé qué pueda hacerse seriamente. Aun desentendiéndose de aquello de Miraflores, que en buena cuenta lo pone fuera de la ley de los hombres decentes, y de los manifiestos de García y García al cuerpo diplomático, en que se dan la mano las calumnias con la desvergüenza, desentendiéndose de esto y otras cosas más, queda todavía la cuesti3n práctica: ¿Qué garantías da Pi3rola, primero, de cumplir con lo que prometa y después de tener un partido poderoso capaz de sostenerlo en el poder?

Es verdad que Pi3rola inspira todavía algunas abnegaciones que se explican perfectamente por los préstamos considerables que ha hecho entre sus parciales con los fondos públicos y con esa porci3n de las masas que todavía sienten el deslumbramiento de los galones y chapas de oro del maj0 dictador que andaba por estas calles hecho un torero; pero la gente que algo tiene que perder y especialmente el numeroso

grupo de extranjeros, están decididamente en su contra porque no se les oculta el extremo a que su farsa porfiada y tonta conduciría al país, aunque le reconocen condiciones para mandar al Perú por su afición a dar palos.

Respecto de otros candidatos, la opinión pública no se pronuncia ni siquiera a medias desde que todas son cartas conocidas y jugadas para ella.

La verdad es, pues, en conclusión que no hay en el Perú ningún hombre a la altura de las circunstancias, ninguno que, concentrando la confianza pública, se imponga a los partidos y acalle las diferencias políticas.

Nadie a quien el país en sus angustias pueda volver los ojos como la Francia a Thiers —con perdón de Thiers y de la Francia— para reparar los desastres y edificar sobre ruinas.

Grandes ambiciones, muchos nombres, casacas muy bordadas, muchas figuras que a la distancia nos parecen aceptables; pero de las cuales se ríen aquí hasta los niños, por aquello de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara.

Y en esta escasez de hombres prestigiosos, los extranjeros en general y muchos peruanos de fortuna, la gente de trabajo, no ocultan que sus deseos son que el Ejército chileno se quede en Lima el mayor tiempo posible como la única garantía de orden, de reorganización y de fortuna.

De fantasma ha paso a ser una esperanza.

No debe ocultarse a los extranjeros que después de la actitud resuelta que tomaron en los sucesos del 16, conteniendo a balazos los incendios y asesinatos, ha quedado entre la canalla, que es numerosa, un fondo de odio y de venganza que aprovechará la primera ocasión que se le presente para manifestarlo en toda su ferocidad.

El tiempo no logrará amortiguarlo, que estos zambos que pueblan los arrabales guardan sus rencores años de años u ocultos se vigorizan como los licores embotellados.

Si hoy mismo saliera el Ejército, no dudo que la bacanal del 16 se repetiría más brutal y sangrienta.

Pero todo esto no se resuelve. Bien puede todo el mundo desear la paz como la única conclusión posible después de las últimas derrotas, bien pueden hombres de cordura y de patriotismo prestar todo su apoyo a nuestras autoridades en esta tarea, bien puede el mismo Piérola indicar que está de acuerdo en terminar la lucha; pero si ninguno tiene el valor de afrontar la situación, imponerse a las rivalidades tradicionales de la política, despreciando las iras de una chusma imbécil y siniestra, ¿Qué avanzamos?

LA EXPEDICIÓN A LIMA

¿Qué avanzamos, si el que salga a la escena ha de ser acibillado por los rivales chasqueados apenas vuelvan las espaldas nuestras tropas?

Me parece que la autoridad que se levante tendrá que ser sostenida por las bayonetas chilenas, o no hay nada estable ni medianamente garantido.

Habríamos edificado sobre la arena y hecho rayas en el agua únicamente.

D. R.

Lima febrero 12 de 1881.

El Heraldo, núm. 261,
5 de mayo de 1881.

APÉNDICE

La primera carta que Daniel Riquelme envió a su diario, *El Heraldo*, no forma parte propiamente del relato que se ha leído, pero tienen la ventaja de ir firmada con el nombre completo del autor, lo que a su vez permite establecer la paternidad de la serie. La damos a continuación, por vía de apéndice, para respetar el texto fijado por el autor de esta correspondencia.

F. Carta del Ejército

(De nuestro corresponsal en campaña).

Señores directores de *El Heraldo*. Arica, diciembre 3 de 1880.- He venido de Tacna a este puerto, con el objeto de recoger las noticias que pudiera acerca de las expediciones que han salido para Pisco, pues en aquella ciudad poco o nada es lo que sabe del resto del mundo.

La cosecha no ha sido grande. Ignoro, además, si lo que para nosotros es aquí una novedad, ya lo saben allá con más detalles. Les envío, pues, los datos que he recogido, por si acaso sirven de algo, esperando completarlos más adelante, advirtiéndoles que no tengo oportunidad de comprobarlos.

El 15 del pasado a las 4 de la tarde se dio por la *Chacabuco* la señal de reunión a la escuadrilla que se componía de 17 buques, que marchaban en esta forma: de vanguardia el *Limarí*, *Itata* y *Copiapó*, remolcando tres buques de vela y guardando entre sí una distancia de 800 metros. Mil metros más atrás la

segunda línea, formada por el *Lamar*, *C. Roberto*, *Santa Lucía* y *Angamos*, remolcando a otros tantos. El *Huanay* cerraba la marcha y las corbetas *O'Higgins* y *Chacabuco* cubrían los costados.

Esta última llevaba las insignias del jefe de la expedición.

A las 5 cada buque ocupaba su puesto y momentos después se ponían en marcha, proa al norte.

A las 10 de la mañana del 20, los primeros buques estaban en la rada de Paracas, cómodo desembarcadero que dista seis millas de Pisco al sur. El desembarco en Pisco no era fácil y la prudencia aconsejaba preferir a Paracas. En Pisco, se decía, había una fuerza considerable, cuyo número se exageró bastante, y aunque posee un muelle colosal de hierro, que se interna en el mar no menos de 800 metros, los buques no pueden atracar fácilmente por el poco fondo de la rada, y cuando sopla el viento del oeste, esta operación es difícil aun para las embarcaciones menores.

Sabíase además que en Pisco había una línea de torpedos y minas preparadas en distintos puntos de la costa.

Al llegar a Paracas se adelantó el *Angamos*, a cuyo bordo iba Lynch, a intimar la rendición de la plaza, para lo cual se envió a tierra un parlamentario. El prefecto, que fue un famoso señor Zamudio, contestó diciendo que sabría morir antes que rendirse, y para dar esta respuesta se demoró tanto que llegó a temerse por la suerte de nuestro enviado. Después se verá que todo era en tierra una comedia y calculada la detención del parlamentario.

Eran ya las 12 del día y llegaban a Paracas los últimos buques del convoy, uno de ellos remolcado por la *O'Higgins*, que lo encontró detenido en el camino. La corbeta recibió orden de seguir a Pisco y al llegar divisó una fuerza de caballería, un escuadrón, y no distinguiéndose a bordo si eran moros o cristianos, preguntó al *Angamos* y este respondió disparando una bomba sobre el grupo de jinetes. Siguió la *O'Higgins*, pero la función duró poco, porque aquellos huyeron por los aires.

Quedó un muerto y dos heridos. Al retirarse la caballería se sintió el estallido de dos minas, una cerca de la playa y la otra más al interior.

Entre tanto en Paracas se desembarcaba la artillería de marina, el *Chacabuco*, parte de Granaderos y una sección de artillería adelantáronse en una lancha con el objeto de recoger datos acerca de las fuerzas existentes en Pisco, los señores Isidoro Errázuriz, Souper, A. Stuyen y Daniel Cuervo. Los informes recogidos hacían creer que había una fuerza de más de mil hombres.

Internados como cinco cuadras en la población, divisaron una avanzada enemiga que les hizo algunos disparos, pero que huyó al divisar una partida de 20 granaderos que se acercaba.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Desde ese punto se despachó por tierra como parlamentario a las 4 P.M. a dos A. Stuyen; conferenció con Zamudio y recibiendo la misma respuesta de que resistiría con todos los medios que permite la guerra.

Sucedió que cuando el señor Stuyen se retiraba a juntarse con los suyos, sintió un galope de caballos por una calle vecina; creyó fueran nuestros granaderos que llegaban por ese lado; pero era el prefecto Zamudio que a escape ponía pies en polvorosa.

Aunque la avanzada compuesta de los señores Errázuriz y demás había recibido órdenes de replegarse, tuvo que esperar al señor Stuyen y por fin pasó ahí la noche, a una legua de Pisco, cortando la línea del ferrocarril de este punto Ica, habiéndosele juntado una compañía del Atacama y el teniente Padilla de granaderos con 20 cazadores más.

Se tomaron en esta excursión 10 prisioneros y 15 animales vacunos. A la madrugada del siguiente día se incorporaron al Ejército que se dirigía a Pisco, compuesto como de 4 a 5 mil hombres que alcanzaron a desembarcarse en Paracas, hasta las 10 de la noche del primer día, quedando el resto a bordo de los buques, a fin de tomar tierra en Pisco, una vez que la ocuparan nuestras fuerzas.

La división de tierra se dirigió a ese punto entrando por la caleta de San Andrés, que dista como 20 cuadras de la población. En este punto esperaban los cónsules, que conferenciaron con el ministro de la Guerra, declarando que no había tropa y prometiendo indicar el sitio donde estaban colocadas las minas y torpedos. Se destacó a don Arturo Villaruel para que hiciera los reconocimientos necesarios, a fin de evitar todo peligro. Se recogieron tres torpedos.

Se avanzó hasta la plaza, donde acantonó la tropa. De ahí se envió al teniente Padilla con una partida de granaderos en busca de animales. Padilla se internó como siete leguas, llegando hasta la Mencia, fundo de propiedad de españoles. Pudo recoger trescientos animales vacunos, y de regreso acampó en la hacienda de Caucato de los señores Montero Hermanos, a una legua de Pisco.

Libre la rada de Pisco, desembarcó sin novedad el resto de la división, que forma un total de 8.500 hombres más o menos.

Se hicieron varios reconocimientos por los alrededores hasta los molinos de Serdio por el oeste y a dos leguas por el norte y se tuvo el convencimiento de que no había peligro alguno que temer.

Expedición a ambas Chinchas, Altas y Bajas.

A las tres de la tarde del día siguiente salieron de Caucato el ministro de la Guerra, sus ayudantes y los granaderos en dirección a esos puntos. Aquí debo decir que habiendo una discordancia en las fechas de

las dos relaciones que he obtenido, he tomado el partido de no señalar ninguna y colocar cada expedición una después de otra para mayor claridad, solamente.

A las 12 del día había salido de Pisco el mayor Dañin del 2º de Línea con la tropa de infantería para juntarse con la caballería de San José, medianía del camino; pero no habiendo llegado a ese punto, ambas fuerzas obraron separadamente.

En esta excursión iba también el señor Altamirano. Se acampó durante dos horas y al amanecer.

La llegada a este punto fue tan sorpresa que habiéndose adelantado el ordenanza del ministro, se encontró de manos a boca con el señor Matuti que alternaba en la calle con dos gendarmes.

Al verlo, le preguntó el prefecto con la misma extrañeza con que sus antepasados debieron ver a los primeros españoles.

- ¿Y tú quién eres?
- Soldado soy —respondió el cazador.
- ¿Y de dónde?
- ¡De Chile!

Oír esto y echar a correr fue todo obra de un segundo. Se le persiguió y al fin fue alcanzado y traído.

El señor Matuti parecía un cadáver, y al verse en medio de la tropa parece que fue víctima de un acceso de miedo. Se abrazó al comandante Yávar, pidiéndole a gritos que no lo mataran, que estaba recién casado y abandonando el gobierno, y otras súplicas semejantes. Se le ofreció asiento a fin de que se repusiera un poco, pero volvió a gritar diciendo que era para fusilarlo.

Fue entregado a los cónsules y ya nadie se ocupó más de él por ese momento.

Se ordenó al mayor Cuervo posesionarse de la oficina telegráfica que aún funcionaba.

Al mismo tiempo diversas patrullas recorrían la población dando a todos garantías de orden y seguridad.

Una compañía de Granaderos al mando del capitán Urrutia siguió para la hacienda del Labran, cuyo propietario fue asesinado ahí mismo en la Pascua del año pasado por una partida de zambos y cholos sublevados.

Se impuso una contribución de ganado que fue cubierta sin dificultad.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Se continuó a Chincha Bajo, que dista dos leguas, y ahí partió el ministro de la Guerra y sus ayudantes y una escolta hacia Tambo de Mora que ya estaba ocupada por la artillería de marina que había desembarcado del *Angamos*.

Se nombraron autoridades y se organizaron todos los servicios necesarios.

Expedición a Ica

Se confió la dirección al comandante Amunátegui del 4º de Línea, que llevaba además fuerzas de artillería y granaderos. El viaje duró dos días y como los víveres se habían calculado para una marcha más rápida, faltaron en el camino, pero la tropa se desquitó en seguida con la abundancia de frutas. El espléndido valle de Ica, uno de los más ricos del Perú, es la tierra de promisión de las sandías. Allí se encontró de todo.

En cuanto al señor Matuti, que había quedado en Pisco alojado en una casa bajo la custodia de los cónsules, parece que al alba siguiente de su aprehensión, cuando cerca de su ventana sintió ruido de fusiles y redobles de tambores, creyó había llegado su último instante y no queriendo ser fusilado, se degolló con una mala navaja.

A ser de otra manera, el señor Matuti habría encontrado ciertamente más de una ocasión de morir con más honra para él y provecho para su causa, que en un atolondrado suicidio que no tiene explicación.

Volviendo a Ica, el ferrocarril, cuyo material rodante había sido internado y la línea destruida como en el espacio de una cuadra, fue prontamente alistado.

Llamó mucho la atención de la tropa una calle como de seis cuadras de largo, ocupada únicamente por chinos, verdadera ratonera de *canacas*, en la cual tienen hasta su templo especial, en que todos los edificios mostraban como señal de neutralidad y de respeto, aunque muchos dicen que de gusto, el pabellón del celeste imperio.

Veíanse también muchas banderas españolas.

Ica como Pisco, alarmado en los primeros momentos, cerrado el comercio y escapadas algunas familias, recobraban al día siguiente su animación ordinaria.

Contaban las familias a su regreso que el terror de todos en Pisco fue indescriptible, un sálvese quien pueda, como si la mar se fuera a salir. Las autoridades habían tenido cuidado de prevenirles que los chilenos eran peores que los cosacos y que serían saqueadas y ultrajadas según la usanza cosaca, y a mayor abundamiento, pasadas a cuchillo; que el simulacro de resistencia del prefecto Zamudio no tuvo objeto que

dar tiempo a la tropa y oficiales para huir; que aunque ellas habían salido mucho antes, luego los soldados las dejaron atrás; que los extranjeros habían impedido que el prefecto llevara más adelante la farsa de la resistencia, haciendo estallar minas y otros manejos, que en concepto de ellos no habrían hecho otra cosa que autorizar a nuestro Ejército para entrar a sangre y fuego.

Un torpedo fue aplicado al hermoso muelle de Pisco; pero atado a la parte más débil de la obra, solo rompió algunos tambores de la enmaderación de pino.

Este muelle, como he dicho, es de hierro y tiene ochocientos metros de largo. Desarmado en piezas y cortado en ocho porciones iguales, daría otros tantos muellecillos de cien metros, mucho más de lo que necesitan algunos puertos nuestros. Esto en el supuesto de que no parezca entre sus enrejados algún inglés o italiano con escrituras frescas de propiedad.

El 24 a las 3 ½ de la mañana salió en el *Angamos* para Tambo de Mora, quince millas al norte de Pisco, la artillería de marina y el ministro de la Guerra. Por tierra iban los granaderos.

Esta operación fue tan feliz como las anteriores. En todas partes se han encontrado grandes cantidades de víveres. La salud de la tropa es excelente. Todos muy contentos. Los puntos ocupados muy bonitos, buenos baños y grandes recursos.

A la tropa se le hacen adelantos de sueldo, en billetes peruanos de aquellos de a un sol que encontró la *Chacabuco*. Circulan por diez centavos, lo que no quita que un oficial reciba, aunque sea en el nombre, trescientos pesos y un soldado cien.

En Pisco quedaban cuatro oficiales extranjeros, inglés, francés, alemán y americano, que han obtenido permiso para seguir las operaciones de nuestro Ejército. El oficial inglés es el segundo comandante de la *Triunfo*, buque almirante en el Pacífico. Llegaron a ese puerto en la *Osprey*.

Como todos comprenden, no es fácil relatar lo que no se ha visto y se hace solo en vista de apuntes tomados al vuelo. El origen de estos datos es bueno, pero no tengo tiempo de comprobarlos con otras relaciones. Iré reuniendo más a medida que lleguen a esta varios amigos que han visto detenidamente las operaciones y que deben volver pronto.

El *Coquimbo* o *Chacabuco* quedaban en Pisco, ciudad.

En Tambo de Mora, artillería de marina y de montaña, una sección; en Ica, 4º de Línea, un escuadrón de granaderos y artillería.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

El resto de la división en Pisco, puerto. Solo murió un soldado que se encharcó en agua.

Matuti era casado con una señorita pariente de la señora de Piérola y que estaba en Lima. El mayor Cuervo encontró la copia de una nota en que Matuti consultaba al gobierno si sería permitido envenenar los pozos.

El *Cochrane* se encuentra actualmente en este puerto de Arica. Salió del Callao el 28 a las 8 de la noche, el 29 se detuvo en Pisco donde se embarcó el señor ministro de la Guerra y sus ayudantes, saliendo de ahí a las 9,30 de la noche del mismo día. El 30 encontraron frente a Nasca, cien millas al sur de Pisco, el convoy que conducía a la primera brigada de la segunda división. El convoy, que se componía de 8 buques, *Abtao*, *Magallanes*, *Chile*, *Huanay*, *Matías Cousiño* y tres más a remolque, fue detenido por el *Cochrane*, conferenciando el ministro de la Guerra con el coronel Gana, jefe de la fuerza en marcha. A las 6 se separaron, llegando a Arica el 2.

A las 12 de la noche de ese mismo día, la *O'Higgins* recibió orden de salir a alcanzar al *Bernard Castle* que habría sido despachado para el Callao.

El *Cochrane*, o sea el *ñato*, para los soldados de tierra, recibe actualmente carbón y granadas que en el Callao serán transbordadas de la boca de sus cañones a las costillas de la *Unión*.

Circula en este puerto la noticia de que el señor Latorre ha presentado la renuncia del mando de su buque; pero Uds. han de saber por allá algo más que yo respecto de esta determinación del bravo y noble marino que tantas glorias ha dado a nuestra Escuadra, que trabaja en su puesto como el último de los suyos, llano, humilde, sin maliciar su grandeza.

Para la Escuadra, la resolución del comandante Latorre sería un rudo golpe que la abatiría un poco más.

Se sabe aquí que la *Unión* había salido dos veces de la dársena, volviendo al divisar a nuestras lanchas torpedos. Se asegura que la *Unión* como el *Rímac* tiene embarcados víveres para cuatro meses.

El ministro de la Guerra, que vive a bordo del *Cochrane*, embarcó en Pisco ganado, frutas y legumbres y pan. Uds. pueden calcular cómo serían recibidas al saber que muchos oficiales hacía dos años que no comían choclos y que durante un mes no veían sino víveres secos.

El ministro ha estado en Tacna dos días, 6 y 7, activando las operaciones de equipo y movilización del Ejército. Su presencia originó una reunión de generales en la cual se acordó la salida de esta para Arica el viernes próximo de las divisiones señaladas para la expedición al norte.

Mucho entusiasmo en la tropa, oficiales y jefes.

Ya se ha prevenido a los jefes la orden de partir el día indicado, a menos que algún inconveniente no venga a demorar el ansiado viaje.

El ferrocarril puede transportar cinco mil hombres por día.

En Arica comenzarán a embarcarse desde mañana las tropa residentes es ese puerto.

Se han tenido noticias aquí de que el teniente coronel Salvo, pescando con dinamita ha sido víctima de un horrible accidente, que no es ya por desgracia el primero que ocurre en tales distracciones. Parece que el cartucho con dinamita reventó en manos del señor Salvo, rompiéndole completamente el brazo derecho.

El proceso del capitán Montt sigue con toda lentitud, a pesar de que hace ya algún tiempo que está preso a bordo del pontón *Valdivia*, fondeado en Arica.

Habiendo presentado últimamente una solicitud al almirante para que sirviera nombrar otro fiscal, porque el nombrado, don Luis Lynch, que es comandante del *Angamos*, en razón de las comisiones confiadas a su buque, no puede dedicarse a esta tarea, ni aun residir en el punto en que se sigue el proceso, el almirante contestó que no siendo el capitán Montt el llamado a juzgar esas diligencias, no habría lugar a lo pedido.

El buey que se ha domesticado a bordo del *Cochrane*, que los marineros llaman Negro y que ha presenciado más de un combate, sigue muy bien de salud. En una de las grandes penurias, el hambre sugirió una idea tan sangrienta como apetitosa: comérselo.

Los marineros lo supieron a tiempo, hicieron una suscripción entre ellos, logrando reunir 60 pesos que ofrecieron por la vida de su pacífico compañero. Visto este rasgo de lealtad y de cariño, el comandante intervino, y el Negro quedó con su pellejo y sus defensores con su plata.

El Negro no escapa, sin embargo, del todo bien con este amor, pues no ha mucho que sufrió una seria indisposición. Parece que la tripulación, considerando que no puede ser buen marinero el que no masca tabaco, comenzó a darle ese extraño pasto que el buey comió por deferencia con ellos, lo que le originó su enfermedad.

Durante el bloqueo, el buey pasa a pura galleta que va a buscar a los bolsillos de los marineros y según estos, ya ni se acuerda del pasto y si lo viera no lo comería.

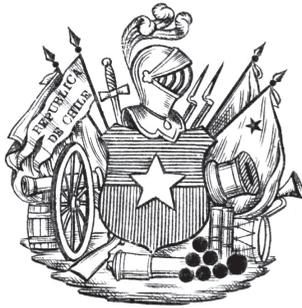
Además, en las cofas del buque vive independiente una pareja de palomas que trajeron de Valparaíso y un pato que todas las tardes pasea a caballo en el lomo del Negro.

LA EXPEDICIÓN A LIMA

Y estos sencillos pasatiempos hacen las delicias de los marineros, mostrando este rasgo singular el carácter de estos hombres rudos, que al parecer no creen ni en Dios ni en el diablo, que se ríen del mar y sus furias, que mueren jurando y que, sin embargo, guardan en el fondo esos cariños inocentes.

Daniel Riquelme.

El Herald, núm. 124.
15 de diciembre de 1880.



ARTÍCULOS
MISCELÁNEOS

PATRIMONIO COMO FUENTE HISTORIOGRÁFICA

Julio César Henríquez Troncoso*

Las publicaciones relacionadas con la disciplina de la historia en revistas, papers, website, etcétera, repercuten y son de sentido para todos aquellos que gustan o gustamos de la historia. Aquella máxima no es menor si es abordada teniendo en consideración a los excluidos, a todos aquellos que no gustan de la historia. Aquella falta de cercanía a la disciplina puede tener su origen en variados ejes: por formación disciplinar, traumas en la formación educacional básica y/o media, docentes con los que no empatizaron, o simplemente –y en palabras de algunos– por que no les agrada: este grupo constituye claramente una mayoría. Para quienes desarrollamos labores profesionales en la enseñanza de la historia y las ciencias sociales esta condición es un desafío que siendo levantado como tal, podemos incluso hablar de un *público cautivo* aún no integrado al conocimiento de la historia. Qué hacer con ellos, ¿cómo nos hacemos cargo de aquella realidad, de aquel desafío, de aquellos sujetos?, qué hacer con aquellos que, siendo parte de la historia, se presentan asimismos como nihilistas de esta.

Para los profesionales de la educación y de la enseñanza de la historia y las ciencias sociales es una condición *sine qua non* el desarrollo de procesos didácticos y metodológicos que faciliten el aprendizaje disciplinar, de hecho, parte no menor de la formación profesional de pregrado en las universidades que imparten pedagogía es una lógica formativa constante. No obstante, y a pesar de los intentos, un grupo no menor de sujetos no empatiza con la historia: *no les cabe la historia*, tal vez esta se presenta como acontextual a su realidad –*es la historia de ellos, no mía*–, atemporal a su tiempo histórico –¿para que me sirve, para qué estudiarla, si ya paso?–, como también ajena a su propia historicidad –no me interesa nada de eso–. Ante tal complejidad dialéctica de la construcción y movilidad histórica se presenta un abanico amplio de respuestas, no obstante dos proposiciones de sentido –paradigmas– cobran relevancia:

- a) Siguen siendo excluidos del círculo hermético de los que nos interesa el estudio de la historia.
- b) Diseñar una metodología fundada en elementos didácticos que establezcan un puente entre la historia, los sujetos, y los sujetos y su historia.

Ahora bien, está claro que la alternativa a ser abordada por este documento está relacionada con el ítem (b), no obstante para complejizar aún más esta reflexión, ¿de qué manera podemos enseñar la historia militar? Si la enseñanza de la historia es ya compleja, cómo nos hacemos cargo de aquella que se matiza con lo militar.

* Departamento Educativo MHM, Profesor de Historia Geografía y Ciencias Sociales, Magíster en Educación, Pontificia Universidad Católica de Chile.

La circulación, conocimiento y enseñanza de la historia militar es una situación vinculada fuertemente a sujetos que gustan de perspectivas historiográficas de las grandes batallas y grandes héroes, íntimamente relacionados a los grandes relatos, en el mejor de los casos ligados a la escuela de los anales. Sin embargo, el giro hermenéutico de las ciencias sociales ha calado profundo en esta escuela historiográfica. Ejemplo de ello, estuvo presente en algunas presentaciones expuestas durante la V Jornada de Historia Militar,¹ dónde lo interpretativo tuvo un espacio privilegiado. Otro aspecto importante ligada a aquella jornada de historia, fue el tipo de público presente, directamente relacionado con militares activos interesados en el tema, uniformados en retiro *que les gusta la historia*, sujetos pertenecientes a la academia de investigación histórica militar, historiadores, profesores y profesionales afines interesados: en general sujetos vinculados a la historia militar y que ven como una escuela historiográfica válida de construcción y circulación de conocimiento, potente es también el hecho que existe una interacción constante y fluida entre quienes comparten este discurso historiográfico. No obstante, coartar una perspectiva histórica a un público que *per se* es afín es mirar hacia el frente descuidando el resto, una suerte de caminar seguro, pero ¿es así la historia? claramente no: La historia es una tensión constante, en conflicto, por ello una interpelación pertinente en la jornada citada hubiese sido: cómo acercar la historia militar a aquellos que no estaban ese día allí: historiadores sociales, antropólogos, estudiantes de pedagogía y licenciatura en historia, periodistas, entre otros, en general, al sujeto no vinculado a la historia militar, a aquellos sujetos que no gustan en de la historia y que no tiene la militar como fuente de investigación histórica.

La importancia de la enseñanza de la historia militar, desde la perspectiva militar.

¿Para qué es importante enseñar la historia militar? Pregunta de movilidad y que encamina el desarrollo de este documento reflexivo. Las perspectivas de entrada para abordar semejante pregunta se sustentan en, a lo menos, tres vertientes. La primera: la importancia de la enseñanza de la historia militar radica en el hecho de que desde aquella perspectiva se desarrollan las bases de la construcción de la historia nacional y que hoy, adquiere mayor relevancia *ad portas* de la conmemoración del Bicentenario. La historia de Chile, esta íntimamente ligada a la militar, no es de extrañar que al repasar algunos *clásicos nacionales* —Barros Arana, Vicuña Mackenna, Medina, Vial, entre otros— la frontera entre una y otra historia quede difusa. En ello radica la importancia de la enseñanza de la historia militar, puesto que —para algunos historiadores— es la mismísima enseñanza de la historia de Chile, una especie de simbiosis historiográfica y allí su importancia. Segundo, la importancia de la enseñanza de historia militar radica en las fracturas de la historia reciente. En el concierto latinoamericano, la construcción de la identidad histórica está relacionada con procesos traumáticos emergidos de los diversos procesos de construcción nacional de comienzos del siglo XIX y hasta avanzado de siglo XX. El caso chileno no es la excepción, por ello, desde las instituciones participativas de aquellos procesos de fractura histórica, se intenta diseñar modelos para abordar hitos, hechos, discursos históricos en general, tratando de comunicar a la sociedad fracturada la

1 Jornada realizada en dependencias de la Escuela Militar del General Bernardo O'Higgins los días 7 y 8 de octubre del año 2009.

importancia de lo militar como una constante y no cegada ante un proceso y tiempo histórico puntual. Abordar la historia militar desde esta perspectiva, tiene por objeto colocar en valor y escena el rol de las Fuerzas Armadas —y en particular del Ejército— en la construcción de la historia social, política y cultural de la nación. De alguna manera es declarar a la sociedad *no solo somos parte de las últimas décadas, hemos estado presentes desde el origen de la nación, e incluso, somos los conductores válidos de la construcción histórica: una suerte de interlocutor válido y necesario de los hechos acaecidos*. Tercero, la enseñanza de la historia militar como fuente de identidad en la sociedad posmoderna. El relativismo, como fuente de conocimiento actual, y de la cual la historia no queda excluida, tiende a dispersar los discursos, situando *la duda*² como elemento central de análisis, por ello el tránsito en la construcción de discursos historiográficos se torna complejo y entregado a los fundamentos que cada sujeto estime conveniente. Uno de los elementos más significativos es difuminar los hitos que construyen la identidad nacional, como también deconstruir los aspectos coercitivos sociales, por lo tanto, la identidad y construcción social de la realidad queda relegada a las interpretaciones personales o subjetivas que pueden fundarse frente a un hecho, un choque constante de hábitos. ¿Cuál es la complejidad de aquella vertiente historiográfica?: la disolución, incluso pérdida, de los elementos de integración e identidad nacional y de la historia misma como herramienta de bien común y construcción histórica social.

Ante los puntos señalados anteriormente y con particular énfasis en el tercero, la relevancia de la historia militar en este contexto cobra sentido ya que, como fuente historiográfica, establece un discurso *desatomizador* del discurso imperante, y así también establece puentes e hitos de cohesión y continuidad histórica intersubjetiva y social.

Las puertas de entrada al conocimiento, circulación y *leit motive* de la historia militar se tornan bastante interesantes al tensionarlas, no obstante, ¿cómo levantar, hacer presente y relevante dichos discursos historiográficos ante quienes no están interesados?: Constituye un desafío para quienes somos parte de la enseñanza de los discursos históricos y en particular, el militar.

La enseñanza de la historia militar desde la perspectiva patrimonial.

El patrimonio ha de ser comprendido como la evidencia, el discurso tangible —y en algunos casos intangibles— del pasado expresado como un elemento cultural. Es *per se* un testigo en presente del pasado cuyo valor político radica en las interpretaciones y connotaciones que quieran sostenerse sobre su valor simbólico.

Ahora bien, el patrimonio es un acto político, una proposición de sentido de carácter histórico, que moviliza la construcción del discurso historiográfico por quién es connotado socialmente sujeto o unidad

2 El concepto duda para este documento carece de valor axiológico, más bien es presentado como un punto de inflexión y reflexión que moviliza la construcción de conocimiento en la sociedad actual.

válida interpretativa. La construcción semiótica y hermenéutica del objeto patrimonial debe su validez sociocultural a los elementos historiográficos que complementan el constructo discursivo, por lo tanto, no es una interpretación subjetiva de la realidad, sino más bien, se sustenta en fuentes de primer y segundo orden que surgen de la unidad válida: por lo tanto, es un discurso histórico político intencionado.

El patrimonio en su connotación de objeto, constituye un insumo potente en la construcción del discurso historiográfico.³ De hecho podemos considerarlo en sí mismo una metodología histórica, una fuente primaria, que entrega una visión concreta, real, cualificable e incluso cuantificable para el diseño de un discurso de carácter histórico.

Sentar la construcción histórica en los objetos patrimoniales, permite una mirada diferente al discurso tradicional. En la relación con el sujeto, lo acerca a la historia por medio del observar, palpar e interpretar —elementos concretos de aprendizaje—. Lo interpela y enfrenta a la historia, al testigo histórico, por ello emerge una condición de diálogo y compromiso, por lo tanto se establece un discurso de reciprocidad.

El objeto patrimonial es un objeto de presente con valor de pasado, cuyo valor recae en el discurso político que se constituye sobre sí mismo y que en la relación con la otredad —sujetos— genera un discurso de reciprocidad en la construcción de la realidad. Por lo tanto, el valor del objeto patrimonial como fuente histórica es innegable.

En lo que respecta a la historia militar, sin duda los alcances del patrimonio en la concreción del puente entre la historia y los sujetos es potente, puesto que permite —por ejemplo— conocer y apreciar las diversas expresiones artísticas presentes en una levita, kepie, o traje de un soldado, como también *dialogar con el mismo* sobre las condiciones en que se llevó a cabo la industria que promovía aquellos artículos. Acerca a quienes se enfrentan al objeto patrimonial ante la complejidad de un documento redactado sobre una escribanía de campaña de mediados de siglo XIX, como también *dialoga* sobre la condición social de quienes ostentaban la capacidad de redactar aquel documento, o tan simplemente nos permite comprender la forma de vida de un soldado de la Guerra del Pacífico al momento de alimentarse conociendo y dialogando con sus abrelatas y cubiertos diarios, y asimismo comprender el valor, por ejemplo, de una cuchara.

El objeto patrimonial militar expuesto —por ejemplo en el Museo Histórico y Militar— al ser una decisión de presente es temporalmente simétrico y contextualmente situado al sujeto que lo enfrenta —observa o estudia— con ello se puede determinar que en esta relación (objeto/sujeto) se alcanzan niveles de percepción, recepción y conocimiento concretos, como también valor histórico discursivo y como testigo del pasado.

3 Al ser presentado el objeto patrimonial como insumo de la disciplina histórica, se sitúa a este al servicio del discurso y no a este como el discurso.

El patrimonio militar debe promover el acceso a la historia de manera simple y concreta a nuestros *públicos cautivos*, mitigando la demanda social entorno a que la historia es atemporal y acontextual, como también que carece de valor social y hermenéutico por el simple hecho de ser militar.

Las colecciones de valor patrimonial presentes en la exhibición permanente del Museo Histórico y Militar de Chile (MHM) nos permiten dialogar con los diversos públicos visitantes recíprocamente: Permiten que estos puedan dimensionar y construir la historia por medio de la observación, comprensión, análisis y evaluación del objeto patrimonial, entregando parte no menor de la experiencia a las interpretaciones, diseños y evaluaciones que realiza subjetivamente y así también entregar un discurso histórico institucional —definición política de los objetos— presente en los diversos paneles de apoyo y elementos complementarios al objeto.

El sable de gala⁴ del general José Miguel Carrera, modelo Caballería Inglesa de 1796 presente en la muestra permanente del MHM, es uno de los objetos patrimoniales de relevancia, no solo por pertenecer a uno de los próceres de la independencia sino por que nos entregan una mirada del sujeto histórico: el sable pertenece al período cuando Carrera es húsar de Galicia, al servicio de su majestad en la guerra contra el Imperio francés. Al observar en detalle las incrustaciones de oro podemos apreciar claramente los símbolos de la Corona española. Entonces, ¿por qué Carrera es considerado uno de los primeros gestores de la independencia si el valor simbólico de sus armas posee otro discurso? Aquellas interpelaciones y/o reflexiones —entre muchas otras— pueden levantarse al tensionar y estar enfrentado a un objeto patrimonial, el complemento del discurso histórico y del valor político del objeto patrimonial se ve intencionado por paneles de apoyo y cédulas explicativas que establecen el hilo de continuidad histórica propuesta en el guión histórico museal, dónde se deja de manifiesto que el apoyo favorable de los peninsulares a Carrera se sustentó en su gestión a la causa hispana en Europa, confiando plena y ciegamente en aquel prontuario para entregar la causa del movimiento juntista a su figura.

El Republicano,⁵ pieza de artillería de montaña de cuatro libras de carga frontal —avant carga— fundido en Buenos Aires, principalmente por medio de mano de obra parda (negros) entregados como bienes a la causa independentista. Tocar el bronce del cañón es una experiencia que promueve en el visitante algunas interrogantes: ¿cómo habrán pasado con esto por la cordillera? ¿De qué manera se hizo? ¿Qué rol cumplían los pardos? entre otras interpelaciones al objeto patrimonial que solo pueden efectuarse sobre la experiencia con el mismo. Se constituye una especie de diálogo entre el sujeto y el objeto patrimonial, una simbiosis interpretativa normada por el discurso o guión histórico presente en la muestra. *El objeto patrimonial es una decisión política y por ello histórica.*

4 Objeto expuesto en la muestra permanente del Museo Histórico y Militar de Chile, sala número 4.

5 Objeto expuesto en la muestra permanente del Museo Histórico y Militar de Chile, sala número 6.

PATRIMONIO COMO FUENTE HISTORIOGRÁFICA

Ambos ejemplos nos presentan el proceso de independencia desde miradas renovadas y frescas, dando paso incluso, a interpretaciones que emergen de la relación e interacción frente al objeto patrimonial. De esta manera, el objeto patrimonial como recurso historiográfico dialoga con cada sujeto entregando su carga simbólica e histórica de manera subjetiva, la cual es orientada –intervenida– por medio de la definición política del objeto, determinada desde la institución que para este caso es el Ejército y el Museo Histórico y Militar.

En síntesis, las posibilidades de apertura de la historia militar a diversos campos de las ciencias sociales, como también a diversos sujetos y públicos cautivos por medio del conocimiento y diálogo con los objetos patrimoniales presentes en dependencias del Museo Histórico y Militar, permite promover, difundir y circular el estudio, análisis y reflexión histórica desde lo militar, proponiendo con ello una carga simbólica significativa de antecedentes coercitivos históricos y sociales al contexto cultural local y regional. El promover al objeto patrimonial militar como instrumento didáctico de la enseñanza de la historia, favorece el desarrollo de discursos historiográficos donde el experiencialismo es la base de la construcción dialéctica, desde ello, el objeto patrimonial se constituye a sí mismo como un puente entre el pasado y el presente, además promueve la generación de diálogos recíprocos entre sujeto y objeto que estimulan el sentido de identidad, respeto y conservación de la historia y por supuesto del testigo presente de esta como lo es el objeto patrimonial.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- MOSCOVICI, Serge (1985). *Psicología Social I, influencia y cambio de actitudes individuos y grupos*. Barcelona. Paidós.
- SALAZAR, Gabriel (2003). *Construcción de Estado en Chile (1800-1837)*, Santiago. Sudamericana.
- HENRIQUEZ, Julio César. “De Fracturas y Traumatismos en la Historia de Latino América”. Expositor Sr. Jonathan Sanhueza Correa, Diseño regional ESDI Escola Superior de Disseny Catalunya Barcelona, España.
- BOURDIEU, Pierre (2003). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- CALAF MASACHS, Roser (2009). *Didáctica del patrimonio: epistemología, metodología y estudio de casos*. Gijón. España. Ediciones TREA.
- PIAGET, Jean (1984). *La representación del mundo en el niño*. Barcelona. Morata.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

VYGOTSKY, Lev S. (1995). *Pensamiento y lenguaje, teoría del desarrollo cultural de las funciones psíquicas*. Buenos Aires. Fausto.

BURKE, Peter (1999). *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1984*, Barcelona, Gedisa.

V JORNADA DE HISTORIA MILITAR, "El Ejército en el Chile Pre Republicano, período 1750-1810", Departamento Historia Militar Ejército de Chile, Escuela Militar, octubre 8 de 2009, Santiago, Chile.

